

Yefferson Ospina Bedoya

Sobre la Sangre: crónica de una fundación

Tesis para aspirar al grado de comunicador social

Dirección: Carlos Patiño Millán

Universidad del Valle

Cali

2016

Tabla de contenidos

1. Bitácora. Los inicios	4
1.1. El problema ético estético	6
1.2. El tiempo como rasgo psicológico	8
1.3. Los otros, los indígenas	14
1.4. La escritura y su desgaste	16
1.5. <i>Absalom Absalom!</i> Arquetipo de <i>Sobre la Sangre</i>	18
1.6. Una escritura iniciática	22
2. Ensayo. La novela histórica como acto de rebeldía	23
2.1. El clima romántico	26
2.2. De Scott a la NNH	28
2.3. <i>Sobre la Sangre</i> , ¿una ruptura con ambas tradiciones?	35
3. Novela.	
Primera Parte. Robledo, el extraviado	40
Segunda Parte, el sueño de Narcizo	160
Bibliografía	248

Los inicios

Cuando pienso en el origen de esta novela llego, inevitablemente, a la misma conclusión: es muy probable que el germen de esta historia haya aparecido cuando leí el ensayo de Vargas Llosa sobre García Márquez, *Historia de un deicidio*. No recuerdo muy bien cuántos años tenía, tal vez 18 o 17, pero sí recuerdo que trataba de encontrar una historia para contar empecinado en el deseo de escribir una novela alguna vez. Aquel ensayo, de alguna manera, fue una revelación: las relaciones de la historia del coronel Aureliano Buendía con los abuelos de García Márquez y las convergencias de la obra del novelista con la historia de su familia me hicieron fijarme la historia de la mía. Todo surgió así, de pronto, en medio de la lectura. Fue a un tiempo revelador y desolador: supe de inmediato que quería y necesitaba contar la historia de mi familia así como del pueblo del que provengo, pero también supe que las ignoraba casi en su cabalidad. Allí encuentro el germen, pero habrían de pasar al menos cuatro o cinco años antes de que tuviera una historia para contar.

Desde que ingresé a la universidad estaba convencido de que mi tesis sería una novela que contara la historia de mi familia. Aguadas, el pueblo en que nací, y la biografía borrosa de mi bisabuela, fueron una especie de obsesión durante mis años de estudio. En las precarias conversaciones que tuve con mi bisabuela Marta antes de que muriera en 2011, pude bosquejar fragmentos dispersos de la historia familiar que no terminaban por ofrecerme un cuadro completo a partir del cual iniciar la escritura de una novela. Fue en 2010, cuando me dediqué a estudiar la historiografía de Aguadas, que encontré, al margen de mi familia, una trama, unos personajes, un drama, que creí poder contar. Con los días de lectura empecé a

comprender que, aunque podría contarse la historia de ese pequeño pueblo a partir de comienzos del siglo XIX, en los siglos inmediatamente anteriores había otras tramas también dignas de contar y otros personajes dignos de indagar y crear. Los territorios en los que ahora se encuentra Aguadas, en el norte de Caldas, habían sido poblados por indígenas que fueron conquistados – exterminados, asesinados – por el mariscal Jorge Robledo, uno de los conquistadores llegados desde España que estuvo bajo el mando de Sebastián de Belalcázar. La Crónica del Perú de Pedro Cieza de León sugería entonces una serie de preguntas fascinantes: ¿cómo fue aquel encuentro? ¿Cómo fue toda esa destrucción? ¿Qué terror experimentaron españoles e indígenas al ver frente a sí mismos el universo radicalmente extraño que los otros traían consigo? Por otro lado, Jorge Robledo en sí mismo resultaba un personaje harto interesante desde el punto de vista literario. Al parecer, era uno de esos conquistadores inusuales que había recibido instrucción en España, que fue formado en filosofía, literatura, teología y, según lo retrató Cieza de León, fue uno de los pocos que buscó pactos de pacificación con los indígenas. Robledo, además, estuvo bajo el mando de Belalcázar cuando descubrió los territorios que hoy son el norte del Valle, Risaralda, parte de Quindío, Caldas y Antioquia y fue asesinado por este debido al aparente deseo de Robledo de obtener una gobernación por parte de la corona española. En la Loma de Pozo, un cerro que se encuentra en los límites entre Pácora y La Merced, Belalcázar hizo azotar hasta la muerte a Robledo por un negro. Su cadáver, además, fue devorado por los indígenas antropófagos que poblaron esa tierra.

Para mí, la historia de Robledo resultaba profundamente interesante y rica porque de algún

modo contenía respuestas a los interrogantes que me había planteado sobre el encuentro entre indígenas y españoles: el terror mutuo, la mutua soledad, la sensación de precipitarse en la nada.

Robledo muere hacia 1547 y Aguadas es fundado en 1808, casi 300 años después. ¿Qué sucede en ese hiato? Se fundan pueblos, se esclavizan a negros e indígenas en las minas de oro de Supía, Arma y Marmato. ¿Cómo relacionar la historia de Robledo con la historia del hombre que fundó Aguadas, Narcizo Estrada? Partí del supuesto de que ambos compartieron esa misma emoción de ser unos extraños en el mundo, la misma soledad del hombre que se siente desterrado pero no recuerda su hogar.

Sobre la sangre: crónica de una fundación, es la historia de esos dos hombres, de su común orfandad.

1.1.El problema ético-estético de la escritura

Para mediados de 2012 había realizado toda la revisión historiográfica necesaria para la escritura de la novela. Cuatro documentos fueron esenciales para elaborar la estructura de la narración, a saber: *El Mariscal Jorge Robledo*, una biografía escrita por Emilio Robledo; *La Crónica de Perú*, escrita por el cronista Pedro Cieza de León; el ensayo historiográfico de James Parsons *La Colonización Antioqueña en el Occidente de Colombia*, y el otro ensayo *Colonización, Fundaciones y Conflictos Agrarios*, de Alberto Valencia Llano. Digo cuatro documentos esenciales porque se trataron de las lecturas vertebrales para la escritura, pero aclaro que el acervo bibliográfico es más extenso. Como he dicho, la primera parte de la novela comprende la salida de los españoles bajo el mando de Jorge Robledo hacia el

norte de Santiago de Cali, la conquista – asesinato, exterminio - de las tribus indígenas encontradas en lo que sería el norte del Valle, Risaralda, Quindío, Caldas y Antioquia, y la muerte del Mariscal.

El inicio del ejercicio de la escritura me propuso un dilema ético que derivaba en uno estético, o acaso una encrucijada estética que conducía a un problema ético. Se trataba de la ya conocida cuestión sobre el punto de vista desde el cual sería escrita la novela, cuestión que entrañaba, que entraña, a su vez, una serie de preguntas sobre los rasgos estéticos de la narración. La idea también hubiera podido enunciarse como una cuestión estética sobre el punto de vista desde el cual se escribiría la novela, que a su vez derivaba en interrogantes de naturaleza ética. ¿Qué adjetivos usar? ¿Habría de conquista o exterminio? ¿Habría de salvajes o de indígenas? Si iba a usar el flujo de consciencia como procedimiento narrativo, ¿la consciencia de quién? ¿A partir de qué conjuntos de supuestos políticos o filosóficos o culturales serían contruidos los personajes, las situaciones, sería elaborada la trama?

Esas preguntas, no obstante, se decantaron hacia un interrogante elemental: ¿los pueblos indígenas que habitaban los territorios en los que fue fundado Aguadas serían protagonistas de la narración? El asunto había tomado mucha más fuerza a medida que me documentaba con películas y novelas sobre el tema de la conquista española, en los cuales encontré que prevalecía la perspectiva española sobre la indígena. Es decir, la narración se construye a partir de las vicisitudes, reflexiones, dificultades, ideas de los españoles y los indígenas aparecen como figuras en un telón de fondo. Eso, por supuesto, en la mayor parte de

documentos que consulté¹, salvo los libros de los cronistas de indias que buscaban describir, a la manera de antropólogos, a los pueblos indígenas. Sin embargo, sobre obras como 'La Crónica del Perú', de Pedro Cieza de León², recaía también la dificultad de que era un español quien interpretaba y describía, a partir de un conjunto de ideas propias, lo que serían las cosmogonías indígenas.

En este punto, claro, se trataba de tomar una decisión: ¿privilegiar la perspectiva indígena sobre la española o viceversa? La primera alternativa implicaba el desafío narrativo de construir como mínimo un personaje indígena a partir del cual elaborar el relato. La segunda implicaba construir un personaje español. Los problemas de la primera alternativa tenían que ver esencialmente con la falta de información. ¿Qué personaje? ¿Qué puedo saber de ese personaje? Me encontré, en la investigación, con el cacique del pueblo indígena Armados³, llamado Maitama, que juzgué interesante para el relato. Sin embargo, de nuevo, la información sobre ese personaje era relativamente escasa. Por otro lado, tenía suficiente información sobre Jorge Robledo. En términos estéticos y si se quiere dramáticos, Robledo resultaba mucho más interesante que Maitama para la novela, entre otras cosas, sin duda, porque tuve mayor información sobre su vida. Robledo, hijo de españoles, nombrado Mariscal por el rey y subordinado de Sebastián de Belalcázar, descubridor -¿descubridor? – numerosos pueblos indígenas, murió en 1546 en el Alto de Pozo azotado por un esclavo

¹ Me refiero a la película 'Aguirre, la Ira de Dios', y a obras como 'El Mariscal Jorge Robledo'; 'La colonización antioqueña en el occidente de Colombia', 'Geografía e historia de Aguadas' y otras importantes para la investigación.

² Se trata de la única obra que “describe” las costumbres de los pueblos indígenas en cuestión.

³ Los Armados eran los indígenas que habitaban lo que hoy es Arma – Caldas, corregimiento de Aguadas. Era la tribu de indígenas más numerosa de la zona.

negro bajo órdenes de Belalcázar.

La idea de construir la primera parte de la novela a partir de una sola línea narrativa constituida por la vida de Robledo, resolvía para mí de un modo insatisfactorio la disyuntiva ético-estética pues tenía un fuerte interés en construir una narración a partir de la perspectiva indígena, de la que pudiera ser la perspectiva indígena, del descubrimiento y la conquista. Investigué más sobre Maitama, no encontré demasiado, pero en cambio, sí pude hallar más información sobre algunas de las culturas indígenas que crecieron en las zonas exploradas por Robledo. Tomé la decisión de ficcionar los rasgos de la vida de Maitama -¿cómo llegó a ser cacique de una tribu? ¿Cuál fue su actitud ante los españoles invasores? ¿Cómo habría sido parte de su infancia? ¿Qué sintió al verse derrotado? - sobre los que no pude obtener información y construir algunos personajes anónimos que pudieran ofrecer una mirada a lo que significó para esas comunidades indígenas la llegada de los españoles y el proceso de sometimiento que padecieron⁴.

Ambas decisiones resolvían solo parcialmente el problema ético inicial porque, a pesar de la pretendida inclusión de la voz indígena en el relato, quedaba el problema, tanto ético como estético, de cómo construir esa voz: ¿Cómo sería un equivalente de su idioma – en caso de que pudiera existir – en el español? ¿Cómo sería su sintaxis? Y más allá de eso: ¿cuáles eran los rasgos culturales a partir de los cuáles se estructuraba su lenguaje? Tengo que decir que ese dilema aún lo tengo, aunque la novela ya esté escrita y que, con honestidad, no creo que pueda resolverse.

⁴ Se trata, claro está, de una mirada problemática, construida a partir de suposiciones y juicios propios sobre la cultura indígena y los personajes.

Una vez respondida la pregunta sobre el lugar que los pueblos indígenas exterminados por Robledo y sus huestes iban a tener en la novela, aparecían otros problemas de naturaleza estética derivados del primer interrogante ético. ¿Habría de salvajes o de indígenas? ¿Habría de conquista o exterminio? Para mí, no fue posible ni deseable haber dado una solución definitiva a este problema. Creo que fundamentalmente en ello reside la riqueza de la literatura: en proponer dificultades morales y estéticas que se resuelven dentro de la obra pero cuya solución siempre nos parece dudosa.

Sobre este punto, entonces, la pregunta era tan elemental como decisiva: ¿cómo escribir? ¿Qué procedimientos narrativos usar? ¿Qué licencias y excesos admitir? ¿Cómo sería una oralidad tanto de los españoles como de los mismos indígenas? Para *Sobre la Sangre: Crónica de una Fundación* decidí crear, digamos, tres formas de lenguajes distintivas: una que sería la de los españoles comunes, sobre todo cuando se referían a los pueblos indígenas. Otra que sería el pretendido lenguaje de los indígenas y una tercera que sería una especie de lenguaje común para españoles e indígenas, usada ante todo para el flujo de consciencia de la narración

¿Es satisfactorio el resultado? En términos estéticos lo es para mí, ignoro si lo es en términos éticos. Eso lo decidirá el lector. Hay que decir que el resultado del como escritor nada tiene que ver con el resultado del lector como tal, entre otras cosas, porque los lectores disponen de lo que se conoce como capitales culturales diferentes a los del escritor. El propósito de mi novela no es moral, político, sociológico y ni siquiera histórico, es estético y artístico, aunque la materia de la novela sea historiográfica. (Sin embargo, como he dicho,

es difícil establecer al menos para este caso qué motivación es ética y qué motivación estética). Pero los propósitos de los lectores son diferentes. Un lector puede buscar en la novela una reivindicación histórica, que tal vez no encuentre o tal vez sí. En este punto se entiende que el problema ético se relativiza en función de los objetivos que se le adjudiquen a la obra. Si mis objetivos son estéticos, mi problema ético surge a partir de aquello que debo hacer para alcanzar esos propósitos. Claro, eso puede entrar en contradicción con imperativos éticos de otra naturaleza, por ejemplo políticos o históricos. ¿Es posible formular una ética general al menos para estos casos? La respuesta creo que es no y que, de hecho, es indeseable. Establecer una ética general sería, al menos para el campo artístico, limitar la creación. Esto nos lleva a un problema bastante conocido de la producción artística: ¿deben las obras, cualesquiera que sean, estar inscritas dentro de proyectos políticos, sociales o incluso intelectuales? El problema se sigue discutiendo entre opositores mutuos.

¿Por qué entonces decidir tomar la perspectiva indígena para la construcción del relato? En realidad, mi dilema sí era ético, por cuanto creo que la “voz indígena” ha sido un punto de vista más o menos ignorado en la literatura y otras manifestaciones artísticas. Tal es el caso de la película 'El abrazo de la serpiente' que, aun cuando asume evidentes perspectivas indígenas, estas terminan por no satisfacer plenamente a esos grupos, por no representarlos. De hecho, algunas tribus han protestado por el hecho de realizar grabaciones en lugares para ellos sagrados. No obstante, para la novela que escribí, asumir esa actitud me permitió enriquecimiento estético que, entiendo, podría generar malestares. ¿Flujo de consciencia de

un indígena? ¿Es verosímil? ¿Las ideas que les atribuyo no son erradas? ¿Pensaban de otra manera? Son preguntas que están por resolverse y, al final de todo, el interrogante inicial que yace en el fondo de la discusión permanece: ¿los problemas que me impuso la escritura de la novela fueron éticos o estéticos? ¿Una ética que devino en estética o una estética que devino en ética?

1.2. El tiempo como rasgo psicológico

La escritura de la novela la inicié a principios de 2012. Una vez resueltos los primeros interrogantes ético-estéticos, me enfrenté a otro, mucho más complejo: el tiempo. Se trataba, por un lado, de decidir sobre la línea temporal de la narración: una cronología rígida, movimientos temporales hacia el pasado, movimientos temporales hacia el futuro. Por otra parte, se trataba de usar episodios diferentes de una misma temporalidad para definir en cada uno un rasgo psicológico de los personajes, a la manera de las novelas de Faulkner, especialmente *Absalom Absalom!* Sobre la primera cuestión tomé una decisión que tal vez tenga que ver con una especie de estrategia comercial, o con lo que algunos escritores llaman “atrapar al lector”, que es lo mismo: decidí empezar por la muerte de Robledo. En el primer capítulo, como no ocurre mucho en literatura pero sí en cine, el personaje principal de la primera parte muere. Como el lector intuirá de inmediato, el resto de la historia explicará cómo se configuró esa muerte. Creo que la escritura del primer capítulo de la novela fue la más compleja para mí - y tal vez el primer capítulo siempre sea el más difícil de escribir - porque implicaba encontrar el que sería el tono general de la obra, encontrar los primeros adjetivos, dotar de un ritmo de lectura inicial a la novela y, por

supuesto, atrapar al lector. Aún no estoy seguro de si este último propósito se pudo lograr.

Ahora bien, para la construcción de los rasgos psicológicos de Robledo, era necesario hacer uso de temporalidades que rompían de modo intempestivo la línea cronológica de la narración. El segundo capítulo de la novela relata la salida de un grupo de españoles, entre los cuales se cuenta por supuesto a Robledo y al escribiente, que es Pedro Cieza de León, hacia el norte de Santiago de Cali. La narración es cronológica y mezcla la voz omnisciente con el relato en primera persona de Robledo y un breve diálogo que sostiene con el escribiente. El episodio permite entrever una serie de reflexiones que Robledo se plantea en la medida en que el grupo de españoles recorre el valle y llega hasta las primeras sierras de lo que sería Risaralda. Ahora bien, para comprender el origen y la naturaleza de esas reflexiones, juzgué necesario retroceder en el tiempo hasta una ficcionada infancia del personaje, en la cual se describe la muerte de su padre, su relación con la religión, con su propia madre y con las armas. Ese capítulo de algún modo clarifica la condición psicológica que el personaje manifiesta a lo largo de toda la primera parte de la novela. Este tipo de rompimientos de la cronología narrativa tendrán lugar a lo largo de toda la novela, muchos de ellos siendo señalados por el uso de paréntesis o guiones, o por simples espacios entre bloques de texto, a la manera de *Go Down, Moses* de Faulkner. Hay además, otra característica temporal de la narración que tiene que ver con el uso del flujo de consciencia como procedimiento narrativo. Desde el primer capítulo el lector encuentra descripciones de los pensamientos de Robledo, sobre todo en momentos extremos de angustia para él, presentadas de un modo más o menos tumultuoso con particulares usos de la puntuación.

Esos flujos de consciencia constituyen temporalidades específicas en las que se mezclan de modo más o menos desordenado impresiones del pasado y el presente con aspiraciones sobre el futuro. Esta temporalidad, sin duda es una influencia de varios novelistas, entre ellos Virginia Woolf, James Joyce, Carlos Fuentes y William Faulkner. En novelas como *La Señora Dalloway* y *As I Lay Dying*, la psicología de los personajes no está descrita de un modo directo a la manera de los novelistas del siglo XIX: Dostoievsky, Flaubert, Tolstoi, Setendhal o Balzac. En las novelas citadas, la psicología va descubriéndose a medida que el lector conoce episodios particulares de la historia de los personajes que son esenciales para la definición psicológica de los mismos. Tal es el procedimiento narrativo que intenté usar a lo largo no solo de la primera parte sino de toda la novela.

1.3. Los otros, los indígenas

La narración, como se aclaró al principio, incluye una pretendida perspectiva indígena sobre el sometimiento a los españoles. Esta decisión suponía uno de los mayores desafíos narrativos para mí por varios motivos: el primero era historiográfico, pues exigía tener un cierto conocimiento de las tribus indígenas exterminadas por Robledo y sus huestes, de sus sociedades, de sus jerarquías y políticas, de sus costumbres, modo de vestir, etc., de modo que no cayera en simplificaciones y lugares comunes respecto a la descripción de esos pueblos. Por otro lado, estaban los desafíos narrativos de construir una cotidianidad de un grupo de hombres totalmente desconocidos para mí. ¿Cómo sería un día cualquiera en la vida de un indígena de la tribu que habitaba la tierra en la que fue fundada Aguadas? Claro, las huestes de Robledo también son completamente desconocidas para mí, pero siempre

queda algo de la herencia española conservado en el tiempo, hábitos mínimos, palabras, inclinaciones de naturaleza diferente. Sobre los pueblos indígenas de Caldas hay descripciones de sus costumbres antropófagas, de las batallas constantes entre ellos llamadas “Guerra Florida”, de sus atavíos e incluso de su constitución física. Se trata de descripciones útiles para la antropología y la historia, que no tienen una misma utilidad para la literatura. ¿Cómo construir una cotidianidad a partir de rasgos generales sobre la cultura general de los pueblos indígenas? Por supuesto, el material de la literatura es la ficción y, aunque en mi caso se tratara de una novela histórica, aquello no significaba que no pudiera llenar algunos vacíos historiográficos con invenciones propias. Como quiera que sea, esa decisión no resolvía el problema, pues la esencia del asunto era tener alguna idea sobre cómo ficcionar, digamos, la cotidianidad de un indígena. El lector podrá juzgar que ese intento no fue bien logrado y en eso probablemente tenga algo de razón. En el capítulo titulado *Los Otros*, se intenta una descripción de la vida cotidiana de un indígena en un lugar anónimo que podría ser cualquier tribu de las encontradas por Robledo. Ese capítulo busca presentar en una corta narración un fragmento del universo indígena que fue encontrado por los españoles a partir de una pretendida perspectiva indígena, no occidental. Ahora bien, como aparece más adelante, el flujo de consciencia también fue un procedimiento narrativo usado con el personaje Maitama. ¿Cuáles ideas podrían ser atribuibles a este personaje para estructurar un flujo de su consciencia? Sobre este punto hay una situación particular que me gustaría señalar. Resulta bastante interesante para la creación literaria las posibilidades que ofrece la vida interior de los personajes para dotar de

sentido a los hechos constituyentes de una narración. Me refiero a la posibilidad de imponer a una serie de hechos una cantidad más o menos numerosa de sentidos o interpretaciones, a partir de la vida psicológica de un personaje. En esta novela no hay modificaciones esenciales de los hechos historiográficos, pero sí de su sentido, de las motivaciones individuales de esos hechos y de sus efectos sobre los personajes. Los acontecimientos permanecen intactos, pero las dimensiones íntimas de los personajes no, ellas mismas son una completa ficción en primer lugar, porque no tienen sustento historiográfico y, en segundo lugar, porque hay altas probabilidades de que esa vida psicológica atribuida a ellos nunca hubiera sido tal. ¿Era Robledo un hombre verdaderamente aquejado por las angustias existenciales que se le adjudican? ¿Hubo en el español las motivaciones descritas en la novela para continuar su viaje hacia el lugar en que habitaban las tribus que encontró? Sobre este punto volveré más adelante, cuando hable del personaje Narcizo Estrada, fundador de Aguadas. Para el caso del flujo de consciencia del cacique indígena Maitama, me tomé la licencia de atribuirle una serie de pensamientos existenciales que le sobrevienen cuando su pueblo es atacado por los españoles y él se parapeta en un cerro cercano a la planicie en la cual los invasores descansan con el fin de atacarlos desde allí. Se trata de las reflexiones de un hombre que ve cómo es destruido todo su universo, que ve como todo el mundo que conoce, y él mismo, están en el extremo de la desaparición más implacable e ineluctable y que, sin embargo, se rebela contra ese estado de cosas que quiere anularlo. ¿Son si quiera verosímiles unas reflexiones de esa naturaleza en un hombre como Maitama? No lo sé, acaso sí, acaso no, habría que entrar en una discusión plagada de conceptos

antropológicos y filosóficos que desconozco, supongo, y finalmente, aquello sería irrelevante para la creación literaria.

He usado continuamente la expresión “pretendida perspectiva indígena” por un acto, diría, de honestidad. Esa perspectiva no es más que el resultado de la decisión de darle voz a los indígenas, pero es necesario aclarar que finalmente se trata de la voz del escritor: es el escritor que pretende, a través de su voz, darle una a los muertos.

1.4. La escritura y su desgaste

La primera parte de la novela fue sin duda la más desgastante en el ejercicio de la escritura. Lo fue porque implicaba un esfuerzo constante de la imaginación para la creación de ambientes y la descripción de lugares del todo desconocidos para mí. Yo hice varios viajes a Aguadas por una ruta que pudo haber sido la seguida por Robledo en su conquista, pero me fue imposible visitar los lugares específicos en los cuales Robledo pernoctó y en los cuales se dio ese encuentro vertiginoso con los indígenas. Así que el proceso de escritura obligaba no solo al esfuerzo de la construcción estética, sino al de la construcción elemental, si se quiere prosaica, de escenas y de lugares, esfuerzo que en la segunda parte es menor pues me veo frente a un escenario que conozco y sobre el cual solo debo acudir a mis recuerdos para la elaboración de la diégesis.

Entre los episodios más complejos de narrar se cuentan las batallas entre indígenas y españoles, no solo por la dificultad propia de narrar escenas saturadas de acciones, sino por esa otra dificultad de conocer los rasgos físicos de cada uno de los elementos que constituyen esas escenas. ¿Cómo vestían? ¿Qué armas usaban los indígenas? ¿Cuáles

estrategias de lucha usaban? ¿Cuántos morían en las batallas? ¿Cuántos luchaban? Se trata de preguntas que no me planteé al inicio de la escritura, pero que debí resolver en la medida en que escribía y cuya resolución retrasaba todo el proceso de escritura. ¿Cómo narrar la Batalla de Pozo sin conocer información tan elemental como el número de hombres que hicieron parte de ella, las armas usadas por los indígenas, sus atavíos, o el número de hombres muertos? ¿Cómo escribirla sin tener siquiera una idea del lugar en el cual tuvo lugar la batalla? La escritura de la primera parte de la novela, que me tomó entre enero de 2012 y mediados de 2013, con una serie de interrupciones que no vienen al caso mencionar, estuvo signada por la dificultad de desconocer las características del escenario diegético de la narración.

1.5. *Absalom Absalom!* Arquetipo de *Sobre la Sangre*

La segunda parte de la novela, titulada *El Sueño de Narciso*, es de una escritura radicalmente diferente a la de la primera. El argumento es relativamente simple: un hombre descendiente de españoles y dueño de varias minas de oro es expropiado de ellas por negarse a hacer parte de los ejércitos de la guerra de la Independencia colombiana en el siglo XIX. El hombre decide fundar un pueblo en las márgenes de las convulsiones de su país y al lugar al que se dirige llega con una mujer indígena con la que ha decidido tener su descendencia. La mujer muere en el tercer mes de embarazo y el hombre descubre que el lugar en el que fundó el pueblo es escenario de otra lucha por la posesión de la tierra: el conflicto agrario que desencadenó la llamada Concesión de Aranzazu. Las dificultades de la primera parte de la novela no existían para la segunda: no había el encuentro de dos

culturas, no había el problema ético-estético señalado y la construcción diegética no era tan compleja porque se trataba de un lugar conocido para mí, a pesar de la distancia temporal.

El interrogante principal recaía sobre la estructura narrativa del relato. A pesar de que la primera parte empezaba por la muerte de Robledo, toda esa narración estaba expuesta siguiendo una temporalidad más o menos cronológica. Para el caso de la segunda parte de la novela, una temporalidad de esa naturaleza podría arruinar el ritmo narrativo y hacer monótono el relato, así que opté por hacer uso de una serie de procedimientos usados por Faulkner en su *Absalom, Absalom!* La narración está comprendida por una serie de relatos que se interponen entre sí de modo que el sentido general va apareciendo a medida que se juntan todas las narraciones. Luego de presentado el personaje y de la salida desde Arma hacia la tierra que sería Aguadas, la historia se desenvuelve a partir del relato de uno de los personajes de la novela, quien trata de resolver la pregunta de por qué Narcizo había decidido tener un romance con la mujer indígena. Ese relato, que a su vez permite hablar de Arma y su decadencia, de las condiciones en las cuales se llevó a cabo el éxodo de antioqueños hacia el sur de Antioquia y Caldas, de la decadencia de la explotación minera y la fundación de Salamina, está impregnada de relatos cortos de una voz omnisciente que narra los instantes inmediatamente anteriores a la muerte del personaje principal, Narcizo Estrada. Asimismo, hay un historia intercalada que describe cómo se llevó a cabo la fundación de Salamina y cómo se originó el conflicto agrario por la Concesión de Aranzazu. Aunque los principales métodos narrativos fueron copiados, sí, copiados, de *Absalom Absalom*, el uso de pequeños relatos que interrumpen el curso de la narración principal es

un procedimiento presente en *Go Down, Moses* de Faulkner. ¿Por qué usar esos métodos narrativos? Permiten una cierta dinámica tanto de escritura como de lectura y, por otro lado, obligan al lector a construir a partir de los relatos un sentido de la obra uniendo cada una de las historias que aparentemente son independientes. Esos procedimientos, además, facilitaban el acto de la escritura, si se tiene en cuenta que son muchos los acontecimientos que modelan todo el relato. La escritura de la segunda parte de la novela implicó una serie de dificultades diferentes a las impuestas por la primera parte. Aquí no se trató del esfuerzo por construir una diégesis sobre un contexto desconocido, sino de las dificultades de dotar a un personaje de la profundidad existencial que quería imprimir a Narciso y las de construir su biografía. Sobre Narciso Estrada, fundador de Aguadas, hay muy poca información, más allá de datos generales como su fecha de nacimiento, muerte, nombre de padres, esposas e hijos. Así que era necesario crear una serie de datos en función de las necesidades psicológicas y existenciales de Narciso. El argumento lo había establecido de un modo arbitrario. No es probado históricamente el hecho de que Estrada haya tenido una amante indígena, ni tampoco que su padre haya tenido negros esclavos que él conoció y con quienes estableció una relación que luego sería decisiva para el resto de su vida. Los vacíos historiográficos se llenaron con datos ficcionados creados a partir de las necesidades narrativas y filosóficas del relato. El personaje entonces se convierte en una expresión absoluta de la subjetividad del autor que hace uso solo de algunos rasgos circunstanciales, nacimiento, muerte, edad, padres, hijos, para exponer o construir una idea del mundo y de los hombres a través de él. Se corre el riesgo, sin embargo, de construir un personaje

demasiado introspectivo y convertir el relato en una serie de reflexiones en donde las acciones no tienen importancia. El lector juzgará si así sucedió...

Además de la construcción del personaje había otro gran reto en la escritura de *El Sueño de Narcizo* y tenía que ver con la descripción del conflicto agrario desencadenado entre los colonos y Juan de Dios Aranzazu debido a la Concesión que la Corona española le había entregado al padre de este. La historiografía sobre esos sucesos es más bien escasa y se limita a anotar hechos puntuales de naturaleza política y económica, pero no existen descripciones de los conflictos, los enfrentamientos, las luchas y las víctimas. Las principales fuentes para la construcción de estos episodios fueron *La Colonización Antioqueña en el Occidente de Colombia, Tras las Huellas de la Concesión de Aranzazu* – un documento histórico escrito por el ex líder paramilitar Iván Roberto Duque – y *Colonización, Fundaciones y Conflictos Agrarios*. En cada una de esas obras se señala únicamente la existencia del conflicto pero ninguna describe las características de esas luchas. De modo que los relatos que aparecen en la novela son ficciones cuyo único sustento historiográfico son algunas referencias breves de las obras citadas a presumibles organizaciones campesinas para defender las tierras colonizadas de los intereses de Aranzazu, quien reputaba como suyos los territorios comprendidos desde lo que hoy es Pácora, en el norte de Caldas, hasta los límites de lo que hoy es Neira...

1.6. Una escritura iniciática

Sobre la Sangre: Crónica de una Fundación, significó para mí el primer ejercicio satisfactorio de escritura de una novela. Cuando digo satisfactorio me refiero a dos cosas: por un lado, al hecho de que creo que se trata de una obra con varios logros estéticos que no viene al caso enumerar y, por otro lado, porque creo que esa escritura supuso un reto iniciático de mi intención de seguir escribiendo toda mi vida. Construir escenarios diegéticos, personajes, diálogos, entender el ritmo propio de una narración, construir personajes secundarios, tomar decisiones sobre procedimientos narrativos, sobre temporalidades y aun resolver interrogantes éticos y estéticos que plantea la escritura, son experiencias que, supongo, quedarán para próximas escrituras.

He notado que muchos escritores prefieren ocultar su primera novela. No creo, francamente, ni por alguna eventualidad llegue a ser una medianamente o poco popular, creo que muy poca gente la leerá incluso si alguna editorial llegase a interesarse en ella. Al margen de eso, siento por esta novela un profundo afecto, tal vez, como escribió Dickens en alguno de sus prólogos, porque se trata de un hijo al que dediqué el más honesto e incondicional de los esfuerzos.

2. La novela histórica como acto de rebeldía

Este ensayo no se propone llevar a cabo una problematización de los conceptos de Novela Histórica y Nueva Novela Histórica que los críticos literarios han formulado desde la aparición del subgénero, a principios el siglo XIX, con las obras de Walter Scott. El propósito de este texto es, más bien, indagar sobre las causas de naturaleza diversa no solo de la aparición de la novela histórica dentro del movimiento estético y filosófico del Romanticismo, sino de la continuación del subgénero y las variaciones que ha tenido desde su génesis. Sin embargo, como se verá más adelante, esa indagación no implicará un análisis con demasiado rigor de contextos sociales, políticos, económicos e intelectuales dentro de los cuales han surgido obras que puedan calificarse como novelas históricas. Aunque de un modo inevitable se mencionan algunos rasgos específicos y determinantes de las épocas en las cuales la novela histórica surgió y se desarrolló, la exploración de la causalidad del surgimiento del subgénero tendrá una perspectiva esencialmente estética, entendida esta categoría como la relación que el escritor establece con su época y que desemboca en la escritura de sus obras.

Convengamos, para empezar, en las conclusiones del crítico húngaro Georg Lukács: la novela histórica como subgénero de un tipo de narración al que se le ha denominado Novela, aparece a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX con el autor escocés Walter Scott. Lukács observa además que las características esenciales de subgénero son la inscripción de su trama y argumento en un suceso histórico y la participación de personajes

ficticios dentro de ese marco factual que interactúan con personajes históricos, siendo estos últimos, caracteres de importancia secundaria dentro de la obra. El curso de la narración, en general, se fundamenta en las crisis y peripecias que enfrenta el personaje ficticio en la medida en que los hechos históricos se desenvuelven. Las apreciaciones de Lukács, como lo señala Manuel Silva (2008), no carecen de críticos. Entre sus principales detractores se encuentra, sin duda, Jean Molino, quien sostiene, contrario a Lukács, que existen diversos textos anteriores a Walter Scott que mezclan historia con ficción y que bien pueden contarse dentro del género de la novela (p. 83). Para Molino (1975) la hipótesis del húngaro no está exenta de propósitos ideológicos que ignoran deliberadamente obras precursoras del género y que, más allá, conducen a un error epistemológico: ignorar que la Novela Histórica es un “macrogénero” y la novela histórica romántica un “microgénero”, y situar aquella en el Romanticismo es una visión ideológica (p. 233).

Como lo demuestra Manuel Silva, la tesis de Molino no resiste el análisis que busca establecer las diferencias entre discurso histórico y discurso de ficción y que postula que esas diferencias solo aparecen en los siglos XV y XVI, en pleno Renacimiento. De acuerdo con Silva, la existencia de textos que mezclan la ficción con la historiografía anteriores a Walter Scott se explican por las concepciones ideológicas de la Edad Media que permiten la mezcla de sucesos de naturaleza fantástica y ficticia con hechos reales para explicar fenómenos históricos. “Con la aparición de la distinción entre discursos históricos y discursos de ficción es posible entender el uso de esos dos tipos de discursos en una misma narración, lo que viene a ser el elemento característico de la Novela Histórica” (Silva, 2008,

p. 84).

Ahora bien, luego de convenir en la aparición del subgénero con las obras de Walter Scott, se puede pasar a lo que es la materia principal de este ensayo: ¿cuáles son las causas, desde el punto de vista artístico y de la relación del escritor con su tiempo, que permiten el surgimiento de la novela histórica”?

Lukács aporta una respuesta a ese interrogante al postular la obra *Waverley* de Scott, publicada en 1814, como la primera novela histórica y al afirmar que el subgénero se consolida en un ambiente social y político condicionado por las ideas de la Revolución Francesa. Para Lukács este acontecimiento desencadenó, entre otros cambios, un novedoso sentido de la historia derivado de las ideas de la Ilustración, sentido que en la literatura se reflejó en la relación que algunos escritores establecieron con el pasa. Específicamente, el filósofo húngaro afirma que “estos acontecimientos, esta revolución del ser y de la conciencia del hombre en Europa constituyen la base económica e ideológica para la creación de la novela histórica de Walter Scott” (Lukács, 1966, p. 29).

El clima romántico

En un contexto artístico, la novela histórica surge como parte del movimiento cultural y estético del Romanticismo. Esta estética, definida como una corriente que se oponía al Clasicismo en el terreno de las artes y, en el de la filosofía, como una oposición a los ideales de universalización y de racionalismo que habían surgido durante el Renacimiento en el siglo XVII, postulaba una vindicación de lo individual sobre lo universal, de lo que es incognoscible sobre lo racional, de los sentimientos e instintos sobre el intelecto y de la naturaleza sobre la civilización. Sin embargo, cabe preguntarse: ¿cómo es que la elaboración de una narración histórica surge como efecto o, al menos, como una manifestación de la sensibilidad romántica de los siglos XVIII y XIX y hasta dónde esa narración satisface o está en consonancia con los ideales del Romanticismo?

Una respuesta a ese interrogante puede hallarse en la obra ya citada de Manuel Silva quien afirma que a principios del siglo XIX, en el contexto de la Revolución Francesa y la crisis cultural que ese fenómeno supuso, había una especie de “demanda de historia”, una necesidad por remitirse al pasado como fuente de entendimiento del presente y de elaboración de un proyecto cultural futuro. “Recordemos, como se dijo en el capítulo anterior, que a comienzos de ese siglo (XIX) había una ‘demanda de historia’. Y esa fue una de las circunstancias sociales que contribuyeron al establecimiento del género” (Silva, 2008, p. 58). En otro fragmento de su ensayo Silva sostiene que la Novela Histórica fue “una solución literaria que aprovechando su propia tradición buscó respuestas a una variedad de inquietudes – como la cuestión de la identidad y el sentido del presente – surgidas por la

convergencia de una serie de factores...” (p. 86). El crítico literario Noe Jitrik concuerda con la idea de que el surgimiento del subgénero es una alternativa a una crisis cultural de inicios del siglo XIX. De acuerdo con el argentino, la novela histórica es “una típica y clara respuesta específica a una crisis que involucra a la sociedad y a los individuos” (Jitrik, 1995, p. 9).

No obstante, lo que no es del todo claro es el sentido de esa respuesta ante la crisis, el significado y la naturaleza de esa reacción que constituye la novela histórica ante fenómenos – el Romanticismo y la Revolución Francesa – que buscan subvertir la esencia de las categorías culturales de su tiempo.

La respuesta, pasando al campo de la conjetura, pudo haber sido una especie de potenciación de los valores dominantes de la época. Es decir, la novela histórica pudo haber sido una corriente literaria tendiente a reforzar el proyecto cultural de universalización y racionalización predicado por las clases dominantes de los albores del siglo XIX. Sin embargo, el fenómeno fue exactamente el opuesto: el subgénero dio, en sus primeras manifestaciones, una serie de obras que inscritas en la corriente del Romanticismo buscaban en el pasado una vía de escape a las condiciones del presente y, por tanto, una oposición al proyecto cultural que se vislumbraba con la Revolución Francesa.

La novela histórica constituye, para ponerlo en términos contemporáneos, una tentativa de ruptura con la narrativa social, política y cultural predominante, una negación de los valores de la época, una puesta en juicio de un proyecto. Fundamentalmente, un acto de rebeldía.

De Scott a la NNH

La conclusión inmediatamente anterior no deja de ser conflictiva cuando se atienden los rasgos establecidos por Lukács y otros teóricos como distintivos de subgénero de la novela histórica. A saber, tales elementos son:

- El propósito de reconstruir una época del pasado.
- La descripción de ambientes.
- La invención de una fábula de corte sentimental que mezcla elementos ficticios e históricos.
- La intervención en segundo plano de los personajes históricos.
- La historia como trasfondo sobre el cual se desarrolla la fábula.
- La construcción de un héroe ficticio “medio” en cuanto a la clase social a la que pertenece.
- El predominio de la acción.
- Los acontecimientos enlazados en una estructura cronológica y causal.
- La captación del interés del autor a través de cambios en las peripecias, en el suspense y la curiosidad.

- La orientación didáctica de la novela, su interés en muchos casos por complementar el conocimiento proporcionado por la historiografía o de tratar sobre épocas desconocidas por la disciplina histórica.
- La utilización de una retórica de veracidad, afín al discurso decimonónico de la historia (Silva, 2008, p. 90).

A primera vista podría resultar difícil sostener la idea de una actitud artística de rebeldía en las primeras novelas históricas de Scott, cuando sus diégesis se construyen en consonancia con documentos históricos y no buscan hacer una revisión, revaloración o poner bajo interrogantes los hechos históricos. Podría decirse que contrario a una actitud rebelde, lo que se puede hallar en las obras de Walter Scott son reconstrucciones pasivas de fragmentos históricos que no buscan subvertir el discurso historiográfico de la época, como si ocurrirá más adelante con lo que Seymour Menton ha denominado la Nueva Novela Histórica, NNH. Sin embargo, si bien es claro que las novelas de Scott dejan intacto el marco histórico del cual hacen uso para la construcción de sus diégesis – por lo cual puede impugnarse de golpe la idea de una actitud rebelde de su parte – no puede olvidarse que su inclinación a la subversión no se halla tanto en el contenido de sus obras sino en la naturaleza misma de sus novelas. Scott, como los románticos, se vuelca hacia el pasado en una época que, aunque “demandaba historia”, como lo dice Silva, está en plena construcción de su futuro y ávida de liberarse de los valores imperantes en su pasado inmediato. Como se sabe, la Revolución

Francesa es un período de conmociones políticas, sociales y culturales en las que sus defensores buscaban, a cualquier precio, el establecimiento de una sociedad aparentemente más igualitaria que aboliera las figuras de los reyes y los nobles y, en el plano intelectual, que estableciera de una vez por todas las categorías racionalistas como las únicas que permitirían explicar y ordenar el mundo y la sociedad. Las obras de Scott poseen esa aura de melancolía y de deseo de regreso a un pasado idealizado propio de las tendencias románticas, en una época convulsa que, aunque décadas después habría de ser señalada por los historiadores como el camino correcto que la historia debió tomar, para quienes la atestiguaron no estaba exenta de dudas y brutales contradicciones. La rebeldía en Scott fue de la misma naturaleza que la de Samuel Taylor Coleridge o Samuel Wordsworth: no eran unos reaccionarios ante a una revolución que se desenvolvía frente a ellos mismos. No, Scott fue un rebelde al estilo romántico: se negaba, como los poetas citados, a una concepción de lo humano como meramente racional y a abandonar las inclinaciones irracionales y los sentimientos, no solo como elementos constitutivos de la naturaleza humana, sino como fuentes de creación intelectual y artística. Es, básicamente, un rechazo vital y rotundo a una concepción, para ellos incompleta, de todo lo humano.

Seymour Menton afirma que la Nueva Novela Histórica, NNH⁵, surgió en un contexto de crisis sociales, políticas y culturales, como respuesta a la decadencia de un conjunto de valores o como negación y crítica del surgimiento de otro. Seymour (1993) afirma:

...Aunque la crisis de las últimas décadas no se puede explicar por un solo suceso histórico como en el caso de España de 1898, los siguientes acontecimientos a partir de 1970 - que voy a comentar brevemente en seguida-, lo mismo que la perspectiva para el futuro lejano, no son nada halagüeños y por lo tanto los autores de la NNH o se están escapando de la realidad o están buscando algún rayito de esperanza para sobrevivir (p. 52).

El crítico, además, enumera fenómenos históricos como las dictaduras del cono sur de América, la fragmentación de la Unión Soviética y la “pérdida de la fe” en la revolución así como la crisis política y económica general de todos los países latinoamericanos en la segunda mitad del siglo XX (p. 53). Del mismo modo que, de acuerdo con Manuel Silva, para inicios del siglo XIX había una demanda de historia en la Europa que vivía la Ilustración y acudía al desenvolvimiento de la Revolución Francesa, en la obra de Menton se destaca un interés creciente, en la segunda mitad del siglo XX, por la historia de América Latina, en especial por los relatos sobre los universos indígenas. Ese interés, además, se carac-

⁵ No entraré a discutir el concepto de Nueva Novela Histórica establecido por Seymour Menton y criticado, entre otros, por Lukazs Grützmacher en su ensayo ‘Las trampas del concepto ‘la Nueva Novela Histórica’ y de la retórica de la *historia postoficial*’. En su obra, Menton sostiene que la NNH surge en 1975 con la aparición de la novela de Alejo Carpentier *El arpa y la sombra*. Según Menton, la NNH se caracteriza por seis rasgos esenciales, entre los que se cuenta el uso mecanismos narrativos como la metaficción y el anacronismo histórico, así como la distorsión deliberada de hechos historiográficos. Tales rasgos, sostiene el autor, diferencian la NNH de la novela histórica romántica en la que el marco histórico que servía como diégesis permanecía intacto en relación con la historiografía. Para Grützmacher la oposición entre novelas “nuevas” y “tradicionales” carece de fundamento, y propone su propia visión de estos textos en términos de ficcionalización de una “historia postoficial”, que introduce su propia problemática y su peculiar retórica (2006: 145).

terizaba por un deseo de subvertir la historia oficial sobre el descubrimiento, la conquista y la colonia en el continente. “Naturalmente, acerándonos como estamos haciéndolo, al celebratorio año de 1992, tenía que ser atractiva una historia que invirtiera los términos culturales en que hemos vivido durante 500 años sin haberlos puesto en discusión ni planteado su legitimidad...”, afirma Menton citando al crítico literario uruguayo Jorge Rufinelli (p, 50).

Menton establece, por otra parte, los que para él son los seis rasgos distintivos de la NNH:

1. La subordinación, en distintos grados, de la reproducción mimética de cierto periodo histórico a la presentación de algunas ideas filosóficas difundidas en los cuentos de Borges.
2. La distorsión consciente de la historia mediante omisiones, exageraciones y anacronismos.
3. La ficcionalización de personajes históricos, en oposición a la fórmula de Walter Scott, que creaba personajes no históricos en tramas históricas.
4. La metaficción o los comentarios del autor sobre el proceso de creación literaria.
5. La intertextualidad.
6. Los conceptos bajtinianos de lo dialógico, lo carnavalesco, la parodia y la heteroglosia (p, 42 – 45).

¿Por qué, para seguir con mi tesis, la NNH con las características descritas por Menton puede entenderse como un acto de rebeldía artística? Para este caso, la argumentación sigue la línea propuesta por Menton al sostener, como causa del surgimiento de la NNH, una tentativa de escapismo de la realidad y de subversión de la historia por parte de los autores. A diferencia de las obras de Scott, las novelas calificadas como NNH no se proponen un regreso al pasado al estilo romántico como negación del presente y el futuro. Las NNH lo que buscan es una negación del pasado histórico - negación que se lleva a cabo como satirización, modificación o adulteración - y que es un efecto de, como se dijo anteriormente, la crisis de una narrativa dominante en el campo político, social y cultural. Las novelas históricas latinoamericanas de segunda mitad del siglo XX - incluso las que Menton no reconoce como NNH pues no cumplen con los criterios arbitrarios que postula, entre las que se cuentan *Cien Años de Soledad*, *El General en Su Laberinto*, *Terra Nostra*, *la Muerte de Artemio Cruz* y *Conversación en la Catedral* - exponen una pérdida esencial de la fe, de la esperanza en un proyecto histórico cualquiera. Un ejemplo altamente elocuente de esa desesperanza esencial es la sentencia final de *Cien Años de Soledad*: “las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra”. Resulta paradójico que muchas de ellas, como es el caso de *Conversación en la Catedral*, *La muerte de Artemio Cruz* o *El otoño del Patriarca*, denuncien entramados de corrupción y expongan los niveles de decadencia y degradación humana a los que pudieron llegar figuras arquetípicas del dictador latinoamericano, pero a la par no enuncien la posibilidad de un estado de cosas diferente o, cuando menos, de un futuro menos oscuro. Otras, como es el caso de *Los pe-*

rrros del paraíso, construyen su diégesis en períodos históricos amplios en los que se incluyen temporalidades como las de la conquista y desarrollan las tramas con propósitos satíricos en tonos de comedia, lo que incluye la “adulteración” de los hechos historiográficos. En ambas tendencias, como se ha dicho, es notorio un pesimismo histórico manifestado bien sea como una enumeración de lo atroz o como una burla de lo históricamente establecido. Los escritores de la NNH, podría decirse, no tienen hacia dónde dirigirse: están exentos de esa cierta ingenuidad romántica que era la base de la idealización del pasado, pues entendían muy bien que el relato de ese pasado era, cuando menos, sospechoso, y tampoco tienen suficientes razones para asirse al presente y para poner su fe en un proyecto futuro. Si la obra de Scott denota una ruptura con la narrativa que venía estableciendo la Ilustración y con el proyecto de la Revolución Francesa, las novelas históricas latinoamericanas presentan una separación mucho más radical: con el pasado oficial narrado por la historiografía dominante, con el presente sumido en crisis y con la imposibilidad de inscribirse en un proyecto futuro. Los autores de novelas históricas latinoamericanas son portadores de una soledad extrema y testigos de una época preñada de pesimismo. Sin embargo, ese pesimismo y esa soledad no son la causa de sus posturas estéticas sino más bien, el efecto de una actitud rebelde. La negación frente a la narrativa dominante y su rebeldía frente a un presente cuya oscuridad es inevitable para ellos, los conduce bien sea a la monstruosa soledad de quien enumera atrocidades o a la no menos monstruosa de quien lanza una risa amarga sobre su tiempo.

2.3. *Sobre la Sangre*, ¿una ruptura con ambas tradiciones?

Sobre la Sangre, *crónica de una fundación*, podría ser analizada dentro de la corriente de la novela histórica romántica tanto como a partir de las nociones de la NNH. El análisis dependerá de los rasgos de la novela que quieran ser priorizados.

Sobre la Sangre, a tono con la novela histórica romántica, deja intacto el marco historiográfico que ha servido como materia de la narración. Sin embargo, es una novela que carece del rasgo esencial de las novelas de Walter Scott: no construye una idealización del pasado que le sirve como diégesis. Básicamente, aunque opera dentro de lo que podría llamarse una oficialidad histórica, el propósito ideológico o narrativo es diferente al de las novelas del romanticismo histórico. Ahora bien, si se analiza desde la perspectiva de la NNH, es evidente que *Sobre la Sangre* presenta algunas de las características enumeradas, no sin arbitrariedad, por Seymour Menton en su análisis citado: los hechos históricos no hacen parte del recorrido vital del escritor, los personajes principales son históricos (Jorge Robledo y Narcizo Estrada) y los secundarios también lo son, y, si se quiere, la narración presenta algunas ideas filosóficas presentes en algunos cuentos de Borges⁶. No obstante, *Sobre la Sangre* carece de un lenguaje carnavalesco y paródico así como de procedimientos metanarrativos y, ante todo, no presenta una distorsión - no al menos deliberada - de la

⁶ Habría que ser más exacto en lo que tiene que ver con “las ideas expuestas en las obras de Borges”, según lo menciona Menton. Se trata de ideas recogidas, básicamente, de pensadores griegos como Heráclito, Aristóteles, Pitágoras, entre otros, que proponen paradojas matemáticas y explicaciones de lo real y no real. No son precisamente ideas borgianas. El término borgiano, por otra parte, se usaría con mayor exactitud al utilizarlo para referirse a una prosa asaz rica en referencias filosóficas y literarias, erudita y, muchas veces, excesivamente adjetivada. Para volver al tema de las ideas filosóficas que predominan sobre la reproducción mimética como elemento distintivo de la NNH, en el caso de *Sobre la Sangre*, ese elemento filosófico está dado ante todo por Dostoyevski, Camus y Sartre.

historia mediante “omisiones, exageraciones y anacronismos”.

Como dije, *Sobre la Sangre* podría ser calificada bien como NNH o como una novela histórica romántica de acuerdo con los rasgos que prevalezcan dentro del análisis. Como consecuencia de esa posibilidad, también cabe decir que *Sobre la Sangre* no podría ser considerada dentro de ninguna de las dos corrientes, argumentando que no posee ninguno de los atributos esenciales y definitorios bien sea de la novela romántica - una intención de idealizar el pasado - o de la NNH - un propósito de negar el relato oficial.

Esta novela busca una interpretación del pasado que, aunque no pretende “distorsionar” la historia, sí se propone darle un sentido diferente a los hechos historiográficos, lo que, en cierto sentido, podría calificarse también de distorsión, aunque no sea ese un objetivo del autor. *Sobre la Sangre* trabaja menos sobre los hechos que sobre las motivaciones de esos hechos, menos sobre los efectos que sobre las causas psicológicas e intelectuales de esos efectos. Se trata de operar sobre un terreno esencialmente conjetural: ¿cómo conocer las contradicciones, el recorrido psicológico, las ideas y todo el trabajo mental previo a la ejecución de un hecho cualquiera en cualquier personaje histórico? ¿Cómo saber, por ejemplo, cuál era el estado mental de Colón al descubrir América o cuál el de un conquistador como Cortés a su llegada a Las Indias? Y, mucho más allá: en caso de que algunos indicios pudieran darnos a entender algo sobre la corriente de pensamiento e ideas de uno de los personajes del ejemplo puesto, siempre es posible adjudicarles pensamientos diferentes, incluso opuestos, que no necesariamente conducen a una modificación de los hechos, aunque sí cambian su sentido.

En la construcción de Robledo como personaje principal de la primera parte de *Sobre la Sangre* no hay modificaciones historiográficas. No al menos de la historiografía que sirvió como base para la elaboración del personaje. Ahora bien, los archivos históricos sobre el mariscal Jorge Robledo son limitados y la información sobre periodos importantes para la narración, como por ejemplo su infancia, es casi nula. En esos fragmentos cronológicos de la vida de Robledo, *Sobre la Sangre* presenta toda una elaboración ficticia que, además, permite crear el perfil psicológico del personaje.

A partir de la salida de Robledo desde Cali hacia el norte – travesía en la que descubre los territorios que hoy son el norte del Valle, parte de Risaralda, Caldas y Antioquia – la narración se atiene a los documentos históricos en fechas y sucesos. Sin embargo, en el terreno psicológico todo se hace conjetural - no ficticio pues es imposible tener un punto de vista a partir del cual establecer que un flujo de pensamiento es o no verdadero.

Sobre la Sangre inscribe dentro de un marco existencialista la vida de Jorge Robledo. Es improbable que las ideas y las tendencias psicológicas que la novela le atribuye a Robledo se hayan presentado efectivamente e incluso puede argumentarse que, siguiendo un patrón psicológico de las personalidades de los hombres que realizaron la conquista, sean inverosímiles. *Sobre la Sangre* no pretende sostener una discusión de esa naturaleza sino, simplemente, poner sobre un escenario brutal, extremo, de exterminio masivo y de un choque cultural desgarrador, un conjunto de ideas modernas sobre lo que podría denominarse “el destino del hombre sobre la tierra”.

Es una mirada ulterior del descubrimiento y la conquista de América que le atribuye a Jorge

Robledo una especie de lucidez desoladora, lucidez que lo conduce a concluir, aunque de un modo oscuro, que había una profunda arbitrariedad y crueldad que despeñaban a un abismo un destino colectivo erigido, precisamente, sobre la sangre y el sufrimiento. No hay duda de que se trata de una interpretación contemporánea de la conquista influida por los relatos que intentan deconstruir la historiografía oficial de ese período histórico, pero es una interpretación que no se hace como vindicación del universo indígena y ni siquiera como una narrativa de un grupo que ha sido históricamente marginado - los perdedores -, sino como un punto de vista de los “ganadores” que se juzgan a sí mismos. La obra tampoco asume un lenguaje carnavalesco o paródico pues, como se ha dicho, su propósito no es negar los acontecimientos historiográficos, sino más bien, penetrar lo más hondo posible en toda la dimensión trágica y perturbadora de unos episodios específicos de la conquista. *Sobre la Sangre*, entonces, si bien contiene elementos propios de ambas corrientes de la narrativa histórica, en esencia constituye un alejamiento de esas dos tradiciones, alejamiento que es también una expresión radical de rebeldía: la negación del sentido que la historiografía oficial le ha dado a una serie de acontecimientos históricos, así como la negación a esa inclinación ingenua a creer en un pasado romántico que es un engaño de la nostalgia; pero también, la negativa a refugiarse en la comedia o la parodia como evasión a un acercamiento directo y crudo a toda la brutalidad que se esconde en nuestra historia. *Sobre la Sangre* es una novela sobre la soledad esencial del hombre que descubre la locura que subyace a todo acto humano y que a su vez comprende que es imposible sustraerse a esa fiebre.

Capítulo primero. Octubre de 1546. Loma del Pozo

Era el crepúsculo. Al pie de la montaña estaban los hombres esparcidos. Los rodeaba un silencio pleno, turbador: una mirada de cólera y desenfreno en sus rostros, en los rostros de ese conjunto de cuerpos agotados por el hambre. Atrás de ellos la campiña irregular se interrumpía por estribaciones bruscas que limitaban en el fondo con un corredor de montes oscuros. La montaña, adelante, se extendía delicada y húmeda, su tierra removida blandamente por los cinco soldados que la ascendían: se detenían, hacían movimientos con sus brazos y continuaban arrastrados sobre el barro, recostados en él. Sobre el dorso de la campiña debajo de ellos, hacia su izquierda, vieron una luz azulada dilatarse hasta la base de la montaña dejando una masa negra y profunda en la llanura. Alcanzaron la línea recta de niebla que recortaba la cima: la niebla, con su vasto movimiento de profundidades.

-Ya no se ven señor. Están más arriba de la línea de la niebla – el hombre llevaba su armadura bien ceñida, el casco cargado a la altura de la cintura.

-Entonces prepare usted a los otros. Vamos a ver con qué nos sale el mariscal – respondió el otro hombre mirando hacia la montaña que se perdía en la masa negra de aquella niebla de madrugada. Algunos de los soldados dormían, otros observaban el ascenso de los cinco recostados sobre los árboles. Alrededor los caballos pastaban

mansamente, hombres y bestias igualados en la luz lánguida del crepúsculo.

-Preparen los arcabuces – gritó el que llevaba el casco sobre la cintura.

El grito atravesó el espacio que apenas se iluminaba, débil y penoso sobre la tierra ancha. Los soldados se levantaron despertando con una especie de murmullo a la vez metálico y opaco: la falange ordenándose sobre el terreno.

Siete tiendas estaban dispuestas en la planicie escasa de la cima de la montaña: un ámbito de fragilidad sobre ellas y, no obstante, rudas con sus pieles reseca y ásperas. Alrededor tres hombres caminaban lentamente. Se cruzaban, se detenían y observaban la oscuridad que iba decreciendo con un gesto de sospecha. En la tienda más grande dormía Robledo – penosa e informe, desdibujada por la oscuridad, destacándose apenas las líneas perpendiculares a la tierra de los maderos que sostenían la piel. El grupo de indios que la rodeaban permanecían despiertos, los ojos gigantes y confusos mirando hacia la llanura baja o hacia los rostros de los otros con una callada tensión de animal: la percepción que todos los siglos de vida en la oscuridad de esa tierra les había infundido. Luego hubo una conmoción, una variación en el aire casi imperceptible y sin embargo definitoria: como de golpe, en una bocanada silenciosa, la luz azul se tornó naranja y en el fondo se establecieron con dureza las siluetas de las montañas, serenas y eternas, desoladoras sobre los

hombres minúsculos. Un bajo sonido de pies arrastrados atravesó la niebla en que los tres que vigilaban se movían: uno de ellos – la barba negra descendía por sus pómulos y se interrumpía hacia el mentón dejando líneas irregulares de vellos, el rostro oriental de cejas pobladas y tez morena – corrió hacia la tienda de Robledo torpemente.

-Ah, señor mariscal. Levántese que está el Adelantado junto a nosotros- la voz convulsa llenó la tienda en que Robledo dormía.

Yacía sobre un tapiz en el suelo de tierra. A un lado descansaban dos cofres de madera, en el otro, una vela pequeña casi consumida iluminaba con intermitencias el interior de la tienda que parecía ser devorado lentamente por la oscuridad. Se extendió crispado sobre las mantas. Tardó un momento en incorporarse comprendiendo apenas esas palabras tumultuosas que le sorprendían en el sueño: el rostro y el dorso adquiriendo una tensión de desesperado: pero no era temor, no era cobardía, era una angustia creciente originada por la experiencia anticipada de la muerte que se le revelaba ahora como un abismo de soledad sobre el que era escupido y en el que nada había de familiar que pudiera servir de descanso o abrigo.

Después de haber cruzado aquella tierra y haber mirado hacia el cielo cada noche, encontraba que no podía concebir nada más allá de todo eso. La muerte le trastornaba precisamente por esa nada que representaba para él, esa nada en la cual la conciencia que él tenía de sí mismo y de todo cuanto observaba iba a ser suprimida. ¿Cómo era posible pues aquella supresión? ¿Cómo era posible que el hilo de su existencia sufriente fuera cortado para quedar en nada, en la nada del

pasado, en una memoria acaso? (Todo esto formándose de un modo inarticulado, como un oleaje que le avasallaba, una emoción fragmentada y oscura e implacable que se disgregaba en él y de la que solo le quedaba con horrible claridad una angustia).

Tomó rápidamente el hacha y la espada. En la entrada de la tienda vio el rostro descompuesto del soldado que lo veía, Robledo moviéndose con agilidad, con un dominio afligido y lúcido de su cuerpo. Salió, hacia el fondo el sol ascendía inmenso irradiando una luz naranja sobre las montañas moteadas de fragmentos oscuros en los que no penetraba la luz. En un instante brevísimo pero experimentado con violenta intensidad, observó el cielo despejándose, un tono azul que se hacía más profundo hacia el occidente: aquella vastedad intacta e irrevocable que significaba para él una experiencia como de abismo, infinita y sin embargo empobrecedora. A su derecha vio a los indios agrupados mirando con temor la línea de hombres que rodeaban todas las tiendas con sus armas listas. Algunos de los suyos salían apenas instalándose a su lado con un murmullo de hierros y tierra removida. Los otros habían dejado sus caballos abajo de la loma. A la derecha de Robledo las bestias se mantenían en un instante de suspensión con sus ojos solemnes viendo a los hombres. Uno de sus soldados se acercó rápidamente y murmuró a su oído:

-Ataquemos señor, nosotros tenemos caballos.

-Ya no hay tiempo- respondió, un murmullo tan débil como el del soldado. Había observado y sentido con rapidez el silencio de los hombres de Benalcázar: había en ellos una especie de ironía:

ordenados alrededor parecían a la expectativa de cualquier acto juzgándolo risible y penoso.

-Bienvenidos seáis- pronunció en un esfuerzo absurdo.

-Bien hallado- respondió Benalcázar. Veía desde su posición el cuerpo delgado de ese hombre semidesnudo que sostenía un hacha y una espada.

-¿Qué es lo que deseáis?- preguntó Robledo.

-Que os desarméis y entreguéis en paz, señor mariscal- respondió Benalcázar observando ahora todo el grupo de los cincuenta hombres que se iban reuniendo alrededor de Robledo.

Dos soldados de Benalcázar cruzaron diagonalmente el espacio que los separaba, sus sombras cayendo débiles sobre la tierra, rompiendo grotescamente esa quietud insoportable que se había formado entre los dos grupos de hombres. Habían ascendido por el lado opuesto y ahora llevaban atados a dos de los capitanes de Robledo, exhaustos, el rostro y el cabello húmedos de sangre. Robledo los vio cruzar, el sentimiento de humillación emergiendo en él desolado y arrasador.

-¿Y así es como queréis que nos desarmemos?- antes de terminar sintió un ruido agudo casi imperceptible atravesarle con furia los oídos e instalarse sobre su cabeza. Impotente, paralizado hasta los tobillos, el barro se adhería a su rostro llegando hasta los ojos: había sido golpeado con un madero atrás del cuello y ahora yacía sobre el barro después de caer súbitamente con un ruido miserable de agua sucia. El grupo de soldados de Benalcázar se desbandó sobre los otros, pero lentamente, caminando, los otros quietos, tolerando la

humillación y el miedo de ir cayendo golpeados. Benalcázar permaneció en su sitio. Había un soldado junto a él, sostenía el casco en sus manos.

-Ah capitán, éste sí que es bien avezado. Resultó muy noble el mariscal- Benalcázar lo miró con un gesto de sonrisa confusa. Miró luego hacia el grupo desordenado y ruidoso de hombres.

-Sí- dijo -, pero ahora no sé muy bien qué voy a hacer con él.

-Hay que matarlo capitán. ¿No ve que si no le va a robar todo esto?- dijo el otro señalando con su brazo hacia la tierra que se aclaraba en el crepúsculo agotado. Benalcázar se mantuvo silencioso por un momento viendo la campiña que se extendía bajo la loma.

-Éste creyéndose gobernador-, dijo- si todo esto es mío.

El cuerpo fue conducido al interior de la tienda. Alrededor, los indios habían roto el silencio con una algarabía salvaje: otra vez sobre la tierra, otra vez desde esos pocos años que adquirían dimensiones horribles para ellos y para los españoles, se oyó aquella expresión desesperada de un horror puro: los soldados empezaron a golpearlos.

II

Luego, en el curso de la tarde, aquellos hombres se entregaron con voluptuosidad a ejercer una crueldad sistemática y minuciosa con los indios.

Aquellos hombres con sus rostros barbados y requemados, no-afligidos, degradados por una especie de ambición encolerizada que los había impulsado sobre la tierra numerosa, los había sometido al hambre y ciegamente los había devuelto a un antiguo salvajismo en el que cada uno seguía viviendo y gritando: desde los primeros años después de su llegada, lejanos y remotos en la conciencia de muchos de ellos, extraviados en un pasado que se les presentaba no como hechos irrevocables sino como una imposibilidad misma de llegar siquiera a ser concebidos; desde esos años del primer desconcierto y la fascinación primera ante la tierra extraña y nueva y los hombres extraños, habían ejecutado una descenso, no sobre la tierra, no sobre los ríos, sino sobre ellos mismos, complacidos en una actividad de indolencia y desenfreno extremos. Habían remontado en días lentos de espacio, llenos a reventar del ruido constante y trastornador del río y de la crepitación incesante de la selva, aquella tierra cuya fecundidad era devastadora. Habían padecido hambre, habían reconocido esa otra raza de hombres que los alimentó para ser luego subyugada, aniquilando su universo oscuro para ellos y que habría de permanecer oscuro e inescrutable cuando otros hombres, años después, décadas y siglos después, hastiados y vencidos, quisieran descubrirlo.

Dos indios fueron asesinados con el mismo madero que golpeó a Robledo – habían intentado escapar, cinco españoles corrieron tras ellos mientras los demás los observaban con serenidad. Fueron atados a una guadua. Mientras se revolvían con la mirada levantada, un soldado los rodeaba lentamente. Al fondo un hombre desnudo arrastraba una india, la golpeaba y al momento siguiente deslizaba

con delicadeza las manos sobre sus senos. Varios hombres desnudos repetían la escena alrededor, cruzados por los gritos de los que morían azotados. Después quedaron los cadáveres en medio de las tiendas, de las bestias y de los hombres, atados a la guadua con los brazos levantados. El sol caía con dureza instalado sobre el cielo azul, manteniendo sus explosiones terribles e indiferentes.

Adentro de la tienda Hernández leía a Benalcázar, ambos de pie: Hernández, la piel blanca, algo robusto y de baja estatura. Benalcázar, un hombre moreno y recio, el rostro óseo de ceño duro y montaraz. Oía a Hernández sintiendo cómo surgía y se desarrollaba en él un rencor sordo y agudo. Robledo había despertado hacía poco, aturdido aún, sintiendo más leve el sonido que como una línea le atravesaba las sienes. Los dos hombres que estaban de pie habían saqueado sus pertenencias buscando el baúl en que debía tener el oro que llevaba desde Anserma. Al encontrarlo hallaron también unos sobres sellados en los que Hernández leyó: “A vuestra excelencia, Señor y Poseedor de Las Indias por providencia de Nuestro Señor Jesucristo”. Lo había leído torpemente, Benalcázar apenas observó unas líneas regulares, trazos familiares pero indescifrables. Desde ahí sentían una serenidad de lamentos y risas cansadas que empezaban a disminuir. Los soldados estaban repartidos sobre la hierba, calmos ya, sucios, una jauría dormida en el atardecer extendido calladamente con golpes de sol moribundo. Vieron a Robledo despertar, semidesnudo, arrinconado y reducido delante de los dos que le miraron indiferentes como si observaran el movimiento inesperado de un objeto. Salieron de la tienda y caminaron lentamente entrando en el espacio desordenado de

cadáveres y cuerpos yacientes.

-Si eso lo lee el rey y se conoce por aquí, todos los otros nos van a matar quemados- dijo Benalcázar.

-Pero ya nadie se va a enterar. Ojalá no haya abierto mucho la boca mientras caminé por aquí. Capitán, yo le dije, hay que matarlo y luego decir que lo matamos a él por traición al Rey, por usurpar sus tierras. Así salimos nosotros y Pizarro limpios.

-Cuando Pizarro se entere de que él quería mandar esas cartas a España, va a querer sacarle los ojos y echárselo a los perros-. Mientras caminaban observaban indolentes los cadáveres y los otros indios disminuidos, temerosos. Se detuvieron. Benalcázar miró fijamente a Hernández: los ojos duros de ese rostro campesino y feroz suspendidos por un momento de indecisión.

-Sí- dijo. -Matémoslo, pero a porrazos-. La idea había surgido ciegamente, como una erupción, dictada por la cólera.

-Capitán, nadie puede ir por ahí diciendo que somos unos traidores-, replicó Hernández complacido. Miró a su alrededor y con un clamor que deshizo la calma lamentable de los soldados gritó:

-Juntad a los de Robledo y a esos indios también, despejad el lugar y traed una guadua.

Adentro de la tienda Robledo oyó el grito. Ahora estaba sentado, sediento. De modo instantáneo la angustia que había padecido días antes y se había intensificado horriblemente la noche anterior desapareció, dejó de ser contradicción para ser no más que un abandono último, desesperado, como si su espíritu no soportara más

la tensión y se hubiese relajado al igual que el cuerpo de quien muere ahogado se desmaya en el momento de mayor sufrimiento.

-Matarme quieren sin falta- se dijo con languidez.

Comprendió que hasta ese momento había mantenido una esperanza.

III

Hacia el occidente continuaba la escena de inmensidad desolada. Sobre las lejanas montañas el sol se hundía como en un abismo. Alrededor de las líneas rojas y naranjas que se formaban en esa luz última persistía un silencio que profundizaba el abandono indolente de la tierra inmensa. La tierra, presentada irrevocable como perteneciendo a un universo no-discernible desde el que los hombres y sus obras adquirirían una perspectiva despreciable, a la vez que el universo entero tomaba dimensiones aplastantes que el hombre no concebía. Todo se había precipitado desde la resolución de Benalcázar: Robledo había visto un movimiento minúsculo y diligente entre los soldados que arrastraban los cadáveres y disponían el centro del lugar con una guadua. Luego había dicho “traíganme un sacerdote”, desnudo el tronco del cuerpo, las carnes delgadas con las estrías que formaban sus huesos. El cura había entrado en silencio y permanecía erguido como un objeto proveniente de un mundo que Robledo observaba callado pero que sentía remoto, infranqueable, absurdo. El sacerdote ordenó un crucifijo y un pequeño frasco sobre las mantas que yacían en el suelo. “Cuéntame tus pecados”, dijo con una fría piedad, los ojos rodeados de un aura oscura habiendo en ellos una especie de esfuerzo constante, como si trataran de cerrarse. “Hijo mío, tienes

que confesar delante de Dios”, continuó, Robledo a su lado, sentado con el mismo gesto de los indios que no comprendían el lenguaje de los clérigos cuando éstos les hablaban de Dios, la barba invadiéndole el rostro y la columna arqueada. Luego no pudo seguir las palabras del sacerdote, sólo las oyó resonar en él *gloria, Dios, Cristo, pecado pecado, cielo, infierno, misericordia, piedad* resonaban y morían después como si fueran pronunciadas en un desierto. Desde ese cuerpo minúsculo, rígido en su posición doblegada, veía al otro, lo veía gesticular, un movimiento constante bajo los ojos cansados

Dios

dios

perdón. Sobre una llanura lejos, mucho, como después de atravesar un fragmento de tiempo, habíamos comido maíz, en aquella llanura

dios

esas rocas talladas con ojos y colmillos, el anfiteatro alrededor selva,

selva

selva que no creció alrededor creció adentro adherida a mis huesos y ya no pude evadirla creció en silencio implacable.

Dios, las piedras contra el cielo abandonadas, creíamos oír todavía el ruido de pasos de gritos un murmullo de ciudad viva pero las rocas estaban allí inmensas sobre la llanura, solas, abandonadas.

Y yo que no tengo a dónde ir, la tierra me llevará con su fuego, con sus ríos con su barro

y yo que no tengo oro que me acompañe en la tumba no tengo maíz para el viaje no tengo piedras que me esperen al otro lado.

Morir

morir, la misericordia de dios te acompañará y te dará la vida eterna la vida de las piedras eternas y olvidadas piedras que ya nadie comprenderá

piedras calladas piedras...

Esa misma tarde, un indio había sido enterrado, los otros indios silenciosos lo vieron, lo llevaron untado de aceite, envuelto en cabuya llevaba su oro llevaba maíz llevaba piedras no había soledad. Otros aquí en la tierra de barro en la fraternidad de unas rocas con colmillos

Tú yacerás sólo en el fondo de la tierra y el tiempo, desaparecido, una nada ante los astros que corren. Pecado pecado Yo pido en nombre de Cristo la absolución de vuestros pecados - el clérigo no prestaba atención al hombre, sólo hablaba

Pecado

pecado, comieron la carne de los otros, gritando, ruidosos. ¿Te acuerdas?

No dijiste No

Los viste, días después los viste. Y comieron aquella carne morena y blanda y no sentiste repugnancia. Pecar. Sufrir

El sufrimiento es saber que se está sobre la tierra antigua desde que era un inmenso volcán hasta ahora

sufrir

mirar hacia la noche y hallar las líneas que forman las estrellas, sólo eso

líneas

estrellas

el fondo sin fondo. La carga de este ser. Adán, un Adán que no sólo mordió la manzana sino que devoró la selva entera

Pecar

El pecado es saber que se es. Así que venga la tierra, que venga el tiempo que nos prenda, morir

ese es el descanso. En las soledades de la tierra había esperado la muerte, callado, como una comunión. Luego, ¿de dónde este temor? ¿De dónde esta angustia? Porque acaso no sigue nada.

Dios

El evangelio

Los indios

las almas que se pierden, el evangelio, admitir que hay un solo Dios verdadero Padre, Hijo, Espíritu Santo y la madre María y Cristo que descendió sobre Asia pero nada supo de Las Indias. El evangelio rezar vivir morir la cruz

la cruz que yo traje el día en que arribé.

- No hay pecado tan grande que Dios no perdone, hijo mío.

Robledo seguía sentado sobre las mantas. El sacerdote se levantó, abrió el frasco y con su dedo índice remojó la mano de Robledo: sintió el aceite, nada más que un líquido viscoso. Afuera Hernández decía "que se confiese bien porque de esta ya no va a salir". Robledo volvió a sentir el aceite.

Arriba

arriba, una roca más grande que todas las rocas sobre la que he de recostarme y descansar, esa roca no tiene gestos, esa roca son tres rocas.

El evangelio, ya no hay evangelio y en el fondo del tiempo sin fondo no permanecerá ni la tierra.

El evangelio de la sangre, el evangelio de la carne, el evangelio.

Un indio corrió al lado de su piedra, grotesca con el rostro tenso eternamente.

Yo tengo el evangelio, yo soy el evangelio, esta carne que muere, que cesa

Los soldados ya habían dispuesto la guadua en el centro. Hacia la izquierda del bohío, los indios seguían en su actitud humillada y temerosa. Hernández ordenó que fueran traídos los tres que habían sido golpeados antes que Robledo. Tres soldados avanzaron frente al bohío. Atrás los demás estaban atados con las manos en las espaldas, sedientos, la sangre reseca en el pelo. Los soldados los levantaron y los condujeron dando tumbos hacia la guadua, Benalcázar y Hernández observando.

- A estos les damos una buena paliza, capitán.

- Sí, pero que queden vivos - respondió, viendo a sus soldados atarlos a la guadua. - Se está demorando Robledo - continuó.

- Pues no salió tan santico el mariscal, señor.

Ambos rieron, sin estruendo, apenas tensando la boca. Benalcázar avanzó hacia la entrada del bohío. Desde ahí, iluminado en la luz depuesta por una vela, vio al cura, el catecismo sobre las rodillas. Lo vio luego poner el libro sobre las mantas y empezar a caminar en frente de Robledo, avanzar de izquierda a derecha, Robledo quieto, la mirada fija en el suelo. Regresó hacia la guadua. Hernández daba instrucciones a unos soldados. Benalcázar caminó hacia él.

- Échenles agua en la cabeza para que estén bien despiertos - dijo.

Un soldado corrió hacia el lugar en el que antes yacían los prisioneros. Al momento volvió con una tinaja llena de agua y la vació sobre sus cabezas. Hicieron un gesto de ahogado, levantaron uno a uno la cabeza y volvieron a dejarse caer flojamente. Robledo veía los pies del cura moverse, pasar rápidamente por el lugar que abarcaba su mirada, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. "La muerte, hijo mío, la muerte es el comienzo. Tú has conocido a nuestro Señor por obra de Su bondad. Imagina estos pobres indios, tantos que han muerto sin saber de Dios"

Muerte

Dios

Dios

muerte. Descenderás furiosamente hacia la tierra y luego no habrá nada.

La eternidad una angustia el tiempo esparcido rodando y rodando irrevocable sobre los cerrojos del universo, cárcel vasta custodiada de tiempo. A los indios les quedaba el sol, su dios de sangre a ustedes su Dios sin tiempo

a mí nada inconcebible no ser pero yo sé

yo sé que todos después del vértigo final

todos quedaremos nada, no nada,

ni un vacío

la ausencia

ya sé que no sé cómo es esa ausencia que no es

Dios el evangelio

¿y el otro evangelio el de los indios derrotados muertos con sus pirámides y sus rocas olvidadas levantando su ruido sordo imperceptible?

*Por la rueda de este tiempo correrán los hombres, otros hombres
los que desciendan de estos hombres todos en una ebriedad que es
la misma por todo el tiempo*

*la misma pasión viviente sólo de lujuria oro placer con sus ídolos o
sin ellos*

con ellos mismos como ídolos

y acaso algún día comprendan que nada hay detrás del sol

y acaso algún día quieran morir.

No. Morir.

No. Morir.

No.

Golpes secos acompañados de estertores humanos le alcanzaron, el sonido penetrando como un golpe de viento que lo sacó de su abismo lanzándolo de nuevo sobre la sombra inquieta de la vela. El cura hizo silencio también, ambos miraban al suelo. Los golpes siguieron hasta que un grito se mezcló con ellos. Hubo un silencio. Después, el mismo choque opaco.

- Sólo en Dios hay fuerza para enfrentarlo todo - dijo el cura volviéndose sobre Robledo. Éste lo veía fijamente, callado como una bestia.

Mientras desataban a los tres, el cura salió del Bohío, el libro apretado contra el vientre mirando con desconcierto cansado hacia la guadua. El hábito negro le llegaba a los tobillos y el rostro conservaba un gesto de languidez y esfuerzo. Una atmósfera azul

envolvía a todos los hombres rodeados en la ancha tierra de masas oscuras e inquietas. Al occidente, el sol continuaba su descenso, rojo, ensangrentado. Benalcázar se cruzó con el cura.

- No dice nada - dijo el cura - pero ya está sobre la gracia de Dios.

Lo miró por un instante y llamó a Hernández que daba instrucciones cerca de la guadua. Los tres soldados de Robledo estaban en el suelo, exhaustos, una sangre lenta mezclándose al barro, oscuros en el crepúsculo.

- Disponga usted a Robledo. Yo he pensado que podemos poner al negro a que le dé garrote - Hernández lo miró complacido.

- ¿Al negro, capitán? Yo no había pensado en eso, que al mariscal lo mate un negro.

- Dispóngalo y luego llame al negro - dijo Benalcázar con un gesto de fastidio.

Hernández caminó hacia el bohío. Los soldados arrastraron a los azotados hacia un rincón.

Una vez el clérigo salió, en Robledo, tirado sobre las mantas, se había obrado una extraña calma, un sosiego de irónica lucidez como las treguas que experimentan los locos en medio de su agonizante condición. Cada objeto a su alrededor se le dibujaba y se le ofrecía con violenta claridad, como si cada uno de ellos constituyera un mundo numeroso al que era necesario observar con detenimiento para comprender. El torrente de ideas que lo había asaltado momentos antes abatiéndose sobre él como si tuviera vida propia para dejarlo fatigado, había sido reemplazado por una sola fijación:

la idea de entregarse a la muerte con plena generosidad como en un acto final de desprecio: correr a la muerte, si era posible, alborozado, si no, al menos con la pompa de un acontecimiento. Se levantó de la tierra. En frente de él, en el lugar en el que Hernández y Benalcázar habían encontrado el baúl, había una cantimplora a medio llenar. Caminó hacia ella sintiendo un dolor sordo tras el cuello. Bebió con lujuria tratando de ser consecuente con la idea que le gobernaba. Al lado de la caja saqueada había otra más pequeña e intacta. La abrió y sacó de ella la bata, el damasco se desenvolvió ligeramente quedando suspendido por un extremo. En la entrada, en la oscuridad amarilla de la vela, Hernández apareció. Observó a Robledo, silencioso; entró, Robledo viéndolo con la mano sobre la tela. Hernández se detuvo en frente de Robledo que le miraba con fijeza.

- Vamos - dijo con un gesto de cabeza.

Robledo seguía mirándole en silencio. Hernández observó la tela, miró de nuevo a Robledo.

- Lo esperamos afuera - dijo y salió lentamente.

IV

- ¿Qué hacemos con los indios, capitán? - preguntó Hernández.

- Que los soldados se los repartan, yo no necesito ninguno.

Estaban de pie frente a la guadua. Un negro confuso sostenía una suerte de madero grueso que se adelgazaba hacia el lugar en que lo sostenía.

- Tiene una tela de damasco, vino tinto. Parece que se va a vestir así, capitán. Aunque mejor que se la quite, yo la dejaría para mí. No va a quedar sirviendo para nada después.

Benalcázar no decía nada. Estaba absorto rumiando una duda que le fastidiaba desde que decidió asesinar a Robledo.

- No sé si deba matarlo - dijo.

- Mi capitán, si usted lo deja vivo, ése es capaz de armar más soldados y quitarle el Cuzco a Pizarro, con todo lo que le gusta el oro-. Benalcázar lo miró por un momento, Hernández reía. Sonrió y volvió a mirar hacia la guadua. El negro sostenía el mazo como queriendo huir.

- Sí, el Robledo resultó bien malicioso.

- Todo esto es su gobernación capitán. Usted no puede dejar que lo insulten así.

Los soldados estaban reunidos alrededor de la guadua. Los de Robledo junto a los indios miraban temerosos.

Un ruido delicado de movimiento se oyó desde el bohío. Todos miraron hacia la entrada. Envuelto en un aura de solemnidad desconcertante, con la túnica que le bajaba hasta los pies descalzos, el cabello húmedo de sudor y la expresión del rostro digna y fatigada, Robledo salió del bohío, lento, caminando resuelto hacia la guadua. Aquel orgullo que presentaba delante de ellos los asaltaba como una desnudez, casi los avergonzaba ante los otros, silencioso. Hernández, aunque inseguro, se atrevió:

- Ni antes de morir dejó de desvariar el mariscal. De todos modos, se ve como un gobernador.

Los hombres continuaban en silencio. El negro, mínimo y abatido, vio al hombre avanzar a su lado y arrodillarse frente a la guadua. Robledo comprendió que iba a morir azotado. Había pensado que sería degollado por un blanco. Ahora, al ver al negro delante de él, trataba de sobreponerse a esa última humillación en la que la muerte

le quitaba parte de su desdichada victoria. En un último esfuerzo se dijo a sí mismo "muera como les plazca a éstos" y se deshizo del vestido. Los otros vieron el cuerpo lamentable sobre la soledad inmensa de la tierra oscura. Uno de los soldados lo ató. Mientras el negro golpeaba, los indios gritaron, llenaron la atmósfera de un sonido agudo e irregular.

Después de descender, los hombres iban sobre sus caballos bordeando una montaña. Hernández avanzaba al lado de Benalcázar. Era la mañana, en el occidente el cielo era oscuro y se aclaraba al oriente.

- Si después de esto no escarmienta, entonces lo voy a tener por un gran necio - dijo Hernández

Benalcázar sonrió. El bohío había sido incendiado con el cadáver adentro. Sin embargo, los indios de los alrededores lograron sacarlo antes de que fuera consumido por el fuego.

Capítulo segundo. Julio de 1539. Hacia el norte de Santiago de Cali

Algunos de los españoles habían fundado tres años antes la aldea que, con el tiempo, habría de llamarse Santiago de Cali - algunos de los mismos que habían conocido las islas exiguas en que tuvieron lugar los primeros desembarcos, viendo a los hombres desnudos y oyendo los ruidos que eran sus lenguas y atestiguando, aunque insensiblemente, aquella consternación y miedo que no provenía de la esperanza o del temor sino del mito, de lo que otros indios anteriores a ellos habían imaginado y urdido y habían comunicado y que habría de servir para doblegarlos y humillarlos y desaparecerlos (según oyeron, al arribo de Cortés a México - ese español brutal descendiente de campesinos amantes de las bestias y el vino y las armas – los indios lo confundieron con otro, un ser del que hablaban sus sacerdotes y que había sido el dador de sus vidas. Lo habían visto desembarcar aterrados: los hombres semidesnudos esparcidos en la playa, alineados sobre el borde sinuoso de la arena, la mirada sostenida con un gesto aterrorizado y fascinado hacia el mar cuya línea final constituía para ellos el final del mundo que conocían; vieron desde esa playa remota los objetos redondos aumentar lentamente de tamaño e ir adquiriendo formas definidas; vieron los movimientos minúsculos de los hombres que venían en las embarcaciones; los vieron en silencio, algunos caminando con lentitud hacia el mar, los pies produciendo ese rasgueo brusco al introducirse en el agua. Desde su posición los españoles los observaron ante el fondo denso de vegetación húmeda, removida apenas por el viento. Paralizados por el horror los indios observaron cómo desembarcaban de las naves vestidos con metales, las barbas blancas o negras y la tez clara y luego presenciaron el espectáculo

extremo y arrasador de las embarcaciones incendiadas por quienes habían descendido de ellas. Fueron conducidos hacia la ciudad. Cortés caminó adelante, su cuerpo fuerte y alto destacado entre la multitud de cuerpos morenos. Los indios corrían, levantaban los brazos, gritaban, había en ellos no un éxtasis sino un horror y una desesperación nacidos de pronto y agitándose con vehemencia adentro de cada uno: después de muchos ciclos en que los sacerdotes habían profetizado la vuelta del dios, el dios había arribado desde la misma dirección por la cual, en ese no-tiempo anterior, había desaparecido), habían penetrado en la tierra y habían padecido sin experimentar la fiereza del sol, las extensiones vertiginosas de la selva y el ruido de los ríos - hambrientos y los rostros quemados pero intactos en sí mismos, intactos y acaso inmodificables en el hambre que los había conducido desde España a esa tierra que denominaban Las Indias y que construían en su imaginación con las polvaredas españolas - en aquel caserío de madera habían levantado una iglesia – habían fundado Quito y luego, enviados desde el sur por Pizarro y bajo el mando de Benalcázar para que encontrasen El Dorado, se dirigieron a través de los riscos, siguiendo el norte, llegando a cimas feroces de vastos espacios, atacando tribus y acumulando oro y esclavos en busca de ese sueño furioso y frenético que se figuraban como extensos valles con elevaciones monstruosas del precioso metal, y llegaron a otro valle, de barro y agua, ancho, habitado por otras tribus que debieron combatir y doblegar (indios que cuarenta años antes habían observado la planicie extendida siempre con una solemnidad y serenidad agobiante, como una presencia callada o dormida que en su seno alberga fuerzas y tempestades que el hombre no puede medir o concebir, y que presenciaron el asesinato, la crueldad, la desaparición sangrienta, para luego labrar y cosechar la tierra, no ya para ellos mismos sino para alimentar a los otros). Construyeron primero un pequeño fuerte

militar con guadas en donde durante varias semanas recibieron las embestidas moribundas de un grupo de indios que obedecían a otro llamado Jamundí: de nuevo los encuentros brutales que dejaba los cadáveres cercenados sobre la tierra, las cabezas rodando con el gesto último de terror o furia, hasta que por órdenes de Benalcázar decidieron correr el fuerte más hacia el norte, en pleno valle del Lili, desde donde sería más fácil buscar una ruta de salida al mar hacia el occidente y en donde eran menos las plagas y podrían estar más lejos de los pocos indios que buscaban asesinarlos o morir. Era el mes de julio del año de 1536 y aquella una aldea penosa y mínima, otro caserío entre los que habían desaparecido en los eriales de las Indias, en las selvas profundas y calladas y arrasadoras e incansables, mínimo ante la extensión de la tierra, pero en sus escasez, el centro de toda la dominación que ahora iba a extenderse desde ahí, Santiago de Cali o San Juan o el Valle del Lili, hacia el norte poblado de indios y oro...

Un grupo de acaso trescientos hombres, negros, indios, españoles, llegó al caserío una semana antes del 14 de julio de 1539: los caballos sucios de barro con el pelaje sudoroso marcados por señas de cuchilladas o arañazos y las crines reseca y enredada, los hombres exhaustos y hambreados, los rostros tan barbados y quemados como los de los otros que los recibían, pero aquellos con el pesado abatimiento de las criaturas que penetran en la selva y son disminuidas y reducidas por su oscuridad y su silencio y luego salen de ella como de un sueño horrible. Era la expedición de Juan de Badillo que había salido meses antes desde Cartagena hacia el sur, bordeando el Mar de Balboa para luego internarse en la selva por el territorio que habría de ser Antioquia, atravesando entre la lluvia y la humedad y la carencia de luz la selva inmensa e implacable, dejando hombres y animales morir en los ríos y en los pantanos para luego arribar a un valle en el que hallaron rastros de hombres, no de indios,

y enterarse de que aquel terreno había sido ya visitado o al menos avistado por Robledo. Arribaron, no-sombras, seres mínimos, tensos y consternados ante la fuerza de la tierra. El caserío los recibió, los alimentó y les permitió descansar en esa comunión sosegadora de los hombres que vigilan una mutua soledad y luego, el 14 de julio, se lanzaron hacia el norte de aquella tierra. Determinaron el número de hombres, las bestias y las embarcaciones pequeñas que habían de seguir el río. Determinaron reemplazar la mayor parte de indios por negros cargueros de modo que los naturales sólo tuvieran la responsabilidad de guiarlos e interpretar a los otros. Determinaron el número de sacerdotes que atravesarían con ellos la tierra, ¿no era pues aquel el propósito mayor de sus obras, devolver a la mano de Dios aquellos hombres que morían en la locura de sus fogatas, de sus gritos, de sus drogas, de su sexo? Luego, en una línea de más de quinientos hombres, iniciaron su travesía al lado del río, siguiendo los movimientos del agua, rodeados del valle anchísimo que cesaba en las montañas.

Salieron en la mañana, iluminados por la luz gris que se filtraba en la niebla, ruidosos de metales, de animales, de murmullos y sin embargo insignificantes. Se detenían para beber y alimentarse y luego continuaban en un éxodo semidormido en el que el valle y el río parecían extenderse sin fin. Adelante estaba Robledo seguido por los sacerdotes y una línea desordenada de hombres armados, algunos sobre los caballos, otros caminando y negros doblegados de trastos sobre las espaldas. Todo aquel valle manifestaba una misma apariencia: en la madrugada, brumoso de una niebla escasa que se hacía más densa hacia las montañas; en el mediodía y la tarde estallaba en un verde brillante moteado de fragmentos más oscuros que otros hasta que se perdía en el crepúsculo y la noche para dejar con mayor fuerza el sonido implacable de las aguas. Seguían la margen izquierda del río. Hacia la derecha se extendía la llanura

verde interrumpida en el lejano fondo por una línea paralela de nubes en las que se disolvían la tierra y la atmósfera. El río giraba y doblaba hacia izquierda y derecha con sus aguas ruidosas y amarillas delante de aquella vegetación ruda de árboles coronados con flores rojas y doradas, de una hierba alta y abundante y de musgos oscuros que invadían las rocas de las riberas. Por la margen izquierda la llanura se extendía un tramo breve y luego se inclinaba con suavidad ascendiendo hasta formar sobre el oriente remoto brutales montañas recortadas duramente en líneas rectas y angulosas contra el cielo. La vegetación delicada y voluptuosa de las riberas se remplazaba hacia los cerros por desolaciones de hierba verde amarillenta y lánguidos árboles, solitarios, abatidos ante el dorso inmenso de las montañas, y el crepúsculo, destacado sobre los picos oscuros y delineados, era un cesar violento de luz, una violencia última de claridad que moría lentamente, anegada de la rotación de la tierra. Los hombres y las bestias caminaron rodeados de esa vastedad indiferente y densa, indiferentes ellos mismos ante el movimiento imperceptible, inmemorial y fatal y sufriente de la tierra y del cielo, semejantes e indiscernibles todos, hombres y animales ante ese oleaje lento, definitorio e irrevocable. Algunos vestían armaduras. La mayoría usaban ropas de tela harapienta y los principales iban sobre caballos. El avance no era difícil pues la mayor parte de los campos era una hierba baja, aunque había algunos cuadrados sembrados de maíz. No había dificultad en trasponer el valle, muchos de ellos eran hombres habituados a la guerra o rudos campesinos que conocían las largas caminatas de su país.

-Por aquí debe de haber más indios-, dijo Robledo al escribiente que iba a su lado, sobre un caballo.

-Sí, es seguro, señor, con todas estas siembras. Son muchos los que han estado en estas Indias escondidos de la mano de Dios, señor -

respondió el escribiente. Era un hombre de mediana estatura y tez blanca. El cabello café le caía en rizos sobre la frente. Robledo, al su lado, observaba en todas direcciones encontrándose con ese espacio verde despejado e inmenso. Oía el ruido de los cerdos, de las ollas y las conversaciones de los otros, mezclado con los sonidos del río.

-Son muchos. Tal vez sean muchos más que todos los del Reino de España.

-Tal vez, señor - replicó el escribiente -, en el Reino no hay lugares como este. Mire señor, hay tantos pájaros, tantas plantas, y todo es tan ancho. Además mire el cielo, en sitios así, tan inmensos, uno parece que pudiera ver al cielo de otra manera.

El paso de los caballos era lento, llevaba el ritmo de quienes iban caminando. Los hombres compartían el agua de las cantimploras. Caminaban sedientos. El sol caía pleno sobre todos ellos, descubiertos en medio de los pastos inmensos.

-Sí – respondió Robledo-, uno puede ver al cielo de otra manera.

La respuesta fue rápida, irreflexiva. Robledo sólo observaba, sentía cómo crecía adentro de él ese silencio vasto del valle. Atrás algunos de los hombres seguían diálogos que Robledo alcanzaba por fragmentos:

-vamos a regresar con los caballos cargados de oro -. En el norte Cortés se enriqueció después de una batalla. Dicen que se hizo más rico que el Rey y que tiene todas las mujeres que quiera. -Dame agua. Yo solo quiero salir de aquí y volver a España. ¿Ninguno de ustedes ha visto a esos salvajes? Dicen que les gusta la carne de los hombres.

En medio del sonido regular de las pisadas de los caballos, Robledo los oía. Algunos caminaban en silencio, viendo hacia el frente, en sus rostros gestos de hastío, de cansancio. Un negro había empezado

a cantar en el ocaso del primer día. Chasqueaba su lengua contra las paredes de las mejillas y producía un sonido como un golpe de agua. El canto era grave y melancólico, un ritmo sostenido y con cierta cadencia lenta. Los españoles se miraron entre ellos y se callaron sorprendidos. El negro, fatigado por la carga que le doblaba la espalda, parecía no enterarse del silencio de los otros. Luego hubo conversaciones entre los soldados:

-canta esos cantos maldicientes de su tierra-. El hombre avanzaba arrastrando un hato de cerdos. Vestía con telas rojas y negras.

Algunos indios se acercaron al negro. Lo oyeron con débil desconcierto al inicio y luego no hicieron más que seguir el sonido, caminando a su lado, dominados momentáneamente por la voz ronca. Nadie podía comprender aquello que el negro cantaba, usaba un lenguaje de golpeteo y de sonidos largos. Un soldado le gritó:

-qué es lo que canta, negro-. Se detuvo por un momento y continuó, el canto constante esparciéndose sobre la oscuridad.

El hombre de los cerdos volvió a decir: -es uno de esos cantos con que se emborrachan los salvajes de dónde él es-.

Pero los hombres continuaban indiferentes, el sonido de la voz y de los chasquidos del negro invadiéndoles lentamente, entristeciendo la tarde como un manto pesado ante los españoles y los indios. Al comenzar la noche se detuvieron sobre un barranco que se elevaba la altura de dos hombres sobre el río. Encendieron hogueras, asaron algunas partes de cerdo que traían desde la aldea y se repartieron la masa amarilla de maíz que era el alimento de los indios. Los indios comieron con ellos y cantaron y bailaron delante del fuego. Robledo observó a los indios, comió el maíz y miró hacia la noche: sentía el silencio profundo interrumpido apenas por los ruidos de los hombres. En la mañana del día siguiente emprendieron de nuevo el camino: la

hilera desordenada de hombres y animales al lado del río sintiendo el sol que se levantaba y caía recio sobre ellos y sintiendo de nuevo el río con su rumor inacabable atravesando ese espacio que parecía ser el mismo: Robledo tenía la impresión atroz de recorrer una especie de rueda que no terminaba y que presentaba un único aspecto, los indios señalaban hacia el norte y hablaban de otras tribus y los hombres seguían bajo el sol en silencio o ruidosos. Empezaban a sentir que aunque el terreno fuese plano y aunque el río estuviese a su lado, la inmensidad del camino y la soledad del grupo sobre el amplio espacio hacían pesada y agotadora su peregrinación: era la sensación de no dirigirse a ninguna parte que empezaba a crecer en algunos de ellos. No crecía como una idea clara, crecía nada más que como un débil presentimiento ante esa evidencia que eran los campos extendidos en silencio. Robledo sentía atrás suyo el campaneó de los metales y el murmullo general de los hombres y los animales: de nuevo, ante el río y el campo el transitar mínimo de los hombres que iban ganando espacio pero para quienes parecía surgir más espacio en un caminar infinito: Robledo sintiendo la rareza de esa tierra que no ofrecía señal alguna, una tierra sola, así como un río solo ante ese grupo abandonado que lo traspasaba: un valle que pertenecía a una vida indiferente a la que ningún hombre podría acceder, un valle que poseía sus propias fuerzas interiores y un río que obedecía a un impulso desconocido para él: los días se sucedieron y llegaron otras noches, la misma noche y el mismo día extendidos sobre ellos y Robledo oyendo al escribiente que le hablaba de los hombres que habrían de encontrar y de los que habían encontrado y de *devolver la potestad de Dios sobre esta tierra gigantesca, esta tierra generosa y rica sobre la que la providencia nos ha enviado para cumplir la obra de la mano de Dios*, sintiendo minuciosamente la completa soledad y animalidad del espacio: en las noches veía hacia el cielo y sentía que sobre esos

espacios oscuros no había nada sino un impulso salvaje y desolado y veía luego a los hombres: esa paradoja implacable de los indios ante el fuego y de los españoles que buscaban el oro y de los cerdos y los perros y los caballos ante el espacio negro que observaba en el cielo y que no le decía nada, que por el contrario se le ofrecía como una región extraña de la que él mismo y todos los otros habían sido desterrados: *iniciamos la travesía caminando con lentitud al borde del río, un río que se extendía monótono llevando sus aguas densas que fluían con una especie de fuerza dormida. El conjunto de montañas se dilataba siguiendo el norte en un silencio tumultuoso: cada mañana observamos la cadena de montañas delineadas en la niebla, su quietud atravesada de nubes en cuyo movimiento creíamos percibir un ruido. Caminamos con una ligereza que nos agobiaba sin que lo advirtiéramos, la ancha tierra como un tejido denso y verde llegando hasta el horizonte y manifestándose infinita; la ignoramos, recorrimos el espacio en un estado de atroz inconsciencia como si aquel vagar constituyera nuestra única labor. El sol cruzó el cielo y se instaló con suavidad sobre la línea del occidente, a nuestra derecha, llenando de una luz violeta los prados extensos que ahora, en el ocaso que ocultaba las montañas, ofrecían una especie de íntima cualidad hostil. En las noches uno de los negros que llevamos como carguero iniciaba un canto grave, sostenido, lento y sincopado. El primer día lo miramos sorprendidos, el negro reducido alzando su voz en la que se adivinaba un lamento, la expresión de un dolor profundo, una nostalgia de una tierra inexistente que nos alcanzaba, confusos, y nos tiraba a la desolación de aquella inmensidad desconocida. El canto se aceleraba por momentos haciéndose fuerte y rabioso. Los días siguientes en que lo escuchamos, empecé a notar cómo iba formándose en la atmósfera llena de la voz del negro una pesadumbre serena y mansa pero inevitable, cómo la voz ronca y desalentada del hombre bajo los*

trastes, con su columna arqueada, comulgaba con la oscuridad y el abandono. Una de aquellas tardes, mientras anochecía y se levantaban los ruidos exasperantes de los grillos para mezclarse con el río, el negro empezó de nuevo su canto, semejante al de los otros días. Un soldado, Gómez Fernández, se acercó al negro y lo silenció con un golpe seco sobre la cintura. El negro cayó, dejando de nuevo el ruido de grillos y del río, doblegado ahora no del peso de los trastes sino del dolor. Así que seguimos el río, ante nosotros como un movimiento incesante sin objeto alguno sino el de desplomarse sobre sí mismo, agotado y laborioso al tiempo. No hubo un solo día de lluvia, el sol seguía el arco del cielo dibujando las siluetas negras de las montañas en la madrugada y destellándose rojizo en el atardecer. La línea de hombres y caballos avanzó sobre la planicie en un movimiento que parecía corresponder al movimiento del sol, de las estrellas, a la rotación de la tierra. Sin embargo, aparecíamos miserables procurando trasponer la tierra vasta agazapada sordamente, una grandeza silenciosa y destructora. Perdimos el río por un tramo y lo encontramos más adelante, y encontramos a los otros. Encontramos las aglomeraciones de hombres desnudos con rostros afilados y cuerpos morenos. Los vi de nuevo, así como los había visto antes en las islas y los había visto en el sur en las batallas que tuvimos. Pero los vi ahora en el ambiente general de la tierra, circunscritos por esa tremenda sutileza que les imponía y nos imponía el río y el valle y las montañas que empezaban. Vi a los otros también, los que habían arribado a Santiago de Cali después de recorrer la selva; había en ellos la misma indiferencia despreciativa que yo había tenido antes y que ahora, en mí, se resquebrajaba, ignoro cómo, se agrietaba y me dejaba confuso, turbado, presenciando sus gritos y sus bailes y comiendo el maíz que ellos cultivaron, cocinaron y salaron. Permanecimos en cada tribu durante una noche,

avanzando ahora entre montañas delicadas cubiertas de una hierba baja y fina. Yo había oído sus cantos, sí, yo había visto sus bailes en medio del fuego y los había visto ebrios. Pero ahora la oscuridad y la luz de la tierra iban llenándose de sus rostros y sus cuerpos, de esas mujeres desnudas, adquiriendo todo, las sierras que habían empezado a elevarse y los ruidos incomprensibles de los indios que íbamos abandonando, una unidad trastornada y ajena para mí.

Agosto de 1539

El capitán camina entre el fuego como una sombra visible en la oscuridad. Camina de norte a sur. Yo no puedo ver su rostro pero lo adivino. Sí, el capitán está angustiado, un miedo desconocido, yo lo adivino.

- Capitán - le digo - capitán. Yo también he visto todo eso capitán.

Atraviesa por entre las fogatas con su paso rígido mientras el fuego descubre poco a poco su rostro. Es el mismo rostro que yo he conocido, con sus bigotes abundantes y el mentón puntiagudo. No hay nada nuevo en ese rostro pero yo lo adivino. Se sienta a mi lado y me mira.

- Capitán - le digo - Yo también vi la tierra capitán. Tan grande, tan irrevocable que uno cree que no hay nada más allá de la tierra.

El capitán me mira y yo sé que en el fondo de sus ojos, en los que no se advierte nada, hay miedo, hay temor. Capitán, yo entiendo. Usted está abandonado.

- Yo también siento la tierra - digo - tan vieja, tan antigua, tan desconocida que nos abisma con sus furias, con su pasado de mares y de volcanes.

La tierra, sentir la tierra. Si pudiera sentir la tierra – el escribiente me mira y habla en la oscuridad y sus palabras pasan como mero aire en mis oídos y yo alcanzo ecos remotos de su sentido -. Yo he heredado, ¿de quién? ¿Quién me lo ha legado? ¿A quién habré de legarlo? ¿Quién mi descendencia?, el implacable sentir de esta tierra. Esta tierra que es abundante, que todo lo llena y lo ocupa, en la que los ojos mueren de agotamiento buscando, corriendo, encontrando nada más que todo lo que se puede ver, incapaz de hallar nada más. Los soldados están en el prado, cansados, con hambre, entre el fuego y algunos duermen, en silencio, ciegos ante la tierra.

- No, no ha sentido la tierra – pienso – mientras el escribiente me mira y me sigue.

No basta con ver la tierra, el espacio, el agua. Sentir la tierra, este espacio que en mi infancia me invadió como una bocanada, la silenciosa boca del cielo derramada sobre mí, ¿otra vez?, y no tengo a dónde huir, la tierra inmensa me rodea, las palabras del escribiente, de los soldados, de los sacerdotes, son recipientes vacíos.

En la oscuridad tampoco hay nada. Pero yo siento el miedo que esos hombres tienen y no sienten pero tienen. El capitán se levanta y vuelve a cruzar las fogatas. Ahora es otra vez una sombra, en esa oscuridad. Los demás no lo ven, los demás duermen, vigilan ese silencio como de truenos. El capitán mira hacia el cielo. Capitán, mire hacia el cielo capitán. El espacio es tan vasto que nos enloquecería, capitán. Está parado, alumbrado hasta las rodillas por el fuego desigual. Me levanto y camino hacia él.

- La tierra tiene tanta fuerza, la negrura del cielo tiene tanta fuerza.

Sigue mirando. Tiene el rostro cansado. Yo sé capitán. Yo también lo he sentido. El hombre, usted y yo, ¿no somos nada delante de semejantes grandezas?

- No capitán. Yo también lo he pensado, parece que no somos nada.

Un reposo. Solo pido un reposo ante el vértigo de esta hora. Un reposo. Un espacio familiar, la casa de tierra y barro y la madre blanca, el rostro arrugado. ¿Dónde están los días anteriores a este viaje? ¿La tierra serena?

Los demás estaban recostados alrededor de las hogueras. Algunos se mantenían de pie, atentos mirando en todas las direcciones de aquella oscuridad. El capitán es de Úbeda, el capitán es español y conoce la cruz y ha creído en Dios. Capitán, hemos creído en Dios pero el capitán no puede ver a Dios. El capitán miró el cielo y vio que no

hay fin en el cielo, que es tan lejano como lejanos son los años del pasado, el pasado. Ahora el capitán vuelve a cruzar las fogatas y se sienta y cierra sus ojos y duerme un sueño oscuro en el que descansa. Yo me siento a su lado y duermo también.

Capítulo tercero. España

El hombre estaba sobre un catre de estera, los ojos cerrados y una toalla amarillenta sobre la frente. La manta le cubría a la altura del cuello y el rostro resplandecía débilmente por momentos según las intermitencias de la vela. A la cabecera del catre, hacia la derecha, el cuadrado recortado contra la pared de barro que constituía la ventana se iba haciendo cada vez más negro, el azul claro del crepúsculo reemplazado lenta y definitivamente por la ausencia de luz. A un lado del catre, en el suelo de tierra, yacía la palangana con agua; al otro lado alumbraba la vela sobre una mesa pequeña de madera. El niño lo observaba desde el agujero irregular que era la entrada, alejado de él, en silencio, acaso imperceptible para el otro hombre vestido de negro que lo veía desde los pies del catre y para las mujeres que corrían con diligencia a cumplir lo que pedía. La habitación no era miserable, era apenas una desnudez de tierra y barro llena de la calidez que el orden de un par de sillas de madera y la delicadeza de las mujeres le infundía. Llevaba allí una semana, las mujeres habían cuidado de él durante cuatro días y luego, cuando cerró los ojos para dejar no más que una ronca respiración llenando el cuarto de tierra, llamaron al médico. El niño sentía los sollozos de las mujeres viendo al hombre de negro ahora sentado sobre una de las sillas al lado de la cama, escurriendo la toalla y deslizándola por el cuello y la frente: el rostro del padre, intacto, sin responder al agua que rodaba por la piel, semejante todavía al rostro que él siempre había conocido – bigotes alargados y mentón agudo bajo un ceño no riguroso pero casi solemne –, el rostro que había estado cada día desde la mañana hasta la tarde, desde un tiempo que él no recordaba y que se asociaba a unos campos polvorientos de vides o de olivos

los arbustos verdes en hileras separados de tierra amarilla y el trotar

de caballos con sus movimientos de crines y con la serenidad imperturbable de sus ojos en la que él hallaba de nuevo como un eco del rostro de su padre - en la madrugada el hombre estaba en el campo al cuidado de la hacienda y volvía sobre el caballo en la mañana temprana y él lo veía descender del animal y entrar en la casa y sentarse a la mesa, lo veía caminar sobre el suelo terroso e instalarse en la silla de madera con la fortaleza del hombre que domina las espadas y las bestias. La blanca y delgada mujer servía en recipientes de barro la sopa y el niño corría y se sentaba al lado del padre y oía la voz grave y escasa de palabras hablar de las cosechas o de los caballos o de historias de guerras y de caballeros sobre las polvaredas de Castilla o de Andalucía. Y luego lo acompañaba, salían en caballos y recorrían la tierra, solo cabalgaban o recorrían con lentitud los sembrados y llegaban hasta esos pequeños bosques de árboles resacos y duros o hasta el sitio en el que empezaban las breves campiñas. El padre le hablaba de la tierra y de los cultivos y de Dios. Le enseñaba a reconocer las vides maduras y a reconocer el estado de la tierra así como a conducir y a comprender las bestias. Entre ese hombre y los caballos, así como en todos los de su estirpe, había una intimidad silenciosa, una comprensión nacida del puro afecto que le profesaban al animal. El hombre procuraba enseñarle eso al niño y él observaba atento sus gestos serenos y rigurosos: no hablaba demasiado pero el niño percibía miríadas de palabras en el aspecto duro de su rostro y en la generosidad afectuosa con que se acercaba a los caballos y a él mismo. También le enseñó el manejo de las armas: él recordaría siempre el aire de cansancio con que el padre tomaba la espada. Era hábil, distinguía la calidad del metal y el diseño de las armas, pero en él ya sólo persistía el deseo de esa vida campesina y quieta de la hacienda. No obstante le inculcó el manejo de la espada así como a él le habían enseñado el manejo de las armas entregando al niño esa

herencia que habría de constituir otro de los signos de su vida. Así que todo convergía en el padre, las palabras que había recibido de él hablando de Dios, la tierra que obraba las semillas, los caballos impasibles y vigorosos, la misma figura de la madre, frágil y diligente, convergían en la figura del padre formándose a partir y por la existencia de ese hombre de aspecto rudo y fuerte y de piel morena y gestos austeros y cálidos. De modo que no recordaba desde cuándo, no se preguntaba desde cuándo, como si hubiera nacido poseyendo esos recuerdos, como si fueran el patrimonio que la vida le había dado al nacer y que le habría de acompañar ya irrevocablemente: el hombre que yacía sobre el catre se había convertido en un compuesto único con los caballos y con el campo que ahora se veía débil, oscurecido e incompleto mientras él yaciera allí, silencioso y quieto.

Había anochecido, él médico se levantó de la silla y se retiró. Una de las mujeres salió tras él y el niño percibió que se dijeron algo en la puerta. La otra mujer se acercó al hombre y sentada sobre la silla en que antes había estado el médico, sumergió la toalla en la palangana y la deslizó de nuevo sobre la frente y el cuello del enfermo. Mientras la mujer entraba, lenta y viendo hacia el catre, se escuchó un estertor ronco del cuerpo seguido de un acceso breve de tos. Se estremeció bajo la sábana, las ondulaciones de un cuerpo fornido y alto, el rostro hizo un gesto de tensión corto para volver a apaciguarse rápidamente. La mujer se detuvo hacia los pies del catre y empezó un llanto, contenido, sollozos apenas acompañados de ahogos, la otra mujer también iniciando sus sollozos y el niño – había presenciado todo en silencio, abandonado como un objeto en medio de los ruidos del padre y de los gestos de las mujeres y del médico -ahora más abandonado y solo, arrinconado contra la pared de barro, oyendo los quejidos débiles de las mujeres llenar el espacio húmedo y oscuro del cuarto, sin comprender aún el significado del

llanto, ignorado por ellas. La mujer que estaba hacia los pies corrió al lado de la otra y lloró más fuertemente; él, en ese momento de confusión terrible en el cuarto penoso del duro barro en las paredes y la tierra húmeda del suelo (las mujeres estaban en frente de la cama observando. Llevaban unas batas negras hasta los tobillos, los pies cubiertos por zapatos de cuero desteñido y gorros cafés anudados en los mentones; una de ellas tenía la toalla a la altura de la boca y la otra escondía el rostro en las palmas de la mano: la escena se suspendió por un momento, el niño vio todo con minucia: la luz escasa y amarilla que dejaba un fondo negro y lúgubre atrás del cuerpo, las mujeres descompuestas, los quiebres de la sábana límpida y el rostro pálido del padre) salió, atravesó corriendo el agujero de la puerta casi chocando contra la mesa en la que se había sentado junto a su padre días antes, en la mañana y en la noche; sintió de modo fugaz el espacio de ese cuarto que era el comedor y luego traspasó la entrada de la casa y salió a la vereda polvorienta, en plena noche, las estrellas mansas en el cielo y los cúmulos oscuros de los arbustos de olivo en frente de él pasando ahora a su lado como si se replegaran hacia atrás mientras corría, sintiendo la tierra dura bajo sus pies y viendo y escuchando aún los sollozos que luego se alteraron en el llanto de la madre, viendo las figuras de negro quietas ante la luz amarilla y ante el hombre bajo la manta.

Salió a la noche plena, corría, la casa empezaba a perderse en la oscuridad, la luz de la vela se disolvía mientras avanzaba por los pasillos que se formaban entre los olivos, pensando, las imágenes formándose en él de modo independiente, la madre llorando convulsa y *padre había dicho alguna vez, no padre no había dicho, en la casa se hablaba de Dios sin que yo hubiera preguntado por él, la casa poseía los crucifijos desde siempre y padre decía, gracias a Nuestro Señor Jesucristo y madre también decía gracias a Nuestro Señor Jesucristo y yo aceptaba y repetía con ellos pero luego*

pensaba ¿en dónde es el cielo, arriba, arriba? Arriba nunca termina, así que dónde es el cielo y luego salí con padre a recorrer las llanuras e íbamos hasta la campiña y en las tardes volvíamos cuando el sol caía y entonces yo veía hacia el cielo hacia las estrellas mientras padre cabalgaba en silencio y luego decía Gracias a Dios los olivos florecen y Gracias a Dios las vides florecen y entonces yo pensaba en la tierra y la veía callada y dulce trabajando ella misma las semillas que habían plantado en ella. Se vio a sí mismo en las tardes, en su casa, oyendo de su padre y del sacerdote las lecciones de castellano y de literatura, de historia y de filosofía y de moral, aprendiendo a escribir y a leer y escuchando y siguiendo en el antiguo testamento las lecturas del sacerdote, escuchando con fascinación las crónicas de los hombres en el desierto, presenciando los primeros asesinatos y la cólera de los hombres, diciéndose así mismo o no diciéndose, intuyendo apenas: los hombres caminan en el desierto y van a morir al desierto porque sólo pueden encontrar esa tierra reseca(su padre descendía de una clase de hombres hacendados e hidalgos que habían poseído la tierra y que habían aprendido a cultivarla pero que preferían las bestias y la guerra. Todos ellos habían aprendido algo de historia y de teología y habían aprendido a leer en el idioma de Castilla y a garabatear frases simples. Y luego él había aprendido de su padre a domar y a conducir a los caballos y había aprendido un poco del manejo de la espada y había heredado altivez pero también mansedumbre y dignidad). Y mientras oía al sacerdote y también oía la voz de su padre, atendía y escuchaba con esmero las palabras de esos hombres sin atribuirles a nada más allá de la tierra y de la vida inmediata, formando una unidad entre la tierra, los caballos, las armas, la moral, la idea de Dios y de Jesucristo y su padre, todo formándose en uno, en el hombre corpulento de cabellos rizados y largos, de bigotes delgados, cejas pobladas y tez morena. Y ahora, mientras las líneas

de arbustos cesaban, sentía cómo se resquebrajaba esa unidad, cómo iba desapareciendo cruelmente, no la imagen, sino la presencia concreta de su padre; y la noche, con sus estrellas y con sus oscuridades, la tierra dura, firme y extensa, se mantenían plenas, liberadas de la tutela que ese hombre les imponía y salidas ahora a una realidad silenciosa e inexorable.

Llegó al final de los sembrados y continuó hasta el lugar en el que empezaba esa vegetación escasa de arbustos nudosos y resecos. Veía la masa negra e informe que constituía aquellos huertos remplazada en el fondo por una línea horizontal, a lo lejos, más clara, de un azul débil interrumpido por aglomeraciones de nubes negras a su vez moteadas por estrellas: la inmensidad del cielo mezclada con la tierra presentando proporciones no monstruosas ni avasallantes, sólo serenas e inmensurables y a su vez quietas, como en un silencio de duda o suspensión. Observó el cielo, una llanura abismal extendida sobre él, inacabable, fatigosa con su sugestión de infinito, de inexplorable, las estrellas rutilando, desde su perspectiva mínima y agobiada, ellas mismas cansadas, poseedoras de una luz que era como un lamento pesado e indiferente e inhumano. Se sentó, mirando hacia el horizonte oscuro, advirtiendo apenas las líneas húmedas que mientras corrió se habían desviado de su curso recto y se disgregaron por su rostro a izquierda y derecha, resecas en el cuello y todavía húmedas en las pestañas y las mejillas. Deslizó una mano terrosa por ambos ojos, viendo aún hacia el horizonte. Podía ver la tierra también que cesaba en el fondo y la tierra que se extendía a su alrededor. La veía quieta, como la había visto otras noches al lado de su padre mientras hablaba de cosechas o de armas,

y sin embargo, sin poder impedir sentirse cercado por ella, un silencio expectante y amenazador y casi sarcástico de la tierra que espera, que lo observa ofreciendo sus certezas y que parece juzgarle, suspenso, mientras el niño piensa en el padre y en las tardes en las que junto al sacerdote le había hablado de Dios, saca sus palabras, *Jesús, María, el cielo y el pecado, la vida que los hombres deben llevar para llegar a Dios* y se llena de esas palabras, ofreciéndolas calladamente a la tierra y al cielo y se llena de más palabras, *bendito Dios que nos ha dado la cosecha y el alimento, creador del cielo y de la tierra...* sentado observando hacia el cielo, pensando en su padre, sintiendo cómo quedaba cortado el hilo que lo unía a él y a su pasado, el hilo que era además una fina cadena con la que unía todo, tierra, oscuridad, cosecha, casa y palabras, y lo dejaba ahora a él abandonado; la emoción de pequeñez y de profunda orfandad invadiéndole como una marea lenta, ineluctable, y dejándole, a su edad escasa y de golpe, solo, para reconstruir él mismo, como su miedo se lo permitiera, el orden que ya se había derrumbado y lo arrojaba en medio de ruinas. El cielo se inflamó, reverberó como una lava y explotó con vastedades de ruido en espacios abrumadores, las estrellas perturbadas con su actividad incesante y sus fuegos furiosos; la tierra misma hirvió, en sus adentros, fermentándose, un barro espeso y acuoso efervesciendo y penetrando en todas las semillas en toda la tierra y en la carne y en los huesos y produciendo las vides y los olivos y las higueras. El niño lo sintió, la tierra y el cielo impávidos, el plano del cielo sobre la tierra llana, leve y monstruosamente expectantes.

Así que se levantó, vio de nuevo hacia el horizonte, confuso, aturdido y corrió otra vez entre los sembrados, penetró en las filas de arbustos pensando en las palabras *Dios, la Virgen, Jesús, gracias a Dios por las cosechas y los alimentos, Dios creador del cielo y la tierra en siete días*, corriendo frenéticamente y no obstante

minúsculo y pueril, hasta ir viendo dibujada la casa de barro con la puerta abierta apareciendo oscura e indefinida, formándose en la oscuridad, el rectángulo pequeño y desnudo de la ventana iluminado por rayos pobres que lo alcanzaban de la habitación en donde yacía el padre, luego la entrada definida y de nuevo la tierra cálida de la casa, la mesa desordenada, y de nuevo, aunque en una atmósfera tibia y acogedora, el padre yaciendo, muerto ahora, la madre viendo el cuerpo pacificado al lado del catre, un pañuelo en su mano contra la boca.

Aquella noche había aceptado, en soledad, en ese terrible abandono de la ausencia del hombre que había significado para él - y esto lo descubrió esa misma noche, sentado frente al cielo oscuro y a los cerros que se levantaban en el fondo formando el horizonte fundido dulcemente con la negrura del firmamento - el punto de familiaridad con la tierra, el ser en el que convergían todos los hechos en el mundo, tierra, lluvia, sol, bestias, madre, noche, Dios, y desde el cual los podía observar con tranquilidad. Aquella noche había aceptado las palabras, acaso vacías, con las que luego habría de enfrentarse al hecho de su existencia, en las noches, de nuevo colocado ante la tierra y el profundo firmamento, pronunciándolas pero de un modo que parecía no concernirle, apenas sonidos en los que buscaba a su padre.

Creció entre los caballos, ensanchando el conocimiento escaso que el hombre le había legado de las armas y de la guerra y aprendiendo el manejo de la hacienda, el cultivo de las vides y de los olivos. Se hizo robusto, no con las formas rudas de su padre – descendiente de

hombres del desierto que habían sobrevivido a la falta de agua y cuyos cuerpos se endurecieron con la arena – sino heredando cierta delicadeza de su madre: fuerte pero delgado, el rostro fino de mentón puntiagudo con el bigote naciente, los cabellos rizados y café y la tez blanca como la de la mujer. Desde los quince años, el sacerdote que le había enseñado en la infancia lo llevaba a la ciudad a recibir lecciones de literatura, de ciencia y de las artes de la guerra. Se interesaba ante todo en las novelas pastoriles y en las tragedias griegas y trataba de evitar las conversaciones en las que el sacerdote lo inquiriría por la carrera que habría de seguir. Durante cuatro años conoció el licor y el amor y aunque en un breve inicio de exceso, pronto le llegó un tedio débil pero suficiente para alejarlo, no con violencia sino con simple hastío y con cierta emoción de absurdo, de las tabernas de jugadores de dados en las que bebía un vino acuoso en compañía de hombres sucios y brutales y de mujeres vestidas con sedas carcomidas.

Una tarde, después de cabalgar entre los sembrados y llegar de nuevo hasta los límites de la campiña, mientras anochecía y al fondo se observaba la luz roja extenderse sobre el cielo siendo disminuida lentamente por una bocanada negra, se encontró de nuevo con esa reticencia que habría de signar toda su vida: halló otra vez en la tierra que había recuperado en los días pasados su consistencia serena y apacible, una indiferencia fiera, no hostil, una especie de alejamiento abismal entre él y la historia de la tierra, su movimiento y la fuerza que la movía y que constituía su esencia. Aquella vacilación, sutil y demoledora, adquiriría para él – el cabello rizado cayendo sobre su frente, el rostro duro y fino y su cuerpo alto y rígido sobre el caballo – la cualidad de la angustia y del miedo horrible de la noche en que su padre había muerto. Así que volvió a llenarse íntimamente con las palabras que recordaba de su padre y que su madre seguía pronunciando, agradeciendo a Dios, pensando

en lo que había leído en el Libro Sagrado, en los ángeles que pueblan el cielo, anegándose en la voz del sacerdote, casi embruteciéndose ante ese momento de lucidez asoladora, sobre el caballo, rígido viendo hacia el horizonte y volviendo la vista a los sembrados y luego cabalgando lentamente hacia su casa, las voces de su padre y madre y del sacerdote resonando en él. Al llegar a la casa, aún perturbado, sintió la angustia débil, dejando un rezago sobre su consciencia de miedo y de soledad. La emoción volvió a surgir en él, en la noche, en noches dispersas, y él volvió, como en un ritual, sobre las palabras vacías, un aire que le invadía los oídos y luego le dejaba en paz. Hasta que fue acercándose, mientras leía a los griegos y se encargaba del manejo de su hacienda, los mozos sembrando las vides y el olivo y la madre en el hogar terroso, menuda, la tez blanca, el rostro fino y delicado de nariz recta y corta, la boca delgada y los cabellos lisos, silenciosa, melancólica, su figura débil impregnándose en la imaginación del joven sobre el fondo oscuro de su angustia, a esa mismo temor. Lo hacía en algunas tardes, lejos de las turbaciones, seguro, se iba acercando gravemente al sentido de eso que encontraba en las noches, suficientemente sincero para confesarse que las palabras que se decía: *Señor Jesús, Dios Todopoderoso* eran para él nada más que palabras, gustando del abatimiento del hombre que se sabe solo y excomulgado del mundo; vivió su vida diaria dedicada a los caballos, a la hacienda y a los libros penetrando en el vértigo de la tierra numerosa y portando esa paradoja desesperada del que no puede creer en Dios y tampoco puede abandonar los siglos de historia en la que todos sus antepasados sí creyeron.

Y se embarcó luego hacia Italia, en 1521, urgido por el sacerdote y un tedio creciente que invadía su existencia, se enroló siguiendo las obligaciones que su posición le imponía: un hidalgo de hacienda, descendiente de los hombres orientales que habían fundado y

poblado Úbeda, hombres morenos de rostros huraños e impenetrables, de gestos escasos y poseedores todos de la misma densa serenidad del desierto que él había heredado modelada por la delicadeza de la madre. Arribó al norte de Italia, pensando en la tierra que buscaban devolver a las manos del Dios de su padre y acaso el suyo, siguiendo las órdenes de ese hombre remoto que era el rey y de todos los hombres remotos e ignorados que habían fraguado esa guerra en la que se empecinarían por cuatro años - otra guerra más entre las numerosas contiendas que formaban el destino inevitablemente trágico del hombre, cuando después, acaso después, hastiado o no hastiado de sus obras, incapaz de continuarlas porque ya la tierra misma habría de estar agotada para servir como teatro de su locura, viera hacia atrás y no hallara más que el tremendo y conmovedor y digno o indigno absurdo de su historia -. Llegó a Italia, entre hombres desconocidos, acostumbrados a la violencia y a la muerte, haciendo parte de la caballería, recorriendo los Alpes al mando de un hombre de nombre Colonna y luego, en una noche de noviembre, descendió hasta llegar a Milán y luchar cuerpo a cuerpo, según su padre se lo había contado en su casa sentados a la mesa o en las afueras mientras cabalgaban, confundido entre la extraña gritería, temeroso en esa relación primera con la muerte violenta y asesinando por vez primera a un hombre. Peleó sobre su caballo y vio cómo la sangre abundante iba mezclándose a la tierra húmeda y formaba un espeso pantano rojo y con un temor frío, abrumador e histérico, vio cómo la batalla disminuía y cómo los cadáveres quedaban repartidos sobre el escenario de la pelea, con su realidad implacable, brutal y primaria, opuesta a esas imágenes vagas que eran el rey y la iglesia. Y allí conoció la muerte, no el horror que sentiría después con la suya propia, sino la consternación de observar un cuerpo que momentos antes había sido un hombre con dolor, con esperanza, con una historia y luego no es más que un

cuerpo que yace como una roca o un montículo insensible. Y después de que la guerra hubo terminado, en el cuarto año, regresó a Úbeda, modificado no tanto por el aspecto grave de una adultez adelantada, sino por una especie de huella sombría que la guerra, con su agotamiento, con su abandono, con la muerte, había zanjado en él.

Ante nosotros la tierra se presentó estática y gigante, un plano agazapado fieramente en él mismo, que no podíamos penetrar. El agua corría limitada por las líneas de vegetación que parecían observarla con la misma ceguera que había en la tierra. Yo no pude ver nada en esa tierra, yo no pude reducirla de modo que sintiera que era mía, que no era extraña. Bajo el cielo yo no vi líneas que pudieran encerrarla, yo la vi ilimitada y no pude decir si era muerta o era viva. ¿Estaba muerta o estaba viva? No, no estaba muerta porque palpita y alimentaba árboles y animales y hombres pero no estaba viva, porque si estaba viva ¿qué vida era aquella tan inmensa que ya no podía morir? Y luego, cuando el río siguió precipitado entre las sierras, cuando no pudimos seguir el camino del agua porque continuaba como una herida entre las montañas, yo vi esos otros hombres que habitaron esa otra tierra antes que yo, antes, no supe desde cuándo, esos hombres que habían visto y sentido todo lo que yo sentí, durante siglos lo habían visto. Y supe sin haberlo pensado, en una certidumbre que no cambiaría, que ellos estuvieron y estaban tan confusos como yo y que en su confusión, en los gritos inaudibles de esas noches y esos días, habían vivido, comido, habían dibujado un universo hecho con esa angustia.

Y en las tardes, después de habernos asentado en la planicie de una

montaña, después de haber recorrido aquellos lugares, yo vi a esos hombres menudos, morenos, sus rostros de mejillas abultadas vestidos con ramas, con cabuyas, el dorso desnudo y el rostro pintado y atravesadas la nariz de argollas, delante de los sacerdotes, escuchando estas palabras mías y nuestras que a mí me sonaban monstruosas, como salidas de un abismo. El sacerdote estuvo sentado en frente de ellos y uno de esos otros hombres gesticulaba y luego intentaba hacer entender al otro y ese otro permaneció en silencio con sus ojos impenetrables viendo el hombre vestido de negro con la cruz sobre su pecho mientras él lucía un colmillo de bestia. Vinieron a nosotros con sus mujeres brutales y bellas, con su maíz y con su oro. Ah, el oro. Yo vi en la tierra silenciosa los nuestros ¿nuestros? Buscaron el oro y lo guardaron con rabia, como bestias furiosas lo arrancaron de los otros y luego gritaron de locura al poseerlo. Y ¿cómo permanecí allí? ¿Cómo vi cada tarde y cada mañana esas dos voces monstruosas hablarse? Ya no pude detenerme. En silencio, solo quise ver, solo quise seguir a los otros hombres, entrar en aquella tierra antigua que iba aplastándome. Un día envié a Gómez Fernández a que penetrara sobre las sierras de occidente en donde ellos dijeron que había otros ricos y fuertes. Gómez Fernández salió con sus hombres hacia la sierras y luego lo vimos regresar, cansado, herido, como una sombra.

Capítulo cuarto. Gómez Fernández. Septiembre de 1539

Después de aquella primera expedición en la que al mando de Jorge Robledo recorrieron el valle desde la aldea pobre y escasa de Santiago de Cali hasta la geografía montañosa que con el tiempo sería El Viejo Caldas, sobre una llanura Robledo fundó una población y la llamó Santa Ana de los Caballeros: en la planicie excavó un agujero con su propia espada y manos y allí enterró un madero que lo doblaba en altura y luego acuchilló el madero y, en medio de la reunión de todos los hombres, una cruz presidiéndolos, los curas celebraron una misa y rociaron la tierra con agua. Establecieron bohíos alrededor y nombraron en la tierra impasible, alcaldes, alguaciles y regidores. En días siguientes, Robledo dispuso grupos de hombres que exploraran los terrenos que se extendían hacia el norte y el oriente y él mismo, acompañado de curas, recorrió esas tierras y encontró indios que fueron entregados a los sacerdotes. Los grupos de soldados volvían hambrientos y exhaustos pero dominados por una especie de frenesí, los caballos cargaban el oro que traían y sobre la tierra caminaban las indias desnudas. Hacia el occidente la expedición de Gómez Fernández tardaba.

Eran unos cincuenta hombres. Los indios les aconsejaron no llevar caballos pues seguramente éstos no podrían superar la montaña y la humedad de los terrenos. Algunos vestían armaduras de hierro, cascos y láminas herrumbrosas sobre el pecho y los brazos; otros, en el abandono general sobre esa geografía feroz vestidos apenas con telas rasgadas, aparecían como los restos de un hambre prolongada delante de los caballos y de los armados. El grupo estaba conformado de blancos: los negros y los indios permanecieron con Robledo arando la tierra que ahora no les pertenecía. Sobre los rostros de los hombres, mientras se acercaban a la sierra, se

percibían los mismos estragos, el mismo hastío, como una sutil degradación acompañada de un deseo furioso. Descendieron de la loma en que habían hecho la fundación, caminaron por un breve valle y luego ascendieron por la sierra ardua, la tierra inclinada con violencia, poblada por escasos árboles aislados y lánguidos que, hacia la mitad de la montaña, eran reemplazados por una línea recta paralela a la tierra: el límite de una oscura y tupida vegetación que la coronaba. Tardaron toda la mañana en llegar hasta aquel punto y antes de internarse en la selva descansaron en la pradera y comieron. Al adentrarse en la densidad de los árboles, notaron confusos la oscuridad de la atmósfera: de golpe, feroz e inmediato, aquel espacio abundante pareció cercarles con sus tallos y sus plantas precipitados en una vida vertiginosamente fecunda, una penumbra infranqueable alumbrada por las débiles columnas de sol que se filtraban entre las ramas con un resplandor gris y opaco y que descubrían montículos de un verde oscuro; los espacios no iluminados, masas negras e informes. La tierra era blanda e inconsistente y al pisarla, las botas de los soldados producían un ruido como de desgarró. Hacia adelante, el espacio se cerraba serena e imperiosamente atravesado de troncos, tallos y plantas confundidos entre sí. Arriba, sobre ellos, el alto y extenso follaje se dilatava siguiendo las ondulaciones de las montañas como un mar estático y furioso.

Toda la tarde de la primera jornada caminaron lentamente en el interior de esa semioscuridad, sintiendo los pies hundirse en la tierra como en una masa, sin advertir el movimiento del sol e ignorando si seguían el norte o el oriente. Luego, comprendiendo que penetraban en una región diferente a la que habían visto en los días anteriores, volvieron la vista hacia atrás sin poder distinguir la dirección que habían tomado, viendo la cegadora vegetación que parecía inundarles los ojos. Caminaban ordenados en tres grupos dispersos sobre el terreno en líneas oblicuas compuestas de los que llevaban

armaduras y los harapiientos, sin orden alguno. Al inicio caminaron cuidadosamente, las armas en frente, preparadas, pero en la medida en que fueron acostumbrándose a la oscuridad y al silencio de la selva, depusieron las armas y continuaron, lentos aún, viendo hacia todas partes de la vegetación como una manada trastornada. Súbitamente, después de caminar por un tiempo del que, aunque corto, no tenían noción clara, se percataron de que la selva se hizo más oscura, que había estado oscureciéndose mientras caminaban sin que lo percibieran. Gómez Fernández, acomodado en el centro del grupo, al mirar al cielo, observó una pared de un azul oscuro, casi negro, entre los espacios de las ramas. Comprendió que anochecía. Se detuvieron, algunos temerosos, sintiendo cómo entraban en esa oscuridad más potente que la que habían conocido en el resto de sus vidas. Gómez Fernández dispuso a cinco de los soldados como centinelas y los demás, en la calidez segura del fuego, durmieron rodeados por aquellos ramales numerosos que parecían circunscribir un espacio ajeno al resto de la tierra, con sus propios ruidos y silencios. Durante largo tiempo el espeso bosque fue atravesado por lejanas y débiles voces que se esparcían y los alcanzaban en formas de risas y gritos. En la madrugada del día siguiente, sobre las extensas ondulaciones de la masa oscura de vegetación, ascendió lentamente una niebla ligera y sinuosa, como la vasta exhalación de la tierra que lanza al aire los vapores de su profunda vida furiosa. Al despertar, algunos recostados sobre los árboles y otros durmiendo en las lánguidas plantas del suelo, se encontraron otra vez, delgados, los rostros sucios, con la monotonía agobiante del bosque y se dispusieron de nuevo en las entrañas de esa vida rebosante y callada: arrojados sobre la solapada ferocidad de la tierra, daban la impresión de una ebria peregrinación de miserables que sólo buscaban recorrer esa región para morir agotados. Gómez Fernández iba en la segunda línea, separado del

grupo delantero y del anterior por diez o doce pasos. De pronto, el primer grupo se detuvo y uno de los hombres vestido de armadura caminó rápidamente hacia él:

– Qué pasa soldado – dijo suspenso, el rostro barbado y tostado de sol, los ojos pequeños bajo el ceño que ostentaba una expresión de severidad constante.

– Mire hacia arriba, señor – respondió el otro, señalando confuso.

Gómez Fernández levantó la mirada: en el resplandor de ruinoso azul de la mañana, un conjunto de hombres, mujeres y niños semidesnudos los veían desde los árboles, de pie, en frente de agujeros que parecían ser la entrada a unas barbacoas construidas con troncos sobre los anchos árboles. Algunos llevaban la cara pintada de líneas rojas y negras hacia los pómulos y la frente y las orejas atravesadas por fragmentos de palo circulares. Erguían sus arcos y sus lanzas viéndolos en silencio. *Vimos unos hombres o no supimos si hombres o no vestidos con unas luces que traqueteaban. Sus rostros eran blancos y peludos como las bestias. Los vimos llegar, en medio de la selva, en la madrugada, caminando lentos bajo los árboles. La noche anterior, entre las llamas, el anciano nos habló de la tierra desierta con una herida como un río sangrando. Desde nuestras casas los vimos con temor, con horror. Pero no con el miedo con que veíamos el sol, no, con un miedo nuevo, como si solo su presencia nos alejara a nosotros de nosotros mismos, de nuestra tierra. Entonces oímos un trueno provenir de entre ellos y luego otro y algunos de nosotros cayeron de los árboles y en medio del miedo corrimos entre los árboles y lanzamos nuestras flechas y nuestros dardos, oyendo sus truenos y sus voces de cuyo sonido parecía provenir más miedo y que llenaban la selva de un color y un aire diferentes y desconocidos. Señalaban y gritaban y se escondían tras nuestros árboles y nosotros corrimos sobre las ramas pero ¿qué*

podíamos hacer con nuestros dardos y lanzas y flechas delante de sus truenos y delante de lo que había dicho el anciano? Luego corrimos adentro, en la selva, viendo los árboles, viéndonos caer y gritar delante de esos otros, corrimos viendo a los hijos de la tierra morir y llorar.

Ordenó que dispararan los arcabuces. Al primer estallido, un grito agudo y ensordecedor llenó la selva y los indios corrieron entre los árboles y lanzaron sus dardos. Gómez Fernández gritó que se cubrieran en los troncos y luego se oyeron, mezclados con los gritos de los indios, los disparos de los otros arcabuces. Tras los troncos los españoles experimentaban un temor, una angustia aguda y frenética desconocida para ellos. Veían los dardos caer sobre la tierra y oían los gritos tremendos y desconcertantes y trastornados. No era solo el temor de la muerte, era aquella muerte, tan huérfana, tan extraña en medio de ese ámbito perturbado y perturbador. Algunos de los indios descendieron de los árboles y lastimaron con sus armas a los españoles, desbordados de angustia. Varios de ellos se enfrentaron cuerpo a cuerpo con las espadas y mataron a varios indios. Sin embargo, aunque su número era superior y los españoles mismos por momentos sintieron que perecerían delante de aquella manada aterradora y frenética, súbitamente y continuando la algarabía huyeron, internándose en la selva y abandonando sus casas. Los españoles los vieron correr, atravesados por aquel miedo abismal y desconcertados ante la huida. Un último disparo atravesó y silenció los gritos que se desvanecían para dejar un silencio absurdo entre los españoles temerosos.

Salieron con lentitud, observando hacia las barbacoas y viéndose entre ellos. Algunos corrieron hacia los árboles y les prendieron fuego mientras empujaban a las mujeres y a los niños que habían permanecido en el interior. Entre ellos un español salió sonriente con

una india atada, de pie, negándose a caminar, arrastrada por el hombre: el cuerpo moreno y voluptuoso con los senos firmes y redondos y las piernas delgadas, apenas cubierto el sexo por una especie de tejido de cabuya. Caminó en silencio, la mirada fija en la tierra, siendo observada por los otros, desconcertados en la extraña victoria. Gómez Fernández miraba hacia la dirección en que los indios habían huido, percibiendo de nuevo el silencio hostil de esa región que ahora manifestaba la cualidad incomprensible de los gritos de los indios. La india fue llevada hasta el lugar en que estaba Gómez Fernández. La vio, los ojos desorbitados sobre el rostro descompuesto, pero no era tristeza ni temor, era una especie de cólera enloquecida que parecía clamar desde sus ojos como si estuviera a punto de romperse en una mueca monstruosa llena de ruido. En un instante de descuido, la mujer emprendió carrera hacia la izquierda de los españoles, lenta y torpe, gritando con las manos atadas a la espalda. La vieron correr, algunos sin reponerse aún del desconcierto de la batalla, y la vieron desaparecer precipitándose en un abismo que ellos no advertían desde donde estaban. Los gritos cesaron con ruidos de árboles rotos y desgarrados y con un último golpe seco que los alcanzó débilmente. Desde el borde del precipicio sólo pudieron ver una frondosidad de tallos, troncos y enredaderas que descendían hasta perderse en una masa sin luz.

Los indios capturados luego de la pelea caminaron con ellos, muriendo horriblemente en la soledad infranqueable y destructora de la orfandad, de lo ignorado y amenazante, viendo aquellos hombres o demonios pronunciar palabras incomprensibles, caminar por la selva antigua y eterna; hombres o demonios que íntimamente, en la soledad individual de su miedo, padecían una angustia y un

abandono semejantes: después de caminar diez días en los adentros de esa oscuridad, la sospecha asoladora de que la tierra escondía un elemento monstruoso que constituía su esencia y que era completamente extraño a ellos, que sólo podrían, entre la vegetación, pisar el barro en el que yacerían mientras esa vegetación habría de continuar, se desarrollaba en ellos a plenitud para dejar las dos soledades, el indio y el español, mirándose desde lo profundo de su miedo. Encontraron por todas partes pequeños yacimientos de agua, quebradas en las que bebían para seguir caminando, abriendo paso con sus espadas por aquella vida que en su abundancia se presentaba monótonamente abrumadora. No había en la selva una ferocidad manifiesta con violencia como las tempestades del mar: era una pesadumbre, densa y vasta que emanaba de la humedad de los árboles y de su quietud de zozobra que agobiaba a los hombres. Los indios muertos, no de sed, no de hambre, sólo muertos, eran dejados a su paso, algunos respirando como agonizantes. Durante veinte días no vieron indio alguno además de los que les acompañaban. Luego de ellos no quedó ninguno y una noche, los hombres recostados a los árboles, agobiados de humedad, de los insectos, de la semioscuridad en la que atravesaban como un éxodo de locos furiosos y desolados, escucharon las voces lejanas que hacían más profunda y extraña la selva. Gómez Fernández dispuso de nuevo a los vigilantes y los otros trataron de dormir en esa noche convulsa. En la mañana permanecieron en el mismo sitio, silenciosos en una atención desesperada. Gómez Fernández les ordenó que se dispusieran para cualquier ataque. Estuvieron quietos y suspensos durante algunas horas, sin sentir ya los sonidos de la tierra, acostumbrados a su tremendo silencio. Luego oyeron un movimiento acompasado y seco acercarse hasta que distinguieron un numeroso grupo de indios ordenados en falanges avanzar hacia ellos: no eran estos hombres delgados y de baja estatura como los que habían conocido antes,

eran unos cuerpos que les igualaban y superaban, morenos, vigorosos, pintados con círculos negros y rojos alrededor del cuello y los brazos, la nariz atravesada de oro, las orejas rotas y desfiguradas y sobre las cabezas complicados cortes de cabello. Los españoles prepararon los arcabuces escasos de pólvora y balas, viendo a los otros avanzar con sus cerbatanas y sus dardos, con sus lanzas y mazos brutales. Dispararon y agotaron de inmediato la pólvora. De nuevo los indios se vieron confusos ante el tronar de las armas pero luego se lanzaron en un desplome de gritos sobre los españoles. Desde su posición, los españoles veían rostros deformados, bocas monstruosas y coléricas precipitarse de modo que cada imagen se iba imprimiendo brutalmente sobre su memoria con el fondo lúgubre y pesado de la selva. Escasos delante de los indios, procuraban defenderse tácticamente ordenados en grupos de diez en que los primeros protegían a los otros con escudos para que pudieran atacar. Los indios desbocados lanzaban golpes brutales de mazos que derribaban de inmediato a quien alcanzaran. Gritaban, casi sin temor, como ebrios de cólera, una multitud desbocada y furiosa que los españoles contenían penosamente viendo cómo iban cayendo heridos por pequeños dardos o por los golpes monstruosos de los mazos. Los hombres de Gómez Fernández habían matado a unos treinta indios, pero ¿qué hacer ante el desbocado flujo de hombres que desbordaba desde la selva? ¿Qué hacer ante esa gritería tremenda y desalentadora y perturbadora de indios que no temían morir, exaltados en su deseo de asesinarlos a ellos? Cada vez iban cediendo más terreno y la defensa se hacía más débil, más franqueable, mientras que la corriente de indios parecía inagotable, incansable, ruidosa, siniestra. Gómez Fernández alcanzó a ver varios españoles heridos y muertos y vio también cómo los cadáveres eran tomados por algunos de los indios y llevados hacia el lugar de dónde provenían. Sintiendo aquella multitud incesante y ciega y con la

certidumbre que de permanecer todos iban a morir gritó a los otros que se retiraran, la voz grave como un cuerno imponiéndose sobre los gritos salvajes, y los españoles corriendo en la dirección del camino que ya habían hecho. Corrieron frenéticos siguiendo la monotonía oscura de la selva, gritando ellos mismos, chocando con troncos, resbalando en la tierra húmeda, dejando sus armas caer y viendo cómo algunos indios trataban de perseguirlos mientras la multitud celebraba con gestos y gritos grotescos aquella derrota primera de los demonios barbados. Luego, agotados, se percataron de que corrían solos, casi en silencio, de que los indios habían cesado en la persecución y se detuvieron para reunirse y ver en la cara de los otros el temor insondable que cada uno llevaba adentro suyo.

Después de ese último encuentro continuaron durante diez días recorriendo la lujuriosa pesadez de la tierra. Cuatro hombres habían muerto y sus cuerpos habían sido abandonados con los indios y, a pesar del duro miedo que experimentaron en esa oscura y ruidosa pelea, los recuerdos de ese último terror se les aparecían débiles delante de la especie de abatimiento bárbaro que les infundía el pesado bosque. En esos días oscuros fueron despojados lentamente de todos los elementos con los que fundaban una familiaridad con la tierra y con su propia existencia: aquella peregrinación aparecía como un vagar sobre un valle desconocido y abandonado en el que no servían de nada las ideas y los dioses y las ambiciones que traían consigo; en ese valle eran arrojados como sobre una atmósfera desértica y desconocida habitada por otros seres cuyos rostros y cuyos gritos les angustiaban y ahora les demostraban que podían matarlos para dejarlos irremediabilmente en el miedo de esa región trastornada. Gómez Fernández pudo sentir cómo surgía en él el

sentimiento del absurdo de ese peregrinar: no se dirigían a ninguna parte, no podían saber siquiera en qué lugar estaban, no querían encontrarse de nuevo con los indios. Habían partido buscando más oro, según los indios en los alrededores de Santa Ana les habían dicho. Pero, ¿hacia dónde dirigirse tras el oro? La selva estaba delante de ellos, inmensa, y ellos podrían emprender hacia dónde quisieran, pero ahora había miedo en ellos y aunque el recuerdo del oro fácil que habían hallado con las otras tribus se les aparecía como una luz, calmándoles, sólo deseaban salir de esa oscuridad. De modo que apenas podían concentrarse en el sufrimiento callado que se originaba por la experiencia de aquel territorio incomprensible, mientras buscaban salir de la selva y regresar con los otros españoles. Caminaban siguiendo la convicción absurda de deshacer el camino, encontrando la misma selva callada, solapada, volcada sobre ella misma, ofreciendo su violenta indiferencia que para los españoles tenía la cualidad de un grito eterno articulado para llenar horriblemente todos los espacios que el hombre habitara. Las provisiones ya se habían consumido y se alimentaban con el maíz encontrado en los bohíos de los indios, salvo él, Gómez Fernández, que se negaba a aceptarlo y a beber el líquido amarillo, bebiendo el agua que encontraban mientras vagaban, lentamente, creyendo seguir una misma dirección, buscando con desesperación salir sin encontrarse con los indios. Gómez Fernández, agotado y furioso, veía la selva, compacta, vasta, sintiéndose a sí mismo penoso, mínimo, un insecto. Junto a él estaban los hombres que quedaban de la expedición. O no hombres, sombras, casi cadáveres hambrientos y enloquecidos en su búsqueda de oro, atravesados todos por la estela de terror que la presencia y la violencia de los indios había dejado impresa en sus memorias. Gómez Fernández pensaba en la selva, exhausto, sintiéndose en el borde de su muerte, en medio de un atroz extravío del que creía que no volvería, perdido, hambriento,

amenazado por la idea de la presencia de los indios. Su existencia se había tornado una sustancia constituida por la oscuridad de la selva y el mareo que el hambre y el agotamiento físico les imponían. Aquello bien podría ser el infierno, la desesperación absoluta de verse a sí mismo dueño de una vida próxima a la muerte y que, sin embargo, se debate por sobrevivir intensamente, agudizando hasta la locura todos los matices de su agonía.

Una tarde, ¿o acaso una mañana?, mientras el grupo de hombres esparcidos como bestias penosas y degradadas de hambre descansaba para alimentarse, uno de los soldados se acercó a Gómez Fernández. Estaba recostado a un árbol, la cabeza inclinada hacia atrás, los ojos casi cerrados y el cuello rígido en un gesto de desesperado cansancio. El soldado se detuvo delante de él. Gómez Fernández lo miró por un momento.

-hay que matarlos – dijo el soldado.

-Sí, hay que matarlos a todos y llevarnos el oro de este infierno - dijo Gómez Fernández.

Se mantuvieron en nuestra tierra durante dos lunas los vimos salir sobre esas mansas bestias blancos y los rostros peludos descendían de la montaña y desaparecían en los bosques hasta regresar días después con los otros con el oro. Los otros que habíamos conocido sobre la tierra de quienes conocíamos su carne caminaban bajo las bestias en filas lentas con sus caras penetradas de miedo con las manos atadas por cabuyas. Desde nuestra angustia vimos a los blancos hablarles como ya nos habían hablado de ese ser antiguo y remoto que habían clavado en la madera y de un Dios inmenso cuya mano abarcaba el sol completo y de un hombre en la tierra más allá

del agua sentado sobre el oro dueño de nuestra tierra. Fabricaron casas con bambúes y ramas de árboles y construyeron otra más grande y sobre ella pusieron la cruz. Se repartieron la tierra y con sus palabras de sonidos tan raros que al escucharlas veíamos la tierra diferente desconocida como si en ella hubieran habitado otros seres que nosotros no conocíamos y que ahora se nos presentaban escogieron muchos de nosotros y nos entregaron entre ellos. Vimos a los otros morir también. Vimos sus rostros confundidos y coléricos ellos no hablaron ellos nos se arrodillaron delante de la cruz. En el centro de las casas los blancos juntaron guaduas y quemaron a los otros. Cada día vimos correr el sol y volvimos sobre la tierra ¿qué había ahora en el sol que conocieron nuestros padres y sus padres? No pudimos ver en ese sol lo que habíamos visto antes pero allí estaba corriendo sobre el cielo semejante e idéntico al del pasado. Y la tierra ¿dónde quedaban nuestras mujeres y nuestros hijos y el bosque con sus espíritus? Dónde dolor indomable la tristeza y el miedo esparcidos sobre la tierra este sufrimiento este dolor oh tierra ¿dónde estás qué se ha hecho de tus dioses de dónde esta herida que tanto te cambia y nos deja tan solos tan extraviados? ¿Hacia dónde corre el río y cuáles aguas ahora lleva? Luego nos reunieron alrededor de las bestias y ellos llevaban sus armas de truenos y las espadas. Con sus palabras señalaron hacia las montañas. Nos enteramos de que querían seguir recorrer los otros pueblos en que no estaba su dios. Descendimos de la montaña seguidos por las bestias y por los otros y caminamos en una hilera alrededor de las sierras siguiendo el río.

Capítulo quinto. Los otros

El sol penetró delicadamente por una de las ventanas del bohío, iluminando con un resplandor amarillo al hombre que aún dormía y dejando más adelante, en el lugar que el rayo no alcanzaba, una bruma levemente oscura. El espacio era atravesado por ligeros silbidos de pájaros, algunos melódicos que repetían un mismo coro y otros que apenas lanzaban chasquidos. El hombre dormía sobre una estera de guadua cobijado por una manta amarilla teñida con tintes rojos y azules en bandas horizontales. Al sentir la reverberación del sol sobre los párpados despertó, pesadamente se incorporó y se levantó de la estera. Era de estatura baja, la piel morena, el rostro ancho y abultado hacia las mejillas y los ojos pequeños y oscuros. El cabello iba recortado a la altura de la frente siguiendo una línea que le rodeaba la cabeza. Sintió la tibieza del sol, la sintió brevemente viendo a través de la ventana: aquella calidez que sus padres y los padres de sus padres habían sentido también, derramada cada día sobre la tierra y que íntima y brutalmente los unía con todas las palpitaciones que el sol mismo hacía surgir. El bohío era un círculo que del centro a su límite abarcaba doce o quince pasos, conformado alrededor por un cerco de guadua por el que no podía filtrarse la luz. Hacia los lados, dos aberturas oscuras y rectangulares conducían a cuartos sin luz habitados por figuras de madera del tamaño de un hombre. Sobre la madera del piso, rastros resecos de sangre. Hacia el frente, una abertura mayor constituía la entrada al bohío. El hombre la atravesó, semidesnudo, el sexo cubierto por una manta doblada entre las piernas y anudada a la cintura. Afuera del bohío una plataforma continuaba unos diez pasos y se interrumpía bruscamente. A los lados se erguían altas guaduas que terminaban en filosas puntas, algunas sosteniendo cráneos de hombres, oscuros y

descompuestos. Cinco bohíos semejantes se disponían alrededor con sus techos de ramas y con sus cráneos rodeándolos sobre las puntas de las guaduas. Bajó de la plataforma. Delante de él la sombra de su bohío se proyectaba sin definición. En frente el sol daba plenamente con la suavidad de la mañana. En esa especie de plaza que se formaba en medio de los bohíos, otros hombres y mujeres caminaban, atravesaban la plaza con sus armas y continuaban hacia las sementeras. En las plataformas de los otros bohíos algunos comían la masa tostada de maíz con un líquido amarillo servido en recipientes de madera. Una mujer vestida con una manta desde la cintura hasta los tobillos y descubierta el pecho, se acercó hasta él y dispuso a su lado el maíz y el líquido. El hombre comió lentamente, observando, adormecido aún, la lenta ebullición de aquella vida remota que iba creciendo conforme a la rotación del sol en el cielo.

Las sementeras se extendían sobre las montañas siguiendo las suaves sinuosidades que les imponía la tierra. Algunos tramos breves eran llanuras que iban modificándose hasta cortarse por el descenso o el ascenso de una montaña. En los alrededores cercanos, los cultivos se extendían sin interrupción, ordenados, hasta que eran reemplazados por inmensas extensiones de prado o de rudos y oscuros bosques que iban descendiendo precipitadamente y cesaban en el río lejano y angosto que se divisaba desde los sembrados. En el horizonte, levantándose sobre las cimas irregulares de las montañas, el sol ascendía disipando la bruma del débil amanecer, estableciéndose de nuevo con su cualidad de crueldad, de fiereza, derramado sobre los campos y las montañas. El hombre lo vio y vio la tierra también, el sol trazando su vasto círculo sobre la tierra y ellos mismos trazando otros círculos que constituían esferas mayores y más lejanas dentro de la arquitectura infinita del espacio y las estrellas. El sol, alimentado de sangre, que en siglos pasados había arrojado a sus hijos sobre la tierra, arrojaba su luz, su fuego y esa luz

era bebida por la tierra, por el barro, por el río, por las bestias, presentado todos el mismo fuego, el mismo ardor comunicado desde ese cuerpo lejano hasta ellos mismos. Luego el hombre recorrió los sembrados, holló la tierra y la removió y atestiguó otra vez el crecimiento del fruto de las pulsaciones vívidas y tremendas de la tierra. Todo aquello, las extensiones tumultuosas de montañas, el agua que fluía con su potencia inapelable, el crecimiento del musgo, las bestias que despertaban en los bosques, constituía una unidad desbordante, hervorosa, alimentada del fiero astro que rodeaba el espacio. En las otras sementeras, otros hombres en silencio sentían, sin percibirlo, ese mismo fluir indomable e indestructible que traspasaba toda la tierra y todas la cosas. Hacia el mediodía, volvió sobre el bohío, descalzo, el pecho descubierto, caminando lenta y dulcemente sobre el barro.

La tarde transcurrió serena. El arco de la tierra desde aquella geografía se manifestaba de un azul profundo. En el atardecer, un viento delgado y liviano atravesó las sementeras después de haber recorrido las montañas, llegó a la plaza y cruzó por los cuerpos de quienes estaban afuera de los bohíos y luego atravesó los cráneos dispuestos sobre las guaduas, penetrando en sus agujeros negros y produciendo un silbido grave y sostenido que ocupó el breve territorio de los bohíos; un sonido apenas perceptible pero ligado a la tarde como lo estaban la luz del crepúsculo o la lluvia en los inviernos: aquella atmósfera había sido poblada por ese silbido desde un tiempo que no recordaban, así como había sido estremecida por sus voces agudas y oscuras, por sus gritos de dolor y exaltación desde el remoto día primero en que fueron arrojados por el sol a la tierra. De modo que ahora, millares de ciclos después, el silbido hacía surgir las imágenes, las evocaba lánguidamente, apareciendo con la misma liviandad del aire que alcanzaba los cráneos, del silbido que se formaba (las imágenes de los hombres

que la tierra inmemorial había presenciado, las imágenes del tiempo antiguo en que el sol y la luna arrojaron a sus hijos desnudos sobre la tierra y éstos, confundidos viéndose a ellos mismos en soledad, concibieron a sus hijos y éstos concibieron a otros hijos y todos fueron desperdigándose sobre todas esas regiones, alcanzando la selva oscura, descendiendo al río, apostándose sobre la sucesión de las sierras y viviendo entre la niebla. Y los padres se encargaron de comunicar, en las noches, en medio del fuego, que el sol y la luna los habían parido una noche y entonces cada vez que vieron el movimiento del sol y el río extendido sin tregua y los florecimientos de la tierra, y cada vez que sintieron una íntima soledad en la vasta noche, recordaron que el sol los había engendrado y construyeron ídolos de madera y de piedra que levantaban sus brazos hacia el oriente y encendieron dulces y delicadas yerbas a los pies de esos ídolos y luego ofrecieron sangre y corazones palpitantes. Y con el curso del tiempo fueron comprendiendo, acaso ciegamente, todo aquello que podían sus cuerpos y fueron rindiéndose dócilmente a sus orgías, a sus borracheras, sintiendo no solo el espíritu del sol sino el espíritu de la tierra y de los bosques y de las bestias arder en ellos mismos como un ruidoso placer, y en obediencia a sus padres y a los sacerdotes del sol en sus casas rodeadas de vírgenes y de oro, se dieron guerra entre todos ellos, lucharon en largas algarabías de flautas y de gritos y luego - ¿cómo? ¿Cómo imaginar ese delirio primero en el que uno entre ellos tomó un cuerpo y lo partió, ese cuerpo semejante al suyo, y lo devoró? ¿Cómo imaginar aquel acto primero que fue seguido por los demás durante todos los años que siguieron, en busca de un mismo placer? – comieron la carne de los otros hijos del sol. Todo aquello lo había presenciado mansamente la tierra, así como presenció el horror ante la muerte que sintieron alguna vez y que seguirían sintiendo, horror del que habían concebido los mapas de las estrellas y los mapas del universo y de

sus existencias y con el que escribieron sus calendarios y conocieron la rotación del cielo y con los cuales trazaron una arquitectura sobre la tierra, ruda, espléndida, de rocas inmensas; la muerte con su angustia insuperable, los hombres juzgando que más allá del último sueño de cada hombre, habría otro mundo, otras tierras que recorrer, otros vinos y otros placeres para experimentar, y por lo tanto, debían enviar oro y alimentos y mujeres con aquel que partiera en el viaje de la muerte. Y lo hicieron de ese modo, envolvieron los cuerpos en mantas y los sometieron al calor hasta dejar los huesos delineando la piel transformada en un cuero duro y áspero por las llamas, y enterraron el oro y el maíz y las mujeres vivas con ellos, una plácida compañía en el abismo desconocido de la muerte. todo eso extendiéndose en el corredor del tiempo, evocándose como por fuerza propia en el espacio de los bohíos y permaneciendo también fijo adentro de cada uno de ellos, sosteniendo y significando cada uno de sus actos. Otras tardes y otras noches bailaron y gritaron delante del fuego y bebieron un vino de maíz y de yerbas en el que sintieron la tierra abatirse desde sus venas).

Pero ahora la tarde se deslizaba serenamente, el sol rojizo descendiendo con lentitud sobre las siluetas oscuras de las montañas mientras el aire delgado provocaba, cruzando los cráneos, el silbido grave que se asociaba a cada tarde. En los alrededores de los bohíos, algunos niños corrían y se lanzaban pequeñas piedras. El hombre estaba de nuevo apostado sobre la plataforma exterior al bohío. Veía todo, los otros hombres en sus bohíos, las mujeres semidesnudas que cruzaban la plaza, el otro bohío más grande que los demás en el que habitaba el jefe. Poco a poco la atmósfera fue tornándose azul y empezó a ser cruzada por las crepitaciones de los grillos. En medio de la plaza, en la noche, encendieron fogatas y uno a uno, hombres y mujeres, durmieron en la tierra incesante.

Así que descendimos de la cima que poblamos y en la que permanecemos por casi dos meses. Desde el día en que arribamos, fatigamos los alrededores y hallamos grupos de indios organizados que pronto se sometieron a nuestro dominio. Mientras construían los bohíos y levantaban las iglesias los sacerdotes explicaban a esos hombres que más allá del cielo moraba, desde el origen de todas las cosas, el Padre de todos ellos. Los indios desnudos, con señales grotescas en todo el cuerpo, como una escritura antigua, veían a los sacerdotes y veían hacia el cielo con sus rostros silenciosos y desconcertados. Luego el maíz empezó a escasear y el grupo iba aumentando con los indios

no nada escaseó en la tierra abundante

viste veías las montañas que seguían hacia el norte

y con un hambre trastornada de toda aquella desolación y aquel silencio

descendiste.

Ordenamos un grupo de unos cincuenta, entre hombres a caballo y a pie y con los perros descendimos, siguiendo la montaña hasta encontrar el río. El descenso ocupó la primera mañana hasta el mediodía en que cruzamos hacia el borde derecho. A nuestro alrededor las montañas se ofrecían como muros infinitos, dorsos suaves y delicados de hierba interrumpida escasamente por lánguidos árboles. Las líneas de sus siluetas se cruzaban unas con otras y se iban perdiendo en la bruma del horizonte

la tierra desbocada como un abismo

no quieta intensidad avasallante

recorrer la tierra mínimos minúsculos

aquella montaña engendrada en los siglos pasados desde el centro mismo de la tierra.

A nuestra izquierda corría el río anegando todos los ruidos de los caballos y de los hombres. No era un sonido fuerte pero era constante y al ver la corriente, sabía que era irremediable, que el río seguiría corriendo hasta el fin de la tierra llenando con su levedad el espacio de esa región. Adelante íbamos el escribiente, Gómez Fernández y yo. Gómez Fernández había regresado más huraño de la sierras. Tenía el rostro casi amarillo y cruzado por sombras de cicatrices. Ahora hablaba poco, sobre su caballo, viendo hacia el frente con una mirada de colérica humillación. Los demás veían en todas direcciones siguiendo y oyendo el lenguaje de los indios que iba mezclándose con el sonido del río para conformar una única desolación de la tierra. Pero en mí seguían sonando las voces que había escuchado como por primera vez sobre aquella montaña al lado de los indios *el oro que yace inacabable bajo las montañas. La obra de Dios, estos hombres entendidos del demonio engañados*

no engañados

no

un solo miedo

una sola soledad.

Aquella era una ribera húmeda de arena negra con pequeñas rocas oscuras de musgo y una vegetación escasa de árboles delgados. Durante una jornada entera recorrimos ese río y yo pensaba en mi infancia, en algo, en un tiempo anterior en que en el río yo sólo podía ver agua rodando con sus ruidos grises

la tierra

este sentido de bestialidad inmensa

dormida

serena

penetraba hasta las aguas y me alcanzaba en ese río angosto.

Recordaba los campos polvorientos en los que había vivido con los caballos cruzando y las iglesias cuyas campanas atravesaban también como caballos. En las tardes, el cura me hablaba de Dios y yo veía, como en una sucesión silenciosa de rostros, los gestos moribundos y desesperados del hombre en la cruz y en la noche, sobre todo esto lo recordaba, yo veía sobre el polvo de la tierra el cielo extenderse casi sin fondo, allá, en lo lejano, en lo remoto y era como si ese cielo me arrancara y me arrojara sobre su negrura pero yo seguía allí, viendo el cielo y pensando hacia allá está el cielo habitado de ángeles con trompetas que cantan a Dios durante todas sus horas y hacia allá debo ir para cantar eternamente. Así lo pensaba en esas noches en que iniciaba la angustia y así fue cada noche y cada día, viendo el cielo y la tierra limitados por ese sitio en el que habita Dios y luego me embarqué hacia Italia y allí, con una certidumbre ciega, había peleado por devolver a Dios esa tierra usurpada. Pensaba en mi infancia, pero me esforzaba en esos recuerdos como si ya no me pertenecieran porque era como si aquellas regiones silenciosas me separaran de ese pasado, era como si mi vida hubiera empezado en la tarde en que yo había desembarcado del bote y había pisado esta arena por vez primera, sintiendo esa emanación invisible de la abundancia de la tierra, viendo los árboles de un verde oscuro como agazapados con serena violencia sobre ellos mismos. Yo veía el abismo que eran esos territorios y veía el sol corriendo en el cielo y, como en las noches de mi infancia, sentía que todo aquello provenía de una fuerza antiquísima y que seguiría extendiéndose durante un tiempo que no se puede medir, que sería estúpido querer medir y que en esos

espacios por los que se extiende esa fuerza no quedaba espacio para nada más, para los ángeles con sus trompetas, para tronos. Y al pensar en la infancia, en esos otros días, todo se me figuraba como un sueño atroz, como una especie de delirio común que no era explicable ante la evidencia del río, ante la evidencia de las montañas, ante la evidencia de la noche. Y dentro de mí, ¿dónde? ¿Cómo decirlo?, surgían abismos, se abrían como estruendos íntimos en la fragilidad de mis huesos y yo empezaba a verme a mí mismo como no me había visto antes, como si en mí hubiera alguien más que ahora, entre el vagar de todos esos hombres con sus hambres, con sus deseos, caminaba callado, observando confusamente la tierra y los hombres.

Luego fuimos abandonando el río lentamente, fuimos subiendo las lomas por los caminos que habían hecho los indios y supimos que nos acercábamos a otras tribus y yo veía crecer entre ellos una especie de ansiedad semejante al deseo del oro de los españoles. Todos ascendían por la montaña, el río cesando y los indios tensos, esperando ver a los otros, a sus mujeres, su carne, su oro. Era el atardecer cuando divisamos una agrupación de bohíos seguida por anchos terrenos cultivados de maíz. De algunos bohíos ascendía humo y desde nuestra distancia podíamos imaginar a los hombres desnudos en la sementeras y caminando en medio de las plazas.

Hubo entre nosotros y el primer grupo de indios que encontramos una breve batalla en la que los perros les hicieron replegarse y rendirse. En la noche, acompañado del escribiente, vi a los indios confederados comer la carne de los que habían asesinado los perros. Yo había oído con horror, con cierta repugnancia, que esos hombres comían sus propias carnes. Fue en los primeros días de mi viaje y sin verlo sentí repulsión ante la idea de ese acto. Pero aquella noche, una vez los soldados hubieron apresado a los indios y se ordenaron

en el territorio de los bohíos y una vez encendidas las fogatas, mientras dormían, yo vi a los indios comer en silencio, con una lujuria desconocida, esa carne morena y tatuada de los otros, en silencio, alumbrados por las intermitencias amarillas del fuego. Y no hubo en mí repulsión, no hubo asco, nada; encontraba que aquello correspondía plenamente a esa tierra, a esa noche, que sutilmente se obraba una definitiva comunión entre el río, la niebla, la extensión de la tierra, la noche y el espacio, con el acto de esos hombres. Descansaron ellos también y en el sueño vi todos aquellos cuerpos iguales, los vi exhaustos después de la locura.

Entre esta otra tribu estuvimos durante diez días. Nos enteramos de que se hacían llamar Carrapas. Vivían como los otros, en bohíos de guadua coronados por techos de paja. Eran de nuestro talle, morenos y sus mujeres bellas andaban descubiertas entre el barro. En un bohío más grande que los demás vivían los sacerdotes y el cacique que había huido a las montañas al verse derrotado por los perros. Descubrimos el interior de aquel bohío y encontramos figuras de madera de unos seres con muecas furiosas, de colmillos hasta los mentones, vestidos del mismo modo que los indios guerreros y con los brazos abiertos hacia el sol

los sacerdotes con sus crucifijos de plata y oro y madera destruyeron esas imágenes que ellos habían forjado

forjar

el hombre en la tierra

soledad perturbadora

en soledad construyeron sus ídolos

la soledad de mis noches.

En los otros bohíos encontramos otras figuras y hallamos también

cadáveres, con sus gestos de dolor aún, mutilados, grises, descomponiéndose lentamente en esos cuartos oscuros. El escribiente decía:

– Todo esto lo han aprendido de sus antepasados y todo está dedicado al maldito demonio que les hace entender las cosas todas ser en su mano y ser el superior de todo.

Yo lo miro, el escribiente mira hacia los ídolos y reconoce la sangre reseca en la madera

– Pero estas gentes no ignoran que hay un solo Dios hacedor del mundo, porque el poderoso no permite que el demonio atribuya así lo que es tan ajeno, más por sus pecados están sujetos a su voluntad y no dejan de estar en las prisiones de su engaño, ciegos en su ceguedad.

Le veo. El escribiente me ha acompañado desde Cali. Está acalorado. Es noble. Asiento y oigo.

– Hasta que la luz de la palabra del sacro evangelio entre en los corazones de ellos.

El escribiente me mira, grave, su brazo derecho levantado.

– Y los cristianos que en estas indias anduvieren procuren siempre de aprovechar con doctrina a estas gentes, porque no haciéndolo de esta manera no sé cómo les irá cuando los indios y ellos comparezcan en el juicio final ante el acatamiento divino.

Capítulo Sexto. La Batalla de Pozo. Marzo 28 de 1540

Después de haber descendido de Santa Ana, los españoles encontraron otras dos tribus hacia el norte y las dominaron fácilmente en breves batallas. En la primera de las tribus permanecieron por un espacio de veinte días y en la segunda durante diez días. El grupo era de unos cincuenta hombres entre los que iban a caballo y los que caminaban. Los indios confederados eran acaso veinte o treinta, mezclados con los blancos de rostros ruinosos, sosteniendo todos una mueca a la vez de abandono y hambre y de una ardorosa ansiedad por el oro, los ojos desorbitados sobre la cara quemada y barbada. Entre los Carrapas y Picaras presenciaron la borrachera de los indios, los vieron quemar yerbas a sus ídolos, vieron sus casas adornadas de cadáveres y recogieron ferozmente su oro. Una vez instalados allí, ordenaron la repartición de indios e indias y penetrados de estupor recibieron los vasos y patenas de oro, los platos y las vestimentas, mientras oían que hacia el oriente, atravesando las sierras, había una región bañada por dos ríos dorados en cuya tierra se albergaba tanto oro como barro había en la que estaban pisando, cuyos valles sembrados de maíz y de frutas perturbaban por su abundancia y se nombraba “Arbí”. Sin embargo no continuaron hacia aquella tierra edénica. Los Carrapas y Picaras les hablaron además de otra tribu, siguiendo hacia el norte, ordenada sobre una loma, ricos en oro también. Así que después de treinta días, después de beber el vino amarillo de los indios, se encaminaron de nuevo, dispuestos para la batalla, hacia el norte tumultuoso de montañas. Allí estaba Robledo, a caballo, acompañado por el escribiente, por Gómez Fernández y por los demás soldados y sacerdotes, reducido por la desesperación creciente que la tierra le imponía y no obstante, con la necesidad atroz de experimentarla aún,

de atragantarse de la desolación que percibía en sus espacios, abatido, seguido de esa multitud nerviosa, recorriendo la tierra con el íntimo deseo de saber hasta dónde le llevaba su arrasadora soledad.

Se acercaba el mediodía. Los hombres de Robledo estaban esparcidos al pie de la loma preparándose. Un ruido irregular de latas y voces se alzaba sobre el silencio de las montañas. En el cielo moteado de nubes escasas veían el sol circular con lentitud, con su inmenso movimiento. Robledo revisaba sus armas alejado del grupo y veía luego hacia la loma. Gómez Fernández se acercó:

– Capitán, los soldados ya están listos. Estamos esperando a los indios que enviamos.

Siguió por breves momentos el penoso silencio de latas de los españoles ante el vasto espacio. Luego vieron bajar a los indios que habían enviado como mensajeros. Gómez Fernández ayudado por otro indio los interrogó y volvió hacia Robledo.

-Capitán, dicen que parece que nos han visto porque están ordenados en falanges.

- Ordene a los soldados, los de a caballo vamos en el frente – respondió.

Robledo vio hacia el horizonte, observó de nuevo las líneas que se cruzaban de las siluetas de las montañas, quietas, irrevocables. El conjunto de hombres se ordenó detrás de los que iban sobre los caballos. No era una loma ardua de modo que los animales podían ascender con facilidad. Algunos caminaban con su escudo sostenido, mirando hacia izquierda y derecha y encontrando apenas las estrías de la tierra cubiertas de hierba. Luego empezaron a oír una algarabía de gritos y silbidos y golpes como de tambor provenir de la cima. Gómez Fernández, sobre su caballo, al lado de Robledo, tenso,

recordó lejanamente la oscuridad de la selva, sintiendo de modo fugaz cómo una sensación de abandono y de orfandad le invadía y luego, mientras gritaba a los soldados anunciándoles que se acercaban, le abandonaba para dejarle un rencor atemorizado. Los ruidos siguieron creciendo mientras los españoles, suspensos, esperaban ver aparecer sobre la cima a los indios. Vieron unas líneas delgadas cruzar el aire, oyendo los ruidos cada vez más furiosos de tambores mezclados con flautas y silbidos agudos, mientras algunos sentían finos pinchazos en las piernas o en el abdomen, los dardos acompañados después de rocas que aparecían furtivamente en el espacio y les obligaron a levantar los escudos. Luego los caballos alcanzaron la cima. Desde su perspectiva, los soldados que iban recostados a la tierra podían ver las bestias jadeantes aparecer en la planicie de la montaña y desaparecer avanzando. Se vieron a ellos mismos resbalar, agarrarse con sus uñas a la tierra y avanzar tras los caballos: las botas de los soldados lastimaban el dorso de la montaña dejando bruscos zarpazos de tierra húmeda, el grupo de hombres corriendo torpemente hacia la cima. Los perros corrieron también y adelantaron a las otras bestias. Al ganar la planicie, los soldados vieron una confusión de caballos y de perros abalanzarse sobre numerosas filas de hombres o bestias, vestidos con oro y plumas y las extremidades pintadas de un color como el azufre, gritando y levantando sus mazos y sus lanzas en medio del ruido constante de las flautas y las percusiones monstruosas. Atrás de ellos se erigía un conjunto de bohíos circulares contruidos con guadua, en soledad, adentro, los niños y las mujeres de quienes peleaban. Los caballos avanzaban derribando a los indios, los perros se lanzaban asestando en las piernas o el abdomen o siendo reducidos por violentos golpes de mazo. Los soldados corrieron internándose entre los caballos y golpeando con las lanzas hacia esas criaturas de rostros gigantes con sus cuerpos signados y vestidos de oro. Eran decenas de indios con

máscaras de fieras extendidos en la llanura mínima de la cima de la montaña. Todos tenían pintado el abdomen y los brazos con líneas rojas y negras y figuras circulares en el pecho. Algunos cubrían sus hombros con láminas de oro y aquellos que no se precipitaban hacia la pelea, golpeaban con sus lanzas el suelo y lanzaban un grito acompasado que se perdía y moría en la anchura de la tierra. Los españoles avanzaban lentamente tras los caballos y los perros, mientras los heridos se rezagaban atrás de la algarabía a donde no llegaban los indios. Adelante se observaba a Robledo y a los otros que iban sobre los caballos inclinarse con las espadas para asestar el golpe a la vez que las bestias levantaban sus patas delanteras y caían sobre los indios. El grupo disperso de indios se abalanzaba sobre los españoles, plegados sobre ellos mismos, recibiendo esa fuerza desbocada y torpe: se cubrían con los escudos, resistían la embestida y atacaban con las espadas y las lanzas sobre el abdomen. Empezaron a sentir sobre la tierra esa mezcla espesa de barro y sangre. Las botas se hundían en la tierra húmeda y roja, los cadáveres yacientes bocabajo sobre esa especie de lava fría. Los silbidos empezaron a cesar, a disminuirse a medida que los españoles avanzaban, algunos cubiertos de armaduras herrumbrosas y otros descubiertos, las ropas rasgadas y sucias pero ordenados todos, pocos ante la muchedumbre de indios y no obstante, venciénolos, disminuyendo el numeroso conjunto de seres coléricos y estruendosos pero inhábiles en la batalla, las flautas sustituyéndose luego por una voz recia que sobre la maraña de hombres y cuerpos, sobre la sangre oscura y terrosa que ablandaba la tierra, pronunciaba vocablos indios: Robledo articulaba esas palabras enseñadas por los confederados, producía él mismo esos ruidos que le consternaban tratando de disuadirlos de la pelea, imparable acaso, con una fuerza propia como una inercia fatal, los indios luchando, furiosos y torpes, viendo esas bestias horribles y

gigantes asolarlos y viendo esos hombres barbados de los que habían oído alguna vez en medio del fuego, entre el vino, antes de la orgía, pero que no habían podido imaginar y que ahora los derrotaban y los arrojaban sobre una tierra nueva y diferente y hostil. Robledo volvió a gritar desde su caballo, articulando las sílabas de los indios que continuaban precipitados como al inicio, pero ahora corriendo nada más que ruidosos hacia las espadas de los españoles, solo muriendo en medio de los ruidos cesantes. Bajó de su caballo, la espada en su mano derecha. Al tocar la tierra sintió un punzón sobre el brazo que le obligó a bajar el arma. Instintivamente arrancó el dardo viendo un hilo finísimo de sangre brotar delicadamente hasta sentir otra vez el aguijón sobre el abdomen y de nuevo a la altura del pecho. Adentro de él, en medida contraria a la disminución de los tambores y de los silbidos, la sangre empezó a ascender hacia su cabeza, a golpear sordamente como oleadas que subían y le enceguecían poco a poco, trayendo consigo una oscuridad sobre sus ojos – los ojos de los indios oscureciéndose allá, lejos de él - y sobre el pensamiento hasta dejarlo tirado en el lodo húmedo de sangre, la cara contra la tierra mientras los españoles avanzaban coléricos - los cadáveres en la tierra pisados o golpeados - y los indios corrían pavorosos hacia todas las direcciones de ese minúsculo espacio.

El hombre estaba recogido entre una alta maleza desde donde divisaba los bohíos; el pelo recortado alrededor de la frente en una línea recta. Desde allí veía su bohío, el tablado en que se había sentado en las tardes a ver aquella vida serena y bullente *otros indios habían llegado hasta nosotros y nos dijeron que unos hombres andaban por las tierras y que habían vencido a los otros y habían matado a los sacerdotes y habían incendiado las imágenes y luego en la mañana vimos un grupo que brillaba por momentos caminar*

desde el río hacia nosotros nos preparamos nuestras mujeres llorando y gritando y vimos cómo ascendían por la montaña con sus rostros peludos y delante de ellos unos monstruos de dos cabezas sobre cuatro patas que nos atemorizaban como un frío que entraba por nuestras gargantas. Lanzamos las rocas y los dardos y luego vimos cómo las bestias aparecieron en la cima de la montaña gritando y pateando a la vez que hundían sus lanzas en nuestros cuerpos y nosotros temerosos gritando lanzados sobre esos hombres o bestias o dioses. La tierra se transformó inmediatamente yo vi las montañas otra vez intactas y el cielo y el sol pero de pronto todo eso lo vi frío frío no mío ya no me pertenecía ahora era liberada y no había dios del sol ni de la tierra ni del bosque porque el bosque se cerraba y nos dejaba morir a su lado sí pero ya no entraríamos de nuevo en él qué hago yo en el bosque qué hago yo en la tierra este destierro me aplasta gira y girará la tierra y el sol girará aunque yo no esté y giró cuando no estuve y ¿dónde están mis padres los hijos del otro sol que fue mi padre? Seguía acurrucado, escondido entre las ramas verdes y cafés viendo cómo los otros asesinaban a las mujeres y a los niños y prendían fuego a los bohíos, tenso, temeroso, las manos asiendo fuertemente la tierra bajo sus pies y pensando en que alguna vez, alguna noche, había oído decir que se acercaba el día en que los dioses descenderían de sus tronos y vendrían a transformar y a asolar sus vidas, su selva, sus aguas, sus tierras, pensando que la tarde anterior había visto el sol caer sobre las montañas dulcemente y que ahora aquel sol que recorría el cielo era otro, terriblemente callado, como era otra la tierra y el bosque. Así que rígido, viendo el humo ascender desde los bohíos, se levantó y corrió, desesperadamente corrió al interior del bosque que comenzaba hasta perderse en la oscuridad de sus adentros.

Los soldados dormían en improvisadas tiendas que habían construido ellos mismos, al lado del fuego. Tres de ellos vigilaban alrededor caminando atrás de las tiendas y observando con inquietud hacia el cerro en que se habían escondido los indios luego de la pelea. En la noche aquel cerro tenía la apariencia de una oscura masa amenazante. Adentro del bohío, Robledo yacía sobre la sábana, iluminado por dos velas a ambos lados de la cabeza y acompañado por los sacerdotes, uno de los cuales, Diego López, era médico. En la oscuridad el escribiente y Gómez Fernández observaban el rostro contraído del hombre, aún más pálido bajo la luz irregular de las velas, un gesto de dolor en la boca. El médico pasaba una toalla mojada sobre la frente, el agua corría sobre las patillas y la barba y llegaba hasta el cuello.

- Se va a recuperar o no - la voz surgió de la oscuridad, recia y huraña, cortante. López miró en dirección de la voz reconociendo a Gómez Fernández.

- No sabemos qué le pasa – repuso deslizando de nuevo la toalla por el cuello de Robledo. – Parece que eran unos dardos envenenados. Mañana que haya suficiente luz lo examinamos.

El cuerpo, levantándose de la cama en un débil estremecimiento, tosió e inmediatamente volvió a asumir la mueca de dolor en el rostro. Gómez Fernández se levantó, apareció dibujado torpemente en la luz de las velas y luego salió del bohío. Los demás se acomodaron, salvo el médico, sentado sobre un madero al lado de Robledo con la palangana de agua turbia. Estaban recostados a la tierra, doblados sobre sus propios cuerpos. La tienda era una manta grande de cuero sostenida en las esquinas por cuatro palos de guadua. Robledo estaba sobre la tierra, separado del suelo apenas por una sábana sucia. Recortado difusamente contra la luz de las velas, López deslizaba la toalla húmeda por el cuello de Robledo,

viendo los labios tensos y los párpados apretados duramente contra sí mismos: estaba invadido de un sueño denso pero que no lo ganaba del todo. Se sentía aplastado, dejándose ir por la fatiga, distante del mundo y sin embargo en él. Habría deseado que todo se precipitara y se cerrara, que no quedara nada de sí mismo, que esa luz atormentada de conciencia que sobrevivía en medio de su mareo y de su cansancio se extinguiera. Porque era aterrador mantener en ese estado de vencimiento físico la capacidad de verse y de juzgarse, esa lucidez que fijaba obstinada el dolor y el abandono. Desde su oscuridad sentía el agua fluir por su piel, la sentía minuciosamente recorrer el tejido ardiente en fiebre abriendo surcos mínimos de frescor y de descanso, surcos que, no obstante, eran rápidamente evaporados y vueltos al mismo calor. Los hombres hablaban, respiraban, una miríada de murmullos se levantaba desde afuera y se concentraba adentro de la tienda. Robledo oía. Las voces de los hombres que le acompañaban resonaban de un modo elemental, apenas siseos y sonidos familiares que no podía seguir, que no intentaba seguir, pero que gravitaban como un oleaje, numerosos e incesantes y filosos en sus oídos. Se preocupaba sobre todo de sus piernas y de su pecho, sintiendo cómo una especie de frío se esparcía lentamente desde el abdomen, bajaba por las rodillas y se instalaba desde los dedos de los pies hasta la cintura, el frío corriendo bajo el ardor estático de la piel. Y estaba el pecho como un lecho de rocas sobre el cual el aire pasaba y se golpeaba con minúsculos pero inevitables dolores y parecía formar adentro de él un ruido ronco de flujo y reflujo, un ruido mezclado con el sonido numeroso que llegaba desde afuera. Eso le preocupaba, formándose en su cerebro con imágenes lúcidas y obstinadamente minuciosas que le fastidiaban y le emborrachaban y que iban mezclándose con otras, a su vez mezcladas y deformadas, de un lugar polvoriento cruzado de caballos y de sonidos de campanas y luego invadido de

una vegetación creciente y silenciosa. Sentía su respiración – se concentraba en ella, en el pecho, en las piernas, presenciando la sucesión nimia del aire que descendía y volvía a ascender, procurando evadirse pero atrapado tenazmente - e imaginaba cómo entraba por bocanadas anegando la garganta y volvía a salir terriblemente tibia por la nariz, semejante a un río subterráneo de adentro suyo que fluía en la vegetación que ya había surgido y que se disgregaba con un ruido bajo, leve, sobre sus ojos, sobre su frente, sobre su cuello e iba desapareciendo de nuevo, ahogado, evaporado, dejando en sus canales tierra reseca y caliente. La imagen volvía a repetirse, se abría de nuevo aquel terreno llano con sus caballos y luego la selva, sus objetos y su vividez multiplicados horriblemente por la claridad atroz del delirio; pero ahora él veía un hombre, callado, desnudo, recogido sobre sí mismo, semejante a los ídolos que había visto antes, mirarle con sus ojos gigantes y después caer sobre la hierba como un objeto rígido de madera, sí, de madera, porque aunque veía la piel, oscuramente sabía que era de madera. Y aunque el río volvía a surgir lento y a esparcirse sobre el lecho pedregoso de su pecho, la imagen permanecía con solapada insistencia, inquieta, cayendo de nuevo y de nuevo levantándose y alcanzando un precario equilibrio para volver a caer y volver a erguirse y a caer y, aunque apretara fuertemente sus pupilas y sus manos y tratara de mover su cabeza, el hombre continuaba su movimiento angustioso y perturbador mirándole con sus profundos ojos muertos. Luego estuvo sólo, sobre un fondo negro cayendo y perdiéndose siguiendo un ritmo, un latir, latir, su corazón se formó delante de él, la imagen de un palpar, no-fuerte, un palpar agotado y terriblemente esforzado y ahora todo iba desvaneciéndose en una oscuridad mareadora y él se sintió lejos, en una orilla, mientras el mundo giraba más allá de él, las imágenes repitiéndose remotas pero con una insistencia desolada, disipándose

no más que por el cansancio y el agotamiento.

Para el día siguiente la fiebre disminuyó y Robledo había abierto los ojos. El gesto de dolor de la noche anterior se había suavizado, el rostro había adquirido una expresión de desgano y vencimiento. No pudo pronunciar una sola palabra. De afuera del bohío le llegaban ruidos indefinidos de golpes, de movimientos de espada y de voces. Sentía cómo los ruidos iban anudándose uno a uno hasta formar una sola línea que se repetía fastidiándole en su cabeza y que él procuraba alejar. Desde el lecho, agotado por la noche y sintiendo la fiebre aún en la lengua y los labios, veía al escribiente en frente de él, observándolo y mirando luego con inquietud hacia afuera. La visión de aquel hombre de rostro noble, de gestos suaves y cabellos ondulados, le aliviaba y le reconfortaba. Era la mañana, espléndida, de un azul suave y completo en el cielo y él sabía que era la mañana, pero todo lo veía como desde una misma y prolongada noche, aplastado por el cansancio y el delirio. Gómez Fernández entró y vio el cuerpo silencioso, el rostro pálido y los ojos abiertos.

-Parece que ya no está tan mal – dijo mirando al médico al lado de la cama. El médico asintió y volvió a mirar el cuerpo.

-Qué es lo que hacen afuera – preguntó el escribiente.

- Nada, fuimos por los indios que se escondieron en el cerro y ahora los tenemos. Todos estaban vestidos con oro, claro que los otros indios los prefieren desnudos...- dijo

El escribiente oía con perfecta claridad los gritos de los indios, las risas y los golpes de espada y de mazos.

-Eso es una crueldad – dijo el escribiente – usted sabe que el capitán no lo permite.

- Pero vea al capitán como está tendido. Además éstos casi nos dejan sin capitán.
- Es una crueldad – repitió el escribiente viendo hacia el rostro de Robledo.
- Por eso quédese aquí, para que no tenga que ver nada – dijo Gómez Fernández e inmediatamente salió del bohío.

Robledo pudo comprender a plenitud las palabras de ese hombre severo que había estado hablando con el escribiente y esa comprensión, que se le figuraba ahora como un dolor y una agonía, hacía surgir otras imágenes en su cabeza ligadas a los sonidos que entraban y resonaban moribundos desde la planicie. Se veía a sí mismo descender de un bote viendo hacia la selva y observando con insistencia el crucifijo en su pecho y luego estaba atravesando la vegetación de esa tierra acompañado por una peregrinación que percibía agotada y excitada, cruzando pantanos, oscuridades, ríos; sometida a una lluvia que se desplomaba lánguida pero abrumadoramente constante. Sintió cómo la peregrinación se detuvo y observó la tierra, teniendo la impresión de no haber atravesado espacio o tiempo sino de haber ejecutado algo, un acto, un hecho, un pensamiento, que constituía una delicada línea ya sobrepasada que dividía sutilmente todo su mundo conocido y lo dejaba ahora en un territorio, no para iniciar de nuevo, no, sino donde todo ya estaba hecho desde innumerables siglos en el pasado: en explosiones de lava y tempestades de mares todo había rodado, siguiendo un impulso que él no podía definir ni concebir, hasta alcanzar lo que ahora la tierra y el universo eran, y todo seguiría rodando por un tiempo que no podía medirse en años, explotándose, convirtiéndose eternamente. Y sobre los vastos espacios del universo que él imaginaba en la noche, comprendía que no había espacio para nada que no fuera esa oscuridad inmensa y que la grandeza que

imaginaba le desolaba y le empobrecía. Sí, una especie de Leteo corría en algún lugar de su vida y él lo había atravesado y lo había casi bebido y al figurarse en medio de sus sueños a los otros españoles, era como si viera hacia atrás, hacia el pasado, un grupo de hombres trastornados ante las cruces y ante el oro. Después fueron apareciendo de nuevo los indios con sus ídolos, con sus alimentos, con sus miedos, ocupando aquella tierra anchísima y él veía sus muecas y oía sus lenguas y una tarde ¿cuándo?, una tarde cualquiera, no importaba, entre los días sedientos que había experimentado, vio a los indios y vio a los españoles y vio la tierra y supo que sobre el inmenso teatro de la tierra estaban todos esos hombres, todos, debatiéndose en una misma angustia, en una misma y sorda soledad, entre las mismas hambres y ambiciones, la misma locura – las imágenes de nuevo vivaces pero ahora él sintiendo cómo podía observarlas y juzgarlas, cómo podía de un modo deliberado percibir las y comprenderlas, o al menos acceder a esa comprensión que se da en los sueños y que en la vigilia nos parece absurda: los hombres esparcidos mínimos en la región de la selva o sobre explanadas o sobre montañas, desnudos o vestidos de armaduras negras de óxido; laboriosos peleando unos con otros, en orgías estruendosas, la tierra ancha y silenciosa como esperando que aquel penoso trastorno de su soledad pasara...

Pero todo aquello no bastaba. La turbada certidumbre a que el sueño le conducía no bastaba, así lo sentía, del mismo modo que sentía que ya no podía volver atrás, que ya no podía buscar la cruz ni otra cosa más porque la sombra de su intuición se proyectaba destructora sobre todos sus actos. Reapareció la imagen de la tierra, de montañas mudas y ríos estruendosos; reapareció como invadiéndole los ojos, como abalanzándose vertiginosamente sobre él y sintió de nuevo el frío en sus huesos y el ardor de la piel y los ríos extenderse sobre su frente y su cuello y cesar resacos otra vez. ¿Qué era aquello

que no quedaba saciado en él mismo? ¿Qué era aquello que continuaba abatido y afligido? En un estado de horrible y ardorosa lucidez, penetraba deliberadamente en su delirio diciéndose *tengo que explotar este lirismo*, se lo repetía *explotar este lirismo y llevarlo al extremo de mi fiebre, explotarlo y morir, decididamente*. Toda aquella imaginación excesiva con la que cubría su experiencia, ese lirismo, habría que explotarla, deshacerse de ella y llegar hasta su consecuencia última, si no, nada valía la pena. Se sentía impotente, necesitado de llegar a una conclusión más allá de las devastadoras certezas que poseía en medio de su fiebre. Era pasado el mediodía. Los ruidos habían terminado y sólo escuchaba las voces de los españoles que no podía descifrar. A su lado continuaba el médico y en frente volvió a encontrar el rostro consolador del escribiente. Gómez Fernández no había vuelto a entrar.

– La fiebre vuelve a subir – dijo el médico.

Bajaron la manta hasta su cintura. Revisó las heridas y sólo veía que el pequeño cráter de los dardos estaba hinchado. Cortó en forma de cruz con incisiones pequeñas y vio brotar un líquido transparente, como aceite. Uno de los sacerdotes entró seguido por un indio y paró en frente del cuerpo.

-El indio sabe lo que le pasa y sabe cómo curarlo – dijo.

El médico vio al indio con sus ojos interrogantes pero en completo silencio. Se levantó, el indio se acercó y se acucilló delante de Robledo. Por un momento observó de nuevo el rostro barbado y blanco y luego se fijó en las heridas, tocándolas con sus dedos y murmurando sílabas desconocidas para los españoles. Se levantó y salió del bohío seguido por el sacerdote. El indio regresó con algunas hierbas en sus manos y después de mascarlas las introdujo en cada una de las heridas preparó una infusión con otras plantas que el médico se encargó de darle a Robledo en medio de los

estremecimientos de la tos. Sentía la amarga y vegetal bebida sobre su lengua y sentía también una acción fría en el estómago que iba extendiéndose a las piernas y a los brazos y a la lengua, delirante aún, pensando en la tierra y en los indios y tratando de definirse a sí mismo, mientras sentía que la fiebre disminuía con el sabor de la bebida y desde ese vago y trastornado lugar en el que ahora estaba, trataba de figurar qué cosa podría servirle para asirse y librarse de la dura soledad en la que se hallaba. Pero siempre volvía a verse a sí mismo, sólo, poseedor de una consciencia exasperada, plenamente sabedor de que nada podría dar un sentido a cualquiera de sus actos, porque los dioses de los indios eran un sueño tan conmovedor y violento como el Dios de los españoles – su experiencia, su enfrentamiento con la muerte (esa otra experiencia insondable que le tiraba a un miedo nuevo), los recuerdos de los españoles y de los indios y sobre todo su alejamiento, concluían en una igualación y acaso una reducción a la nada: una igualación de los indios frente a ellos, de su historia desconocida y oscura frente a la suya propia; una nada que no obstante adquiriría remotamente el valor de una dignidad, sí, una dignidad contradictoria por censurable y atroz, pero después de todo, lo único que permanecía ante sus íntimas inclinaciones - así que sólo se veía a sí mismo, lúcido, pensando que no podría ya abandonar esa lucidez, que hubiera sido deseable correr tras el oro y evangelizar a los indios, pero no podría hacerlo porque sabía irrevocablemente que todo aquello no era más que locura y ya no podría deshacerse de esa comprobación desesperada y desesperante. Y esto lo pensaba y lo rumiaba, debatido entre la fiebre y no obstante sintiéndose mejor, ascendiendo del precipicio de delirio en el que estaba, viendo, mientras pasaban las horas y se sucedía otra noche más serena que la anterior, la luz del sol y la luz de las velas, oyendo más claramente, hasta que las imágenes se desvanecieron - no se esclareció en él ninguna idea pero sus

impulsos propios ya habían sido trabajados irrevocables, deconstruidos brutal y sutilmente no por un razonamiento sino por un descubrimiento sobre el que buscaba comprender - y cesaron y en el quinto día, agotado de la fiebre y la falta de comida, durmió profunda y serenamente.

Durante los días de fiebre de Robledo, Gómez Fernández dispuso un grupo de soldados entre caballería y de a pie para penetrar en el cerro en el que se habían escondido los indios. Muchos habían huido desordenadamente en direcciones diferentes pero un grupo se había refugiado internándose en una breve montaña que seguía, hacia el norte, a la Loma de Pozo. Caminaron por un corto tiempo en una especie de bosque oscuro y húmedo poblado de pinos y pobre de vegetación. Luego pudieron ver el grupo de indios medrosos que los observaron en silencio, ahora sin las máscaras, el cuerpo untado de sangre y la pintura deformada, aún con el oro en sus miembros pero sutilmente miserables y andrajosos. Al intentar huir, los hombres sobre los caballos corrieron formando un círculo alrededor del grupo y poco a poco, los indios en la tierra, arrastrándose, sintiendo la débil calidez de la tarde que lograba filtrarse entre los árboles y se mezclaba con el frío olor del pino, fueron juntándose de nuevo, penosos, huérfanos delante de los españoles. Era el atardecer cuando los hombres volvieron con los indios: los otros indios los esperaban, casi lujuriosos y al verlos iniciaron una gritería aguda acompañada de saltos y de muecas grotescas. Gómez Fernández los veía gritar, correr, saltar, casi desnudos, con todas aquellas marcas sobre sus cuerpos como signos de sus ardores y de sus fiebres y sentía una callada pero salvaje comunión con la ansiedad de esos indios. Había un recuerdo que lo trabajaba e iba perturbándole y asolándole. Desde que había descendido de la sierra para comunicarle

a Robledo sus descubrimientos, sentía que aquella experiencia había zanjado en él un abismo sutil que le molestaba y le incomodaba como un miedo lento que aparecía cada mañana y le trastornaba en las noches. Mientras recorría el río avanzando hacia al norte, seguido de muchos de los hombres que lo habían acompañado en la selva, al lado de Robledo, observando aquellos indios ruidosos que veían en todas direcciones con un ansia acaso más feroz que la de los españoles, procuraba penosamente huir de ese miedo incomprensible que le había sobrevenido; miraba la multitud que iba tras él sintiéndose brutalmente separado, arrinconado y aislado de todos ellos y sin embargo ahí, indistinto entre las ruinas de esos hombres, pensando en la selva, en las noches, en la prolongada oscuridad que era como una niebla embotadora, en los recorridos extenuantes y la selva que les emborrachaba con su abundante monotonía y, sobre todo, pensando en el horror de morir aislado en las devastadoras soledades de esa sierra. Mientras seguían las indicaciones de los indios, él se debatía entre la vividez atormentadora de los recuerdos de su travesía y la imagen que le asqueaba de la multitud de hombres que caminaban atrás de él. Y luego, durante la batalla en Pozo, mientras penetraba con su caballo entre las filas de los indios y sentía cómo su espada se hundía en esas carnes y cómo mutilaba a esas bestias, sentía también cómo se desarrollaba una cierta voluptuosidad que le sacaba de su asco y de su soledad, que le cegaba ante la angustia y que salvajemente le serenaba como las turbaciones delicadas de un placer.

Lo que experimentaba era una soledad semejante a la de Robledo, proveniente de la aplastante angustia por la cercanía de la muerte, que le había descubierto de un golpe completamente asolador el abandono desesperante del hombre sobre la tierra. Y aquella pasión que se obró en él mientras mataba indios en la batalla, oscuramente le cegaba y abría un camino de lujuria sobre el que sentía que podía

deslizarse como en una violenta y encarnizada ebriedad. Y de ese modo lo hizo. Nadie sabía muy bien de dónde era ni con quién arribó a Las Indias. Robledo lo había encontrado entre los pobladores de Santiago de Cali, se había enterado de que era un hombre habilidoso con las armas y experimentado para la travesía y lo incluyó entre sus hombres, dándole el cargo de segundo al mando de los hombres. Y salieron siguiendo el norte, aquella primera expedición en la que se enfrentaron no con los indios ni con la hostilidad sutil de la selva, sino con una fuerza minuciosa y vasta, contenida, que entre el sol y la noche fue desplomándose con lentitud ineluctable sobre ellos, insensibles, y no obstante afectados por su presencia. Luego había descubierto el vasto terreno que con el tiempo iba a ser poblado por esa otra raza desterrada y ultrajada – una raza traída desde un continente remoto, tan vertiginoso de dioses como Las Indias, degradada al nivel de las bestias y sin embargo poseedora del genio que en las noches, en pleno abandono sobre la tierra desconocida, iniciaba una música que era como la indicación lejana de la hermandad de esos hombres en su mutuo y común destierro – y en aquel vagar sobre la selva que habría de permanecer intacta, descubrió no una tierra, no unos indios para él repulsivos, sino el miedo, y no el miedo frívolo de su infancia y de su juventud, sino el pleno miedo del abandonado y del desterrado. Así que con el creciente rencor que originaba su miedo y alentado aún por el oro y las especias, buscando regresar a España enriquecido, pero enredado en la selva y en el río, inició un descenso, en la tierra y hacia sí mismo, descubriendo una especie de hambre que era saciada con la sangre de los indios y que volvía a aparecer inmediatamente, despreciando todas las obras de esos hombres, despreciando el maíz que ellos habían cultivado y convertido luego en una masa amarilla o blanca y que había servido para librarlos a ellos de la muerte: en la selva y después de regresar agotado y menoscabado, él había

preferido el hambre, en silencio, bebiendo no más que el agua que encontraban, mientras los demás devoraban las masas de maíz salado; se negó a comer cualquier fruta o raíz o vegetal que no conociera desde España, presenciando la borrachera de los soldados que bebían el vino de los indios y esperando, paciente y coléricamente, hasta que se determinara cocer un cerdo o un caballo.

Y una noche, en el octubre del año 46, habría de conducir a Benalcázar desde Santa Ana hasta a la Loma de Pozo, vestido como soldado y preparado para la batalla y cuando el cuerpo del hombre a quien había llamado Capitán y que ahora llamaban Mariscal yació en el barro, húmedo y pantanoso de sangre al lado de un negro exhausto y horrorizado, él mismo habría de golpear y asesinar a los indios que habían hallado afuera de las tiendas: él mismo habría de caminar, como ya lo había hecho en esa misma llanura minúscula entre los indios, y volvería a oír los gritos desesperados y aturdidores de los hombres que iban muriendo por su espada. Y le sería permitido, luego, meses después de la muerte de Robledo, al regresar a Santiago de Cali con Benalcázar, volver sobre todos esos territorios, en busca de oro y ahora poseído del puro rencor en el que la confusión y la angustia primeras habían degradado – pero esta vez, aunque no probaría jamás el maíz, habría de gustar las frutas pequeñas que los otros soldados ya conocían: unas pequeñas canicas, semejantes a los cocos pero mucho más pequeñas que le dejaban en los dientes sucios una sensación de mancha pegajosa y probó una fruta roja y jugosa que le hacía orinar del color de la sangre, pensando *maldita tierra, malditos sean estos ríos y malditos los frutos de sus cosechas que sólo sirven para alimentar a las bestias pero sobre todo, malditos estos indios que esconden el oro del que no conocen su valor* mientras la tierra permanecía paciente y silenciosa y a su paso los indios iban siendo quemados, torturados y mutilados - fundaría otra población, al norte de la Loma de Pozo:

después de luchar como lo había hecho antes contra una tribu no descubierta y hacerla replegar y asesinar a los prisioneros, resistiendo los débiles ataques de los que alcanzaron a huir y que luego desaparecieron, la llamaría Sepulturas, bautizando el caserío naciente con la sangre de los indios y encontrando las sepulturas de los indios y los cadáveres vestidos de oro y el maíz reseco y las mujeres con sus gestos de agonía. Y enriquecido con ese oro regresaría a España en donde el Rey le nombraría gobernador de la provincia del Chocó, aquella selva que le había signado a él, que no permitió que se le violase sino que, por el contrario, zanjó en los hombres una grieta oscura de miedo; regresaría, pensando en esa ironía, en su vejez, aún colérico y dispuesto a conquistar esa tierra que le había asolado, escaso ahora de fuerzas. Y en Cartagena, en el puerto al que llegó en 1580, derrotado de vejez, habría de morir cansado y aún furioso, la tierra intacta a millas de él.

Así que ahora, con los indios atados en medio de las ruinas de los bohíos que fueron incendiados, pensaba minuciosamente en las crueldades que iba a infligir. En uno de los bohíos estaban Cieza, el médico y un sacerdote al cuidado de Robledo, tendido por la fiebre. Algunos soldados estaban esparcidos en los alrededores y otros rodeaban el grupo de indios. Los indios confederados, estáticos, casi tiesos de ansiedad, miraban a los otros indios en cuyo rostro se veían alternativamente expresiones de rencor y de miedo. Alejados de ellos y custodiados por cinco soldados, las mujeres y los niños que cayeron prisioneros alcanzaban a ver a los suyos, en silencio, sin protestar, atravesados de un aura de abatimiento insondable. Gómez Fernández dio una orden y dos soldados separaron a uno de los indios del grupo, arrastrándolo. Otro soldado apareció con un mazo y después de acercarse lentamente lo golpeó en el rostro. El indio cayó hacia un lado con la boca abierta y el cuerpo lánguido, como un muerto. Pero seguía vivo. Los otros indios miraban al suelo,

hacia ese barro callado. El soldado continuó golpeándolo, los golpes secos del mazo llenando ligeramente el minúsculo espacio. Gómez Fernández ordenó que se detuviera. Delante del cuerpo reducido y sufriente del indio estaba el soldado exhausto, la columna doblada, apoyándose con sus brazos sobre las rodillas. Gómez Fernández ordenó que trajeran dos indios. Otros dos soldados acompañaron a los primeros para traerlos. Los indios se levantaron y caminaron. No fue necesario arrastrarlos. Se acercó con la espada desenfundada en su brazo derecho, el rostro inexpresivo, los otros soldados observando aquella mímica atroz. En un instante vertiginoso, uno de los indios sintió el frío metal de la espada anclado sobre una pierna y luego, mientras veía la mano sangrante en el suelo, tuvo la impresión de que aquella misma mano que ya no estaba en su cuerpo le ardía en calor. Del grupo de las mujeres, clamores de llanto y de gritos se oyeron levantándose y haciéndose más ruidosos mientras veían una de las manos del otro indio caer del mismo modo, los miserables viéndose el brazo mutilado, acucillados, en un silencio brutal. Un soldado comenzó a golpear con el mazo a uno de los indios. Al terminar, el cuerpo estaba extendido flojamente en el barro, los brazos abiertos, uno de ellos sangrando, monstruosamente desfigurado. El otro veía el cuerpo, abrumado de dolor y de humillación con la mano sosteniendo el brazo cortado. Los soldados descansaron. Gómez Fernández se acercó de nuevo, como saliendo y entrando a la escena y atravesó al tercer indio con la espada. Permitieron que los confederados, hasta ese momento en una quietud lamentable, los llevaran atrás de los bohíos, descendiendo de la loma, en donde no podrían verlos. Gómez Fernández entró en el bohío en que estaba Robledo y tuvo un diálogo breve con Cieza. Al volver al sitio en que estaban los prisioneros ordenó que separaran a otros dos. De nuevo los soldados caminaron y escogieron al azar. Los indios se levantaron y caminaron con ellos. Cada uno, a su turno,

murió azotado, dejando al final la misma imagen del hombre exhausto y el cadáver grotesco. Anohecía. Gómez Fernández dijo: *mátenlos a todos* y él mismo se acercó con su espada e hizo algunos lances hacia el grupo confuso de indios, entre los soldados que hundían sus lanzas como si intentaran pescar en un lago abundante de peces. Las mujeres y los niños gritaban. Sólo gritaban. Anohecía. Los otros indios recogieron los cadáveres y los llevaron de nuevo debajo de la loma. Mientras lo hacían, algunos soldados encendían hogueras. Sobre aquel desalentador teatro llegó la noche.

Capítulo Séptimo. El encuentro con Maitamac

Ahí estaba, salido de la fiebre y del delirio, el rostro delgado y barbado, el mentón puntiagudo, una cara menuda de ojos pequeños sobre los que gravitaban cejas oscuras y pobladas, el cabello ondulado y revuelto, todo el cuerpo con un halo de miseria y de abandono instigado por el hambre y la enfermedad y dando una impresión de fragilidad penosa y cómica. Su tez era blanca, como podía observarse en los brazos que habían sido protegidos por el sol, pero las manos y el rostro tenían un color al tiempo oscuro y amarillento con residuos de palidez. Después de los días de enfermedad, intoxicado por el veneno de los dardos, en la mañana, salió débil del bohío, mareado aún y observó como entre nebulosas la tierra, el cielo, las montañas, el río lejano, el conjunto de todo ese espacio, con unos ojos renovados, salido de una oscuridad de la que volvía hecho otro, entrando en esa claridad, físicamente débil pero transido de otras convicciones, ahora sustraído a su angustia y con una especie de indiferencia que le daba la impresión de poder entregarse plenamente a todo lo que la tierra pudiera imponerle. La desesperación se había extinguido y le quedaba una especie de lucidez desalentadora que le era suficiente para encontrar placentero, aunque insignificante, cada cosa y cada hecho que se le presentaba: la mañana de un cielo azul ininterrumpido, la docilidad de la tierra con toda su vida, el deseo de continuar hacia el norte; en su pensamiento resonaba una palabra que había escuchado de los indios, resonaba y le infundía un placer adelantado, un ansia: “Arbí”.

Oyó con indiferencia el testimonio de algunos españoles que le hablaron de la matanza, vio a los soldados ociosos abusar de las indias prisioneras, los vio, adelgazados por el hambre, comer maíz y papa y yuca y beber los vinos de los indios, los vio juntar el oro, en

las mañanas y en las tardes correr en aquella llanura minúscula pensando, mientras iba restituyéndose de la debilidad, en la muerte que había afrontado en esas noches febriles, en las imágenes y las ideas que como un oleaje ascendieron y le anegaron y luego le dejaron descubierto y desnudo como una roca sucia que limpian las aguas al borde del mar, pensando que ahora tenía la tierra y al final le esperaba la muerte, sereno, indiferente, vio a los indios y reconoció la dura y amarga tristeza en esos rostros que ahora trabajaban la tierra para ellos y que rápidamente fueron doblegándose ante la cruz y que parecían alborozarse mientras conocían el caballo, mientras aprendían vocablos españoles, mientras penetraban en ese terreno antiguo y perturbador de la iglesia, y luego vio a los indios conmovidos ante la figura de la Virgen y los oyó pronunciar palabras como madrecita o mamacita y delante de todo aquello, tan dulcemente lamentable, durante diez días se recuperó, pero no tornó al estado en que había arribado a aquella loma, no, ahora poseía el esclarecimiento irónico de la vida en la tierra con el que, pensaba, habría de experimentar todo lo que le fuera dado.

Continuaron entre las montañas. Siguieron hacia el norte desde la Loma de Pozo, dejando un grupo pequeño de españoles que les atendiera a la vuelta. A una jornada de distancia encontraron otra tribu. Robledo sentía un tedio lento, sordo, débil y definitivo, al ver de nuevo a esos indios, aunque estos estuvieran más ricamente vestidos que los otros, todo su cuerpo pintado y protegido con láminas de oro – arrojándose sobre ellos, desconcertados delante de los caballos, histéricos, dementes y valientes, sin duda, pero que iban muriendo de nuevo, que iban siendo asolados por los blancos como por una fuerza no-humana sino universal que se abatía pesada y cansadamente -. Y estos indios, a los que llamó armados, redoblaron sus ataques, de nuevo, en una breve llanura, y se

parapetaron en un cerro cercano y Robledo los veía descender, vestidos de oro, ruidosos, con lanzas, con mazos, con cerbatanas, y en efecto veía que algunos españoles caían heridos, pero los indios eran luego desbandados para replegarse otra vez sobre el cerro e intentar otro ataque que era repelido a su vez y del que sólo quedaba tanto oro a los españoles como cadáveres a los indios confederados. Y Robledo pensaba en ese tiempo en que era suya la convicción de que la Providencia los había destinado a ganar esas almas para Dios y a traer Su Reino a estas tierras desconocidas y recordaba también que los indios habían dicho, alguna vez, en el río o en las montañas, que sus sacerdotes habían prefigurado la aparición de esos hombres blancos y el fin de la tierra como ellos la conocían, y pensaba en el viaje azaroso de Colón, en la Providencia, y no podía evitar llegar inmediatamente y de un modo rotundo a la conclusión de que todo aquello no era más que una atroz y vergonzosa comedia. Y ante esta idea que se le presentó entre las batallas contra los Armados, sentía cómo algo en él se rebelaba, no contra el hecho de no ser ellos los elegidos, sino contra el hecho de presenciar aquellas muertes, aquel desespero, aquella hambre, la desolación de los indios, como actores penosos de un acto siniestro.

Los armados vivían en una breve explanada en medio de las montañas. A la llegada de los españoles los indios atacaron desde la llanura siendo enfrentados por los extraños que rápidamente ganaron la cima, hicieron replegar a los naturales a un bosque cercano y de nuevo saquearon las tumbas e incendiaron los bohíos. Durante casi un mes permanecieron en la planicie de lo que habría de ser algunos años después ese caserío naciente y pronto decaído llamado Arma, deteniendo los ataques de los indios, oyendo de los indios confederados que entre ellos estaba el cacique Maitamac, Robledo pensando en ese hombre parapetado en el cerro, incansable, que había descendido él mismo a luchar y que, a pesar de las derrotas y

los intentos de persuasión, volvía, acaso él mismo desesperanzado, a caer sobre los españoles. Aquel hombre, Maitamac, en su fiera soledad, le conmovía. Robledo creía comprenderlo y en cada batalla presenciaba de nuevo lo que él juzgaba un esfuerzo del todo absurdo y del todo digno. Irremisiblemente, las batallas fueron haciéndose menores, más lánguidas hasta que cesaron y Robledo imaginó a aquel hombre, extraviado en el bosque, acaso muerto, pero de cualquier modo, una sombra. Sí, una sombra. La imagen de ese hombre que no conoció, que vio quizá entre la desordenada multitud de las peleas, de ese hombre que se llamaba Maitamac o Maitama y que él creía adentro del bosque exiguo en el cerro en el que se escondían, desesperado, afligido y no obstante colérico, entregado con una ira melancólica a cada batalla, sabido vencido y saliendo a pelear y replegándose de nuevo después de haber podido huir, silencioso, esa imagen iba asociándose trágicamente a Las Indias, a ese terreno que apenas empezaba a ser bosquejado torpemente, inmenso, del que iban reconociéndose más ríos y más sierras y más valles y que parecía no cesar sino comprender un espacio ilimitado para que los hombres murieran extraviados en él; a esa tierra, a esas tierras, se asociaba la imagen de Maitamac, aplastado con violencia o sin ella, con sangre o sin ella, aplastado, no por un decreto, pensaba Robledo, no, sólo por una burla universal que parecía extenderse ominosamente sobre lo insondable del cielo y cuya potencia era tal que él mismo, instrumento de esa burla y no-burlado, no podía evadirse de la injuria abismal y asoladora de todos esos actos.

Y cuando las batallas cesaron – aunque luego habrían de continuar otros asaltos menores que terminarían cuando otros españoles, después de su muerte, asesinaran implacables a todos los indios incluso a Maitamac - una pesadumbre le sobrevino, ligada al vaho de la tierra serena, de los campos que habían sido cultivados en

silencio por otros, de los rostros de esos hombres, rebajados, ofendidos. Sí, la imagen del indio que no vio, que imaginó, era una síntesis para él de Las Indias. Todos los hombres, los que se abalanzaban lujuriosos hacia los otros, hacia la carne muerta, los que se habían rendido estúpidamente ante la fascinación de los blancos, armados con metales oxidados, con sus espejos y naderías, los que habían luchado, todos, eran contenidos en el seno de ese indio nebuloso y oscuro, de Maitamac, angustiado de un modo desconocido para él, horrorizado no sólo por la muerte, sino por esa otra muerte de su orfandad infranqueable.

(Era de figura recia, el cuerpo robusto, la espalda amplia y el rostro de pómulos abultados, quijada ancha y prominente y ojos pequeños. La piel era morena y el día del inicio del combate se había ataviado con láminas de oro en los hombros, el pecho, la espalda y las piernas y llevaba sobre la cabeza un penacho de plumas. Mientras se escondieron en el cerro, vencido por los españoles, él miraba hacia los bohíos, el cuerpo manchado de sangre. Con el tiempo, otros indios habrían de cantar una desalentadora melancolía recordando el río, el sol, la noche, la otra tierra. Pero Maitamac no se permitía rendirse a esa triste voluptuosidad, avasallado igual ante la muerte de los indios y ante el incendio de sus dioses. No. Él observaba con cólera. Todo aquel estremecimiento tremendo le dejaba un pleno rencor inconmensurable contra todo, contra la tierra, contra la noche. ¿Se trataba de eso entonces? Él, que había descendido de caciques y que por tanto había sido levantado entre sacerdotes reconociendo desde niño su linaje, su descendencia del sol, toda la historia de los trajines de sus padres y sus abuelos y todos los que se habían esparcido en la tierra. En la mañana el hombre había muerto. Se llamaba también Maitamac, aquel era el nombre que toda su ascendencia había tenido, un único nombre dado a los incontables hombres como si constituyeran un único y mismo ser que moría y

era engendrado de nuevo, una línea constante que atravesaba la sucesión de cuerpos de la que él acaso sería el último. Era un joven ya, había aprendido a cazar y a pescar, había presenciado los sacrificios de los hombres y había asistido a las batallas ordenadas por su padre así como a las generales borracheras de su pueblo que, después de las orgías, les dejaban exhaustos sobre las cenizas del fuego. El cuerpo fue enterrado después de haber sido sometido a un fuego lento, envuelto entre sábanas, de modo que la grasa y el agua fueran consumidas, enterrado con oro y maíz y dos doncellas con sus cuerpos pintados y ataviadas de oro y las armas con las que había luchado: él mismo cavó el agujero en el interior de su bohío, el mayor de todos, las lágrimas recorriendo su rostro todavía delgado y moreno mientras sentía la emoción universal de la muerte, de esa cesación inexorable y aniquiladora. Todos los otros asistieron a la ceremonia, pintados los cuerpos como dispuestos para la batalla y al día siguiente, en la plaza formada en medio de los demás bohíos, lo invistieron como cacique: durante la noche hubo una llovizna delgada que llenó el espacio, hasta el amanecer, del siseo del agua en las hojas y los árboles y en la madrugada se encontró a sí mismo delante de la tumba de su padre, húmedo el cabello y el cuerpo entero y la tierra húmeda, no pantanosa, sólo húmeda y negra y removida y él pensando en lo que había oído de su padre y de los sacerdotes: descendientes del sol y de la luna, esparcidos sobre las montañas que no eran suyas sino del sol y de las estrellas, la tierra callada y generosa que les había sido dada para el sustento y para el placer pero que no habría de pertenecer a nadie porque ya, desde un tiempo inmemorial, se pertenecía a sí misma. El sol se levantaba lento, atravesando la bruma indefinida que dejó la lluvia. Uno de los sacerdotes penetró en el bohío y llegó hasta la tumba, el joven viendo la tierra, absorto, cubierto apenas por una manta que ocultaba su sexo. La calidez de la luz empezó a ascender bienhechora, la

misma calidez que su padre agradecía. Afuera de la casa los otros indios e indias esperaban: no-afligidos, solo esperando al hombre, no al joven, al hombre que habría de ordenarlos, de determinar los días de los placeres y de la guerra. Lo vieron aparecer seguido del sacerdote y detenerse en el tablado exterior del bohío, los otros sacerdotes y las vírgenes esperándolo mientras los indios empezaban a beber el vino del maíz. La bruma se había disuelto ya dejando rezagos aislados contra el espacio del cielo. Los sacerdotes iniciaron el canto y las oraciones, los otros oyéndolos y entrando en la comunión de los cantos, quietos, solo alzando la voz y bebiendo y observando al sacerdote caminar alrededor del hombre, todavía delgado y penoso, hasta que la complicada corona de oro y plumas fue puesta sobre su cabeza y se oyó la voz del sacerdote seguida de los indios pronunciar el nombre que ya antes sus padres habían pronunciado, el hombre confuso, consternado aún por la imagen última y petrificada del rostro de su padre, que acaso ahora vagaba con el maíz y con las mujeres por aquella región que él no podía discernir.

Pero el rostro de su padre siguió imperecedero, quieto sobre el gesto no final sino inmemorial que sigue a la muerte. Tendría que vencer el recuerdo, abandonarlo, sobreponerse a esa conmoción y a esa soledad primera o entonces vería al pueblo de su padre, ahora su pueblo, morir ante los otros indios.

Estaban ordenados sobre la plaza: unas especies de patenas de oro les cubrían el pecho hasta el abdomen así como los muslos y los antebrazos. Algunos cubrían sus cabezas con coronas de plumas y todos llevaban el rostro y los brazos pintados con tintes negros y rojos y amarillos, en las manos los mazos y las cerbatanas. Luego empezaron a descender hacia la llanura cercana al río, adelante el hombre, demasiado delgado aunque de estatura suficiente para la

especie de abrigo de piel que colgaba desde sus hombros. Los sonidos de las flautas no agudos y no graves atravesaban como ventiscas desordenadas y furiosas, confundiéndose y mezclándose luego con las otras flautas, semejantes y no obstante discernibles para ellos. Y luego todo se precipitó ante él - el otro grupo había llegado a la planicie y una vez se distinguieron, las flautas se mezclaron con gritos y golpes secos y sonidos graves de la madera sobre el oro – él retirándose del grupo, retrasándose, no temeroso, frío y pensante, abarcando con minucia toda la batalla, descubriendo con una sutil lucidez que habría de ser suya para siempre, ese goce brutal de los indios, sufriendo, muriendo, sí, pero alimentando el tácito acuerdo remoto que se había establecido entre ellos, entre sus padres, ejecutando esa obra elemental e implacable con que devolvían, en plena consonancia con el sol, algo de la vida al sedimento antiguo que se las había concedido a ellos – la tierra bañada y alumbrada por el sol conteniendo en su seno las ebulliciones violentas y primigenias que eran transmitidas a las plantas, al maíz y de cada una de las plantas y raíces era legada a los hombres y a las bestias y en su sangre, ese mismo temblor profundo de la tierra habitaba desarrollándose, exaltándose y siendo derramado de modo que el sol mismo, cerrando todo el círculo que comprendía tierra, hombre, bestias y sol, se alimentaba y volvía a iniciar indefinidamente -. Y luego llevaron los cadáveres a sus bohíos y los sacerdotes se encargaron de ellos y pusieron los cráneos sobre las estacas alrededor de los tablados de madera.

Ya había penetrado en toda la historia de su herencia, ya se había confundido y ligado y disuelto en su nombre, en el nombre antiguo de los otros que fueron sus padres, probando y ejecutando las obras que la tierra le destinaba, volviendo de la batalla sutilmente más recio, sutilmente envejecido, la imagen del padre remota y desprovista ya de su cualidad desconcertante).

Él, que había ordenado su pueblo como lo había dicho su padre y que embravecido había luchado cuando fue necesario contra las otras tribus, no toleraba aquella destrucción. ¿De modo que aquello era todo? ¿Aquellos, dioses u hombres o bestias, caían sobre ellos y silenciaban ya eternamente su historia? Esto lo pensaba, de un modo desgarrador y atropellado, angustiado y temeroso, sí, pero ofendido y digno. Aquella lucha no era contra los blancos, era contra la tierra, era contra el tiempo, ciegamente, contra toda la existencia y sabía que iba a morir cualquiera de esos días pero debía morir rebelado, como tantos otros que se habían rebelado antes, aunque lo fuera en el silencio de ese bosque, en donde no había nadie como testigo.

Y Robledo, remoto de ese otro hombre, entre los españoles y los indios que los esperaban sobre la llanura y saqueaban el oro de los cadáveres y saqueaban los cadáveres mismos, sentía no de un modo oscuro sino con claridad humillante y arrasadora – él, imaginando al hombre perdido en el bosque y ultrajado por los españoles, abominando de su propia obra pero incapaz de otra cosa y el otro hombre sintiendo la fuerza devastadora del ultraje - la comunión que los hombres pueden erigir entre ellos cuando comparten una afrenta y una desesperación idénticas.

Así que se estableció un no-diálogo entre ambos. La conciencia de uno que comprendía la magnitud de la ofensa que su mano ejecutaba y veía la mano y el daño y entreveía el sufrimiento de los otros y la otra conciencia del que veía la catástrofe irremediable delante de él desenvolviéndose como una fuerza natural. Pero ambos se negaban a dejarse arrastrar, diciéndose en ese no diálogo de dos hombres desconocidos que ni siquiera poseen un mismo lenguaje pero que no lo necesitan porque sobre la distancia y el abismo natural que siempre existe entre dos, ambos se encontraban solos y abandonados en una región idéntica, diciéndose: *puedes venir a atacarme y*

puedes incluso hacerme prisionero y asesinarme como a todos los que han asesinado, pero no puedes venir aquí con tu signos y hacerme adoptarlos como míos, no podrás, eso no podrás. Y el otro pero no intento hacerlo, no soy yo, y solo tendrías que saber que los tuyos, tus signos, son una quimera tan vasta y triste como la mía, lo que los hombres han construido en años para aliviar su soledad primigenia. Y el otro, no como respuesta, porque no había diálogo, como un flujo de palabras formadas adentro de él que conformaban, sin que los dos actores lo supieran, la plenitud de la escena: tan falsos como los tuyos. Sí, tan falsos como los tuyos, pero son míos. Y si los tuyos justifican la matanza, el asesinato de mis mujeres y mis hijos y mi pueblo entero, los míos me servirán para justificar mi rebelión contra ustedes. Y Robledo: pero tu rebelión no es contra nosotros, es contra ustedes mismos, es contra tu propia historia, contra el universo entero y de nuevo Maitamac: ¿contra el universo, contra mi historia? Uno de ellos allí, en medio de los españoles cansados del asesinato y el otro parapetado en el cerro, escondido, atestiguando la masacre. Robledo parecía hablar con calma: si, contra el universo. Porque no quieres aceptar tu propia historia. Porque si tu destino, el tuyo, habría sido morir por estas espadas y tú lo hubieras sabido, también estarías allí, rencoroso, rebelde, defendiéndote de todo lo que eres y Maitamac, encolerizado: pero nunca pudo haber sido ese nuestro destino. ¿Por qué se creen ustedes que pueden venir a una tierra que nunca fue suya, a una tierra que nosotros hemos pisado desde que la luna nos parió, a dictar la dirección de nuestras vidas? y Robledo, de nuevo, conciliador: no me creo. No yo. Otros sí, pero no yo.

Maitamac, rodeado de otros indios, veía en el fondo, sobre la planicie que alguna vez habitó y que sabía que no habitaría nunca más, a los españoles asesinar a los otros indios. Sufría por ellos, el dolor inmediato y concreto que sabía que padecían ellos y aquellos

que estaban a su lado. Pero también ese otro sufrimiento, más desgarrador y destructor de ver cómo el universo familiar, el orden que gravitaba alrededor suyo desaparecía, caía estruendosamente y dejaba no más que ruinas inmensas y desoladoras delante de él mismo.

Entonces, gustando de esa soledad vasta y horriblemente amarga del hombre que lo ha perdido todo, que vuelve de años de viajes y extravíos y encuentra su casa habitada por otros seres que desconoce y lo desconocen a él, y encuentra que en su pueblo no quedan ni los recuerdos de un bienestar anterior y se descubre de pronto a sí mismo como un extranjero rotundo, un paria cuyo lugar en el universo ha sido suprimido, un ser del todo superfluo; gustando de esa soledad Maitamac se decía: *Estaré aquí hasta que muera y lucharé hasta que muera. Ya no hasta recuperar la tierra, porque es irre recuperable, sino porque no puedo y no deseo hacer otra cosa. Y Robledo porque quieres ser el testimonio vivo y descarnado del hombre que se rebela. Del hombre que quiere alzar su voz y establecer su dignidad individual contra el universo. Y Maitamac, no como respuesta, como ideas delante de sí mismo dignidad, rebeldía, lo que sea. Aquí quedo yo delante de todas las ruinas. Y aunque el universo tienda a desaparecer todo, yo sigo aquí y pelearé hasta que me desaparezca a mí mismo. Y entonces Robledo, sereno, conmovido de saber a ese otro hombre rebelado en medio del bosque y de la soledad solo se requiere tiempo. Un poco de tiempo, muy poco juzgado respecto a la escala de tiempo de este universo que no conocemos. Una minucia, una pobreza, para que el universo te desaparezca a ti y a mí y barra con todo lo que nosotros, ustedes, todos los hombres hemos hecho sobre la tierra. Y Maitamac, colérico aquí permaneceré y lucharé contra ustedes y aunque mis días sean como granos de arena en medio de todos los días que el desierto universal contenga, dejaré aquí mi testimonio de que si las*

fuerzas me hubieran sido concedidas, me habría enfrentado a las fuerzas del cosmos todos los días. Dejaré aquí mi testimonio de que no comulgo y no acepto estas destrucciones sobre mí y sobre mi pueblo.

Se sucedieron varios días en los que los indios atacaban con una persistencia decadente a los españoles que se habían establecido en su tierra. Poco a poco los embates de los indígenas se hicieron habituales hasta que, meses después, Gómez Fernández ordenó a los soldados subir al pequeño cerro y asesinar a cuantos quedaran con vida.

Diálogos finales.

Octubre de 1546, días antes de la muerte de Robledo

Benalcázar permanecía en Santiago de Cali con su ejército. Desde Anserma, Robledo había enviado a Gómez Fernández y al sacerdote Diego López para tratar de disuadirle. Entraron en la aldea sobre los caballos. Benalcázar y Hernández los recibieron.

– Buenas tardes – dijo el sacerdote, apeándose del caballo y saludando de mano a los dos hombres.

– Buenas – repitió Gómez Fernández. Hernández se fijó por un momento en su rostro. Benalcázar permaneció silencioso mirando con cierta severidad. Respondieron al saludo e inmediatamente el sacerdote continuó.

– Se figuran entonces por qué hemos venido, según veo en vuestros rostros.

- Sí, nos figuramos. O más que eso, esperábamos que vinieran – le interrumpió Hernández -. El mariscal después de todo es muy sensato. Yo he oído que dizque es aficionado a escribir y a leer. Que es un humanista, o sea los que leen mucho y hacen poco. Pero no, el mariscal ha hecho mucho también...

– Con que usted, soldado Gómez Fernández, no ha hecho frente a Robledo – Benalcázar alzó la voz sin permitir que Hernández terminara -. ¿O es que anda usted también con deseos de descubridor?

Gómez Fernández le miró por un momento. El rostro levemente pálido y cruzado de cicatrices habría de permanecer así hasta su muerte, hosco.

– No señor, es que si hubiese tenido a los soldados que necesitaba,

yo mismo lo habría aprehendido. Robledo sabe pelear, por eso está en donde está, señor –. Seguía mirándolo a los ojos, con un aire no desafiante pero altivo.

– Entonces usted ha venido es a unírseles a nosotros, soldado – dijo Hernández, mirando a Benalcázar, sonriente. – Ahora si no entiendo a qué han venido, señor sacerdote, porque me figuro que usted no quiere traicionar al mariscal.

López miraba a Gómez Fernández, sorprendido. Volvió hacia Hernández.

– Pues yo he venido a ofrecerles la paz de parte del señor mariscal Robledo. Y éste – miró a Gómez Fernández – éste sabrá él mismo a qué ha venido.

– ¡A ofrecer la paz!, yo le dije, señor, Robledo es un humanista. Y además envió a un sacerdote. Ah, pero como que no conocía al otro. Señor, enviar a Gómez Fernández y a un sacerdote, milagro es que llegó el pobre López vivo.

Benalcázar mantenía el rostro serio, viendo hacia los dos que estaban en frente. Les ordenó que siguieran y se instalaran. Se encargaron de los caballos y luego se alimentaron ellos mismos. Apenas hubieron descansado, hizo llamar a Gómez Fernández.

– Y entonces usted va a traicionar a Robledo – le dijo, alejados del sacerdote, mientras caminaban.

– Pues no es traición señor, porque a lo que entiendo, él fue quien lo traicionó a usted.

– Vea, este Gómez Fernández sí que piensa bien – dijo Hernández.

– ¿Y cómo le va a Robledo en donde está? Yo he oído que tienen mucho oro por allá los indios – preguntó Benalcázar.

– Sí tienen mucho oro, señor, pero a Robledo no le interesa el oro. Yo estuve recorriendo una selva que es como un infierno y no encontramos oro. Pero por el norte hay bastante, pero Robledo nos hizo seguir sin que buscáramos en los pueblos de los salvajes.

Hernández miró a Benalcázar y volvió a reír, irónico y despreciativo.

- Yo lo sabía – dijo – todo un humanista. Ese debió quedarse en España escribiendo cuentos de caballeros. Así le hubiera ido mejor. Ese mejor que hubiera escrito sobre caballeros, que siendo uno ni siquiera el oro le gusta.

- ¿Y dónde está ahora el mariscal? – preguntó Benalcázar.

– Señor, yo vengo desde Anserma, él todavía debe de estar allá.

– Bueno, soldado, vaya descanse que según me han dicho eso está lejos.

Gómez Fernández se retiró hacia donde estaba el sacerdote López.

– Pues yo todavía no sé si haya que matarlo. Puede ser que le demos una buena paliza - dijo Benalcázar a Hernández.

– Señor, a ese hay que matarlo. Vea que ni oro le está dando al rey.

– Pero a nosotros nos puede venir un problema si le matamos.

– No, señor. Si el rey perdonó lo del Perú, mucho más perdonará que le quitemos la cabeza al mariscal.

Siguieron caminando entre los hombres, caballos, cerdos y gallinas, el polvo levantándose mientras llegaba la noche.

Cuatro días después arribaron otros tres hombres enviados por Robledo. Venían desde Arma. Al no tener contestación por parte de Gómez Fernández y el cura, que había sido detenido en Santiago de Cali, Robledo había decidido hacer otro intento. Entraron sobre los caballos y fueron recibidos también por Benalcázar y Hernández.

Uno de ellos era de estatura baja y algo obeso. Los otros dos, delgados y altos. Ni Benalcázar ni Gómez Fernández los conocían. Traían cartas de parte de Robledo. Hernández las recibió y al instante, como ya lo había ordenado Benalcázar, les quitaron las armas, reduciéndolos contra el suelo, los soldados burlándose de ellos, Hernández diciendo:

– Robledo sí es todo uno. Ve que no regresan sus enviados y es capaz de mandar otros. Y con cartas escritas por él mismo, pero qué afán de este hombre por escribir, señor, a mí empieza a conmovirme. No le gusta el oro, sabe escribir y leer, y además tan pacífico...

Benalcázar permanecía callado, confuso, pensando en los hombres que había enviado Robledo y en él mismo.

– Señor, y si después de esto no lo atacamos rápido, pues hasta vaya a ser que él mismo venga a ofrecernos la paz y entonces nos ahorre tener que buscarle. Pero yo creo que después de todo, es mejor que le busquemos. ¿Preparo el grupo para mañana?

Benalcázar se repuso a la pregunta de Hernández. Lo miró por un momento e hizo una seña de asentimiento.

– Señor, si por allá hay tanto oro como nos dijo Gómez Fernández, pues tenemos que ir por el oro y por su tierra. Piense en eso señor.

Al día siguiente los soldados salieron hacia el norte. Robledo había salido a su vez desde Arma hacia la Loma de Pozo.

Muerte de un indio

Delante de la margen del río el hombre sostenía una especie de disco de madera que introducía en el agua, sacaba y luego agitaba en forma de círculo. El agua amarilla descendía por sus manos desnudas hasta quedar en el disco un pantano negro salpicado por pequeños puntos dorados que tendría que separar del sedimento e ir acumulando sobre otra batea. A ese hombre menudo y moreno, de rasgos filosos, escuerzo y de cabello negro y corto – llevaba su cabello como siempre lo haría, ese mismo corte hecho con cuchillos de piedra permanecería así siempre, aunque él mismo nunca vería su imagen, solo cortaría su cabello en las mañanas o en las noches con las piedras como lo había aprendido de su padre y como cada una de esas figuras de niebla que él había conocido alguna vez y que ahora eran sombras sobre una memoria aún más nebulosa – a ese hombre no le quedaba nada ahora, ni siquiera el río, ni la tierra, ni los bosques ni las bestias. Recordaba, lo hacía siempre, vivía invadido de imágenes o no vivía, gravitaba sobre un conjunto de imágenes desordenadas en que aparecían incendios, caballos, hombres armados y muertos, figuras de madera, mujeres que corrían, rostros de barbas, una sucesión de fuego a la que se le unía una especie de terror que en él ya se había debilitado pero que seguía obstinado adentro. Eso lo recordaba, siempre, en medio del río y luego en las noches mientras dormía afuera de las casas que los españoles dueños de las minas habían construido. Y aunque esa especie de terror que yacía en el fondo de él mismo no desaparecía, todo aquello lo veía no lejano sino rotundamente separado de él, como si hubiese sido sacado de ese otro tiempo para ser puesto sobre un conjunto de cosas, río, selva, sol, lluvia, noche, luna, aparentemente idénticas y sin embargo, sutil y horriblemente otras. Pero no recordaba su origen,

no podía concebir la larga hilera de seres que lo habían precedido y que lo habían engendrado a él, a sus padres y a las generaciones anteriores; estaba en medio del río cada mañana durante el verano, o en las sierras frías martillando contra las rocas en invierno y llegaba a preguntarse por la infinidad de hombres de los que él descendía, pero se veía solo, engendrado de una vez y para siempre hacía pocos días, nuevo sobre la tierra y no obstante objeto de una aflicción vieja e incomprensible, originado no por un acto de lujuria o placer y por el curso biológico de la sangre sino salido de las palabras de los españoles, como después de un estremecimiento vasto, una fiebre que habría caído sobre la tierra y que, a su término, lo había arrojado a él como origen mismo de la enfermedad.

Su memoria era no más que un cúmulo confuso de espacio y de no-tiempo. Algunos días, mientras se alimentaba con el maíz o con fríjoles y bebía ese líquido amarillo dado por los hombres blancos y que él había conocido antes que todos ellos, podía reconstruir con desolada minucia toda la plaza y los bohíos de guadua alrededor. La imagen surgía y se mantenía serena e indiferente, nada asociaba a ella, era apenas una proyección con vida propia que se levantaba y permanecía mientras él seguía imperturbable, inmodificable, viendo el río, sintiendo la noche, viendo a los otros semejantes a él mismo morir en medio de las aguas o entre las rocas. Había en él una acumulación, un fermento, una sustancia extensa de imágenes, de territorios verdes, de cuerpos morenos y desnudos, de fogatas, de sangre, pero aquello, aunque lo habitaba y lo atravesaba, no le pertenecía. Él observaba sereno, pero se encontraba a sí mismo siempre más adelante de su memoria, se hallaba salido a un tiempo diferente al de cada una de esas imágenes, establecidas en él y ajenas. Recordaba la noche y un breve éxodo desde ese lugar que los españoles llamaban Arma hasta un recodo del río hacia el sur. Habían llegado mientras dormían y él permaneció en su bohío

oyendo los gritos y los golpes de metales y de la madera. La luz amarilla del fuego ascendía y descendía entre los agujeros del bohío hasta que vio entrar los caballos por las aberturas que constituían la entrada a su casa y luego sintió él mismo los golpes y despertó con el sol sobre su cabeza ante las cenizas del incendio en la noche. Desde ahí fue conducido entre los caballos, atados los puños por cabuyas junto una sucesión de indios que iban siendo golpeados y arrastrados, cada uno de ellos acaso padeciendo esa misma separación no violenta, porque a pesar de la sangre y de los gritos, aquello se ejecutaba como un nacimiento, no atroz, apenas un amanecer, otra luz que él no aceptaba ni negaba sino que experimentaba, como si la tierra misma le hubiera preparado para ese estremecimiento, hubiera erigido cada uno de los huesos de su esqueleto, sus arterias y venas y toda esa exigua y compleja arquitectura para la aceptación indiferente de la matanza y la desaparición.

Luego fueron repartidos entre los españoles y había empezado ese aprendizaje lento y torpe y siempre inconcluso de esa otra lengua, el acercamiento inicialmente confuso y luego desesperado a los signos y símbolos que los hombres blancos traían consigo, y también el hambre y el sufrimiento físico y pleno delante del río, del agua que ya no era sino ese fluir ruidoso y agobiante en el que pasaría días enteros. Solo ellos conocían el río y los procedimientos para sacar el metal por el que los españoles les esclavizaban. Y él mismo, que había recibido ese conocimiento como una herencia oscura, la piel curtida y quebradiza, adelgazados los pómulos y con las estrías de las costillas sobre la piel, anónimo entre un grupo de más de quince indios cuyo trabajo era permanecer en las aguas días enteros y a quienes se les daba una comida hacia el mediodía hasta el día siguiente, él mismo construyó el disco en el que agitaba el agua y él mismo enseñó a los españoles a detectar las zonas más ricas de

acuerdo a los abultamientos de arena y a disponer del disco de madera y ejecutar los movimientos lentos del agua sobre ese disco de modo que el oro no cayera a la corriente mientras los españoles mismos decían *desta tierra se ha de sacar más oro que del propio Dorado, si es que existe*. Así había empezado ese despojo, así había sido el principio y el fin mismo de su destierro, no fue una pérdida lenta y sufriente, ni siquiera fue propiamente un destierro, fue nada más que un trascurrir, un movimiento de la rueda de la tierra, un transitar minúsculo sobre el tiempo y luego él se vio a sí mismo delante del río, el agua hasta sus rodillas, rodeado de hombres sobre caballos mientras el sol cruzaba el cielo y llegaba la noche y cada uno de ellos era llevado cerca de las casas de los españoles para dormir afuera de sus puertas.

Escaseaban los alimentos, muchos de los indios dejaron de cultivar el maíz y la papa y los frijoles que habían alimentado a los españoles. Cientos se habían suicidado en algarabías colectivas lanzándose por los precipicios de las Indias o colgados de los árboles o degollados. Él vio cómo algunos de ellos cortaban su cuello con piedras filosas semejante a las que él utilizaba para cortar su pelo y luego de que hubo aprendido algunas de las palabras de los españoles había comprendido que hacia el norte, tribus completas habían muerto por su propia voluntad, centenares de cadáveres esparcidos sobre un pantano pegajoso y oscuro. De modo que desde el mediodía, hora en que le era servido un plato con patatas y maíz cocido y algo del jugo del maíz que los indios enseñaron a fermentar a los españoles, desde ese mediodía, padeciendo un sol manso e indiferentemente implacable y luego la noche fría y húmeda en la ribera del río, padecería además el hambre física y agotadora e injuriosa, acosado por los españoles que le pedirían más oro y no le darían un momento de descanso. Y sin embargo, ignoraría el hambre así como el sol y la humedad y el ruido del río. Solo trabajaría, sentiría el agua fluir en

sus piernas, ciegamente, sentiría el dolor debajo de su espalda por la posición ante el río y apartaría el oro de la tierra pantanosa mientras las imágenes surgirían y desaparecerían después y sentiría el hambre y la soledad y el calor y un sordo desespero y se vería a sí mismo, no un hombre, no un nacido de mujer ni un fruto de la tierra o del agua sino una materia extraña, arrojada, abandonada, inquieta, no inerte sino debatida y desgarrada y serena delante del impulso que la sostenía y la alentaba, viéndose vacío, cruzado de los miles de años anteriores que yacían en él, en su cuerpo, con todos los signos, tatuajes, agujeros, cabello, color de piel, que tardaron milenios en fraguarse, pero a los que él no pertenecía ni podía asignar sentido alguno, avanzando, siguiendo con esa misma consistencia del agua que corre y ruge y choca y no cesa.

Descalzo sobre la pequeña playa de arena oscura, agitaba el disco lentamente en un movimiento de óvalo hasta dejar el sedimento de tierra y oro sobre la madera. Caía la tarde y podía observar desde ahí las siluetas borrosas y rojizas de las montañas que recorrían el occidente. Siguiendo la margen del río otros quince indios en posiciones arqueadas sobre el agua introducían el disco y repetían los movimientos. Los españoles caminaban atrás de ellos y recogían los pequeños gránulos de oro, algunos sobre los caballos, vestidos todos con telas rojas o amarillas o cafés, las espadas a la cintura, fatigados por el calor y la humedad. Caída la tarde, en el crepúsculo, fueron conducidos hacia el campamento en donde pasarían la noche dormidos sobre la hierba o la tierra húmeda. Recogieron los discos y caminaron entre la selva hasta llegar al escampado breve en el que se habían alzado las casas de guadua y hojas secas que habían construido ellos mismos para que los españoles vivieran durante el tiempo que permanecieran sacando oro en aquel fragmento de río. Se recostó en la hierba, alejado unos diez pasos de la casa, viendo los cuatro perros que jugueteaban con los españoles que llegaban y

que ahora se habían acostumbrado a su presencia: también recordaba a esas pequeñas bestias que nunca había conocido, que había oído aullar y gritar mientras sus perros eran animales escuálidos y mudos, más semejantes a liebres, usados para su propia alimentación. Recordaba que los vio correr en medio del fuego y de los caballos y los vio lanzarse contra otros indios y luego ir devorando violentamente el abdomen o los brazos o las piernas. Estaba exhausto, pero era un cansancio indiferente, una especie de agotamiento propio de la carne que él no quería mitigar o al que no quería sustraerse pero del que no tenía mucha consciencia. Estaba allí, bajo la espalda, en las piernas y brazos, en el cuello, pero era llevado como una descomposición natural y propia de su cuerpo. Arriba fueron apareciendo las estrellas como luces borrosas y débiles. Los otros indios estaban recostados a los árboles o a las guaduas que sostenían la casa y él podía ver y comprender el hambre, la fatiga y la desesperación en ellos. Pero no podía decirse nada delante de esas comprobaciones, delante de esos hombres semejantes a él sobre el fondo vasto y oscuro y extraño de la selva y del cielo -estaban todos ahí, custodiados por los perros, alumbrados por rayos amarillos de vela que se filtraban entre los agujeros de la casa, esperando que la noche terminara para regresar al río mientras los españoles adentro discutían, hablaban, y ellos oían sus palabras como un murmullo inentendible - para él, ese cuerpo desheredado y desposeído, dueño de una memoria inútil, un sueño trastornado que volvía con insistencia y que no era más que imágenes acumuladas e insensibles, esos otros cuerpos compartían con él mismo algo que no podría llamarse destino o designio, solo una continuidad ya muerta, un estertor indiferente como la descomposición de un árbol. Poco a poco los sonidos de los españoles fueron disminuyendo hasta quedar los rumores de los grillos adentro de la selva y, más allá, el golpeteo de las aguas del río. Los perros también descansaban a algunos

pasos del grupo de indios. Él no dormía, veía la selva y el cielo y de nuevo recorría su memoria con perplejidad: había grandes fogatas en medio de la plaza de bohíos y hombres reunidos bebiendo el vino del maíz y las mujeres danzando, todo aquello atravesado por sonidos agudos y fuertes, por flautas y risas y por los vocablos que él iba olvidando y no volvería a oír. Recordaba el lugar en que había vivido. Desde allí, desde el campamento, orientado por el cielo y por oscuras marcas en los árboles y por la vegetación, podía ascender y regresar a los bohíos. Había recorrido esa distancia desde su infancia, cuando su padre le enseñó a cazar y a pescar y luego él mismo pudo llegar hasta la ribera del río evadiendo los otros asentamientos y regresó con los peces atravesados desde la boca a la cola por una lanza. Solo tendría que evitar despertar a los perros y, una vez adentro de la selva, buscaría cruzar el río más adelante y luego ascender entre esas suaves montañas cubiertas apenas por una hierba baja y dulce. Alrededor suyo los otros indios dormían y adentro de las pequeñas casas el murmullo de los españoles era cada vez más débil.

Observó rápidamente los cuerpos recostados unos sobre otros, desnudos hasta la cintura en plena noche. Adentro la vela seguía consumiéndose, esparciendo una luz irregular y moribunda por los agujeros de la puerta. Los perros dormían alrededor: examinó de nuevo esas bestias de apariencia dulce que había visto lanzadas sobre los indios, arrancando de pocos zarpazos la carne de los brazos o el cuello. Tendría que caminar lentamente y perderse en la oscuridad trasera de la casa y luego continuar con lentitud para no despertar a los perros. Se levantó suavemente, la mirada fija en los perros para cerciorarse de que seguían durmiendo, caminó hacia atrás sintiendo con minucia el barro bajo sus pies que se abultaba alrededor de las plantas dejando una huella ancha, lento, cuidando de no tropezar y no hacer ruido. Por fin, luego de casi treinta pasos

sintió en las manos las primeras ramas húmedas de la vegetación. Dio media vuelta. Se encontró con la oscuridad de la vegetación y la observó en silencio por un momento. Examinó por dónde habría de internarse de modo que evitara el ruido del siseo de los tallos y luego se vio a sí mismo adentro de la selva, frente a esa especie de muro denso que formaba la vegetación y los troncos y ramas cruzadas. Podía ver algunas luces recortadas por las frondosidades de los árboles y un fragmento de luna blanca. Había una calidez escondida en la selva y en sus murmullos, un esparcimiento que se desprendía desde ella misma hacia afuera y llegaba desde las plantas y tallos doblados hasta el suelo tapizado de hojas y de musgo mojado. Sin embargo no recobró nada. Ante la selva había una especie de conmoción serena que parecía provenir de su memoria pero que no era suya, como no eran suyos sus recuerdos, sino un cúmulo vano de imágenes que inexplicablemente poseía. A medida que caminaba iba encontrando los árboles que conocía y reconstruyendo en su cabeza la ubicación de esos troncos negros que había conocido desde su infancia. Luego salió de la selva y halló el río. Observó en dirección contraria a la corriente del agua e imaginó la casa con los indios afuera de ella, oscura ahora que las velas se habían agotado. Desde ese punto no sería difícil cruzar el río: caminaría algunos pasos y luego se dejaría arrastrar por la corriente dando fuertes brazadas que lo llevarían hasta la margen contraria. El agua no era fría ni tibia, no era sino un rozamiento y una fuerza sobre sus piernas a los que él ya estaba acostumbrado. Se zambulló y adentro de la corriente dejó que el agua le cambiara de posición dejando sus pies en la dirección que corría mientras movía los brazos hacia la otra ribera. Por un momento salió a la superficie negra y estruendosa, aspiró una bocanada de aire y volvió a sumergirse hasta que pudo sentir en las manos la tierra y, aferrándose a una raíz, pudo salir del agua y arribar a un terreno

ondulado cubierto de hierba. Ahora le quedaba subir las montañas orientado por las luces en el cielo, oyendo los grillos y viendo las luciérnagas esparcidas por toda la campiña y atravesando los pequeños bosques de guadua y las sementeras con las hojas reseca y el maíz sobre la tierra aún removida por los cascos de los caballos y las pisadas brutales de las botas de los españoles. Avanzó a zancadas rápidas y fuertes, sintiendo cómo la noche y el espacio le invadían y cómo cada cosa iba apareciendo, aunque en esa oscuridad donde solo podía observar siluetas borrosas, de un modo más severo y fuerte, como si recuperaran una fuerza de realidad que habían perdido durante el viaje con los españoles hacia la ribera del río y ahora, mientras regresaba al lugar del que había sido desterrado, aparecieran de nuevo conjuradas por la cercanía de los bohíos. La posición de la luna en el cielo le indicó que había pasado la medianoche cuando arribó a la plaza. Entró por la parte posterior de una de esas construcciones de guadua y paja y llegó hasta el centro.

Dos hileras de cinco bohíos pequeños se extendían a su derecha e izquierda comprendiendo unos cien pasos. Al fondo, alejado de los demás, se erigían los restos de un bohío más grande que los otros. En el patio de tierra común del centro yacían algunos huesos esparcidos y un tumulto de guadas, lanzas, ropas, cerbatanas. Las cabañas de los lados tenían en sus techos oscuros huecos y despojos de paja negra y chamuscada. Algunas eran unos bultos deformes con los techos a medio caer sostenidas por guadas quemadas por el fuego. Era una ruina pobre y penosa que nada tenía de la solemnidad de las construcciones de piedra que los españoles habían encontrado hacia el norte, cerca de lo que luego llamarían Antioquia. Caminó en medio de esa desolación silenciosa, sintiendo vagamente que todo aquello era algo como un desorden fortuito que pronto devoraría la selva y del que no se sabría nada nunca, olvidado, borrado implacablemente de la tierra. No recordó el tiempo anterior a la

llegada de los españoles. Volvieron las imágenes insensibles del fuego y de los caballos y las impresiones de gritos de mujeres y niños arrastrados en medio de ese patio ahora silencioso. Llegó hasta el bohío mayor y entró en él. No podía ver muy bien esa oscuridad pero poco a poco sus ojos se acostumbraron hasta que pudo distinguir, sobre el piso, fragmentos rotos de las figuras de madera que él mismo había reverenciado. Recorrió cada uno de los bohíos. Encontró las lanzas y las macanas, las cerbatanas y las sábanas tejidas con hebras de paja y algunos cráneos en los cuartos últimos. Pero no vio más que eso: exactamente las figuras, nebulosas en la noche, de los bohíos, de las construcciones en madera, rotundas, una claridad material de esas casas vacías en las que no habitaba nadie y en las que solo perduraban objetos. No vio aquello a través de su memoria, lo vio en esa noche, debajo de las estrellas y de la luna y en medio de los ruidos de los insectos, un conjunto de puros objetos desordenados, de cosas, a las que no asignaba nada, que estaban ahí como lo estaban las guaduas o los grillos o los árboles. Desde el centro lo contempló todo lentamente, esforzándose en medio de la negrura de la noche. Tuvo la sensación de que la masa oscura de selva alrededor iba anegando ese espacio, iba reduciéndolo poco a poco irremediablemente. Se sentó mirando hacia los bohíos. *Yo soy estas cosas*, dijo utilizando el lenguaje de los indios que tenía prohibido usar en medio de los españoles. *Yo soy nada más que cosas. Yo soy huesos. Soy la sombra de huesos y de carne así como todo esto es la sombra de las chozas. Yo soy una sombra que queda pero que ya está muerta. Yo estoy muerto.* Sentado, viendo hacia la masa oscura que era el bohío mayor, lloró en silencio, las lágrimas rodando por su cara morena y curtida.

Había una luz azulada y brumosa hacia el occidente cuando llegó a la casa de los españoles y estos, oyendo los gritos y los ladridos de los perros, salieron sin sus camisas, aterrorizados en medio de esos

ruidos que habían oído meses antes durante las batallas con los indios. No era una luz de crepúsculo, era no más que una reverberación uniforme proveniente de la niebla que recorría con inmensa lentitud las montañas y no permitía observar el ascenso del sol. En la madrugada, mientras recorría de nuevo la montañas y sentía la hierba bajo sus pies y se zambullía en el río y se internaba en el breve fragmento de selva, había sentido una llovizna delgada y rumorosa sobre los hombros y luego un batir dulce del viento sobre las ramas. Aquel viento había arrastrado las nubes desde el oriente y había formado esa mañana opaca y fría. Llegó en silencio, de nuevo caminando con cuidado en la selva y encontrando el conjunto de cuerpos miserables recostados unos sobre otros afuera de la puerta de la casa. Los perros sintieron el ruido de sus pisadas pero apenas hicieron un movimiento rápido del cuello en dirección hacia el hombre que caminaba. Al pasar la piedra afilada por el cuello del primero de los indios que dormían, los perros se levantaron y observaron con curiosidad. El corto avance de la piedra fue dejando una línea inmediata de sangre oscura que luego cayó en gotas gruesas y ligeras sobre el pecho del indio. Los perros movían su cabeza hacia los lados como tratando de comprender. El hombre hizo un movimiento rápido e instintivo de sus manos hacia el cuello y luego se desvaneció para dejar movimientos bruscos de las piernas y los brazos. La sangre había empezado a acumularse sobre la tierra y alcanzaba los pies de un segundo indio. Sobre el cuello de este otro la piedra hizo el mismo recorrido: una línea precisa y recta que avanzó de un lado a otro hasta que la sangre se abatió como liberada y rodó sobre su pecho y espalda mientras el indio repetía el movimiento instintivo del otro. Atrás, uno de los perros lanzó descuidadamente un ladrido grave y profundo que despertó a varios indios. Ahora él estaba sobre el tercero, forcejeando, la víctima tratando de detener sus brazos por las muñecas y gritando, mientras

él clavaba la piedra sobre un costado del cuello y la hundía brutalmente. Los otros indios despertaron y vieron los dos cadáveres sobre la tierra y al tercer hombre moribundo con las órbitas de los ojos ensanchadas mientras las manos empezaban a aflojarse y él desentrañaba la piedra de su cuello. Ya los otros indios gritaban y los perros ladraban más fuertemente, el sonido de los gritos removiendo el aire y desapareciendo en las altas nubes que opacaban el crepúsculo. Los españoles salieron de la casa y encontraron al indio, ese cuerpo delgado, la piel quebradiza y morena, un tejido de cabuya sobre la cintura y el cabello cortado en línea recta a la altura de la frente, sosteniendo la piedra ensangrentada en sus brazos igualmente ensangrentados mirando hacia ellos, no desafiante, el rostro solo cansado y casi indiferente semejante al de un niño que ignora el daño que acaba de hacer, diciendo, *estamos muertos, yo estoy muerto y ustedes también están muertos*, usando ahora el lenguaje de los españoles, moviendo apenas los labios y emitiendo los sonidos suaves y débiles como si lo dijera para él mismo. Eran ocho españoles. Corrieron formando un semicírculo alrededor del hombre mientras los otros indios gritaban y los perros ladraban. Uno de los españoles había salido con su espada e hizo un lance sobre una pierna del indio. Este cayó sobre sus rodillas sosteniendo aún la piedra en su mano derecha. El español dudó un momento, movió la espada rápidamente hacia atrás y hacia adelante mientras hacía una mueca de fastidio y levantaba la otra mano para mantenerse en equilibrio. Después la espada entró por uno de sus costados y salió por el abdomen. El arma quedó incrustada en el cuerpo y el hombre cayó recostado sobre sus brazos. Continuaba hablando, ahora en el lenguaje de los indios que habían cesado en su gritería e intentaban oírlo. Luego se desplomó sobre la tierra, un saco de huesos demasiado menudos como para provocar algún estruendo. Los perros ladraron por un momento y fueron acercándose uno a uno

hasta el cadáver. Hacia el mediodía el cielo era claro. Los demás indios continuaban sacando oro del río.

SEGUNDA PARTE: EL SUEÑO DE NARCIZO

1808, La salida

Arma, cercana a la corriente de un río delgado y estruendoso que después de abismarse entre sierras remotas siguiendo salvajes estribaciones descendía a unos bancos de arena llanos y pacíficos en los que el agua, ya no profunda sino extendida en esas planicies cortas, corría más suavemente interrumpida apenas por las piedras adentro de la corriente, Arma, era una aldea empobrecida, decaída por la enfermedad, las fieras, y, según decían, por el terremoto que sepultó a más de la mitad de los hombres que allí vivían, y la iglesia y las casas del alcalde y de los mineros. Quienes permanecían en ella se lamentaban del clima tórrido y húmedo, de la tierra rojiza y dura y de las bestias que llegaban en las noches y devoraban a los perros y gallinas y liebres. Desde su fundación, en 1534, había sido atacada con una cierta ira moribunda por los indios que escaparon a la conquista por parte de los españoles y luego de que su cacique – algunos lo llamaban Maitama y otros Maitamac y luego habrían de usar el nombre Pipintá – fue muerto por el español llamado Miguel Muñoz y los ataques cesaron, los hombres y las mujeres se enfrentaron luego no a la fuerza de los hombres que habían poblado y cultivado por un tiempo no calculado aquella tierra, sino que enfrentaron a la tierra misma, a su fiera cualidad, al calor implacable y casi embrutecedor, a una barro rojo que parecía negarse a producir el maíz que ya durante milenios había dado, a fieras desconocidas que surgían como conjuradas por el deseo de la tierra ciega de hacer huir a ese conjunto de invasores. Sin embargo, durante casi cuatro generaciones, el minúsculo poblado erigido como todos los otros sobre el barro aún teñido de sangre prosperó, y en pocos años había atraído a más de cincuenta familias que toleraron el sol y las plagas

y aún la escasez de comida mientras pudieran con escuadras de negros o indígenas o con las manos de sus propios hijos sacar el oro que ese río delgado y ruidoso y oscuro traía en su corriente. Quienes vivían allí, oyendo cada día el estruendo del río que iba a desembocar a ese otro río bautizado ya como el Cauca y que guio y orientó a los españoles desde Cali hacia el norte, descendientes de los que habían fundado y construido las primeras casas de guadua y hojas secas, contaban que sus padres y los padres de sus padres hablaban de una población abundante que había aprendido a sobrevivir cultivando en las tierras más blandas cercanas al río y se habían enriquecido violentamente con el oro y aprendieron de los pocos indios que sobrevivieron a fermentar el jugo del maíz. Luego, una noche, los hombres y las mujeres ebrios con ese vino amarillo, desnudos todos en la plaza principal en medio del fuego, en una orgía brutal apenas semejante a las de los indios, fueron maldecidos por un hombre menudo, de baja estatura y piel morena, descendiente de un español y una india y llamado Antonio, y esa misma noche un terremoto enterró más de la mitad del próspero poblado. Nada se supo de los estragos de esa conmoción en los otros pueblos. Había sido como si la devastación solo hubiera tenido lugar en Arma mientras el resto de la tierra permaneció impasible. El crucifijo de la torre de la iglesia quedó sobre la superficie del barro como la indicación de un sepulcro y quienes sobrevivieron, repuestos de la borrachera y perturbados ante ese espectáculo avasallador que no había dejado ruinas, que había sido como un abrir de la boca de la tierra que engulló todo lo que estuvo cerca y volvió a cerrarse dejando solo una tierra renovada y unas pocas casas, aquellos que luego cargaron con esa memoria trastornada de la maldición del hombre y el terremoto que siguió a sus palabras, reconstruyeron en varios días la iglesia y volvieron a sembrar en las riberas del río pero no pudieron sacar nada de la tierra, y presenciaron luego la escasez

del oro en el río y siguieron viviendo en la aldea, comiendo los frutos miserables de esa tierra dura y soportando las bestias y las plagas, penetrados por una inercia nacida acaso del desconcierto de esa destrucción vertiginosa. Lamentaban el sol áspero y la lluvia caída como un quebrantamiento o un vasto llanto del cielo. Pero continuaron viviendo, las caras manchadas por el carate, las familias cada vez más disminuidas, aprendiendo a cazar las bestias que llegaban en las noches y alimentándose de la carne dura y reseca de esos animales. Así que el poblado que según decían algunos de los que sobrevivieron al terremoto estaba constituido por decenas de casas de barro y tejas de arcilla, con su iglesia inmensa en el centro y tiendas para que hospedaban a los españoles y sus descendientes que explotaban las minas, quedó reducido a unas veinte construcciones miserables de guadua en la que vivían igual número de familias que reconstruyeron una pobre iglesia de madera en medio del polvo implacable del verano y el fango denso del invierno en el que parecía hundirse la población: hombres y mujeres blancos pero cuyos rostros estaban manchados por el áspero sol y las sombras del carate, delgados, huraños, alimentados con escasas raíces y tubérculos y algunos peces que lograban sacar del río o fieras extrañas que los hombres cazaban en los alrededores. Vivían una estrechez miserable de alimentos amargos viendo cada día como no solo la tierra sino la atmósfera, el espacio que habitaban, desarrollaban con mayor fuerza una cualidad de aridez desolada e inexorable.

Desde allí salieron en junio de 1808. Eran un conjunto de veinte hombres vestidos con camisas blancas y azules, machetes a la cintura atados por cuerdas que recorrían todo el círculo del tronco, una especie de calzado hecho de tela que les endurecía y deformaba los pies, cada uno con una mula cargada con dos bolsas tejidas con cuerdas de cabuya en las que llevaban alimento y agua y ropas sobre

sus lomos. Salieron hacia el sur, hombres delgados y recios y de caras manchadas acostumbrados a las dificultades de las montañas y estragados por el calor y la fiereza de esa tierra: en la mañana se despidieron de sus esposas, observando hacia las montañas cubiertas de niebla y en las que se veían pequeñas aglomeraciones de bosques y campiñas extendidas por las sinuosidades de la tierra. Habían oído meses antes que desde Antioquia los hombres descendían hambrientos, fatigados por las minas de las que sacaban un oro profuso que intercambiaban pobremente por ropa vieja o por granos o carne escasa - el oro convirtiéndose en una fiebre inútil, un resplandor obtenido por hombres escuálidos que lo acumulaban obstinadamente, ahora con el mismo brillo que los deslumbró desde su llegada a las Indias pero valiendo lo que unas pocas medidas de maíz o frijoles o algunos zapatos usados – descendían desde Antioquia y toda aquella tierra vaga que comprendía esa palabra. Porque se habían dedicado con sus rudas maquinarias y con las escuadras de esclavos indios o negros a arañar la tierra callada o a recorrer los ríos, mientras los cultivos iban siendo ahogados por la hierba y la tierra iba dando con generosa negligencia arbustos nudosos sobre toda la planicie que años antes había sido labrada y cultivada, de modo que pronto la provincia de Antioquia se había convertido en un montón de mineros harapientos y muertos de hambre y campos poblados de malezas y hierbas altas en que habitaban serpientes y ratas y que no alimentaba a quienes se ocupaban de las minas. Así que poco a poco fueron renunciando al oro y se lanzaron sobre la selva que había sido recorrida antes y de la que habían sido eliminados los indios y empezaron a fundar otras poblaciones, repartíéndose la tierra y obligando a cultivarla y a dar beneficios a cada uno de los hombres a quienes les era dado un fragmento de terreno. Sí, desde Antioquia, esa tierra que había sido descubierta por ese español delgado, de rasgos finos y cuerpo

moreno, que había atravesado esa geografía desde Cali y encontró las tribus y las sometió y luego halló en la selva el sabor amargo de la locura y la nada y la completa desesperación del hombre en soledad sobre la tierra, desde allí, las familias que se habían dedicado a desenterrar el oro de las sepulturas de los indios o a martillar en las minas o a buscar en las corrientes de los ríos con platonos de madera tal y como los mismos naturales les habían enseñado, esas familias o esos grupos de esclavos pertenecientes a no-españoles, a hombres descendientes de españoles pero nacidos en esa vasta tierra despojada e injuriada, sacaron el oro que enriquecía a España, pero carentes de los granos y la carne y el vino que los alimentaría, habían visto cómo su oro se convertía en alimentos podridos y ropa maltrecha traída por otros hombres que luego habrían de intercambiar el oro por su valor real, ahora ellos saqueándose entre sí. Los hombres de esas familias y aún los dueños de los esclavos que habían preferido deshacerse de sus indios o negros para no tener que alimentarlos, hastiados de las jornadas en las minas, habían iniciado por cuenta propia un éxodo hacia el sur, hacia tierras mejores, decidiendo fundar otros poblados y dedicarse al campo, a los animales, perturbados aún por el oro que habían venido buscando desde España y que había enriquecido a Cortés y a Pizarro y que no bastaba para procurarles comida.

Aquella mañana de junio, los hombres que habían oído del éxodo que desde Antioquia se hacía, los mismos que habían visto hacia el norte columnas de humo y luego lejanas construcciones en madera, partieron hacia las montañas. Salieron desde Arma y se lanzaron con los machetes en las manos abriendo camino por pequeñas acumulaciones de maleza y penetrando bosques y saliendo a descampados de hierba. Entre ellos uno llevaba una mujer sobre la mula. El hombre era de tez blanca, mejillas abultadas, cabello rizado y corto y mediana estatura. Mientras seguían el camino los otros

hablaban, discutían entre sí y golpeaban duramente las bestias lanzando insultos contra los lomos de los animales. Él iba de último en la hilera de animales y de hombres que avanzaba con lentitud en medio de un terreno húmedo de vegetación delicada y espaciosa. Permanecía en silencio, atento a la bestia y a la mujer sobre la bestia, el machete en la mano como los otros, cuidando con minucia de dar de beber o de comer a la mujer cuando se lo pidiera o preguntándole con insistencia si deseaba algo. Al salir, los demás habían mirado con extrañeza al hombre, no por la mujer, a la que ya se habían acostumbrado como sirvienta o mujer o concubina del blanco, sino al hecho de que la llevara como parte de su equipaje sobre el lomo de la mula en una expedición completamente incierta para los hombres mismos. El primer día avanzaron lentamente. El terreno era agreste y húmedo y las bestias adelantaban con dificultad. El sol recorría un espacio de cielo que iba haciéndose poco a poco de un azul cada vez más profundo y los hombres observaban los rayos de luz filtrados entre los ramales delgados y de un verde amarillento. Al mediodía, al llegar a una planicie corta y más despejada que el fragmento que habían recorrido, decidieron detenerse para alimentarse y dejar descansar las mulas. El hombre ayudó aplicadamente a la mujer a bajarse del animal y, después de atar la mula a un arbusto cercano, se sentó con ella algo separado del grupo. La mujer tenía la piel morena y el cabello negro casi hasta la cintura. Los ojos eran filosos y las pestañas negras bajo unas cejas poco pronunciadas y delineadas delicadamente. Vestía una manta que le llegaba a los tobillos y que, mientras montaba la mula, le descubría unas piernas fuertes y delgadas de una piel brillante. Todos llevaban carne cocida y algunas semillas del maíz que habían intentado sembrar con insistencia en la tierra estéril de Arma. No sabían muy bien hacia dónde se dirigían ni en qué lugar se detendrían para hacer una fundación. De modo que antes de continuar discutieron entre

ellos, sin que el hombre de la mujer interviniera, y concluyeron que solo necesitarían un lugar del que pudiera sacarse de la tierra algo más que terrones duros como piedras. Durante la tarde el terreno se fue haciendo menos húmedo y la vegetación fue rezagándose para dejar un tramo de montaña cubierto solo de hierba. Los hombres empezaron a sentir cómo el aire se hacía más delgado y frío que ese viento sofocante y abrumador de Arma. En el crepúsculo vieron hacia el occidente un sol rojizo esconderse lentamente bajo una cadena de altas montañas y líneas suaves coronadas por jirones de nubes que dejaban filtrar los rayos del sol como columnas de luz hacia el cielo y hacia la tierra. Después de que el sol murió entre las montañas y solo quedó una luz azul que se hacía más oscura hacia el oriente, los hombres encendieron fuegos y descansaron. El hombre de la mujer desenvolvió una sábana que traía entre las bolsas de cabuya y armó con algunas hojas un lecho suave en el que ella descansó mientras él durmió sobre la hierba, cobijado apenas por su propia ropa. Al día siguiente, en el alba, con las ropas húmedas por el rocío del pasto y en medio de un aire blanco y nebuloso, continuaron la travesía avanzando sobre montañas cada vez más pronunciadas, viendo una vegetación menos dura y más verde, alejados del zumbido de mosquitos y entrados ahora a una atmósfera fría y liviana con un cielo azul oscuro de fondo. En la mañana habían visto cómo la niebla de la madrugada fue disipándose a medida que un sol pálido ascendía. Ya no usaban los machetes, caminaban por las onduladas extensiones de hierba de las montañas avanzando en una fila ordenada y mínima delante del arduo y vasto campo de todas las montañas que continuaban extendiéndose, interrumpiéndose una tras otra hacia el sur y hacia el oriente. Cada uno de esos arrieros iba atrás de su mula, golpeándola sobre el lomo o las ancas mientras que el hombre con la india iba delante de su animal, cuidando de no pisar en falso y de controlar sus

movimientos de modo que el viaje no representara peligro para la mujer. Terminando la tarde vieron cómo se formaban cúmulos de nubes grises sobre el cielo y la luz brillante que les había alumbrado hasta ese momento se convirtió en una opacidad que no les permitía ver hacia las montañas que seguían. Caminaron por una loma más empinada que las otras en medio de una llovizna constante, las mulas y los hombres ascendiendo lentamente en zigzag, experimentando un frío del que no tenían memoria, sintiendo el agua helada caer sobre sus cabezas y deslizarse por los rostros y los brazos. Al fin, antes de la noche, arribaron a una pequeña casa construida con esteras de guadua, las puertas pintadas de rojo, una ventana sobre lo que era la pared del frente, iluminada en su interior por lámparas de aceite o velas y en la que, a la entrada, había un letrero que decía: *pase la noche ai pasto pa las mulas y comida y dormida pa los hombres*. Los hombres vieron el rectángulo de madera en el que las letras habían sido escritas con tizas de carbón, sin comprender nada, salvo el hombre de la mujer que, una vez vio la casa, ayudó a la india a apearse del animal y caminó en dirección a la entrada. Los demás hombres ataron las mulas a varios arbustos que había alrededor y lo siguieron.

La casa estaba compuesta por un cuarto grande en el que había algunas mesas iluminadas por velas. Atrás de ese primer cuarto, otra habitación más pequeña albergaba bolsas de cabuya, heno, clavos, machetes oxidados y azadones cuidadosamente ordenados sobre las esteras de guadua. A la izquierda de esos dos cuartos, una mujer cocinaba en un fogón de leña construido sobre algunas piedras con un par de ollas chamuscadas sobre él. Atrás de todo eso, un cuarto más grande y oscuro tenía varias mantas ordenadas sobre un suelo de tierra cubierto por paja y hojas secas a modo de lechos. Al llegar, los hombres se sorprendieron de ver aquella casa en medio de las montañas como si hubiera sido escupida por la tierra misma. Pero

luego de inquirir a la mujer que cocinaba, se enteraron de que había llegado meses antes proveniente de uno de los pueblos recién fundados hacia el norte, con el ánimo de servir de descanso a los otros arrieros que seguramente saldrían desde allá a continuar con otras fundaciones. La mujer se hacía llamar Manuela. Era algo obesa, de brazos fuertes y cabello recortado al modo de los hombres. Usaba una bata de flores azules que le llegaba a los tobillos bajo un delantal amarillento y sucio. Los pies iban cubiertos por el mismo calzado que llevaban los arrieros y eran gruesos y nudosos. Era de un temperamento generoso, hablaba con una voz dulce y fuerte y sin parar y tenía un rostro regordete en el que sus ojos pequeños y su boca apretada le daban un aspecto enternecedor. Había llegado con sus tres hijos quienes, después de levantar la casa siguiendo sus indicaciones, se dedicaron a cazar armadillos y conejos para su comida.

Esa noche, los hombres dieron de comer a sus mulas el heno que Manuela guardaba en uno de los cuartos de la casa y descansaron en los lechos de la habitación trasera. El hombre de la mujer preguntó a Manuela por otra habitación y ésta le contestó que podía dormir en la parte trasera de la casa. Allí armó de nuevo un lecho suave y, después de dar de comer a la india, durmió a su lado sobre el piso de tierra. Al día siguiente, los hombres estuvieron discutiendo acerca de la conveniencia de seguir caminando o hacer una fundación en los alrededores de la tienda. En la mañana, después de comer una carne blanda de conejo y beber un poco de vino que Manuela había reservado desde su llegada para los visitantes, los hombres se percataron de que la mujer india estaba sola. Manuela les informó que el hombre que la acompañaba, después de preguntarle en la madrugada sobre las mejores zonas para cazar y sobre el modo de conseguir el agua, había salido siguiendo hacia el sur con algunas sogas y el machete. Mientras explicaba esto, los otros observaron la

figura lejana del hombre que regresaba ascendiendo la loma con un conejo colgado sobre la cintura y el tronco desnudo.

– Y vos por qué no avisaste que te fuite por allá hombre Narcizo. No ves que todavía no sabemos qué es lo que vamos a hacer, si seguir o quedanos, hermano - era blanco y fornido, el cabello peinado hacia atrás, un rostro de mejillas prominentes con un abundante bigote negro.

Narcizo se detuvo levantando el conejo y desatando la soga que lo sostenía. Tenía algo de sangre en las manos y en el dorso desnudo. No había hablado durante el viaje salvo para dirigirse a la mujer, de modo que por un momento miró a los otros arrieros y, jadeante por la subida de la loma, dijo:

- Pues yo no sé ustedes, Ramiro, pero pabajo hay un plan en donde se puede empezar a cultivar. Yo me voy pallá y ahí miro qué hago, porque hay agua y animales pa cazar.

Pasó entre los demás y siguió hasta el lugar en que descansaba la mujer. Los otros lo vieron caminar, un ritmo de pasos largos que golpeaban con fuerza el suelo como si descargara en cada zancada con deliberada precisión el peso completo de su cuerpo mientras mantenía la columna y la cabeza rectas. Momentos después, una vez entregó a Manuela el oro pulverizado que usaban como moneda, lo vieron salir con la mula y la india sobre ella semejante a una especie de deidad o ídolo que no debe pisar la tierra y lo vieron descender la loma en la que se hallaba la fonda y seguir hacia el sur. Todos se apresuraron y pagaron a la mujer y recogieron sus cosas y salieron con sus mulas en la dirección en que Narcizo había seguido.

Narcizo había escogido un buen lugar, entonces ninguno de nosotros dijo nada pues nos parecía que era un plancito en el que por el momento podíamos quedanos y ver qué pasaba. Entonces ese mismo

día empezamos a hacer unas chozas pequeñitas pa quedanos a dormir mientras tanto y al otro día nos juimos otra vez pa Arma por el resto de las familias. Menos Narcizo, él sí se quedó más alejado del resto de nosotros con la india que llevaba y cuando nosotros nos juimos pa Arma lo vimos salir como que a cazar o a buscar agua, una de dos. Entonces nos demoramos como una semana completa en volver a Arma y volver a donde estaba Narcizo y cuando volvimos fue que lo vimos a él detrás del horno, con las manos embarradas, sin camisa y la india llevándole la carne de los conejos que él había cazado. Era uno de esos hornos que se usa pa hacer tejas. Como que él mismo lo había hecho de barro y ahí adentro metía la leña y pues ya tenía toda una filita de tejas que había hecho en toda la semana. Nosotros nos pusimos a hacer unas chocitas con guadua y unos chamizos que encontramos alrededor mientras veíamos a Narcizo todo el día trabajando en esas tejas y luego por la tarde salir a cazar y a traer agua. Ni siquiera había hecho él pa dormir él mismo. Solo hizo una choza pequeñita pa la india y él dormía afuera y nadie le decía nada. Nadie le decía nada porque él no hablaba con nadie. Ni siquiera hablaban de él por su nombre, Narcizo. Yo sí le hablaba pero conmigo era diferente porque él y yo nos habíamos conocido desde Supía y habíamos llegado juntos a Arma. Entonces yo le pregunté que de dónde sacaba el agua y me explicó que más abajo habían unos güecos de los que se podía sacar el agua, pero que había que hervila porque salía sucia y con mal sabor. Narcizo era un hombre raro. Era siempre muy callado y hacía cosas que nadie más hacía. Cuando se murió su papá, Narcizo no dijo nada, fue y lo enterró con su mamá y con sus hermanos y al otro día se puso a manejar la mina que le dejó. Así, como si nada. Claro que uno no sabe qué sintió el hombre. La mina era una de esas de Marmato y ahí ponían a trabajar a los indios todo el día. Y Narcizo no dejaba trabajar a los indios hasta más de las cinco de la

tarde y hasta mandó a hacer una choza grande pa que durmieran. Nadie le decía nada porque después de todo esa era su mina y él le daba al rey lo que se le pedía. Y ni siquiera andaba buscando mujer. Yo creo que él tenía por ahí unos 28 años cuando se murió el papá y todos sus hermanos ya estaban casados y hasta tenían hijos, pero él no. Él siempre decía que se quería ir pa otro lado y hacer otro pueblo. Sobre todo con el problema del oro que ya no valía nada, y que además a él como que le daba pesar de esos indios y de los negros. Hasta que un día vinieron unos señores muy bien vestidos hasta Supía a hablar con Narcizo. Decían que venían desde Santa Fe y que le pedían que se uniera con ellos a luchar por la independencia. Pues más se demoraron esos señores en venir que Narcizo en devolvélos pa Santa Fe. Ese día yo escuché clarito cuando les dijo: independencia de quién señores. Y ellos le respondieron: del rey, porque somos nosotros los que estamos trabajando esta tierra y no el rey ni ninguno de sus vasallos, así que esta tierra es nuestra. Y Narcizo les contestó: pues esta tierra no es ni suya ni del rey y yo no voy a pelear con nadie. Y al otro día los hombres se fueron y una semana después Narcizo salió para Arma porque le habían quitado la mina por no querer pelear. Y así fue que llegamos a Arma, a donde el tío de Narcizo que era el padre de la iglesia de allá. Y lo mismo, no más que llegamos a Arma y al mesesito Narcizo ya se había hecho una choza para él solo y luego se llevó a vivir con él a la hija de una de esas indias que vivía como sirvienta de las mujeres blancas. Nadie se atrevió a decirle nada, Narcizo fue y se la compró a su dueño y se la llevó pa su casa y la dejaba que fuera a visitar a la mamá mientras él salía a cazar y a sembrar. Así es él. Él mismo fue el que organizó la salida a buscar otras tierras. Un día que estaba cazando vio unos hombres pasar hacia el norte con las mulas cargadas con trastos y les preguntó que hacia dónde iban y los hombres le contestaron que iban pa

Abejorral. Entonces les preguntó que eso qué era y ellos le dijeron que un nuevo pueblo que habían hecho más pa'arriba. Y ese día llegó y me dijo: Ramiro, por qué no nos vamos de aquí y fundamos otro pueblo. Mire que aquí nos estamos muriendo de hambre. Vámonos pa otro lado donde la tierra sea mejor. Y a la semana siguiente ya estábamos saliendo, él con la india sobre la mula y el resto de nosotros cargados de trastos y comida. Y si nadie le hubiera seguido el cuento de irse a fundar otro pueblo, tan sencillito que él se hubiera ido solo, sí señor, él se hubiera ido solo.

Y un mesesito después ya tenía listas todas las tejas que necesitaba. Y empezó a construir la casa él solo. Jue y buscó unos palos gruesos y finos y los cortó a machete y los trajo cada uno sobre la espalda y luego empezó a montar las guaduas y preparó el barro con boñiga y jue construyendo la casa. Ya nosotros teníamos unas casitas hechas también de bareque alrededor de la casa que él estaba construyendo y habíamos empezado a sembrar maíz y cebolla y papa y nos dimos cuenta de que esa tierra era fértil. Mientras tanto Narcizo se dedicaba a su casa y a cazar en las noches y de vez en cuando la india venía hasta mi casa y me pedía algo de papas o maíz o cebolla y se regresaba. Y había noches en que se veían las velas prendidas hasta la madrugada y uno podía oír los gemidos de la india y como unos golpes secos y seguidos. Las mujeres se echaban la bendición pero nadie le decía nada. Al día siguiente uno lo veía trabajando como todos los días. Hasta que un día cualquiera terminó de poner las tejas y bajó del techo y se sentó frente a la casa que había quedado grande y fuerte, y se tomó un poco de chicha y descansó. Y en la noche volvimos a ver la vela prendida y oímos más duro los gemidos de la india y luego yo alcancé a ver a Narcizo salir de la casa y caminar y perderse en la oscuridad.

Construyó la casa. El hombre descendiente de españoles que habían desembarcado en las Indias encomendados por el Rey para administrar el despojo y el destierro. El hombre hijo de generaciones que habían usado y fatigado a los hombres negros e indios y habían devastado una tierra completa para poblarla y empobrecerla. Ya había construido la primera casa de teja que habría de tener ese exiguo y remoto poblado que habría de llamarse Aguadas. El hombre que heredó de su padre no solo la mina que le fue expropiada después, sino que había heredado todos los años de horror y desesperación y ofensa que su propia sangre había infligido sobre los indios y había cargado con esa herencia hasta la noche en que, después de tantas noches oyendo al negro cantar y articular sonidos que él no comprendía y nunca había oído, la descubrió, la noche en que probó no con avidez sino tímida y fatalmente de esa soledad que ya nunca lo abandonó; el hombre que luego vagó poseyendo la angustia y el desamparo que sintió en el negro y después pudo ver en los indios, y luego de la muerte de su padre administró la mina de oro contrariando a los otros que hacían trabajar a los esclavos desde el amanecer hasta el anochecer, construyendo para ellos una casa y disminuyendo las horas de las jornadas hasta ese día en que se negó a participar de una lucha que él mismo veía no solo absurda sino ofensiva y monstruosa pues era una lucha por ganar una tierra que había sido usurpada por los padres de aquellos que hablaban de la libertad y de la independencia, de modo que le fue quitada la mina y le fueron quitados también sus indios, a quienes él se negaba a llamar sus esclavos, y a él mismo no le importó ese otro despojo y salió hacia Arma, acosado por una perplejidad que había conocido en su infancia y que no le abandonaba, oyendo rumores lejanos de batallas en el norte, en el sur, pero él mismo como escenario de otra lucha más silenciosa y acaso más definitiva que quizá nadie habría de recordar, nadie

habría siquiera de conocer, y aun cuando tuviera la fuerza y lucidez necesarias para comprender completamente el origen de su angustia y desesperación, comprendería también que su esfuerzo habría sido inútil, porque esa revelación le llegaría con la certidumbre de que la impiedad y crueldad humana son ilimitadas y solo morirían con la muerte misma del hombre. (El negro podía observar el ancho terreno propiedad del hombre blanco. Él mismo lo había ayudado a cercar el rectángulo que comprendía toda su hacienda. Había cortado las guaduas y cavado los pequeños hoyos en los que cada una de ellas fue enterrada. Caía la noche y regresaba de cazar. Usaba un pantalón hecho de unas fibras gruesas y amarillas que al principio le causaron una molesta picazón en el cuerpo y al que luego, después de quitárselo solo en las noches cuando hacía el amor a su mujer, se acostumbró con cierta dejadez y desgano. El dorso iba desnudo al igual que los pies y el rostro era fino y duro, la nariz aplastada sobre la boca de labios amplios y un cabello abundante y abultado. Al caminar de vuelta al lugar en que habría de encontrar a su mujer, los músculos de su cuerpo parecían resonar con cada paso, temblaban ligeramente mientras su espalda se mantenía firme y amplia y las manos, mucho mayores a las de cualquiera de los blancos que lo habían esclavizado desde su nacimiento, iban recogidas contra ellas mismas como si las empuñara constantemente. Podía ver la casa delante de él, empequeñecida desde su perspectiva, y al lado el granero en que estaba su mujer. Ese cuerpo salvaje había estado en las minas martillando y en los ríos junto a los indios buscando el oro y luego el blanco lo había llevado a su casa para que se encargara de los animales. Pero los cerdos y caballos y gallinas habían ido desapareciendo meses antes y ahora no quedaban sino dos caballos en el establo, de modo que se encontraba ocioso, en medio de la vastedad de ese valle, del silencio de la tierra, recorriendo la hacienda cada día, cazando para alimentar a su mujer y alimentarse

él mismo, sintiendo toda su propia extrañeza en medio de esa tierra desconocida. Se acercaba al establo viendo el ocaso que esparcía una luz naranja y tenue y sentía cómo lo invadía un impulso en su garganta, un deseo de cantar, una nostalgia de una música que no tenía. Siempre sucedía así, en las mañanas y en las noches había un deseo que lo abrumaba pero que siempre estaba insatisfecho, un deseo de gritar, de elevar la voz. Recordaba que había poseído siempre ese impulso y recordaba también que solo había acertado a emitir unos sonidos largos formados por un ritmo lento y cadencioso atravesado momentáneamente por golpeteos arrebatados de la lengua. Al llegar al establo, después de encontrar a su mujer cocinando con una olla de barro negra sobre dos piedras en medio de las cuales ardía el fuego, se sentó al lado de la puerta y cantó. En frente estaba la parte trasera de la casa por la que se extendía un corredor de madera en el que el hombre blanco solía sentarse. La voz marcaba sonidos agudos pero tenía una consistencia áspera y gruesa. El negro arqueaba sus labios de un modo pueril y la voz avanzaba en medio de la oscuridad que crecía. No se aplicaba a cantar, la voz salía de él con un esfuerzo de su pecho pero de un modo descuidado, como sumergido en un pensamiento que se iba transfigurando en su propia voz. Luego la mujer salió con una especie de caldo hirviente servido en un plato de barro y lo puso en las manos del negro – la mujer que había conocido cuatro años antes cuando el blanco lo había llevado desde la mina en Marmato. Al llegar, no encadenado como los hombres que habían sido sus padres y que él no conoció, sino caminando como si la sumisión y el sometimiento al español fueran una conducta que venía en su propia naturaleza, vio a la mujer joven, delgada, el cabello recogido en la parte superior de la cabeza por una especie de tira de cabuya, una manta hasta los tobillos cubriéndole el cuerpo en el que se alcanzaba a dibujar la silueta delgada y fuerte de la espalda, vio a la mujer que

le correspondió inmediatamente y agachó la cabeza después de haberlo visto a los ojos, hasta que fueron conociéndose poco a poco mientras ella iba al establo y lo encontraba alimentando los cerdos y sacando a los caballos y empezaron a dirigirse la palabra: eran dos voces esencialmente diferentes a las voces de los españoles. Hablaban el idioma de los españoles, pero había en su acento una musicalización particular, como si se esforzaran en terminar cada palabra en una nota más aguda y alargada. Y la voz del hombre era más torpe que la suave voz de la mujer, una voz áspera que perdía las eses de las palabras, una voz que a la mujer le parecía infantil y enternecedora por el hecho de provenir de ese hombre cuyo cuerpo tenía un vago halo de toro o de caballo. Hasta el día en que, después de que el hombre blanco saliera hacia las minas y ella ayudara a su mujer a dormir a los niños, se encontraron ambos en el establo y ella pudo sentir la fuerza de los amplios músculos vueltos sobre su cuerpo, pudo sentir las manos rugosas deslizarse sobre la espalda de un modo inicialmente torpe y luego salvaje hasta que ambos se encontraron en una especie de danza en la que cada movimiento había sido planeado y del que se desprendía un placer y un calor que los invadía, el hombre apoyando sus duras manos en la espalda de la mujer, atrayéndola hacia su cuerpo mientras ella arqueaba la espalda y sentía el impulso de clavar sus uñas en los brazos del hombre y luego quedaron exhaustos, los dos cuerpos que habían sido vírgenes una hora antes yaciendo desnudos uno al lado del otro, encontrados ahora en una tierra que momentáneamente les pareció renovada – dejó de cantar y empezó a sorber el caldo. Lo hacía rápidamente como si el calor no le hiciera nada a los gruesos labios y a la lengua. Al terminar puso el plato a un lado, sobre la tierra, e inició de nuevo el canto. Ya solo quedaba una luz mínima en el crepúsculo y el fuego en que su mujer había estado cocinando lo iluminaba con intermitencias amarillas que le llegaban desde los pies hasta el pecho.

Vio salir por la puerta trasera de la casa al hijo del hombre blanco mientras su mujer se sentaba a su lado. No interrumpió el canto cuando el niño se acercó, ya se habían acostumbrado los tres a su acompañamiento mutuo, el niño que salía en la noche a escuchar al negro y a ver a su mujer sentada a su lado sumida en esa misma especie de sueño en la que yacía el negro mientras cantaba; él y ella, viendo al niño que permanecía de pie sostenido en una de las columnas de madera de la casa, viendo hacia ellos, quieto, él mismo dentro de ese hiato en que estaban los dos negros

el niño que había escuchado al negro por primera vez mientras dormía en su cama de esteras, en la noche, y esa primera vez había sentido la gruesa voz inundar el cuarto y traer consigo una especie de orfandad y abandono que al principio había confundido con miedo, como si creyera que se trataba del lamento de un animal desconocido y que luego fue aceptando poco a poco, imaginando al negro afuera del establo, en medio de la noche, cantando mientras recogía heno para los caballos o llevaba el alimento a los cerdos. Había crecido en medio de los esclavos de su padre, los había visto en las minas y en la hacienda y había establecido entre ellos y él una confianza calurosa como la que sentía en su hogar. Y había aprendido que los esclavos negros eran traídos de una tierra más remota para él que la misma España y que fueron encadenados desde su llegada a esa tierra y tratados como bestias porque a él mismo se le había enseñado que eran bestias, carentes de alma y de inteligencia. Pero él los había visto morir desde su más temprana infancia en las minas y había visto las cadenas con que eran atados en grupos de hasta veinte y había observado también no la tristeza de sus rostros sino una ofensa y una desolación devastadora que le alcanzaba a él y que no podía definir ni comprender. Había visto a los negros y había imaginado esa tierra de la que fueron traídos y empezó a intuir la soledad de esos hombres. Su padre lo llevaba a

conocer las minas, las decenas de indios y negros hambrientos sobre las pendientes de las montañas: los hombres escarbaban la tierra en medio de riscos inmensos que atravesaban la niebla, y las minas eran huecos apenas más grandes que los hombres, adentrados en las montañas como túneles oscuros en los que algunos esclavos morían asfixiados. Las cuadrillas de esclavos martillaban cada día las rocas que componían esas montañas y sacaban pequeñas piedras moteadas de granos dorados. Él había conocido todo eso y pensado que, como él, esos hombres provenían de una tierra en la que tuvieron a sus padres y madres y hermanos, una tierra en la que habían crecido y de la que acaso poseían una nostalgia atroz, pues tenían también la certidumbre de que nunca habrían de volver. Así que en medio del sol tenaz de Marmato, en medio del polvo y de la aridez de las rocas y del oro, había empezado a percibir el completo y arrasador absurdo de las vidas de esos hombres, hombres que veía iguales a él, incapaz de semejarlos a bestias o juzgarlos inferiores, hombres, destruidos, desterrados irrevocablemente y llevados a esa tierra a morir.

De modo que en las noches, al escuchar el canto del negro que ahora oía en frente de él mientras la oscuridad llegaba, podía intuir con perfecta claridad el origen del canto, podía asignarlo a la soledad del negro, a la tristeza e impotencia del hombre que, aunque había nacido en esa tierra, provenía de una descendencia de innumerables siglos de hombres que habían estado en otra tierra, que habían construido sus propias casas y que habían amado y odiado en otras planicies, rodeados por otro sol. Y al despertarse en las noches llenas de la voz del negro, procuraba entrar en ese conocimiento que adquiriría del negro, procuraba ver ese deseo y esa nostalgia existente, oyendo la voz cadenciosa como un lamento, viendo ese abismo aplastante en el que yacía el negro, una dolor tan profundo que ya no se expresaba como dolor o tristeza, sino como mera indiferencia y

rabia.

El negro estuvo cantando hasta que cayó la noche plenamente. A su lado, sentada sobre la tierra estaba su mujer y en frente ambos veían la silueta del niño, ya borrosa en medio de la oscuridad. Ráfagas débiles de la luz del fuego que iba muriendo atravesaban a los tres mientras el canto continuaba. El niño se sostenía inquieto en la columna de madera, mirando al negro y hacia atrás, sabiendo que en cualquier momento su madre aparecería para llevarlo a dormir. Por un momento la mujer se paró y fue a echar algunos leños al fuego. Luego la luz se intensificó y se oyó el crepitar de la candela adentro del establo. La voz del negro se detuvo y pudieron a ver a la mujer del hombre blanco salir por la misma puerta por la que había salido el niño.

-Narcizo, a dormir que ya se anocheció – gritó la mujer.

El niño caminó hacia ella lentamente y entró a la casa. La mujer del negro regresó y se sentó a su lado y el negro volvió a cantar.

Acostado al lado de su mujer en medio de la paja del establo, con las dos piedras en las que había ardido el fuego en frente de ellos, él sabía que era la medianoche. Podía distinguir la especial consistencia que tiene la noche a esa hora y percibir la leve variación del murmullo de los grillos. El establo estaba completamente oscuro pero lo conocía de memoria, así que no tendría ningún problema en salir y llegar hasta la casa. Pensaba un poco en el niño, por el que sentía una especie de cariño silencioso pero no suficiente para hacerlo desistir. Bajo el lecho de paja estaba el cuchillo, la hoja brillante y minuciosamente afilada que había usado para matar a los cerdos y para sus jornadas de cacerías. Hacía mucho que había podido huir. Desde que el hombre blanco lo había traído a su hacienda desencadenado y le había permitido vagar por el territorio de la hacienda. Pero se había enamorado de la mujer y sabía que si

huía iba a estar destinado a ser perseguido y a vagar huyendo de cualquier otro blanco que lo pudiera delatar. No temía eso, de hecho lo había deseado. En las minas había querido huir de los blancos después de asesinar a algunos de ellos y vagar en medio de esa tierra que no conocía pero en la que podría defenderse sin mayores dificultades. Pero ahora estaba la mujer y sabía que no podía huir solo, que no quería huir solo y que si lo hacía, el hombre blanco se encargaría de hacerlos encontrar a los dos, no por necesidad, sino por venganza, y los asesinaría. De modo que solo tenía la alternativa de asesinarlo primero a él y luego huir, sabiendo que nadie iba a interesarse por vengar la muerte de ese hombre al que, por el contrario, podrían quitar sus minas y su hacienda y sus esclavos. Se levantó lentamente para no despertar a la mujer mientras sacaba el cuchillo de entre la paja en que dormía. Los dos caballos yacían en silencio en el otro extremo del establo. Caminó en medio de la tierra con lentitud y luego pudo salir a la noche, viendo en el fondo un cuarto de luna que alumbraba tenuemente la casa, en frente de él. Conocía el cuarto del hombre y sabía también que solía dormir con la ventana abierta. Así que solo tendría que darle la vuelta a la casa, llegar a la ventana y entrar. No podría tardar mucho en el salto. Esperaba caer con el cuchillo hacia abajo de modo que no perdiera tiempo en la primera puñalada. Rodeó la casa y no oyó más ruidos que los grillos. Imaginó el cuarto de cada uno de los niños, el corredor que unía la puerta delantera con la trasera y el cuarto del hombre blanco. Sabía que estaba compuesto por una cama de estera, una mesa en frente de él, un baúl pequeño en otra esquina, un crucifijo en la pared de la cabecera de la cama y en la pared del lado, la ventana abierta. Al llegar se detuvo por un momento al lado de la ventana. Esperó y calculó el salto. No podía despertar al hombre. Seguramente, en caso de que quisiera forcejear con él, le rompería la mandíbula de un puñetazo y luego lo apuñalaría. Pero eso

complicaba las cosas en toda la casa. Deseaba matarlo y huir y que al día siguiente lo encontraran inerte en su cama. Sintió por un momento la noche, la oscuridad hacia el vasto fondo de ese valle y el ruido incansable de los grillos. Cuando estuvo sobre la ventana saltó inmediatamente sobre la cama, el cuchillo levantado en su brazo derecho cayendo brutalmente sobre la estera de madera, él sintiendo la dureza de la cama en el momento en que había creído que sentiría la carne blanda del hombre siendo atravesada por el cuchillo. Desatascó la hoja que se quedó rígida después del primer lance incrustada en las guaduas e hizo otros dos lances alrededor sintiendo de nuevo las duras esteras. La cama estaba desnuda. La esquina en la que había de estar el baúl yacía desierta y sobre la pared no estaba la cruz que él conocía. Abrió la puerta rápidamente y salió sin hacer ruido al pasillo interior. En la escasa claridad de la luna que podía filtrarse a través de la ventana del cuarto vacío del hombre blanco, pudo observar el pasillo y verlo sutilmente diferente. Era el mismo pasillo que él conocía, pero ahora estaba desierto y esa vacuidad destacaba las paredes blancas de bahareque de un modo desolador. Por un momento tuvo la sensación horrible de no estar en la casa a la que había entrado, de haber sido transportado sin percatarse de ello a un lugar completamente desconocido para él. Caminó rápidamente hacia los cuartos en los que debían estar los niños y la mujer y los encontró vacíos, las camas desnudas sin sábanas y las paredes sin las cruces que debían tener. Siguió con un paso fuerte hacia la cocina, ahora sus pisadas haciendo un fuerte ruido contra el piso de madera. Al llegar, en medio de la oscuridad, tanteó en los lugares en que debían estar los platos y no halló sino algunas cucharas sucias y desordenadas. Habían salido todos, los habían abandonado, durante los momentos en que tuvo un breve sueño al lado de su mujer; los blancos habían salido, tal vez cuidando de no hacer ruido, y habían huido no sabía hacia dónde. Se

decía a sí mismo que habían huido. Sentía otra ofensa más definitiva en ese abandono del hombre que lo había esclavizado, porque él quería tenerlo en frente suyo, enfrentarlo y vencerlo o morir él mismo, y no esa libertad que se le entregaba como una especie de limosna. Corrió a través del pasillo y salió por la puerta trasera hasta el establo. Vio a su mujer erguida en la puerta, viendo hacia él. - ¿Qué pasó?- le dijo ella, pero él continuó rápidamente, entró al establo y pudo ver los dos caballos que ya había visto mientras se levantaba pero que había creído por un momento figuras fantasmales. Luego salió lentamente. Se habían ido. Su mujer miraba hacia la casa comprendiendo que estaban solos. Adelante la tierra oscura se extendía hacia ellos, llena de posibilidades infinitas. Se habían ido y ellos ahora eran libres. Podrían hacer cuanto quisieran, nada les estaría prohibido. Estaban en medio de esa tierra extraña e inmensa, solos, libres, poseyéndose únicamente a sí mismos, en una tierra silenciosa que no les diría una sola palabra, que los dejaría en su soledad y en su horrible libertad, carentes ahora de todo, desnudos completamente, obligados a empezar, a construir sus vidas ahora que no eran esclavos, cargando con el peso aplastante de su liberación. Ambos miraron hacia la casa y hacia la oscuridad del fondo. “Somos libres”, se dijeron al mismo tiempo, minúsculos bajo la entrada del establo).

Había terminado la casa. Levantó el horno de barro y coció cada una de las tejas del techo y luego preparó la mezcla de barro y heces de caballos y cortó las guaduas y bosquejó en la tierra la casa que quería construir. En la mañana se dedicaba a las tejas y en las tardes salía a cazar y en las noches, adentro de la pequeña choza de madera y arbustos que había construido para la india, desnudaba a la mujer que lo recibía en silencio, mirándole con unos ojos semejantes a los de un leopardo o un puma, silenciosamente exaltados, haciendo el amor con violencia animal: Narcizo sentía los fuertes muslos de la

mujer y llenaba sus manos con los senos abundantes y la mujer apretaba con fuerza la espalda fuerte del hombre blanco, el cabello de la india esparcido sobre las sábanas que descansaban en el suelo de tierra y Narcizo en medio de las conmociones físicas de ese encuentro brutal acosado por la angustia que poseía desde la niñez, pero sintiendo todo ese placer del cuerpo de la india como una tregua en medio de su sorda desesperación. Así fue cada una de las noches ante de terminar la casa, hasta que ese ritual vehemente poco a poco fue mostrando su verdadera naturaleza: era no solo el deseo que tenía por la profunda belleza de la india, sino que era una búsqueda, o más bien un deseo de extravío, de perderse a sí mismo en medio de las tempestades de esas noches, de huir de la perplejidad y el desasosiego que había conocido cuando oía cantar al negro en la hacienda que sus padres abandonaron por carecer del sustento que habría de alimentarlos a ellos y a los esclavos, de modo que cada noche caía sobre la india con una fuerza mayor, la desnudaba con mayor violencia y la mujer respondía del mismo modo, y entraba con una conciencia cada vez mayor a ese placer, trataba de entenderlo, de descifrar de qué modo el cuerpo de la mujer, sus besos, su sexo, y todo ese río tempestuoso que los atravesaba a los dos mientras hacían el amor, lo serenaba, calmaba en él la inquietud con que cargaba. Y la noche en que terminó la casa – una casa que habría de ser destruida luego de su muerte, 29 años después, para construir otra mucho más grande, siguiendo el modelo de la primera, que serviría además como caballeriza y como cantina para los arrieros que llegarían al pueblo y que a su vez sería demolida para construir el primer hospital del poblado – junto a la india, los dos cuerpos desnudos en esa especie de pelea animal, Narcizo pudo comprender, pudo articular con ideas claras la causa de su desesperación.

Caída la tarde estaban los dos adentro de la pequeña choza. La india

vestía una manta en la que se insinuaban sus senos y le cubría hasta los tobillos. Narcizo había terminado la casa y ahora comía lentamente los muslos de un conejo que había cazado la tarde anterior acompañado de papas que alguno de los vecinos habría regalado a la india. Su piel estaba requemada del sol picante de aquella sierra y los brazos se habían fortalecido y agrandado durante la labor. Se veía a un tiempo como un cuerpo frágil por su escasa estatura pero fuerte y denso por la amplitud sus músculos. Comía en silencio, mirando hacia el plato y levantando por momentos unos ojos inexpresivos hacia la mujer, que lo veía comer, presa del mismo deseo que iba creciendo en él. Después de terminar, lavó sus manos con la ayuda de la mujer que vació un poco de agua sobre sus antebrazos y, sin secarlas, se abalanzó sobre ella, ella recibéndolo como si deseara aquel impulso fiero del hombre blanco, él besándola en el cuello y el pecho y halando con fuerza y torpeza el vestido. Luego cayeron sobre la tierra, iluminados por la inestable vela recién encendida por la india. Narcizo procuraba sentir a plenitud la piel de la mujer, la acariciaba con violencia y con minucia, la besaba dura y lentamente, sintiendo la sensualidad que iba ascendiendo en él, perfectamente consciente de esa sensualidad. Era como si ambos fueran siendo transportados a un no-lugar, desaparecidos para los dos el espacio escaso de la choza, la noche, convertidos en corrientes que chocaban una contra la otra, alimentándose y destruyéndose mutuamente, siendo no ya ellos mismos, sino un hambre satisfecha y siempre presente. Veía el cuerpo de la india, la curva gruesa de su cintura, las caderas abundantes y el pecho generoso en movimientos de vaivenes, la cabeza vuelta hacia atrás, revolviéndose en el cabello que yacía en el piso de tierra y las manos arqueadas hacia arriba, dejando toda la plenitud de sus vigorosos pechos. Sentía atrás, en su espalda, las piernas de la mujer. Sentía como se anudaban a su cintura y volvían a estirarse, y en medio de

ese dulce trastorno, sintiendo la animalidad y la brutalidad que buscaban ferozmente él y la mujer, venían las imágenes del negro cantando, oía su música, se mezclaba a la semioscuridad en que estaban él y la mujer. Por contraste representaba al negro y a su mujer y toda la tragedia y el dolor que les atribuía y se veía a sí mismo en esos instantes de pobre plenitud en que no había dolor, injuria, pena o nostalgia, sino furia y placer. Y comprendía, las ideas y las palabras llegaban a él por fuerza propia, espontáneamente, comprendía que el negro era un hombre solo en medio de las locuras de los otros, comprendía que el negro era otro loco, otro hombre poseído de deseo, de hambre, de ambición, de avidez, pero que su posición era la del instrumento de otros hombres que lo habían usado para alimentar y saciar su locura. Podía pensar y decirse eso, viendo a la mujer ahora sobre él, el rostro tenso y modelado por un placer casi histérico, la línea de la cintura finamente arqueada, oyendo sus gritos ahogados, pensando *el negro estaba solo como yo estoy solo como solos estamos todos los hombres. Y nuestra soledad es nuestra desesperación. Y la tierra no es nada más que el espacio para las locuras del hombre y para su muerte* hasta que él mismo empezó a emitir a un grito, más grave que el de la india, pero igual de sostenido, un grito de la misma naturaleza. Y al término, agotados ambos, desnudos sobre la tierra, Narcizo viendo ahora cómo el cuerpo de la mujer perdía toda su impetuosa belleza para ser nada más que una presencia agotada a su lado, pudo sentirlo y decírselo plenamente: *el hombre estaba solo y su destino en la tierra era pasar por ella y ejercer sus crueldades y estupideces y morir*. Se levantó, sudoroso. Tomó el pantalón que estaba a un lado de la mujer, se vistió y con el dorso desnudo y los pies descalzos salió, perdiéndose en la oscuridad. Había un cielo despejado e iluminado por un conjunto desordenado y numeroso de estrellas. Podía observarse la curva de esa bóveda hacia los rincones en que habrían

de estar las montañas. El cielo era una pared inmensa, extendida sobre la tierra, sobre él, azarosa y agobiante, pues a pesar de su vastedad, nada había atrás de él. Narcizo caminó medio ebrio sintiendo la humedad de la hierba y llegó hasta un pequeño filo de montaña: adentro estaban las palabras, las certidumbres: *el negro que había cantado y que había sido robado de su tierra el negro que no tenía nada sino el deseo de volver a esa tierra el negro que había sido despojado de todo y que ahora solo se tenía a él mismo mutilado de su pasado. Mutilado como mutilados estaban los indios solo como solo estaban los indios como solo estaba él mismo. Y los hombres llegaron desde España mi padre llegó desde España y asesinaron y trajeron sus ritos y silenciaron a los indios y lo que fueron los indios quedó perdido entre sangre y gritos y quedará perdido para siempre, las razones de sus temores y todo lo que para ellos fue sagrado y todo lo que sostuvo sus vidas fue arrancado y destruido y luego ellos siguieron en soledad. En soledad que estamos todos y cada palabra y cada hecho de los hombres son como los gritos de los animales, son algo más dentro de la suma que es todo el universo ni mejor ni peor sino solo algo más los hombres hatos de bestias trastornados de deseo de placer bestiales y ciegos como el bestial universo. Adelante de él se extendía el cielo en medio de ese silencio inmenso de las montañas. Y el cielo ahora tenía una cualidad siniestra, una indiferencia demoledora. Narcizo parecía entrever toda su fuerza y la capacidad de destrucción que yacía en el universo, parecía intuir las fuerzas que explotaban a lo lejos de un modo incesante, sin ley, sin moral, nada más que fuerzas, y que parecían ser las mismas que operaban en los hombres. De modo que arreció sobre él toda su herencia, no solo el patrimonio de crueldad y ofensa que su padre y los padres de sus padres le habían dejado, sino la herencia pura del hombre, la soledad y la consciencia de su locura, la certidumbre del trágico y paradójico destino del*

hombre que era ser a un tiempo el espectador, el juez y el hacedor de toda su impiedad, su crueldad y estupidez. Delante de él yacía el cielo, ofensivamente silencioso a pesar de la tempestad que atravesaba al hombre. La tierra, aquellas hermosas extensiones de montañas, la luz naranja del crepúsculo que había conocido desde allí, los rayos serenos y dulces del sol que caían sobre los vastos campos de esa tierra y la fortaleza de la lluvia que entrañaba una especie de solemnidad y tristeza que le conmovía, estarían para él en medio del silencio, indiferentes, se le presentarían cada día, pero no servirían para nada, todo aquello era anterior a él y le superaría después de su muerte... Indiferente. Remoto.

Nadie supo por qué había llevado consigo a la india que vino a morir meses después de que nos instalamos e incluso cuando ya había varias casas de paja construidas alrededor de su casa. Nadie supo por qué ni nadie se lo podía explicar, mucho menos sabiendo que su primera esposa había muerto en Arma, según dijeron, por una malaria o una de esas enfermedades que solo germinaban en ese pueblo viciado y condenado, como si la naturaleza, el viento, el agua, la tierra misma junto a los hombres se hubieran hecho el propósito común de desterrar o destruir cualquier resistencia humana que se obstinara en medio de esa aldea decadente. (Sí, porque luego del terremoto que sucedió a aquella noche de borrachera y de orgía, según nos contaron nuestros abuelos, a quienes a su vez contaron sus abuelos, desde Santa Fe urdieron el completo saqueo y despojo de Arma y aunque sus hombres y mujeres se resistieron – ¿por qué lo hicieron? ¿Por qué decidieron permanecer en un pueblo asolado por la enfermedad y las fieras y por su pasado de maldición? – un día llegaron hasta esas calles de polvo enfermizo y tomaron las reliquias de la iglesia y un oro escaso que se guardaba en la casa de barro que había sido la alcaldía y se fueron con todo ello hacia Santa Fe, desde donde esos mismos saqueadores caminaron hasta un lugar al que nombraron Ríonegro y levantaron otra iglesia con las reliquias que ya habían atestiguado la desolación, la devastación y la aspereza y estrago de la tierra en Arma, si es que a las casas de barro reseco y resquebrajado que aún se mantenían levantadas se les podía llamar de alguna manera). Sí, su primera esposa murió y entonces él tomó a la india, que ya le había servido por varias semanas y a la que compró con el oro que tenía de sus minas en Supía y luego montó a la mujer sobre la mula, el día en que se decidió a materializar el propósito de realizar la fundación. Nadie supo por qué la eligió a ella, y sin embargo creo que el día de su muerte, 29 años después de que llegáramos a la fonda de Manuela, en su lecho de muerte, no

acabado ni decaído por la enfermedad ni vencido pero tampoco orgulloso, solo sereno, sin esperanza y sin furia, quizá quiso darme a entender el sentido de cada una de sus decisiones. O no quiso, se le escapó, como si con la conciencia de la muerte inmediata perdiera también todo pudor y hermetismo, pero con la pregunta y las pocas palabras que sucedieron a esa pregunta yo pude, o creo que pude entender algo de sus propios designios. Aquel 23 de octubre, mientras estaba a su lado en la cama de madera que él mismo construyó y sobre un colchón de estero que también fue obra suya, en la casa de barro y tejas que él mismo concibió y edificó lentamente cuando nosotros hacíamos casas de paja, Narcizo me preguntó, o no me preguntó, fue una afirmación más bien, una afirmación que solapadamente adquiría un dejo de pregunta manifestando en sí misma la certeza de lo que sería y la esperanza absurda y conmovedora de que aquello no fuera: ¿cierto que habrá guerra? ¿Cierto que habrá más muertos? Me dijo. Y en ese preciso momento comprendí, o creí comprender y creo aún comprender. Porque todos sabíamos que una guerra estaba por estallar, y no era el otro vasto enfrentamiento entre los hijos de españoles y los ejércitos del Rey. No, porque Narcizo no solo despreciaba esa guerra sino que le avergonzaba y aún la desaprobaba, como lo dio a entender el día en que llegaron hasta a Arma los enviados de los hijos de españoles a pedirle que participara en la independencia y él respondió que esta tierra no era ni del rey ni de ellos. No era esa la guerra y los muertos que esperábamos. No. Era un enfrentamiento menor pero que habría de dejar otros muertos y que en su seno estaba alentado por los mismos impulsos que Narcizo repudiaba, y nos llevó a todos a repudiar, de la otra guerra. Sí, todos sabíamos que aquel hombre de apellido Aranzazu estaba dispuesto a recuperar o saquear o usurpar las tierras que, según lo andaba diciendo, le había otorgado el rey y que, años después de que le fueran concebidas, nunca trabajó ni

labró ni tan siquiera conoció pero que luego de que un conjunto de hombres con sus mujeres y niños, hambrientos, descalzos, casi desnudos, llegaron hasta un fragmento de esa tierra que él reputaba suya y levantaron un poblado semejante al nuestro y construyeron casas y sementeras y abrieron caminos y comieron el fruto de la tierra abundante y generosa y liviana, cuando aquello había pasado y por tanto esa tierra que salvaje, despoblada y rica en malezas y fieras no había tenido ningún valor, ahora valía lo que una ciudad entera gracias al sacrificio y el esfuerzo de esos hombres desarrapados, luego de todo eso, Aranzazu había empezado a reclamar. De eso me habló Narcizo la tarde en que moría acompañado de la que fue su mujer y le dio progenie, no de la india que murió meses después de que nos habíamos instalado en el pueblo y que nadie sabía ni supo por qué había tomado como mujer suya luego de que la otra, la primera, había muerto. *Eso quiere decir que la guerra me alcanzó, Ramiro. Que a pesar de todo, de haber venido a esta tierra fría y remota, me alcanzó, nos alcanzó.* (La voz de Narcizo era suave y fuerte como siempre lo había sido pero al terminar de articular la frase lo interrumpió una tos violenta. Eusebia corrió con la toalla y el agua tibia y la deslizó por su frente y luego le sirvió la infusión de hierbas de cidrón. Narcizo no usaba camisa sino una manta blanca sobre su espalda mientras se sentaba y sorbía la bebida que tanto había probado antes y de cuya hierba tenía una minúscula plantación afuera de su casa. El cuerpo desnudo de sus 63 años, ya próximo a los 64, se mantenía fornido, los músculos definidos bajo la piel arrugada y un tonalidad menos blanca desde el principio de los antebrazos. Las ventanas del cuarto permanecían cerradas por orden de Eusebia y una luz parpadeante de la lámpara de aceite que reposaba en una pequeña mesa destacaba la presencia de Narcizo sobre los otros dos. Una vez el acceso de tos se disolvió hubo un silencio general en el cuarto, apenas interrumpido por el sonido de

los sorbos de la bebida: Narcizo miraba al vaso o al suelo, callado, la mirada severa no de un moribundo sino de un hombre penetrado por una profunda reflexión, como sin ese momento la idea remota de la muerte inmediata no se le hubiera presentado aún o, al contrario, esa idea lo obligara a pensar no en lo que dejaría o lo que habría de enfrentar sino en las cuentas minuciosas de su vida, en lo que había ganado y perdido, en lo que había realizado y olvidado y el resultado final, la síntesis de las precarias sumas y las constantes restas, los despojos diarios y las victorias mezquinas y eventuales que constituyen toda vida - y la que él consideraba la mayor victoria parecía esfumársele ahora mismo, justo cuando ya no quedaba tiempo, aunque sí fuerza y voluntad para recuperarla o intentar una recuperación - no se le presentara, no hubiera sido resuelta, y él trabajara en ello para partir en paz. *Eso quiere decir que la guerra me alcanzó, Ramiro. Que a pesar de todo, de haber venido a esta tierra fría y remota, me alcanzó, nos alcanzó*, dijo, el vaso en la mano y la boca cerca al borde de la porcelana. Y Ramiro lo miró y se encontró de nuevo con el gesto de pensamiento abismado, ausente pero concentrado implacablemente sobre una idea).

Sí, yo empecé a comprender esa misma tarde. Porque no había sido el hambre, como sí pasó con Salamina e incluso Abejorral y Sonsón y luego muchos de los otros pueblos que levantaron hombres empobrecidos, sin tierras, sin alimentos e incluso muchos de ellos sin ropas, sin zapatos, llevados al extremo lamentable de la desnudez sucia cuando el oro había dejado de tener algún valor y cuando sobre esta tierra no era posible adquirir siquiera una manta digna para abrigarse en la noche. No, no había sido el hambre. Porque Narcizo poseía las minas que su padre le había heredado y si las hubiera rechazado, como lo hizo luego de que rechazó también luchar contra el rey de la misma forma que se hubiera negado a luchar con el rey si la propuesta hubiera llegado del lado contrario, su tío tenía una

concesión de tierras que él mismo se habría encargado de trabajar y enriquecer como hizo con nosotros en La Aguada. Así que no fue el hambre, aunque sí la necesidad, el origen del impulso que lo hizo concebir la exploración de estas tierras para luego venir a fundar este pueblo que ahora mantiene a más de 30 familias. La necesidad, pero no la necesidad elemental del cuerpo, sino otra, del espíritu y la inteligencia o el alma. Porque de acuerdo con lo que me dijo antes de morir, moribundo y sin embargo poseyendo en esos instantes una lucidez mayor a la de quienes lo acompañábamos, solo es posible inferir que Narcizo huía, que su propósito era mantenerse al margen, remoto de las convulsiones que él mismo ya había experimentado, por eso no le importó perder las minas y decidió lanzarse a una exploración que solo hacían los más pobres y despojados y hambrientos. Eso tenía que ser cierto, como también lo era el hecho de que el viaje lo pudo haber realizado solo, como lo hicimos todos los que decidimos acompañarlo. De hecho aquella mañana Narcizo causó un desconcierto mayor al de aquel día en que decidió comprar la india, cuando las mujeres y los hombres lo vieron preparar la mula y luego vieron a la mujer vestida con una especie de manta blanca con una abertura hacia su parte inferior que le dejaba las piernas desnudas mientras cabalgaba en la bestia. Los hombres sabíamos que no era momento de decir nada, a pesar de la contrariedad que nos causaba imaginar las dificultades que para la travesía iba a significar esa mujer. Porque ya nosotros estábamos acostumbrados a su presencia, es decir, a la idea de su presencia. Todos sabíamos que la india era lo menos parecido a una esclava para Narcizo y que la preparación de la comida y el arreglo de la casa y de la ropa eran ejecutados por ella como el trabajo natural de una esposa, no una concubina, sino una esposa. Así que no dijimos nada y en silencio preparamos las bestias con los alimentos y salimos con rumbo al norte. Y Narcizo caminó delante de todos y la

mujer parecía más una estatua o un ídolo y Narcizo su esclavo o servidor pues durante todos los días del viaje no permitió que nadie se le acercara y le dio el mejor alimento y la mejor agua y preparó un lecho para ella mientras él dormía en el suelo de tierra. Y aunque nadie dijo nada todos nos preguntábamos, como hoy mismo, por qué había decidido llevar a la mujer y, meses después de que habíamos establecido el caserío, las mujeres y los hombres se preguntaban hasta cuándo iban a seguir presenciando y atestiguando las noches de Narcizo con la india. Ya ni siquiera se trataba de vergüenza o pudor, se trataba de saber por qué él, blanco, heredero directo de españoles dueños de minas y tierras, de quienes habían esclavizado a los indios y a los negros como él mismo lo pudo presenciar en la hacienda de su padre, se empeñaba en mantener un romance a la vez público y oscuro con aquella mujer, salvaje, silenciosa, que no cruzaba palabras con nadie y que acaso no había aprendido el lenguaje que le fue impuesto o al menos nadie podía decir a ciencia cierta si lo sabía o no, pues lo único que habían escuchado de su boca habían sido las frases cortas y articuladas casi con desprecio con las que iba de casa en casa a pedir papa o yuca, sin agradecer, sin ver a los ojos del vecino de turno, pero siempre obteniendo lo que pedía pues todos sabían que se trataba de alimento para Narcizo. *Y ya sé que nada puedo hacer, Ramiro. Porque la muerte se puede oler y su olor es de nada. Uno entiende que todo empieza a desaparecer, a disolverse y todo empieza a caer en una limpiez aterrador. Y ese es el olor que yo tengo y vos no, Ramiro, el que yo percibo y vos no.* (Narcizo dejó el vaso de porcelana sobre la pequeña mesa. Dejó caer la manta y se levantó, su silueta delgada, de carnes arrugadas pero fornidas dibujada irregularmente por la luz amarilla de la vela. Eusebia se levantó y corrió a su lado y lo siguió mientras se dirigía a la ventana. La mujer trató de evitar que abriera pero Narcizo, delicado e irrevocable, continuó el movimiento y

retiró el fragmento de guadua que mantenía los dos rectángulos de madera cerrados. Observó el cielo, remoto, plagado de estrellas y adivinó las líneas sinuosas de las montañas y de la tierra que se precipitaba debajo de él, minúsculo, sereno, silencioso, el rostro atravesado de una fatiga que no era cansancio, que no era agotamiento físico, sino más bien una decadencia moral, un apagamiento que él atestiguaba con plena lucidez. Ramiro permaneció sentado, atrás del hombre semidesnudo que observaba la oscuridad rutilante de esa noche y de la mujer que veía al hombre. *¿Acaso se podría lograr algo?* Pensaba Narcizo y se lo decía a sí mismo. *Acaso habría algo que podría hacerse en contra que pudiera realizarse no. No* Como si el contraste de la inmensidad que abarcaba desde la ventana y la conciencia de su estado penoso le revelaran como en una epifanía desalentadora, arrasadora pero silenciosa y de una serenidad brutal, la inutilidad de todo esfuerzo humano. *No. Venir a esta tierra y tratar un nuevo principio pero la tierra que ya trae dentro de sí el designio que le imponen sus propios volcanes y el designio que comunica a todos los hombres que llevamos todos.*

– ¿Vos sabés algo de cómo viene avanzando eso, Ramiro? Preguntó, mientras se volvía hacia su compañero que seguía sentado sobre el taburete.

– Pues Narcizo, yo solo he oído por ahí que ya mataron dizque a varios pero que la gente dice que no se van a dejar sacar y que no le van a devolver la tierra nadie.

Narcizo volvió a mirar hacia el frente y un nuevo acceso de tos convulsionó su cuerpo. La mujer le alcanzó la infusión y luego cubrió su espalda con la manta que yacía en el suelo. Narcizo la miró por un momento y sonrió, apenas un movimiento de sus labios).

No. No fue el hambre la fuerza penosa que lo impulsó. No había sido difícil comprenderlo, viéndolo frágil, delgado pero feroz ante su propia vejez ineluctable la noche en que murió. No había sido difícil comprender al hombre cargando con su resolución, silenciosa, irrevocable y férrea y a la vez infantil, con la utopía de encontrar esta tierra remota y establecer no solo un pueblo, porque el pueblo era el instrumento material necesario de su objetivo, sino establecer otro inicio, otro principio. Acaso eso termina de explicar por qué renunció mansamente a su minas en Marmato, por qué no se rebeló contra la usurpación del oro que era suyo. Acaso porque era necesario un acto de anulación, de negación de sí mismo, de todo el pasado que había recibido y no deseaba y ese acto solo pudo haberse consumado renunciado a sus minas de modo que solo, desposeído, tuviera la altura moral de iniciar su propósito de fundar un pueblo, de iniciar desde la nada y evadir el espectáculo siniestro y triste de los hombres desangrados en busca de poseer la tierra o de esclavizarse unos a otros. Sí, fue fácil comprenderlo cuando sobre la cama que atestiguó cada pensamiento que concibió en pos de su propósito y que atestiguaba ahora la que él mismo pudo haber llamado su derrota final y fatal y amarga dijo *así que la guerra me alcanzó, Ramiro. La guerra nos alcanzó*. (Ahora estaba sentado, el rostro no afligido sino exhausto, como ausente de sí mismo, viendo al suelo los tablones de fina madera que eran el piso de su casa. La luz de la vela iluminaba el cuerpo y destacaba con un efecto siniestro las estrías que formaban sus costillas sobre la piel. Los ojos mantenían un brillo minúsculo y, de pronto, el brillo fue descendiendo por las duras mejillas hasta perderse sobre la oscuridad del mentón. Eusebia se acercó un poco más esforzándose por ahogar su propio llanto presionando su boca con las manos. El llanto de Narcizo no era abundante. Eran solo unas líneas húmedas sobre un rostro fijo, agotado, cuya mirada obstinada y perdida

chocaba contra la madera desnuda del piso. Afuera millares de estrellas palpitaban sobre el telón infinito de la noche, estremecidas de su propia fuerza ciega e inacabable y salvaje formando un solo conjunto, vasto y pobre con las líneas ínfimas que recorrían el rostro de Narcizo y la desnudez de su figura sobre la cama de estera, abrazado por la mujer que, como él, sabe que la muerte está afuera, a la puerta, en la noche, con las estrellas que vibran. Se recostó en la cama y dejó caer la sábana sobre su cuerpo. La mujer y el hombre lo miraban, veían a Narcizo que seguía reconcentrado sobre sí mismo viendo hacia el techo y luego lo vieron cerrar suavemente los ojos para dejar no más que un cuerpo cuyo único signo de vida era una respiración débil, casi infantil).

(Justo trabajaba afuera de la ruda y exigua casa de madera y paja que había construido hacía menos de un mes. Levantaba la pica con fortaleza y la dejaba caer con brutal minucia sobre los surcos de tierra que luego habrían de recibir las semillas. No usaba camisa, el dorso blanco con algunos lunares en la espalda se arqueaba y con las manos de uñas negras revolvía en la tierra e iba dejando pequeños agujeros. El patio era un pequeño rectángulo de no más de 50 metros de largo y de 50 de ancho que él mismo, con el pequeño de doce años, había librado de las malas hierbas, había remojado con agua y en el que había levantado la pequeña casa que era no más que un cuarto con una cocina de leña al fondo. Ahora trataba de sembrar algunas semillas de papa y maíz y en otra pequeña zona podía ver cómo germinaban las cebollas y algunos tomates. Era la mañana, el cielo azul con escasos rezagos de nubes en el occidente. Justo daba órdenes al pequeño para que fuera depositando las semillas en cada uno de los huecos que realizaba con la pica. El chico, blanco y el cabello oscuro, delgado y no muy alto – las privaciones le habrían hecho perder algunos centímetros que no habría de recuperar nunca

– vestido con un pantalón a la rodilla y una camisa demasiado grande para él, sin zapatos, corría y dejaba caer cada semilla que Justo sepultaba con un puñado de tierra. Adentro de la casa el bebé dormía sobre una estera que la mujer había cubierto con una manta amarillenta mientras ella cocinaba en la parte trasera de la casa un conejo que Justo había cazado la noche anterior. Desde allí Justo podía ver las otras casas, semejantes a la suya, en las que otros hombres ayudados de otros niños trabajaban la tierra y otras mujeres preparaban la comida, silenciosos, sintiendo todos el aire delgado de aquella región y sintiendo el sol, que picaba un poco, pero con un brillo que ninguno de ellos había conocido hasta el día en que, movidos por el hambre, la pobreza, la enfermedad, las ofensas de lo precario, decidieron caminar hacia el sur y buscar agua para beber y una tierra para cultivar en donde sus hijos y los hijos de sus hijos pudieran tener algo que se llamara vida y no la angustia de atestiguar a cada día la escasez y la impotencia de no hallar nada en medio de toda esa vasta región. Desde allí podía ver también al hombre, pantalón largo y zapatos brillantes, vestido de saco oscuro y un sombrero de paño, hablar a cada uno de los que trabajaba la tierra. Lo veía gritar, vociferar, mientras los otros continuaban con el trabajo, impasibles, silenciosos, se erguían para verlo al rostro y fingir que lo oían y luego volver a su trabajo y oír al hombre pasar a la casa siguiente, vociferando, furioso.

El hombre siguió en su caballo, sudoroso, el rostro descompuesto por los gritos y una ira profundizada por la indiferencia de los campesinos. Al llegar a la casa de Justo éste había ya ordenado al pequeño que se detuviera y él mismo se apoyaba sobre la pica, vertical, enterrada en uno de los surcos. Vio al hombre sobre el caballo, fijamente, mientras él también lo miraba y empezaba de nuevo a gesticular ferozmente, los brazos levantados y los gritos alcanzando a los otros campesinos que también suspendieron sus

labores para observar.

– Ustedes saben que se tienen que ir de esta tierra porque no les pertenece. Don Juan de Dios Aranzazu ya no va aguantar más que ustedes se metan a sus tierras y hagan de ellas lo que quieran trayendo todas sus miserias y sus pobreza...

Justo lo miraba, impasible, recostado, sosteniendo la pica con sus manos negras por la tierra, el pecho amplio y blanco y los músculos de los brazos definidos y tensos.

– Por qué no le decís a don Aranzazu que se pase por acá. Decile que venga y reclame él mismo las tierras, que aquí nos vamos a quedar esperándolo. De todos modos todavía falta pa que el maíz coseche, así que no tenemos afán.

El hombre sobre el caballo lo miró desconcertado, el rostro arrugado y atravesado por el bigote curvo sobre las comisuras de los labios, ahora descompuesto por el desafío del campesino. Hubo un momento de silencio general. Luego Justo dijo:

– Decile que venga. No tenemos mucha carne pa comer, y él se nota que está bien alimentadito, nos puede alcanzar para varias familias aquí. - Al terminar la frase clavó la pica de nuevo, removiéndola con sus manos la tierra y le pidió a su hijo que depositara la semilla.

Hubo un ruido de risas en cada una de las casas en donde los otros trabajaban. El hombre sobre el caballo miró de nuevo a Justo y luego observó, humillado, como los otros reían. Golpeó con las espuelas el lomo del caballo y desapareció descendiendo de la montaña. Justo continuó el trabajo, imperturbable, como si aquello hubiera sido una molestia mínima, el tiempo usado para beber un poco de agua o para espantar las moscas, mientras su hijo lo veía

con una emoción desconocida que estaba entre el pavor y el orgullo de haber visto a su padre, el mismo que atendía suavemente al bebé en las noches y al que jamás había oído alzar la voz y había visto encolerizarse, enfrentarse de ese modo, con la misma paciencia con que se levantaba en la noche y arrullaba a su hermano, al hombre sobre el caballo. Porque el niño sabía, había oído que un hombre de nombre Aranzazu estaba detrás de varios hombres asesinados, hombres que como su padre se habían instalado en alguna porción de tierra cercana a aquella en la que ellos ahora vivían y ese otro hombre o monstruo o casi demonio de nombre Aranzazu había reclamado esas tierras y luego de que varios campesinos se negaran a salir algunos aparecieron muertos, tirados en medio de las gigantes malezas con las heridas de machete sobre los estómagos y los rostros desfigurados. Eso lo había escuchado el niño cada vez que su padre se reunía con los otros hombres de la aldea – su padre lo llevaba y le decía que no importaba la edad, él tenía que aprender a rodearse de hombres fuertes y buenos para defender lo poco que habían conseguido, un hogar para su madre y su hermano en caso de que él, el padre, llegara a faltar -. Así que siguieron trabajando hasta que llegó el mediodía y la mujer salió a la puerta para decirles que el caldo de conejo estaba listo y era hora de almorzar.

El rostro de Inés era delgado, fino, el mentón en punta y los ojos grandes. El cabello ondulado y café le caía hasta la mitad de la espalda y toda su figura se movía con una agilidad de gacela en el pequeño cuadrado de madera que era la casa.

– Qué bueno que el niño ha dormido toda la mañana - dijo Justo, sentado a la mesa de madera de pino sin pulir que había construido. A su lado estaba Marino, silencioso, viendo a su madre entrar y salir

con los recipientes de madera humeantes de sopa.

– Sí, pero ya toca despertarlo pa que coma, que no ha comido nada - dijo, la voz suave, dulce, pero en ella había una sombra de dureza, casi un rencor. Terminó de servir el caldo a cada uno y, mirando a Justo sentado frente a ella, dijo: - ¿Usté al fin piensa ir por allá esta noche? - Justo empezó a probar la comida, sintiendo el gusto salado del caldo mezclado con el sabor dulzón de la carne de conejo. Marino, silencioso, sorbía la sopa y esperaba la respuesta.

– Inés, usté sabe que sí. No me pregunte eso, que usté sabe que si no vamos, nos toca salir corriendo de aquí y yo ya no quiero andar caminando más-. La mujer lo miró por un segundo, la mirada a la vez cargada de rencor y lástima, una comprensión contrariada en la que había el deseo de que no asistiera y el convencimiento de la necesidad de que lo hiciera. No se habló más sobre la mesa hasta que todos terminaron el caldo y luego Inés sirvió sobre los mismos recipientes la limonada.

– Lo que quedó en la olla es pa por la noche, pa que no pregunten si hay más -, dijo, con una voz tenaz.

Cuando ambos, Justo y Marino, se levantaban de la mesa se oyeron los quejidos del bebé. Justo corrió a su lado, lo levantó y salió con él a la puerta de la casa. Afuera la tierra removida aún estaba húmeda.

En la noche los hombres se habían reunido a unos cien metros de la zona en que estaban las casas. Querían evitar que en caso de un enfrentamiento la aldea fuera destruida en medio de los choques. Justo asistió con Marino pues los hombres habían resuelto hacer

presentes a todos los niños mayores de doce años. Habían encendido dos antorchas y alrededor del fuego discutían.

– Tenemos que conseguir machetes y cuchillos. Todos tenemos que tener en la casa, porque hay unos que usan machetes prestados - el hombre que hablaba llevaba uno a la cintura sostenido por una cabuya.

– Sí, yo también creo lo mismo que dice Enrique. Sin los machetes nos van joder.

Eran un total de 15 hombres. Otros tres permanecían en la aldea vigilando para que ningún extraño se acercara en la noche. Vestían camisas blancas abotonadas hasta la mitad del abdomen, la mayoría descalzos, bigotes abundantes sobre rostros óseos y rudos coronados por cabelleras rizadas y sucias. Siete de ellos llevaban machetes al cinto y otros habían llevado las picas que usaban para labrar la tierra. Los niños observaban en silencio, los ojos desmesurados, fascinados y a la vez temerosos, cada uno sintiendo cómo empezaba a hacer parte del mundo de los hombres, de resoluciones fatales; cómo empezaban a hacer parte de una vida cargada de lo irrevocable, de lo que no se puede abandonar ni evadir. Marino, al lado de su padre, esperaba que hablara, deseaba que hablara, con la certidumbre de que aquello que dijera iba a ser aceptado unánimemente, con la certidumbre de que todos los hombres también deseaban que él hablara.

– Hay que contar los machetes y las picas, todo lo que tengamos para defendernos y ponerle a cada uno una tarea - dijo Justo. Los hombres hicieron silencio y los niños dirigieron sus miradas al hombre de voz gruesa y algo ronca que hablaba.

– Sáquenlos pues, pa que contemos y miremos cómo vamos a hacer

- siguió, la voz un poco más fuerte. Los hombres empezaron a desanudarse las cabuyas lentamente hasta que Enrique, el que había hablado inicialmente, dijo:

– ¿Y con qué vamos a trabajar?

– Pongan los machetes y las picas aquí. Vamos a contar quiénes tienen y con qué contamos pa poder ver qué hace cada uno. A nadie se le va a quitar sus cosas, Enrique.

Hubo un sonido de roce de latas y poco a poco amontonaron los siete machetes y diez picas.

– Con esto nos va a tocar defendernos. Primero cuadramos quiénes van a hacer guardias por la noche. Los que la hagan tienen que tener machetes y los otros tienen que tener picas en sus casas - todos estaban en silencio, los rostros iluminados de modo irregular por los vaivenes del fuego que cubría y descubría tanto en los niños como en los hombres un gesto de desconcierto.

- Cuando los cuatro que tengan que vigilar salgan en la noche, se llevan cuatro machetes y al día siguiente se los devolvemos a los dueños. ¿Ya me entendieron? - hubo un murmullo bajo, una aprobación general.

Marino sentía una efervescencia en su pecho. El hombre que hablaba no era su padre, no era esa figura delgada y blanca de bigotes abundantes y rostro anguloso al que el crepitar de las llamas infundía delicadas sombras en las mejillas y las órbitas de los ojos. No, era una especie de oráculo, de semidiós, cuya voz era más potente que todas la que podría conocer y cuyas palabras más profundas y lúcidas que todas las que él habría de oír en toda su vida.

– Van a ser turnos de cuatro. Dos vigilan hasta la medianoche y a esa hora los otros dos los reemplazan - decía, y los otros hombres lo veían y escuchaban, graves, como si de pronto en medio de la angustia y el miedo general y el ruido de la leña consumida por el fuego, cada palabra transmitiera una bocanada de luz sobre los campesinos, antes confusos y ahora, como una marea que crecía, valientes.

– Esta noche ya están vigilando. Pero mañana lo haremos así - a medida que decía los nombres los chicos veían como cada hombre aceptaba con una alegría subterránea, callada, y en ellos, los chicos, empezaba a surgir el sentimiento de que aquel fragmento de tierra que se disponían a defender era no solo el lugar que sus padres habían escogido como hogar para ellos y sus madres y hermanos y sus propios hijos, sino casi una extensión de ellos mismos, un cuerpo común que era preciso mantener incólume sin importar a qué costo y sobre el cual no había espacio para el temor o la debilidad, y en caso de que uno de ellos se viera asaltado por el miedo, allí tenían que estar los otros a quienes los hombres, esa noche frente al fuego, habían enseñado la necesidad de la dureza y la ternura que hay en compartir todos un mismo destino y deber. Marino oía los nombres y veía cómo cada uno de los campesinos atendía minuciosamente lo que su padre indicaba. Nadie objetaba nada, solo escuchaban atentamente a Justo y Marino sentía que todo desaparecía en esa noche para dejar no más que el fuego y la figura de su padre, delgada y recia, como si de algún modo decretara el orden del mundo, como si poseyera todos los conocimientos y la fuerza y el valor que nadie más tenía pero también la generosidad humilde de

entregarlo a los hombres que lo buscaban. Fue en ese momento cuando se oyeron los primeros ruidos de los caballos. Uno de los hombres que vigilaba llegó, agitado, sudoroso. - Son más de diez y todos están en caballos. Los otros están peleando, a ver que no los hayan matados - gritó. Justo reaccionó de inmediato, ordenó a los pequeños que se quedaran en ese lugar junto a dos de los hombres y repartió los machetes y las picas. -Tenemos que llegar en grupo, si se van solos los matan. En grupo es más fácil -. Marino vio a su padre perderse con los demás en medio de la oscuridad en que estaban las casas. Luego, desde su posición, vio las luces trepidantes de fuegos que se movían, convulsos, caían al suelo y se extinguían y escuchaba los gritos y los golpes de las hojas de los machetes. En medio de la pelea Justo veía que los hombres sobre los caballos tenían los rostros cubiertos por pañuelos negros. *Miserables, pensó, ni siquiera son capaces de dar la cara, aún sabiendo que nosotros sabemos quién los manda.* Los caballos retrocedían y avanzaban relinchando, mientras los hombres intentaban herirlos con las picas. Adentro de las casas las mujeres lloraban y escuchaban pavorosas los estruendos de las bestias y los metales. A su lado Justo veía a los hombres con las picas repeliendo los caballos hasta que uno de ellos pudo asestar un golpe de machete sobre el cuello de uno de los animales. Cuando dos se abalanzaron sobre el hombre caído, tres caballos saltaron y les golpearon en la cabeza con las patas arrojándolos sangrantes cerca de Justo. A su izquierda uno de los campesinos golpeaba a un hombre y luego tomaba posesión del caballo. Justo corrió hacia los dos campesinos heridos y logró evitar que el animal saltara de nuevo asestando un golpe de machete al

jinete, que cayó inerte sobre la tierra mientras el caballo huía. Gritó para que alguno de los encargados de cuidar a los niños lo alcanzara y ahí, en ese momento en que dio la espalda a la pelea, sintió el primer golpe. Una contusión seca en la parte trasera el cuello que tuvo la impresión de oír como ondas corriendo en su garganta y que lo derribó y le dejó un agudo silbido atravesándole las sienes. Siempre, desde que supo que inevitablemente llegaría el día en que tendrían que defender ese pequeño fragmento de tierra que habían conquistado y labrado, había temido el sufrimiento del dolor físico que cualquier herida en una pelea pudiera causarle. No la muerte, de la que era lo suficientemente lúcido como para aceptar como un estadio de la propia vida, sino el sufrimiento, temía el dolor. Y tuvo tiempo allí, con el rostro contra la tierra húmeda y negra, de reconocer desconcertado que el golpe había llegado sin dolor, imprevisto, desbocado de pronto, mientras sintió luego una frialdad súbita atravesarle el cuello, ascender rápidamente a la cabeza y llevarse con una fugacidad aterradora toda esa lucidez momentánea para dejar en su cerebro no más que las imágenes de los hombres en la noche, con la luz parpadeante de las antorchas, gritando, corriendo, diciendo: mataron a Justo, lo mataron esos hijueputas, corran, no los dejen volar: imágenes que se iban haciendo borrosas, perdiendo los contornos, imágenes que la noche iba invadiendo como un oleaje silencioso e implacable y sereno. Era la muerte, que él nunca temió y que lo anegó rápidamente sin que él se percatara de ello porque de sus sentidos solo quedaba una visión cada vez más penosa, gestos de hombres alrededor suyo, sombras que lo rodeaban hasta que todo se hizo oscuro y se extravió en una noche tan negra y

fría como habría de ser la noche del universo. Aquello había sido todo, aquello fue la muerte, el fin, implacable y callado, una cuchilla cayendo veloz e irracional sobre la sucesión de ternuras y odios y esfuerzos y humillaciones y fatigas y arrojando sobre todo el pasado una sombra devastadora que lo aplastaba y lo tornaba una nada, de ese modo, cruel, irrevocable, sin piedad. Varios de los campesinos corrieron tras algunos que alcanzaron a escapar y luego hirieron furiosos a los otros que gemían moribundos en la tierra. Al acercarse a Justo vieron el cuerpo boca abajo y la brutal abertura que el machete había hecho en la parte posterior de su cuello alcanzando las vértebras. - Debió morir sin dolor - dijo uno de ellos mientras los demás callaban alrededor del cadáver delgado y recio. Varios de los niños se habían percatado del final de la pelea y habían corrido hacia el lugar en donde aún ardían algunas antorchas. Entre ellos corría Marino, pequeño, con su camisa demasiado grande, descalzo y pantalones a la rodilla. Los hombres no pudieron hacer nada más que ver al chico correr y lanzarse sobre el cadáver, llorando, gritando, papá, papá, mientras alrededor los otros niños también lloraban y se lanzaban sobre otros cadáveres en medio de la noche serena y fría e indiferente, de estrellas incesantes, de nubes oscuras que corrían y se disolvían siguiendo un destino que habían tenido desde los principios de la tierra y que tendrían hasta el final de la misma; Marino golpeando el cadáver y llorando y sintiendo el abismo precipitado adentro de él que lo separaba intempestiva y violentamente de su padre, viendo de súbito la sucesión de días colmados de la ausencia de la figura delgada que siempre estuvo afuera, en la tierra, trabajando silencioso junto a él, el hombre por el

cual había empezado a ver y comprender el mundo y que ahora no estaba y lo dejaba en la soledad insalvable y amenazadora que se cernía entre él, Marino, y el resto del mundo. Los hombres no pudieron hacer nada sino ver a los niños llorar sobre los cadáveres sangrientos, no pudieron hacer nada frente al llanto que brotó sin freno de sus propios ojos contemplando la desolada escena de los pequeños que lloraban sobre sus padres muertos en medio de la fría y silente noche.

Mientras las mujeres y los hombres velaban los cadáveres, los niños habían ido a cavar los huecos en los que habían de ser enterrados. Algunos campesinos habían tomado la iniciativa pero los propios chicos se opusieron hasta que les fueron entregadas las palas. Eran siete cadáveres y los huecos fueron hechos uno tras otro, regularmente separados, en una breve planicie a las afueras de la aldea. Cuando regresó, las pequeñas manos negras y el rostro manchado de tierra y lágrimas, Marino vio a su madre llorando levemente al lado del cadáver de Justo, vestido con camisa blanca y pantalón negro. Estaba exhausto por el poco sueño de la noche y el trabajo con las palas, pero se acercó hasta Inés y se sentó a su lado. En las otras casas otros niños se sentaban al lado de sus madres y las oían llorar lentamente, mientras afuera varios hombres vigilaban con machetes y otros se preparaban para llevar los cadáveres hasta el lugar en que iban a ser enterrados. Marino vio a su madre en silencio, el bebé durmiendo en su regazo y ella con un llanto ahogado viendo el rostro amarillento y con manchas violetas de Justo. La pequeña casa estaba sola y las puertas abiertas. Marino abrazaba a su madre y sentía las lágrimas rodar por el rostro hasta que dos campesinos entraron y, dirigiéndose a él como se hubieran dirigido a Justo en

caso de que estuviera vivo, dijeron que era hora de llevar los cuerpos. Afuera había una especie de plataforma hecha en guadua sobre la que ya estaban cinco cuerpos. Otro era sacado de una casa al lado de la casa de Marino. Cuando los siete cadáveres estuvieron dispuestos sobre las guaduas se inició la romería de poco más de cuarenta personas. Las mujeres lloraban y los niños caminaban silenciosos como los hombres que miraban hacia los cuerpos con un gesto ausente, decaído, el abatimiento perplejo del que sabe que por un simple azar ese no fue su destino. Al llegar al improvisado cementerio los hombres que sostenían el armazón de guadua lo instalaron en el suelo. No había sacerdote, así que una de las mujeres empezó el rezo. Fue corto, dos oraciones mencionando a las ánimas del purgatorio y luego fueron dejando caer cada uno de los cuerpos en los huecos. Marino tomó una pala y mientras su madre lloraba empezó a lanzar la tierra contra el cuerpo de su padre, furioso ahora, el cuerpo minúsculo, débil, demasiado pequeño para el tamaño y la rudeza de la herramienta. No lloraba, lo hacía en silencio clavando penosamente la pala en el montículo de tierra que había hecho al cavar el hoyo y luego dejando caer los terrones húmedos y oscuros sobre la humanidad del padre. Cada uno de los pequeños hizo lo mismo, sin que los hombres pudieran intervenir, incapaces de entrometerse en la pasión y el dolor y la ardiente tristeza de los pequeños. Al terminar Marino dejó caer la pala sobre el lugar en que ahora yacía su padre y caminó resueltamente hacia su casa. Las mujeres y los campesinos permanecieron en el lugar haciendo pequeñas cruces de guadua para poner sobre los sepulcros y algunas tejieron coronas de flores que pusieron a la cabeza de cada cruz. Poco a poco fueron regresando a sus casas, varias mujeres lloraron por algunos momentos más y otras hicieron rezos en los sepulcros de cada uno de sus esposos. Cuando Inés con el pequeño en sus brazos llegó a su casa vio a Marino clavando la pica sobre la tierra,

removiéndola y dejando caer las semillas, la figura mínima y furiosa recortada sobre el cielo de mediodía moviéndose imperturbable sobre los surcos de la plantación tal y como lo había hecho su padre el día anterior. No había demasiado tiempo para el llanto. Tendrían que comer y luchar de nuevo contra los hombres dispuestos a despojarlos de la tierra. Inés entró, dejó al pequeño que dormía sobre la estera y prendió el fogón para preparar el caldo.

Habían pasado 10 años. Marino creció delgado, óseo, la barba escasa y algo rojiza. Cada día se había dedicado al cultivo y a la caza y su mirada había adquirido la severidad de los ancianos que han llegado a su vejez luego de años de sufrimientos. La aldea alimentaba ahora a más de 30 familias, entre ellas, las de varios de los niños que junto a Marino habían presenciado los asesinatos y habían enterrado los cuerpos de sus padres 10 años antes. Él, Marino, aún no había conocido a ninguna mujer, acaso porque se había dedicado a la crianza de Justo, su hermano, y eso sumado al trabajo para alimentarlo, alimentar a su madre y alimentarse él mismo no le habían dado demasiado tiempo. Sin embargo, para comienzos de 1825, exactamente cuando se había hablado de la llegada de un grupo de hombres que buscaban fundar un pueblo cerca de la aldea y luego trasladar a ese pueblo a las personas de la aldea y quedarse como dueños de toda la tierra, había llegado también una familia de Abejorral y entre ellos él vio a la mujer, tal vez 18 años, la piel del color de la panela, los ojos claros y el cabello negro con ciertos destellos cafés. Ella también lo había visto, se miraron, un silencio escaso antes de que Marino preguntara:

– ¿Desde ónde vienen ustedes?

– De Abejorral..., de una jinca por allá arriba donde no hay nada pa comer - dijo el hombre.

Tenía que ser el padre, pensó Marino: ellá había heredado el color de su piel y de la madre el cabello y los ojos: eran una especie de lago de miel pequeño ahondado entre sus pupilas.

– Allá en el fondo pueden poner las cosas y vuelvan para que coman algo en mi casa -, les dijo.

La familia, padre, hija, dos pequeños de no más de cuatro años y la madre, caminaron al fondo de la calle de tierra, descargaron varios costales y dos baúles y regresaron. Marino le había pedido a Inés que preparara algo para ellos y al regresar, luego de volver a mirar a la mujer, quien también lo vio a los ojos, confundida, sintiendo por primera vez un temblor leve, una conmoción aguda dilatarse en sus venas mientras veía hablar al hombre delgado, blanco, de ojos oscuros y voz fuerte, que la había mirado como nadie antes lo había hecho en su vida, les dijo al padre y a la madre que podían sentarse en el pequeño comedor a comer con Inés y Justo, y que los niños podrían comer allí, afuera, sentados sobre un pequeño banco de madera de pino que él había construido y usaba para sentarse en las tardes a ver caer el día. Se acercaba el mediodía e Inés ya había preparado el caldo de pollo. Sirvió en pequeños recipientes de madera a los padres y luego de que éstos hubieron comido, sirvió a los pequeños para luego, por falta de cucharas, dar la comida a Marino, a la joven y al pequeño Justo. El hombre se llamaba Octavio y su esposa Helena. Luego de almorzar les contaron que habían salido de la pequeña finca en la que habitaron por cerca de 10 años, después de que un hombre se acercara a decirles que el terreno había sido comprado por su patrón y debían abandonar esa posesión en menos de 10 días.

- Imagínese, don Marino, así no más. Nosotros que habíamos arreglado la finquita y teníamos hasta gallinas. Todo eso lo dejamos, porque pa qué se pone uno a pelear -, Marino e Inés se miraron al oír la palabra “don” y esbozaron un gesto breve de risa.

– Don Otavio, usted no se preocupe. Allá donde dejaron las cositas no les va a pasar nada. Aquí todo el que llegue es bienvenido, porque nosotros sabemos cómo son las cosas... Mañana yo le digo de cuánto es la tierra que usted va a tener allá y entre todos le ayudamos a conseguir madera pa que construya. Mientras tanto, su esposa puede venir a la casa por los alimentos que necesite pa la comida

La joven lo veía mientras hablaba y sentía una fascinación creciente de ver a ese hombre, el rostro a la vez fino, delicado y rudo, sin duda por la exposición constante al sol, las cejas pronunciadas y el cabello negro ondulado.

– Ella es mi hija, don Marino. Se llama Nanci, y ellos dos mis hijitos, uno de cuatro y otro de tres, Alberto y Rodrigo – Marino volvió a mirar a Nanci y ella sostuvo la mirada por un instante, luego miró al piso de tierra y sonrió.

Una semana después del arribo de Nanci al caserío, mientras trabajaba en la pequeña huerta de su casa Marino vio a los dos hombres llegar sobre los caballos. Marino, recostado sobre la pica, los observó mientras los caballos avanzaban lentamente hasta que uno de ellos, el que tenía aspecto de ser más joven, le dijo:

– Buenos días. Queremos hablar con el alcalde...

Marino escupió, los miró por un momento y luego:

– Aquí no tenemos alcalde, señor. Pero puede hablar conmigo pa

lo que necesite...

Los otros dos se bajaron de los caballos y los ataron a una guadua frente a la casa de Marino. Dijeron que venían desde La Aguada, un pequeño pueblo a un día de mula desde allí hacia el norte. Uno se hacía llamar Ignacio y el otro Narcizo. Habían sido enviados, dijeron, para que verificaran el estado de ese caserío, del que ya se hablaba por Abejorral y Sonsón, y buscaran una tierra para hacer una fundación.

– ¿Fundación? - preguntó Marino.

– Sí, por aquí van a fundar un pueblo, según dispone el dueño de las tierras, Juan de Dios Aranzazu - dijo el que se hacía llamar Ignacio.

Marino oyó el nombre y todo se precipitó adentró de él como una agua turbia que había permanecido estancada: Aranzazu, el mismo nombre oído de la boca de su padre y oído luego en las reuniones con los otros hombres, el nombre que había estado detrás de la muerte no solo del padre sino de los padres de todos los otros que aquella noche habían tenido que ver los cuerpos yacer como objetos inermes en la tierra oscura.

– Ah, entonces es ese tal Aranzazu el que manda a fundar un pueblo y el que se quiere quedar con la tierra...

– La tierra ya es de él, señor – dijo Ignacio. El otro, Narcizo, permanecía en silencio, miraba hacia las casas y procuraba no ver a los ojos a Marino.

– ¿Que la tierra es de él? - dijo Marino.

– Sí señor.

Marino volvió a tomar la pica, la enterró, luego se pasó la mano por la frente.

– Vaya avísele a todos los que están trabajando que la tierra es de Aranzazu. Y cuando sepa lo que ellos le responden, vienen y me dicen cuándo es que piensan hacer la tal fundación esa...

Ignacio miró a Narcizo, que tenía el gesto duro, preocupado.

– Vamos a ver las otras casas - le dijo.

– Vaya usted, Ignacio. Yo doy una vuelta por esta otra parte.

Marino había seguido trabajando. Vio a Narcizo alejarse unos veinte metros de la huerta y luego, una vez Ignacioe hubo desaparecido entre las otras casas, lo vio regresar.

– ¿Hace cuánto llegaron a esta parte?

– Hace como quince años - le respondió Marino, mientras seguía trabajando.

Narcizo miró hacia las otras casas y después se acercó un poco más a Marino.

– Eso acá se va a complicar, joven...

Marino se detuvo, irguió su espalda y miró a Narcizo con un gesto de rigor.

– Vea señor, esto aquí siempre ha sido complicado, siempre. Pero usted no tiene por qué preocuparse, nosotros lo sabemos y sabemos qué vamos a hacer...

Narcizo lo miraba a los ojos mientras lo oía hablar: la voz era serena y podía ver en el rostro una determinación férrea de permanecer allí.

- ¿Cómo se llama usted?- preguntó Narcizo.

– Eso no es cosa que a usted le importe mucho, don... -.

Narcizo no insistió, hubo un silencio momentáneo entre los dos hombres uno frente al otro y luego Narcizo empezó:

– Esta tierra es de ustedes, de nadie más. Pero Aranzazu la está reclamando y es un hombre que tiene poder. Él está tramando algo con gente de Arma y seguro va a mandar gente armada. Deben tener cuidado y sobre todo, no vayan a negociar con nadie...

Marino miraba con extrañeza a Narcizo.

– Y ¿usté a qué vino? ¿A decirnos lo que ya sabemos, don?

– No, a prevenirlos. Yo sé lo que quieren hacer. Aranzazu quiere quedarse con todo o negociar, darles menos tierra de la que tienen ahora o, en cualquier caso, sacarlos. Solo les digo, no negocien con nadie y tengan cuidado en cada noche...

Marino seguía sin entender por qué ese hombre, que se suponía venía para ver la tierra y luego informar a Aranzazu, se atrevía a aconsejarlo.

– Como que su patrón no puede confiar mucho en usted, ¿cierto? - le dijo, con una leve sonrisa.

– Yo no tengo ningún patrón, joven. Mejor, acuérdesese de lo que le acabé de decir...

Narcizo vio a Ignacio acercarse a la casa. Caminó a su encuentro y, mientras los veía, Marino oyó al que acababa de llegar decir:

– Es una buena tierra. Hay agua suficiente y ellos ya la tienen bien sembrada. Don Aranzazu estará muy complacido de lo que le digamos.

Narcizo miró a Marino que los veía, erguido, el gesto tranquilo y a la vez desafiante.

– Nos avisan entonces pa cuándo es la fundación y así atenderlos cuando quieran venir - les dijo mientras los veía montarse sobre sus caballos.

Aquella era la primera vez que se verían a solas. La familia de Nanci había construido una pequeña casa de madera con dos cuartos, uno para el padre y la madre y otro para los hijos, y afuera ya estaba por germinar el maíz. Marino permaneció en el frente de su casa, sentado en el pequeño banco de madera viendo transcurrir la noche, sintiendo sordamente con una fortaleza creciente los latidos del corazón y un ahogamiento leve en la garganta a medida que se acercaba la medianoche. Adentro de su casa dormía Inés junto a Justo y desde ahí podía ver a los dos hombres que vigilaban recorrer la calle con los ponchos que les cubrían el pecho sobre los hombros. Nanci veía el techo. Los niños dormían en la estera del lado. Tendría que salir por la puerta de atrás. Sabía que no era probable que la descubrieran pues el piso de tierra ahogaba las pisadas y lo único que le preocupaba era que los hombres que vigilaban sospecharan algo.

– Marino, y eso por qué anda trasnochando hombre, si a usted le toca vigilar mañana - preguntó uno de los hombres.

– Carlos, usted sabe que yo a veces no duermo bien, y entonces me salí un rato pa estar pendiente, pero ya casi me entro. Está haciendo frío, ¿no?

– Bastante, pero bueno - respondió Carlos mientras caminaba hacia el otro lado de la aldea.

Marino vio a ambos hombres desaparecer en la oscuridad de las pocas hogueras que habían en algunas de las casas y se escabulló por la parte trasera de la casa de enfrente. Caminó entre los patios, silencioso, sintiendo la tierra que se metía entre las alpargatas de cabuya y teniendo la impresión de quedarse sin respiración a medida

que avanzaba mientras el aire frío parecía hacerse más fuerte y le daba la impresión de ingresar directamente a su columna vertebral. Al llegar no vio a nadie. Se sentó cerca a la puerta tratando de respirar y frotó sus manos para calentarse. Pasaron unos momentos antes de que oyera el leve movimiento de la madera y luego la vio salir: la vio fugaz y torpemente por la poca luz: vio el cabello dispuesto en suaves ondulaciones sobre sus hombros, vio un pequeño brillo de sus ojos y una sonrisa apenas dibujada sobre la suavidad del rostro. Nanci cerró la puerta y se acercó a Marino. Seguían en silencio, sin hablarse, ambos sintiendo una especie de ardor adentro de las costillas, entre los pulmones.

– ¿Están todos bien dormidos? - dijo Marino, pero sin la intención de que le fuera respondida la pregunta, solo para evitar el torpe silencio. Nanci hizo un gesto de asentimiento y rió mirando al suelo. Marino alargó su mano para acariciar las mejillas de Nanci y apenas tuvo tiempo para sentir la delicada suavidad cuando vio a Nanci abalanzarse sobre él, besarlo convulsamente mientras él tomaba un poco de aire para besarla a ella y procuraba hacerlo de la manera correcta, aunque él mismo no supiera cuál era esa manera. Marino se sintió cayendo sobre la tierra y luego sintió el peso de Nanci sobre su cuerpo y Nanci misma se sentía abandonarse a un impulso que controlaba cada movimiento, cada gesto, por sí mismo, sin que Nanci mediara en ello, solo dejándose abismar en lo que su cuerpo le pedía y realizaba. Luego Marino sintió el olor dulce y la calidez que emanaba del cuello de Nanci mientras la besaba, como una pequeña bestia, guiado apenas por un instinto, ambos irracionales dejados caer uno sobre el otro, y ella misma empezaba a desnudar su pecho, con torpeza y precipitación, ansiosos por no dejar escapar nada de lo que íntimamente cada uno se prometía. Marino tomó un respiro y la vio: los pechos redondos, firmes, con el lunar regular y delineado en el centro, desconcertado y extasiado al

sentirlos con sus manos mientras Nanci emitía unos quejidos bajos. Luego Nanci besó el pecho de Marino, lentamente, dos jóvenes vírgenes elaborando todos los gestos del amor sin experiencia alguna, solo cediendo ante lo que su propia carne les imponía. Ahora Marino estaba sobre ella y él mismo bajaba la falda que Nanci usaba mientras besaba sus piernas. Ya no hubo más frío, no hubo sino la figura de la mujer con aquella piel húmeda y tibia, la mirada extraviada y el largo cabello sobre la tierra viéndolo a él, sobre ella, ambos trastornados por la vehemencia callada y antigua que se precipitaba en cada uno de ellos, eso que habían deseado sin saberlo y que habría de unirlos desde esa noche para siempre. Todo ocurrió de un modo elemental, con la simpleza de lo natural, de lo que tiene lugar porque sí. Ambos sintieron que habían transcurrido siglos, que afuera de ellos la tierra había girado y transformado al mundo y ahora entraban a una vida que era otra porque ellos dos también eran otros: ya un hombre y ya una mujer que sabían que estarían juntos para siempre y que sabían que ninguno podía ser nada sin la presencia del otro y que todo lo que les podía reservar el mundo era ese vínculo invisible, el paraíso recobrado en la presencia del otro. Se vistieron. Se vieron a los ojos, en silencio. Hubo un último beso. Al día siguiente Marino pasaría por su casa para verla y para decirle a Octavio que quería casarse con Nanci y días después se enterarían de que iban a ser padres y luego habrían de luchar ambos por conservar la tierra y el calor del hogar para ellos y para sus hijos. Pero eso ocurriría después. Allí, en el patio trasero, uno frente al otro, sabían que entre los dos se había erigido una mutua posesión que sería lo único que valdría la pena conservar en este mundo.

Tenía un cigarro en la mano derecha mientras veía por la ventana.

Frente a él un hombre pequeño, calvo y regordete escribía. Chupó del cigarro, exhaló el humo y arrojó lo que quedaba por fuera de la ventana. Dio media vuelta y caminó hacia el que escribía con las manos en la espalda. -Un cavilosillo - dijo. -Escribelo así: un cavilosillo de Ríonegro de apellido Salazar está reclamando esas tierras para los de Arma -. El otro escribía, aplicado sobre la mesa. De pronto sonó la puerta y el hombre que fumaba dio la orden para que entraran.

– Don Juan de Dios, esta es la carta que enviaron Don Ignacio y don Narcizo después de visitar el caserío ese -, dijo el hombre luego de entrar y mostrar un pequeño pergamino envuelto por un lazo delgado de cabuya.

El hombre lo miró por un momento, lo tomó y luego hizo el gesto para que el otro saliera. Caminó hacia un mueble frente a la mesa del que escribía, desenvolvió el pergamino y leyó. “A don Juan de Dios Aranzazu, los servidores en la tarea que les fue designada. Hemos estado en el caserío y tenemos para nosotros decir que es una tierra generosa con harta agua y animales, con un clima propicio para la siembra y de la que ya a la fecha están sacando muchos alimentos los que la habitan...” Los ojos recorrieron con rapidez las palabras hasta encontrar lo que buscaban. Era un párrafo pequeño, al término del papel: “Pero las gentes que están aquí dicen que no se quieren ir y que si les toca pelear a muerte, como ya lo han hecho, pues entonces lo van a hacer...”. Puso el papel en una pequeña mesa a su lado, se levantó, tomó otro cigarro de su bolsillo lo encendió y volvió a pararse frente a la ventana. Pasaron algunos momentos cuando la puerta se abrió de golpe. El hombre que escribía se sobresaltó al escuchar el ruido y vio al otro caminar hasta el que fumaba.

– Ya me contaron lo de esos andrajosos - dijo el que había

entrado.

– Acabo de leer la carta. Y el problema está cada vez más difícil, porque ahora los de Arma también quieren esa tierra y un tal Luis Salazar está en el proceso para reclamarlas. Yo que te digo, ese tal Salazar también se quiere quedar con su pedazo porque sé que tiene una compañía de tierras... - dijo el que fumaba.

El que había acabado de entrar tenía una pequeña pistola envainada sobre la parte derecha de su cadera. El del cigarro volvió a mirar por la ventana y exhaló otra bocanada de humo.

– Vamos a tener que sacarlos a la fuerza, don Juan de Dios – dijo el que acababa de llegar.

El otro seguía fumando, imperturbable, y el que escribía veía al que llevaba la pistola sentarse ahora sobre el mueble en el que el otro había estado sentado momentos antes. De repente el que fumaba se dio vuelta, lanzó el cigarrillo sobre la madera pulida del piso y empezó a gritar, tomándose la cabeza: “cómo es posible, cómo es posible que esos miserables muertos de hambre se metan a la que es mi tierra, la que me dejó mi papá, y no se quieran salir”. El que escribía, desconcertado, veía al hombre, la cabeza demasiado amplia en la frente, vestido con un saco de paño y pantalón negro, halándose los cabellos. El otro lo miraba bosquejando una risa tímida, tranquilo, como acostumbrado a la escena. Luego el que había estado fumando caminó hasta un escaparate en el que se encontraban algunas tazas y platos de porcelana. En un gesto rápido y violento lanzó las porcelanas al suelo y luego pateó las que no se rompieron en la caída, gritando: “hay que sacarlos como sea a esos muertos de hambre. Como sea, pero no me van a robar mi tierra, eso no”. El estruendo cesó con un último ruido de una tasa golpeándose contra la pared y quedó solo la imagen descompuesta del hombre furioso, el cabello revuelto, un halo de saliva corriendo por su

mentón, mientras el que yacía en el mueble lo miraba con el mismo gesto de sonrisa y el que escribía lo veía con los ojos desorbitados. Lentamente se peinó los cabellos, limpio su boca, se acomodó el saco y caminó hacia el que tenía la pistola.

– Vaya, usted ya sabe lo que tiene que hacer. Acuérdesse que si ganamos esto, a usted también le tocará una buena tierrita -. El otro se levantó y caminó hacia la puerta. Antes de salir se volvió y dijo:

– No se preocupe don Juan de Dios. Esto yo se lo resuelvo esta misma noche. A ese montón de arrastrados los sacamos fácil, y que se busquen otras tierras, pues buenos para andar de vagabundos sí son.

Cerró la puerta. El que había estado fumando escupió en una de sus manos y luego la pasó por el cabello. Volvió a caminar y dijo: “Los de Arma dicen que el rey les había otorgado todas esas tierras más hacia el sur. Pero nunca entraron a posesionarlas”. Se detuvo. Miró al que escribía y le dijo – pero escriba, que eso tiene que ir en la carta - . El otro, como saliendo de su perplejidad, hundió la pluma en el pequeño vaso que contenía la tinta y siguió escribiendo. Luego de terminar, cuando el que escribía se disponía a poner un sello sobre el papel, el otro le dijo, - espera, agrega esto: “estas tierras son, rigurosamente hablando, lo único que me resta de mi fortuna, y si las pierdo me apunto hasta con el gobierno de Turquía, porque un hombre pobre es capaz de transigir con todo”. El que escribía terminó, puso un sello, entregó el papel al otro para que estampara su firma y salió con la carta.

En la noche, junto a su madre, su esposa, y uno de sus hijos, el hombre cenaba en el comedor. Era una mesa de madera pulida, vino tinto, alumbrada desde el centro por un candelabro de plata. Dos

mujeres servían un pavo horneado, pequeños trozos de pan y vino que el hombre había ordenado. - Tenemos que celebrar que esta noche los sacan a todos - había dicho. La madre, anciana pero aún lúcida, los ojos azules y la piel blanca bajo una maraña de canas, miraba con severidad el plato y esperaba que le sirvieran. Frente a ella estaban él y la esposa y a su lado, el nieto.

– Yo siempre se lo he dicho, Juan de Dios. Usted antes se demoró mucho para ponerle una mano fuerte a esos arrastrados - dijo la madre mientras veía cómo le servían el pavo. La esposa hizo un gesto de aprobación y luego el hijo dijo:

– Papá, yo quería ir. Quería ayudar a sacar a esa gente de la que también es mi tierra.

El hombre miró a la esposa en un gesto de aprobación y luego dijo:

– Hijo, usted tiene que guardarse para cosas mejores, no para ensuciarse las manos con la miseria.

Era joven, menos de 18 años, el cabello café, la nariz recta y los rasgos todavía infantiles. Vestía ropas que tenían cierto aire militar.

Mientras comían la anciana llamó a una de las que servía. La mujer corrió y paró frente a la otra.

– Llene todas las copas de vino. Hasta la del niño, porque hoy sí vale la pena...

La que servía vació el vino en cada una de las copas de cristal. Se retiró y luego el hombre tomó la iniciativa y levantó la copa.

– Todo sea por el destierro de esa miseria. Es que esos son los que no dejan que esta república avance, esos son los que lastran el futuro de esta tierra. Brindis porque esta noche ya se van de lo que es nuestro...

Los otros levantaron la copa, brindaron, el joven bebió todo el vino,

la anciana solo un poco, al igual que la madre y el padre.

— La otra semana veremos si hacemos un viaje para que conozcan toda la tierra que gracias a la providencia de Dios tenemos - dijo el hombre.

Al día siguiente saldrían para a casarse en La Aguada. Habían pasado dos meses y todos sabían del embarazo, incluso el padre y la madre de Nanci quienes dijeron que tenían que contraer matrimonio lo más pronto posible. En el caserío aún no había un sacerdote ni se había construido una iglesia. Así que habían planeado viajar a La Aguada que era el lugar más cercano con una iglesia, ese viernes, de modo que pudieran descansar el sábado y tener la boda el domingo. Sin embargo, aquella tarde de jueves, mientras preparaba la ropa que llevaría, mientras disponía las mulas en las que habrían de viajar su madre, la madre de Nanci y la propia Nanci, Marino pensaba en que aquella podía ser su última noche. No era una idea que se le presentara claramente, era apenas una presunción, una angustia sorda acomodada en su pecho que le agitaba la respiración. Y él sabía muy bien que eso se debía a lo que sucediera esa noche, no a lo que a sucedería los días siguientes. Porque el matrimonio, lo intuía, era una formalidad a la que lo obligaban los padres de Nanci. No su propia madre, Inés, que jamás estuvo casada, que sabía rezar el rosario y lo rezaba todos los días pero que había pisado una iglesia pocas veces en Abejorral y no la pisaba desde que había llegado a aquella tierra. Ella misma lo juzgaba una formalidad, como él, que sabía, que supo desde esa noche dos meses atrás en que le hizo el amor por primera vez a Nanci que estaría siempre, hasta la muerte, al lado de ella y ciegamente sabía que ella también estaba dispuesta a estar a su lado siempre, hasta la muerte, sin que para ello

tuviera que mediar un sacerdote y una iglesia. Y aquello, la muerte, era precisamente en lo que pensaba atrás de su casa mientras alimentaba y preparaba las sillas de las mulas en las que habrían de ir las mujeres. Después de la visita de los dos hombres que habían llegado desde La Aguada, se había hecho cada vez más inminente una batalla. Carlos se lo había dicho una de las noches de vigilancia: “Marino, esto está muy calmado. Tanto, que me da miedo que nos cojan descuidados”. De modo que en los últimos días habían doblado el número de vigilantes y ninguno de los hombres había protestado. Todos sabían que cada pelea se presentaría como necesaria y como la posibilidad de aferrarse a la tierra que nunca habían tenido y que herederían para sus hijos, para toda su descendencia. Las mulas estaban listas y se alimentaban del pasto que Marino había cortado. Atardecía. Entró a su casa y vio a Justo, su hermano, comiendo una arepa con un trozo de queso.

– ¿Le sirvo, mijo? - dijo Inés. Marino se acercó al Justo, le acarició la cabeza y dijo.

– No ma. Voy a donde Nanci. Mejor dele mi arepa a este, que traga más que las mulas -, el chico sonrió y siguió masticando la masa mientras veía a su hermano salir de la casa y caminar hacia el fondo del caserío. Marino vio a los hombres que trabajaban afuera de sus casas y a varios niños que jugaban a lanzarse piedras. En otra casa, otro hombre comía una arepa con una tasa de chocolate caliente. Faltaba poco para que dieran las seis, calculaba Marino, pues en el fondo podía verse el sol descendiendo entre una bruma poco densa, mientras los rayos caían como gruesas columnas sobre la tierra o se desperdigaban por todo el firmamento. Al llegar a la casa de Nanci la encontró comiendo pan de maíz con chocolate junto a Octavio y a Helena. Marino le había ayudado a Octavio a construir la mesa y los taburetes en los que estaban sentados y en las

paredes de estera Helena había colgado algunas imágenes de Jesucristo que Octavio compró en La Aguada.

– Marino, ¿ya comió algo? - le preguntó Helena apenas se hubo sentado con ellas.

– Tranquila doña Nena, ahora yo como en mi casa – le respondió. Sin embargo, la mujer ya se había levantado de su asiento. Fue hasta la cocina, que estaba al fondo de la casa para evitar que el humo se quedara atrapado, y trajo otra arepa con un cuadro de queso encima y una tasa de chocolate. Lo puso sobre la mesa.

– Muchas gracias, doña Nena. Venía a decirles que ya está todo listo para que mañana salgamos para La Aguada. Allá hay una señora que se llama Manuela y tiene una fonda. Me han dicho que es grande y bonita y ahí nos podemos quedar e incluso celebrar después de la boda.

Nanci miraba a Marino mientras hablaba. Había en ella una especie de éxtasis callado que brotaba en sus ojos, en un gesto de sonrisa que no podía evitar y del que no era del todo consciente.

– Nosotros también tenemos todo listo, Marino. Yo conozco la fonda, es muy bonita y la señora que la atiende muy buena gente. El problema es que allá mantiene mucho arriero - dijo Octavio.

– No don Octavio. Yo le mandé a decir que si ese día solo podíamos estar los del matrimonio y ella me mandó a decir que sí, que ese día la fonda está solo para nosotros.

– Bueno, pues así mejor - , dijo Helena - ya yo le cosí el vestido a la niña.

Marino miró a Nanci. Descubrió un leve abultamiento en sus pómulos y ese gesto constante de sonrisa en el rostro. Ambos rieron y luego marino empezó a comer. Helena se levantó, abrió la puerta y

gritó:

– Niños, vengan a comer algo que se van a desnutrir de estar jugando todo el día.

Luego de que todos comieron, Marino acompañó a Nanci a su cama, le dio un beso en su mejilla y le dijo que iba por ella antes de que clareara. Nanci lo miró, lo abrazó por un momento y luego se despidieron.

- Don Octavio, entonces antes de que esté clarito yo paso por ustedes con las mulas -.

– Bueno mijo, mañana nos vemos.

Había cuatro hombres reunidos en la parte central del camino principal del caserío. Usaban ruanas y sombreros y cada uno tenía un machete. Sobre una de las casas había dos picas. Empezaron a encender las antorchas dispuestas a las afueras de cada casa cuando vieron a Marino.

– Esta noche no va a dormir de la angustia... - dijo uno. Marino rió y escuchó las carcajadas de los otros tres.

– Marino, hombre, todavía le queda tiempo. No se ponga a encartarse, con todas las mujeres que va a haber en este pueblo en unos años... - le dijo otro de los que encendía las hogueras.

Marino volvió a reír. Luego les dijo:

– Mejor prendan rápido eso y se ponen juiciosos para que no nos cojan aquí bobiando...

– Y usted vaya y descanse hombre, que ese viaje es largo...

Marino siguió caminando y al llegar a su casa él mismo encendió la antorcha. Al entrar encontró a su madre y a Justo acostados y alumbrados por velas. Justo dormía y la madre sostenía en la mano

una camándula y murmuraba oraciones con los ojos cerrados. Salió al patio de su casa. Era noche plena. Tomó un poco de agua de un pequeño tanque de madera, remojó el cabello y el rostro y bebió. Vio las bestias, serenas, con esa calma infranqueable de lo irracional, y entró. La madre parecía dormir aunque aún sostenía la camándula en su mano. Pensó en Justo, su padre: el chico acostado en el lugar en que él debería estar se lo recordaba, no solo por esa línea de los ojos y el perfil del rostro, sino por el hecho de que ahora ocupara su espacio. Tuvo la idea absurda de que aquel era su padre, pero menor que él, como si él mismo viniera de otro tiempo. Sintió un pinchazo en el pecho, cerca a la garganta. Lo extrañaba. Había noches en las que solía dormirse pensando en ese hombre. Lo recordaba sobre todo alto, blanco, óseo, sobre el patio sembrando, removiendo la tierra, riéndose a su lado. Recordaba la mano tibia que le acariciaba la cabeza del mismo modo que él lo había hecho en la tarde con su hermano cuando la madre le ofreció la arepa con queso. Esas noches pensaba en él y se decía: tan poco tiempo, tan poco. Le dolía. La ausencia era todavía, diez años después, demasiado cruda y bruta como para evitar ese oleaje que subía a sus ojos: había un vacío siempre presente, un espacio blanco insistente que empezaba justo aquella noche en que vio al padre sobre el suelo de tierra inerte y que se dilataba hasta esa noche y seguiría dilatándose. Sí, él lo sabía. Durante diez años lo había extrañado como desde el primer día y lo seguiría exttrañando cada uno de los días de su vida. Besó a la madre y apretó la mano en la que sostenía la camándula fuertemente. Ella sonrió sin abrir los ojos. Se levantó y caminó hacia su cama. Puso la camisa a un lado y se acostó con el pantalón puesto. En el sueño oyó los gritos. No sabía cuánto había dormido antes de que los gritos del sueño se convirtieran en golpes sobre la puerta de su casa. “Marino, Marino, salga que llegaron, llegaron esos hijueputas...”, escuchó. Se levantó, turbado por el sueño que no lo

abandonaba del todo. Se calzó las alpargatas, se puso la camisa y tomó el machete.

– Qué pasó mijo, por qué esa gritería - exclamó su madre, angustiada.

– Ma, quédese aquí, no vaya a dejar salir a Justo por nada. Prenda esa vela otra vez y no le abra la puerta a nadie - gritó mientras salía. Afuera de su casa pudo observar algunos caballos y, recortados por la luz del fuego, a todos los otros hombres con los machetes. Pronto, mientras corría, pudo ver que la pelea se convirtió en una confusión de gritos y golpes de metal en la que se veía a los caballos retroceder y embestir alternativamente. Justo vio a uno de los que estaban sobre las bestias apearse y correr hacia una de las antorchas. Corrió tras él y pudo asestarle el golpe antes de que prendiera fuego a la casa. El hombre cayó sobre su pecho y rostro y seguía vivo. Justo lo volvió a golpear con el machete cuidando de no herirlo con el filo, solo para que se mantuviera en el suelo. Lanzó la antorcha y la apagó con los pies. Corrió hacia los otros gritando: “apaguen las antorchas, apáguelas”. Los otros comprendieron de inmediato que si lo hacían sería más difícil para los de los caballos atacarlos. Empezaron a apagar los fuegos pero los caballos se fueron desbocados en su contra. Marino alcanzó a pasar la línea de los animales mientras pensaba en Nanci. Los caballos estaban cerca de su casa. Algunos fuegos alcanzaron parte de los techos de casas contiguas a la de Nanci. Marino corrió gritando que trajeran agua. Ahora estaba frente a los caballos como lo había estado su padre diez años atrás. Hacía los lances con la parte plana del machete con el objetivo de no herir las bestias sino de alterarlas. Sabía que si las descontrolaba ellas solas tumbarían a los jinetes y, además, sentía el fuerte deseo de no herirlas, de no herir a nadie. Los otros sí asestaban los machetazos cortantes sobre los lomos de los caballos

que relinchaban y retrocedían. Dos hombres habían traído un vacija de madera con agua y la tiraron sobre la casa incendiada pero no fue suficiente para sofocar el fuego. Otros sacaban a la familia y la llevaban al parte trasera de la casa de Nanci. “Traigan más agua” se oía gritar. De pronto, Marino pudo ver a un hombre que corría hacia él y tuvo el reflejo para detener el lance del machete con el suyo. El otro volvió a lanzar y Marino pudo saltar para luego asestar un golpe sobre el hombro del que lo atacaba. Dejó caer el machete antes de desplomarse él mismo. Marino tomó el arma y luego golpeó con la parte plana de la suya en el vientre del otro. Podía ver a algunos de los campesinos heridos sobre el suelo. Gritó para que los recogieran y los llevaran hacia atrás. Solo en ese momento se percató de que los otros no eran más de 15 pero todos habían llegado sobre los animales. Vio que el fuego se acercaba a la casa de Nanci y corrió para evitar que la alcanzara. Se quitó la camisa, la dobló y empezó a golpear las llamas que habían llegado a los pequeños arbustos que cercaban la casa. Entonces volvió a gritar. “Don Octavio..., salga de la casa que se va a incendiar. Don Octavio, salga con todos para el patio”. Golpeaba la pared de madera con el machete mientras gritaba hasta que empezó a ver movimientos en la parte trasera. Estaban saliendo. El fuego ya había consumido la otra casa y empezaba a avanzar sobre la de Nanci. Marino empezó a cortar los arbustos encendidos y a lanzarlos contra la casa incendiada sintiendo como sus manos ardían por el calor. Luego se dio cuenta de que no había nada que hacer. “Aléjense de ahí don Octavio. No vaya a tratar de sacar nada, lo importante es que a ustedes no les pase nada”, gritó y volvió hacia los que peleaban. Era evidente que los otros estaban siendo vencidos porque algunos caballos habían salido huyendo y varios de los hombres yacían en el suelo. Mientras corría hacia ellos Marino oyó el primer estruendo. De un modo fugaz creyó que era un trueno y miró instintivamente hacia el cielo. Luego oyó la segunda

explosión y vió a uno de los campesinos caer. Corrió hacia el herido y lo vio gritar mientras se tocaba desesperadamente una erosión en una pierna. La herida era una pequeña flor deforme de la que la sangre salía en un torrente calmado pero constante. Marino la miró y la apretó con la camisa y luego ayudó al hombre a caminar hacia la parte trasera, el lugar en donde estaba Nanci. La vio fugazmente allí, entre el padre y la madre y los hermanos, recostada sobre una manta en la tierra con el rostro tenso de angustia. Luego se oyeron otros disparos y Marino vio a Nanci taparse los oídos con fuerza. Corrió de nuevo hacia el lugar de la pelea y segundos después escuchó los gritos: “Marino, Marino, no vaya, no vaya”. Nanci corría atrás de él. Se escucharon otros disparos, tal vez tres, y luego él la vio desplomarse, como si la tierra se hubiera abierto de repente. Corrió, impulsado por un instinto salvaje, sin tener tiempo de hacerse consciente de la angustia que lo invadió. Vio el cuerpo de Nanci desmoronado en medio de la tierra oscura mientras seguían sonando los choques de metales y los gritos de los campesinos “Se van a volar esos hijueputas, no los dejen”. Al llegar pudo ver que Nanci levantó la cabeza. No había sangre por ninguna parte. La palpó rápidamente en el pecho y el vientre y no encontró nada húmedo. “¿Cómo está Nanci, cómo está?” Gritó viendo a la mujer que lo miraba, embrutecida por el estruendo. “Dígame, cómo está”. Volvió a gritar y luego la vio doblarse sobre sí misma para tomarse el pie derecho. Marino pudo ver un pequeño agujero oscuro y dos hilos de sangre que descendían lentamente por la parte superior del pie. Nanci lo miró. “No fue nada. Solo siento que el pie esta helado”, le dijo. Marino la tomó entre sus brazos y la llevó caminando hasta donde estaban los padres. Encontró a Helena llorando. -Octavio también se fue, se llevó el machete- le dijo. Al ver a la mujer el llanto se hizo más desesperado. -No es nada doña Helena. Por favor, póngale una toalla mojada en ese pie -. La mujer miró la herida por

un momento y luego, como saliendo de un hiato de respiración, le pidió a uno de los niños que se quitara la camisa. Había un poco de agua en un recipiente de madera afuera de la casa que ya se consumía. El otro corrió y remojó la camisa. Al volver, Marino ya había regresado a la pelea. Los caballos habían corrido en todas direcciones. Algunos hombres en el suelo gemían y otros de los campesinos corrían tras algunos de los invasores. Había terminado, habían sobrevivido. Corrió de nuevo a la casa y encontró a Nanci llorando quedamente mientras la madre le limpiaba la herida de la bala en el pie. Octavio ya había regresado - ¿Le duele mucho? - le preguntó. Nanci hizo un gesto de negación. La herida estaba húmeda por el agua que corría de la camisa mojada, pero la sangre se había estancado. “Usté pa qué se fue por allá hombre Nanci”, dijo Octavio mientras observaba el agujero y lo tanteaba. Pudo sentir la bala fría. Marino se acuclilló y la abrazó por unos momentos. La miró a los ojos. Había algo en él, una agua creciendo e intentando derramarse en sus ojos que derivó en una pequeña línea corriendo por su mejilla. La besó en la frente. Dijo: - Voy a ver a los otros y ya vuelvo - . Mientras caminaba sentía cómo iba descendiendo la marea que lo había invadido: una calidez que estuvo a punto de arrebatarlo, una sensualidad densa en la que él mismo quiso dejarse de caer, pero que ahora era reemplazada brutalmente por las imágenes de los hombres muertos. Caminó entre ellos. Veía los cuerpos con un estupor nuevo. Había pensado siempre en que experimentaría un cierto placer oscuro al ver los cadáveres de aquellos que habían asesinado a su padre y quienes querían despojarlos de esa escasa tierra en la que vivían, pero no había aquello, había una culpa nebulosa pero creciente. Eran hombres. Seguro habría quienes lloraran por ellos. Seguro ellos mismos eran padres, esposos, que amaban a sus mujeres, a sus hijos, a sus madres, a sus padres. No eran los invasores crueles. Lo fueron, pero ahora, allí, frente a ellos, sentía

cómo se modificaba radicalmente esa idea, aquel sentimiento que había cargado y alimentado toda su vida desde que tuvo que enterrar a su padre y regresar a la tierra a sacar de ella el fruto para su madre y hermano y para él mismo; sí, se modificaba, no había en él furia u odios satisfechos, había una piedad creciente por cada uno de esos muertos en los que encontraba el retrato remoto de su propio padre muerto. Los campesinos se ayudaban unos a otros, limpiaban sus heridas y se percataban de que ninguno de ellos había muerto. Caminó en medio de los cadáveres. Eran cinco, se dijo. Cinco. Los cuerpos estaban allí, manchados de sangre y tierra con gestos apacibles. Pensó: es como si durmieran. Recordó a su padre. Oía los gemidos de los campesinos. Alguien dijo: “Marino, tenemos que sacar todos esos cuerpos..., venga ayúdenos”. Marino lo vio pasar junto a otros dos en dirección a los cadáveres. Algo se removía en él, fuerte, agazapado. “Era necesario el asesinato”, se dijo. “¿Era necesario?”, se preguntó. Supo, fugazmente y para siempre, que no deseaba asesinar a nadie del mismo modo que supo que si era necesario lo volvería a hacer. Sintió miedo. Lo invadió una soledad helada, destructora, la sensación de que en medio de los que gemían, de los que cargaban los cuerpos, él estaba completamente solo, abandonado, más allá de ellos. La tierra se oscureció más. Caminó hasta el lugar en que estaba Nanci invadido por esa otra oscuridad que tenía una textura más definitiva que la de la noche. Al llegar la vio recostada sobre un montón de madera, llorando levemente por el dolor en su pie. Se sentó junto a ella y la abrazó. Sintió los brazos de Nanci en su espalda y luego la sintió llorar en sus hombros. Las lágrimas rodaron por la espalda de Marino y él mismo lloró, suavemente, apenas unos pequeños lagos formados con lentitud en los ojos y derramándose de pronto. Sintió, de un modo irracional, que sobre cualquier oscuridad siempre quedaría aquello, aquella ternura, el corazón resquebrajado sobre sí mismo que encuentra de

repente su tierra, el hombre cuya soledad es conjurada de una vez para siempre por la pasión que una mujer le infunde. Quedaba aquello, esa conmovedora e indestructible soledad compartida. Quedaba y quedaría para siempre, por todos los días que habrían de venir, sobre todos los homicidios y las guerras que él mismo no habría de presenciar, sobre todo eso, quedaría aquello, esa ternura, en medio del horror.

Así que fue la guerra, soterrada, lenta, sin demasiados estruendos. Desde 1920 los cuerpos de los campesinos aparecían abandonados entre rastros, y poco a poco esa tierra se pobló de huérfanos y viudas que no tenían tiempo para la lástima o el pesar sino que debían ellos mismos adquirir de golpe la fiereza necesaria para sacar el fruto de esa tierra virgen y para cuidarla de los hombres que habían asesinado a sus padres y esposos: la guerra, los muertos, de nuevo el desenfreno atroz de los hombres por la posesión de la tierra, las manifestaciones concretas y devastadoras del signo y el sino de la locura y la crueldad de los hombres. Los niños que nacían, crecían, perdían la salvaje inocencia que el vientre cálido de sus madres les había infundido y luego recibían ellos mismos la herencia de locura que se llevó a sus padres y abuelos, un patrimonio entregado por y para sucesiones de generaciones, entregado a toda la descendencia de todos los hombres que vagaban sobre el teatro sangriento del mundo, una descendencia condenada a perder sus ternuras, las suavidades de su espíritu para correr, frenéticos, al derramamiento inacabable de la sangre. Fue la guerra, sin demasiados estruendos pero abundante en muertos. Juan de Dios Aranzazu reclamaba como suyos territorios comprendidos entre lo que sería Pácora y Chinchiná, en el sur de Caldas, tierras que centenares de familias hundidas en la miseria y que habían hecho parte del éxodo desde Antioquia habían

poblado y sembrado. Fundaron pueblos, nacieron pequeños caseríos, Salamina, Neira, Pácora, en medio de las disputas. Hombres oscuros amenazaban y asesinaban y desaparecían a los pobladores y éstos se rebelaban y armaban pequeños grupos con machetes y azadones y picas y los instrumentos que usaban para labrar. Hubo enfrentamientos. A cada uno de esos caseríos llegaban remotas noticias de vastas luchas entre españoles y criollos, de grandes batallas en el sur y en el oriente, pero esos poblados estaban al margen de todo eso, viviendo ellos su propia lucha por mantener los fragmentos de tierra que calmaban el hambre padecida durante años de privaciones en Antioquia. Los hombres, campesinos iletrados en su mayoría, hacían surgir cebollas, tomates, papas, plátanos, frijoles, maíz, de la tierra, construían casas de guadua o bahareque y luego veían a otros hombres sobre caballos llegar hasta sus casas para informarles que habían usurpado tierras de Juan de Dios Aranzazu. Así que los campesinos, fieros como las bestias que se disponen a defender el nido donde crecen sus crías, respondían que solo podían desterrarlos de su casa, la que ellos construyeron, de sus cultivos, los que ellos sembraron, muertos. Entonces esa geografía precaria fue llenándose de cadáveres, cuerpos tirados sobre las márgenes de los ríos, en las espesuras de los montes y de noche en noche había choques que dejaban decenas de muertos que luego eran enterrados en funerales colectivos por sus huérfanos y sus viudas. Fue una tierra de huérfanos. Las convulsiones del país habían cesado muchos años antes, ganaron los criollos, Bolívar y sus ejércitos contra los españoles, pero allí seguían sucediéndose las muertes, niños creciendo con brutalidad, acostumbrados a la dureza del campo y de la lucha desde sus edades tiernas, muchos muriendo sin haber conocido el sexo. Solo en 1950, cuando el presidente envió el Ejército y fue decidido que la mayor parte de la tierra era de los campesinos y una pequeña parte del hijo de Aranzazu, que murió en

1940, el conflicto cesó, como un respiro, una tregua, en medio de toda la sangre, de todas las guerras que habrían de sobrevenir).

De eso hablaba Narcizo cuando me repetía *Nos alcanzó la guerra, Ramiro*. Porque él sabía. No importaba que en el año en que murió apenas se habían contado algunos muertos. No importaba. El número de muertos iba a aumentar, el rencor, la práctica de la muerte, Narcizo lo comprendía y la idea de cada uno de esos asesinatos, la imaginación de esos crímenes, allí, en la margen de sus horas últimas, tenía para él la consistencia de un risa monstruosa e injuriosa derramada sobre él, pobre loco infantil que había creído que a los hombres se podría librar de ellos mismos. Fue muy fácil comprender entonces por qué había decidido renunciar a todo, sus minas, incluso parte de la tierra que su tío le heredaba y concebir el propósito de fundar un pueblo cuando aquello era tarea y necesidad solo de los más desposeídos y miserables. Fue fácil comprender que había imaginado la posibilidad de un inicio diferente, el gesto conmovedor y risible de un hombre mínimo que quiere borrar con uno solo de sus actos la vasta y atroz memoria precipitada sobre los largos años de la historia. Por eso él mismo repartió la tierra. No le importó que muchos de los que llegaron ni siquiera eran conocidos suyos. No satisfizo el deseo de los otros que lo acompañaron de reservar para ellos extensiones más grandes y ricas y mejor ubicadas que el resto de parcelas. No. Él mismo dispuso que a cada familia le fueran entregadas cuatro fanegadas de tierra y se construyera una huerta común durante el tiempo en que se empezaran las siembras en cada una de las nuevas casas de los campesinos. Y a medida que otras familias fueron llegando a cada una se le entregaron las cuatro fanegadas sin ningún miramiento, según él mismo lo había dispuesto y nadie se atrevió a contradecir. En cada uno de esos actos, de esas decisiones, pesaba la resolución que lo condujo desde Arma a La Aguada.

Y sin embargo, ¿por qué la india? ¿Por qué había llevado consigo a esa mujer de aspecto feroz y luego se había entregado, sin pudor alguno, al romance salvaje que durante varias semanas atestiguamos todos en las noches? Porque Narcizo pudo haber tomado a cualquier mujer blanca, descendiente directa de los españoles tal y como él lo era, como esposa e incluso concubina, si ese hubiera sido su deseo. Pero no lo hizo, no solo compró a la india en Arma sino que la invistió de todas las prerrogativas que cualquier mujer casada habría podido tener, casa, tierra, hombre, alimento, respeto y hasta un poco de sumisión, en días en los que varias familias contaban entre sus pertenencias esclavos y esclavas indias, en días en que las minas eran explotadas por decenas de indios hambrientos y atados casi como animales durante jornadas implacables en medio de la humedad caliente del río. De modo que nadie podía explicárselo, pero tampoco nadie reprobó en público la presencia de la india y aquel día en que murió, nadie supo por qué, Narcizo preparó un funeral al que todo el pueblo asistió y en el que las mujeres rezaron e hicieron coronas de flores del mismo modo que se habría hecho si se tratara de la muerte de una blanca cualquiera. Y según dijeron algunas mujeres, la india estaba en embarazo cuando murió. Muchas de ellas dijeron que se podía ver en sus ojos, aunque muertos ya, y que incluso sus mejillas tenían cierto abultamiento al igual que su vientre por lo cual el embarazo ya debía contar al menos tres meses. Pero nadie lo supo con exactitud, porque nadie se atrevió a preguntárselo a Narcizo, así como nadie supo muy bien por qué había decidido llevar a la india y cómo era posible que se enamorase, si es que lo estuvo, de ella.

Era 1812. La india vivió durante dos años en el poblado. Luego de su muerte, de su funeral, Narcizo se había dedicado a abrir rutas de comercio entre los otros pueblos y Aguadas y aún, a ayudar en el repartimiento de tierras en lo que serían nuevas fundaciones. Se hizo

más callado, huraño, desde la muerte de la mujer y durante tres años estuvo en soledad, viajando de Sonsón a Aguadas, de Abejorral a Aguadas, a Arma, llegando a su casa a descansar sin hablar con nadie, preocupándose de sus cultivos y de los cultivos del resto de las familias, pero cruzando menos de las palabras necesarias para comprenderse con los campesinos. También empezó a dirigir la construcción de varias casas de barro y tejas de arcilla y a disponer las calles del pueblo. Poco a poco fueron llegando más familias y con ellas llegaban los rumores de la guerra hacia el norte y hacia el sur, pero nada sabíamos de eso que ocurría al margen del crecimiento del pueblo. Varios hombres en el pueblo nos enteramos de que muchos campesinos se habían enrolado en los ejércitos que luchaban contra los españoles, pero en La Aguada todos parecíamos estar íntimamente de acuerdo con Narcizo y oíamos aquello con cierto desprecio por lo que ocurría. A Narcizo no le preocupaba nada de esa guerra pero en cambio solía preguntar por las peleas de las que ya empezaban a oírse que tenían lugar más hacia el sur, en donde unos campesinos se habían instalado y a donde seguían llegando. Eso le preocupaba y, como en el caso de la india, no podíamos entender muy bien por qué. Los domingos, de vuelta de visitar la tumba de la india en lo que sería luego el cementerio, solía sentarse afuera de su casa a ver caer el sol y entonces yo me acercaba y siempre hablábamos de eso, porque Narcizo solo mantenía un diálogo, algo que pudiera llamarse un diálogo, conmigo: “Ramiro, la cosa se puede poner jodida y puede que por aquí también haiga una guerra. Porque me han dicho que esas tierras de aquí pa'bajo son de un tal Aranzazu”. Y yo le decía lo que ya le había escuchado a él mismo: “Como usted mismo me ha dicho home Narcizo, la gente que está llegando no se va a dejar quitar nada, porque si no se mueren de hambre y ahí sí aunque le toque a uno pelear hasta que lo maten”. Entonces veíamos pasar a los

campesinos con ropas rotas, flacos, mujeres y niños hambrientos pero con la alegría contenida de encontrar una tierra para vivir, y cruzaban por el pueblo y descansaban una noche donde Manuela, que había llevado la fonda cerca de las casas. Y les decíamos a los campesinos que siguieran más para abajo y por ahí iban a encontrar otras tierras con agua. Porque eso sí, por allá había agua por todas partes y solo faltaba que llegaran hombres para sembrar la tierra y seguro empezaría a dar de todo. En La Aguada ya cada quien sembraba maíz y papa y había familias que criaban gallinas y nos habíamos decidido a hacer una iglesia de bahareque. Todo se hacía siempre con la consulta de Narcizo y además, al menos para este caso, él era el que disponía del horno para hacer las tejas. Y decidimos hacerla y Narcizo dispuso del terreno y trazó la forma y luego nos enseñó a varios a hacer las tejas pero él trabajaba poco. Nos veía entregados a la construcción de la iglesia y solía darnos indicaciones mientras él se preocupaba de su huerta y salía de caza en la mañana. Todo eso fue entre 1812 y fines del año de 1815: Narcizo trabajaba en sus cultivos, olvidado de la dirección del pueblo que había entregado a otros de los que lo acompañamos en la fundación y luego olvidado incluso de la construcción de la iglesia. Salía de cacería y regresaba en la tarde y se encerraba pronto en su casa y cada domingo lo veíamos cruzar hacia el descampado en que la india había sido enterrada. Salía de su casa, ahora un poco más grande, las ventanas y la puerta de madera pintadas de rojo, las paredes en bahareque bajo una capa de un tinte amarillento y las filas ordenadas y numerosas de tejas de arcilla que iban adquiriendo poco a poco un color oscuro por la humedad en el techo. Cruzaba la hilera de casas dispuestas a un lado del camino que con el tiempo sería la calle central del poblado, descendía por una corta inclinación del terreno y llegaba hasta el cúmulo de tierra con una cruz hacia la cabeza en donde yacía el cuerpo de la mujer. Aquel había sido el

primer funeral del pueblo. Narcizo recorría por unos momentos el montículo, lo rodeaba y luego se sentaba en algún tronco cercano, la mirada clavada sobre el conjunto de montañas que se divisaban en el horizonte. Permanecía allí, silencioso, hasta la caída de la tarde y regresaba a su casa y volvía a la siembra y a la caza, hosco, callado, durante toda la semana, para regresar el domingo en la tarde a rodear la tumba cuya tierra se atestaba de pequeñas flores amarillas. *Y allí, sintiendo el aire filoso, en la fresca caída de la tarde y rodeado de un fuerte azul en el cielo con algunas nubes rezagadas, el hombre parecía hablarle a la mujer: ¿por qué todo es tan oscuro, tan difícil de comprender? Y la mujer parecía levantarse, erigirse frente a él, y permanecer en silencio, viéndolo con su mirada severa de ofensa interminable, y él preguntaba de nuevo ¿por qué? Creo que es como si estuviéramos destinados al sufrimiento, como si ese fuera la única alternativa humana. Infligirlo o padecerlo. Y de pronto adquiría de un modo exasperado la conciencia de la soledad de la india, muerta, arrojada al más absoluto de los desiertos, abismada a una región en la que no había nada, nadie, como acompañante, nada familiar, precipitada en el abismo más definitivo. Y él también, solo, del lado de acá, como todos los hombres, una soledad colectiva, compartida pero no por ello menos atroz, solos, viéndonos a nosotros mismos. Extraños de nosotros mismos. No como las bestias, que son lo que son, corren, cazan, siguiendo sus propios ciegos instintos. No, sino como otras bestias que se observan a sí mismas, que saben cada cosa que hacen, que contemplan la plena irracionalidad de cada cosa que hacen y la saben irracional pero no les quedan más alternativas que el silencio. Y la mujer, frente a él, sobre el montículo de tierra que albergaba el cadáver, permanecía silenciosa, su rostro de mejillas hinchadas por la preñez, el vientre abultado también, el cabello negro sobre los hombros. Y sin embargo ese silencio era más elocuente que toda la furia desatada en palabras*

que el intuía en ella: ese silencio, esa figura era un cúmulo de ofensas sintetizado en su cuerpo espléndido y fino, un cúmulo de gritos que permanecían ahogados y a la vez articulados en ella de las desapariciones y los asesinatos y el dolor que toda su estirpe había padecido y que había sido borrada de la tierra. Y Narcizo lo comprendía, lo veía, y aquello hacía más desoladora la tarde, porque entendía también que como ella, él mismo desaparecería algún día y, como ella, él mismo sería objeto de sufrimiento, un sufrimiento insensato, sin propósito alguno, sin justificación alguna dentro de la irracionalidad de la tierra. Así que esa tarde regresó, ascendió la pequeña pendiente sobre un camino de tierra hasta volver a ver las casas. El crepúsculo estaba avanzado y algunas mujeres y hombres regresaban de la misa que se daba en la construcción naciente que habría de ser la iglesia del pueblo. Entró a su casa, los pasos fuertes sobre el piso de tierra aplanada y de un pequeño baúl sacó una botella de vino que guardaba desde hacía varios meses. Bebió como si se tratara de agua, el vino desbordando la boca y corriendo en gotas violetas sobre su pecho. Se sentó sobre la cama, descansó y siguió bebiendo y luego sintió el mareo ascender por su garganta e ir invadiendo poco a poco su cabeza. Recostado sobre la cama procuraba mantener la conciencia sobre las imágenes que la borrachera iba incitando en su imaginación: veía a la mujer con su vientre creciendo, imaginaba las batallas que se libraban lejos de él entre españoles y criollos, caballos furiosos, hombres muriendo atravesados de espadas, veía al negro, cantando, el cuerpo como un toro o caballo, viéndolo a él a los ojos mientras sorbía un caldo en el establo de la hacienda de su padre. Se mantenía callado, lúcido, espectador de su propia ebriedad, las imágenes sucediéndose sin orden, mezclándose unas a otras y él consciente de esa locura que tenía lugar en el silencio de la casa, como una especie de ritual preparatorio para el resto de su vida, de

la que sabía que tendría que observar en silencio la locura de cada hombre, la suya propia. La borrachera se convirtió en una especie de abismo oscuro en el que entró con plena conciencia: vio todo, mezclado, sin la cualidad del tiempo, de una vez, los padres de la india muriendo, los hombres muriendo entre ellos, la esclavitud, las nuevas guerras, los homicidios, todo de lo que intentaba huir, mezclado, original, y tuvo la lucidez para entender que no había diferencias esenciales entre cada uno de los hombres, entre los padres de la india y quienes los asesinaron y los hijos de esos asesinos: no había diferencia, sobre ellos pesaban signos iguales. Iguales, iguales, así que el destino es una fatalidad, un acto triste de los hombres empujados ciegamente... La certidumbre de que él mismo no era nada, la certidumbre de su pequeñez, de su insignificancia que le daba la perspectiva del tiempo futuro y del pasado empezaba a invadirlo en medio de la borrachera. No era el suyo un destino particular. Él era algo más, lo sabía, alguien más, entre millares de hombres que habían vivido y millares que estaban por vivir y que hacían parte de un destino común. Podría ser que la lucidez humana fuera no más que una quimera, la ilusión vivida por los hombres, extraviados todos en sus mismas hambres. Podría ser, se repetía. Que todo es un sueño, oscuro. Que estamos arrojados sobre esta tierra incomprensible para sentir el vértigo perturbador del hecho de estar vivos. Puede ser, puede ser... Durmió. Al día siguiente sentía los estragos de la borrachera en la cabeza pero también un alivio, como si se hubiera librado de parte de la angustia que había sobrevenido sobre él luego de la muerte de la mujer. Aquel domingo todo eso se debilitó en él por un tiempo. La angustia se disolvió y aún el propio recuerdo de la india menguó, no para siempre, porque aparecía de nuevo, ciertas noches, con la misma fuerza desesperada de su última imagen de cuerpo preñado dirigiéndose a la tumba. Pero menguó. Narcizo regresó a las

actividades públicas de La Aguada, sus viajes hacia Abejorral, Sonsón, Arma y Cartago se hicieron más frecuentes. Nada había terminado, pero la borrachera de ese domingo logró serenar el caos que se movía en él. Se sucedieron los días. Narcizo no se extrañaba. Tenía la plena conciencia de que todo persistía en él, en el fondo de sí mismo, silencioso, dormido, pero que en cualquier momento volvería con todo su oleaje desolado. Entre 1815 volvió a sus tareas: La Aguada creció más porque el éxodo desde el sur de Antioquia no cesaba. Narcizo dispuso de otras casas y se encargó de la terminación de la iglesia y conoció a quien sería la madre de sus únicos hijos, Eusebia. Fue en 1818. Eusebia llegó desde Sonsón, en donde él mismo la conoció en los viajes que realizó para discutir con quienes reclamaban como suyas las tierras en el sur de La Aguada. Era hija de un hacendado que tenía extensos territorios entre Sonsón y Abejorral y que no había encontrado a un hombre con los méritos sociales para ser el esposo de su hija. El matrimonio fue solo eso: el contrato entre un hombre que sabe irremediablemente solo y otro hombre que busca salvar el destino propio y de su familia de contar con una hija solterona entre los suyos. Sin embargo, Eusebia lo amó desde el primer día, porque descubrió todo en él: no solo el cuerpo delgado y fornido, sino que percibió la oscuridad y la soledad, así como la dureza y la virilidad que todo eso le imponía a esa figura. Se casaron, tuvieron ocho hijos y Narcizo aprendió a amarla. No de ese modo volcánico como amó a la india. Fue un sosiego sostenido alimentado de ráfagas escasas de lujuria pero sobre todo del enternecimiento diario de saber cada uno que eran todo para el otro. Fue un amor avejentado, lento, sin la potencia del otro pero así de indestructible. Pasaron los años y La Aguada se convirtió en el principal poblado de toda esa zona, después de Abejorral y Sonsón, y Narcizo supo de algunos choques e incluso fue enviado por Juan de Dios Aranzazu para persuadir a un grupo de campesinos de

salirse de la tierra que luego sería llamada Salamina pues él la reclamaba para sí. Tuvo la lucidez suficiente para entender que aquello era el germen de una violencia y muerte y un derramamiento de sangre que no habría de terminar jamás. Pero fue una lucidez calma, no desesperada, de la misma consistencia que su amor por Eusebia, una lucidez fatigada. Y atestiguó las usurpaciones de la tierra por Aranzazu y por ese grupo de hombres que hacían parte de la llamada Salazar y Compañía y supo, con ese mismo desaliento, que aquel habría de ser el destino de toda esa tierra: los hombres andrajosos en busca de un lugar en el mundo siendo despojados por los otros hombres que se repartirían las hectáreas impasibles frente a vagos mapas y luego lo harían con la sangre y el llanto y el sufrimiento. Todo lo supo oscura y serenamente. Tuvo que llegar el día de su muerte para que la angustia volviera y él mismo le ofreciera a la conciencia de ese destino un destello, aunque pobre e impotente, de rebeldía.

(Narcizo parecía dormir. La vela se agotaba y parpadeaba penosamente en la oscuridad creciente. Eusebia lloraba en silencio, veía al rostro ruinoso de Narcizo y dibujaba un gesto amargo de desconsuelo pueril. Ramiro observaba callado el cuerpo nudoso bajo la manta y adivinaba una expresión de impotencia, de cólera frustrada en cada uno de los pliegues del semblante quemado por la dureza del sol en esas montañas, los labios apretados uno contra otro y los ojos cerrados con violencia, como atravesados por la resolución de no despertar. *La mujer. India. Morena. La piel oscura lanzada a la oscuridad. El cuerpo transido de siglos de dolor. Siglos de dolor, soledad, nada adelante y atrás. La india con su cuerpo y sus ojos y su memoria de despojo, a quien quitaron todo, quitamos todo, usurparon, usurpamos, arrojada con los suyos padres hijos*

hermanos ella misma sobre el sufrimiento la soledad la injuria sin fin. La india, el cuerpo denso imponente, la india, poseedora, receptáculo de lujurias, inclinaciones primigenias que yacen, que despiertan en sus senos, en sus piernas brillantes. La india. Y amarla y hacerla instrumento y fin de un solo propósito. Que perdiste, que no lograste, que no ejecutaste, que el tiempo te hurtó, que los hombres te hurtaron, que la semilla de maldad e impiedad que está en vos mismo manchó. Y amarla y hacerla instrumento y fin de un solo propósito, una descendencia de niños de hombres con sangre mezclada, sangre opuesta vertida sobre los mismos cuerpos cada una con su memoria de violación, de hacedor de violencia, mezcladas, acaso sosegadas sobre un mismo y solo cuerpo, descendencia en la que, pobre de mí, idiota, creí ver consumada una paz imposible. La india, y descubrir en cada hora de su presencia desnuda, violenta desnuda, las oscuridades que son un bálsamo para los hombres, las oscuridades dispuestas sobre lo hondo de uno mismo como aguas negras, no removidas, salvajes, oscuras. Y descubrir la fiebre animal que infunde su rostro, la fiebre animal que hay en sus manos, su vientre, su cabello, su boca, fiebre que tienen todas sus humedades, aguas estancadas y ahora precipitadas chocando unas contra otras, con dureza, lanzadas al suicidio, a la desaparición de una en la otra, en la otra. Y descubrir con ella, en la noche, ver a través de sus ojos la soledad infinita, cósmica, tan vasta, sobre la que yazco, en la que yacimos ambos, fatigados. Descubrirla, ver apenas torpemente las sucesiones de horrores que habitaron su sangre, los horrores de la orfandad más rotunda, de la pérdida esencial, entreverlos, y probar de ese sufrimiento sordo e ineludible. Y luego, la mujer y su vientre creciendo, creer, el hombre de esas dos sangres formándose en esa tierra en la que nadie era un extraño, en esa tierra en la que cada hombre y cada mujer habían obtenido un lugar para vivir, para sobrevivir. Entonces, pensar, la

negación de las atrocidades pasadas sobre la tierra podrás anular el sufrimiento y las humillaciones pasadas, la mezcla de la sangre y la retribución de la tierra desplegarán una manta sobre el pasado y ya no quedará sino el futuro de los hombres libres (silente, el gesto desesperado, Narciso permanecía bajo la colcha blanca. La vela se había agotado y Eusebia encendió otra. La noche, negra, profunda, inmensa) los hombres libres, los hombres libres y de nuevo el crimen, el homicidio, la tierra un teatro, la locura un vino abreviado con fiebre. Y el vientre creciendo, el primero de la descendencia de sangre blanca e india que heredaría la tierra. El primero, ver el propósito erigiéndose y luego la enfermedad. Una fiebre, una tos constante, la mujer sobre el lecho con su rostro implacable sudoroso implacable sufriendo. Me habían dicho que los indios reconocían la muerte días antes de que llegara. Ella entonces en el lecho rodeada de la muerte y yo afuera viendo el desvanecimiento la derrota cercado de derrotas burlado como ahora sobre esta cama burlado hombre infantil que quiso enfrentarse a todos los hombres a la crueldad congénita que nos entregaron en el Edén a la maldad que llevó a aquel loco a asesinar a su hermano a aquel loco a construir la torre para llegar a cielo a aquel loco que somos todos. Y ella muriendo. Otra muerte. Ella heredera de la destrucción de las bajezas. Ella callada silenciosa preñada de cólera y dolor. Ella muriendo y con ella el niño muriendo el niño la descendencia que habría de anular el pasado de ofensas. Pobre loco. Y la vi morir. La vi, luego de haber visto el crecimiento de su vientre de haber imaginado las palpitaciones del hombre que crecía adentro la vi morir los vi morir. La muerte es la caída en las aguas la muerte es un huracán silencioso y sereno pero huracán la muerte es una exhalación que cubre todos los espacios en que el hombre pueda esconderse la muerte le llegó les llegó los inundó. La muerte es esta noche agónica sitiado cercado sin objeciones para hacer avasallado

con lentitud imperiosa como un animal rabioso debatido entre las lanzas y el abismo. La muerte. Y con ella todo. Nada. Todo perdido. Precipitado. Ahogado por el movimiento final del cuerpo que entrega la bocanada última de aire que le unió a la tierra a los sueños la locura las ternuras la ebriedad la escasa lucidez. Todo perdido borrado aplastado con un gesto simple. Todo. Las fatigas. Todo. La vana lucha. Todo. El hombre exhausto de cada amanecer exhausto e idiota que soñó cambiar el curso de los ríos del tremendo río de la pasión humana. Delante de mí, en esta noche de inteligencia exasperada a las puertas de la muerte, en esta hora escasa, como una burla final, se me presenta con vértigo el destino del que huía y me atrapó, o tal vez nunca hui, siempre me tuvo en sus manos, quizás: hombres muertos fuego. Huérfanos gritando como polluelos abandonados y madres gritando como fieras y hombres brutales asistiendo al espectáculo y tomando parte de cuando en cuando. Y el sufrimiento. Ese misterio exaltado. El sufrimiento, la desesperación. Derrotado, abatido, con sus manos llenas de sus largas crueldades y las salvajes borracheras, solo quedará el dolor, el llanto de los otros interminable como jaurías no hambrientas ni sedientas, desesperadas de llanto. - ¿Te inclinarás ante el llanto? - dijo Narcizo, luego de un largo silencio, como saliendo de un sueño denso. El silencio se volvió a instalar y Eusebia y Ramiro veían cómo la respiración se iba haciendo cada vez más lenta y pausada, dando la impresión de luchar para realizar cada nueva inhalación.

Ramiro sabía que a esa hora debía estar clareando hacia el oriente, en las montañas, pero la ventana solo permitía el horizonte igual de oscuro. Se acercó a la mujer y la recibió en sus brazos justo cuando ésta dejó estallar como un agua retenida el llanto que había reprimido toda la noche. Narcizo iba hundiéndose a cada bocanada, una más lenta y escasa que la anterior, el cuerpo inmóvil y blanco

sobre el catre. No quedaba más que esperar que una de esas respiraciones agónicas se extendiera en una síncope demasiado larga y todo habría terminado.

El fin la muerte el fin. La había esperado con terror obedeciendo a la inclinación arcaica de sobrevivir. Y ahora los ojos nublados sobreviene como una lluvia un bálsamo. Acaso la última derrota sea esa: el cuerpo que no se niega a la muerte el cuerpo que la acepta y se precipita a la nada. ¿Y ella, la mujer que se negaba a morir? Implacable sobre su cama el gesto furioso del que no se resigna a la ofensa. Implacable ardiente porque también ella deseaba al chiquillo. También ella lo deseaba y la muerte le arrancaba todo todo la dejaba sola con su pasado humillante. Hemos muerto hemos muerto. La vida es un funeral de una mujer furiosa con un hijo en su vientre, la vida. La vida es una preñez inconclusa. La vida.

Todo esto lo recordaba a pesar de la niebla que se instalaba en su cabeza a medida que la respiración se hacía más difícil, recostado sobre la cama que iba iluminándose poco a poco con la llegada del alba que entraba por la ventana. Eusebia había dejado de llorar y Ramiro estaba de pie, a su lado, el sombrero sostenido en el pecho, viendo a la mujer tomarle las manos y mirarlo con un gesto triste. Era consciente de que naufragaba y luchaba por mantener algo de lucidez. La respiración, cada vez más lenta, era débil y sobre su rostro Eusebia podía ver un gesto de descanso, como si él mismo dejara ir algo, dejara de pelear con algo. Narcizo, sin embargo, seguía luchando. Sabía que estaba al borde de perderse. No podía imaginar esa pérdida, ignoraba cómo iba a ser aquel salto en que pasaría a la nada, a la ceguera rotunda, a la mudez más concreta. Sentía ahora que no podía concentrarse sobre ninguna imagen, que estas se sucedían y se disolvían. ¿Era eso la muerte? ¿Esa suspensión sobre una niebla negra en su cabeza? Pero tenía que

decírselo, tenía que culminar aquellas respiraciones sincopadas con una sola frase que fuera su único y último y pobre triunfo. Afuera la mañana crecía con un azul claro hacia el oriente y oscuro en occidente con estrellas palpitantes del color de la plata. Una luz fría entraba por la ventana y lo alcanzaba a los pies. De pronto, intempestivo, el sol se desbocó y las montañas se tiñeron de una luz naranja y rojiza que moteaba de pequeñas luces el rocío sobre las campiñas, mugieron algunas vacas, se oyó el canto de un gallo y el paso de algunos caballos afuera de su casa. Pero Narcizo no oyó nada de eso, no supo que había amanecido. Tuvo la fuerza final para decírselo: *somos, soy, una locura ruidosa. Invasores. Todo esto, lo que fue, lo que será, es lo único que puede ser, que pudo ser...* Eusebia y Ramiro vieron la figura delgada exhalar la última bocanada de aire mientras la luz naranja del amanecer inundaba el cuarto.

Bibliografía

- Cieza de León, P. 2005. La crónica del Perú. Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- Duque Gaviria, I.R. 2010. Tras las huellas de la concesión Aranzazu en la colonización antioqueña. Manizales: Manigraf.
- Faulkner, W. 1991. *As I lay dying*. Estados Unidos: Vintage.
- Faulkner, W. 1991. *Light in Agust*. Estados Unidos: Vintage.
- Faulkner, W. 2004. *Desciende Moisés*. España: Alianza Editorial.
- Faulkner, W. 2014. *¡Absalom Absalom!* España: Alianza Editorial.
- Faulkner, W. 2015. *Sartoris*. Colombia: Penguin Random House.
- Jitrik, N. 1995. *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Llanos Valencia, A. 2015. *Fundaciones y conflictos agrarios*. Colombia: Recuperado de http://albeirovalencia.com/recursos/colonizacion_y_fundaciones.pdf
- Lukács, G. 1996. *La Novela Histórica*. México: Ediciones Era.
- Menton, S. 1993. *La Nueva Novela Histórica de la América Latina, 1979-1992*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Parsons, J. 1997. *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*. Colombia: Banco de la República.
- Robledo, E. 1955. *Vida del mariscal Jorge Robledo*. Colombia: Editorial Santa Fe.
- Silva, M. 2008. *Las novelas históricas de Germán Espinosa*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona. Recuperado de: <https://ddd.uab.cat/pub/tesis/2008/tdx-1120108->

161332/mesr1de1.pdf

Vargas Llosa, M. 1971. García Márquez: historia de un deicidio. España: Barral.